

eTerciopelo

ALGODÓN
de
AZÚCAR



Club de los caballeros 2



JANE SEYMOUR

Algodón de azúcar

Jane Seymour

Club de los caballeros 2



ALGODÓN DE AZÚCAR

Jane Seymour

Yo era una chica normal y corriente hasta que se cruzó en mi camino una estrella de Hollywood. De pronto lo tenía todo: lujo y riqueza..., pero también lo peor de ese mundo.

ACERCA DE LA OBRA

Julie comienza su nueva vida en Hollywood, rodeada de estrellas de cine y también de muchos sinsabores. La vida en Los Ángeles no será fácil y se verá envuelta en una serie de acontecimientos en los que se mezclará incluso, un intento de violación y asesinato, traficantes de droga y ladrones de joyas. Vivirá momentos inolvidables en Nueva York, Londres y Roma y tendrá que lidiar con una amarga sorpresa que la llevará al límite. Contará con sus amigas Rosalind y Helen, y, por supuesto, con el amor de su vida para contrarrestar todos los obstáculos que se interponen en el camino de su felicidad.

ACERCA DE LA AUTORA

Jane Seymour es el pseudónimo de esta escritora nacida en Cádiz. Es periodista desde 1989 y desde entonces, ha cursado diversos estudios de periodismo especializado, cine y literatura.

Es autora de los libros de viaje: *Andalucía mágica* y *Faros andaluces. Viaje de punta a cabo*; y de la novela *Caso Leviatán*. Así mismo ha publicado con *Mis machotes preferidos* tras quedar finalista en un concurso de relatos eróticos. También quedó finalista en el concurso de guion corto del Festival de Cine Fantástico y de Terror *La Mano* de Alcobendas. Finalista del premio Andalucía de Periodismo, en la modalidad de Turismo. Además ha colaborado en revistas especializadas, así como en páginas web dedicadas al turismo en Andalucía. Trabaja en radio y televisión desde 1992. *La vie en rose* es su primera incursión en la novela romántica.

Índice

Portadilla

Acerca de la autora

1. ¿Cuento de hadas o pesadilla antes de navidad?
2. Ático con sombras
3. La manzana ácida
4. Cerezas en confitura
5. Salsa agridulce
6. Cruzando el charco
7. Té con limón
8. Mantequilla de pétalos de rosa
9. *Pudding* inglés
10. Cámaras ¡acción!
11. Confesiones
12. *Arrivederci* Roma
13. Amargo café
14. Lamiendo heridas
15. La telaraña
16. La fiesta de la piñata
17. Catástrofe total
18. Borrón y cuenta nueva
19. Ponche envenenado
20. Ave Fénix
21. Malos vientos
22. Desmadejando el ovillo
23. La boda

Agradecimientos

Créditos

¿Cuento de hadas o pesadilla antes de navidad?

—¡*E*h, señorita Garrett! ¿Qué nos puede decir de su relación con Nick Campbell?

La pregunta resonó como el estallido de un latigazo en mis oídos. Ni siquiera los había visto llegar y allí estaba yo corriendo, perseguida por varios *paparazzi* que me formulaban mil cuestiones indiscretas sobre mi noviazgo con el actor de moda. Nada les paraba. Ni siquiera la lluvia fina que caía sobre nosotros, incluidos cámaras de televisión y fotógrafos. Me coloqué la rebeca como improvisado paraguas mientras corría por el aparcamiento. Ellos me ponían el micrófono casi en la boca y preguntaban sin cesar.

—¿Es cierto que el señor Campbell ha dejado a Emma Johnston por usted?

La joven periodista que preguntaba podía ser una alumna mía, pero también había reporteros más veteranos y con más mala baba.

—¿Van a pasar las Navidades en su nidito de amor? Ya sabe en la casa de la playa dónde les hicieron las fotos a ustedes juntos. Esas en las que salían casi desnudos...

—¿Fue Nick Campbell alumno suyo? —dijo otro con peor intención.

Casi me da algo, no lo esperaba. En realidad, no había sido profesora de Nick sino de Will, aunque técnicamente durante un tiempo fue algo parecido. Nadie podría saberlo, ¿o sí? En esos funestos pensamientos escuché la voz de algunos de mis alumnos:

—¡Dejen en paz a nuestra profesora! —reconocí a Tom.

—¡Sí, déjenla en paz! —gritó Susan, otra de mis alumnas del instituto.

Algunos se asomaron a las ventanas para ver el espectáculo. Me resbalé durante la persecución. Tom y Neil vinieron en mi rescate. Me levantaron y escoltaron tan deprisa como pudieron al interior del instituto. En la puerta de cristaleras sonaron los golpes de protesta de los periodistas, aunque no traspasaron el umbral.

—¿Se encuentra bien, señorita? —preguntó Tom angustiado mientras yo me recomponía y secaba la maltrecha falda. La rebecca estaba hecha un trapo enfangado. Mi aspecto era horrible, y, para colmo, las imágenes de mi caída se repetirían hasta la saciedad en los programas sensacionalistas o la prensa rosa.

—Estoy bien, gracias, no os preocupéis.

Resté importancia al comprobar sus caras serias, sin embargo entré con aprensión en el aula. Los chicos permanecían de pie, algunos aún asomados a la ventana viendo cómo se marchaba la farándula mediática.

—Sentaos, chicos. Siento el retraso. He sufrido un ligero percance.

Mis alumnos se sentaron con caras preocupadas. Susan, Tom y Neil fueron a sus pupitres. Intenté sonreír, ocultar mi nerviosismo y las ganas de llorar, y comencé mi clase. Nunca hasta entonces me había retrasado, pero mi vida ahora era un circo y mis alumnos pagaban por ello sin tener culpa. Esos negros pensamientos me acompañaron hasta que terminó la clase y pude respirar. Antes de la siguiente tenía tiempo de tomarme un café, o mejor una tila, visto lo sucedido.

Susan y otras dos alumnas se acercaron.

—Siento mucho lo ocurrido, señorita. ¡Qué tipos más indeseables! —dijo enfadada.

—No hagas caso. Es su trabajo.

Aunque yo pensaba como ella. Me habían acosado como a un animal herido.

—¿De verdad es usted la novia de Nick Campbell? —preguntó Anne, como si se tratase de ciencia ficción el hecho de que yo saliera con el famoso actor.

—¡No seas cotilla, Anne! —todo el mundo sabe que Nick y la señorita Julie son solo amigos. Se conocieron durante su rodaje en el instituto, ¿verdad señorita?

Asentí. Por lo menos era cierto que nos conocimos durante el rodaje de una de sus películas en el instituto donde yo trabajaba. Lo cierto era que salíamos en secreto desde hacía unos meses para evitar, precisamente, que la prensa del corazón nos atosigara y yo pudiera llevar una vida normal. Pero era suficiente haber salido en unas fotos comprometidas, para que siempre me atormentaran con lo mismo: hacerme hablar sobre Nick y nuestro *affaire*, como lo llamaba la prensa. Nick y sus asesores habían desviado la atención enviando un comunicado donde se especificaba que solo había sido el ligue de una noche y Nick incluso llegó a salir con otras mujeres, incluidas modelos y actrices, para no descubrir nuestro amor secreto. Ni eso había podido librarme del continuo acoso de ciertos *paparazzi* cuando no tenían material morboso. Alguna cadena

de televisión y una revista me habían tentado con una cantidad astronómica de dólares por relatar cómo fue aquella única noche con Nick. Todo con tal de conseguir una exclusiva del actor de moda que acababa de ganar un Óscar.

El escándalo y escarnio que hicieron de mí por esas fotos estuvo a punto de costarme mi puesto de profesora de secundaria. Gracias al señor Cole, nuestro director, seguía conservando mi empleo. No obstante días como aquellos dificultaban que el instituto no se viera afectado por la exposición pública de mi vida. Los padres de mis alumnos eran implacables y el hecho de que yo fuese algo mayor que Nick junto a las provocativas fotos que publicaron hacían que recelasen de mi persona. Incluso, alguno de mis alumnos me lanzó alguna insinuación después de aquello, aunque pasados unos meses creía que ya estaba todo olvidado. Era evidente que no era así en absoluto.

En la cafetería de los profesores encontré a mis amigas Helen y Rosalind.

—Oh, Julie, nos hemos enterado de lo que te ha ocurrido esta mañana. ¿Te encuentras bien? —me abordó Helen a la vez que se ajustaba las gafas y me echaba café en una taza.

—Gracias, creo que una infusión doble de tila me vendría mejor.

—¡Tonterías! —saltó Rosalind—. Tienes que hacer frente a esto.

—Claro, como si fuera tan fácil —bufé—. Al venir hacia aquí he visto la taquilla abierta de uno de mis alumnos. ¡Con una foto mía colgada! ¡Aquella donde solo llevaba la camisa de Nick y se me veía la mitad de las t...! —me mordí la lengua, rabiosa—. ¡Y encima me guiñó un ojo! No quiero ni pensar en otra reunión de padres llamándome pervertida y asalta cunas.

—Vamos, Julie —me consoló Helen—, esto pasará. Ya se cansarán en cuanto vean carnaza en otro sitio.

—Sí, pero apenas puedo ver a Nick y cuando lo hacemos, parecemos criminales. No me puedo ni acercar por su casa de la playa, siempre hay alguien apostado para sacar la foto del año.

—Bueno, en eso quedasteis los dos, ¿no? —dijo Rosalind. Resopló inclinada y con los brazos en jarra, como si me diera un rapapolvo—. Queréis llevar vuestro romance en secreto, así que debes acostumbrarte al papel de amante furtiva.

—Si casi no lo veo. Está siempre tan ocupado con el trabajo, la promoción, las entrevistas, las reuniones con la productora y los estudios... Y en el escaso tiempo que tiene, apenas podemos quedar. Su cara resulta ya tan conocida que es imposible ir a ningún sitio de Los Ángeles donde no lo reconozcan.

—No te quejes tanto —me espetó Helen—, por lo menos estáis juntos. Igual que Rosalind has encontrado a tu amor. En cambio, yo...

—Lo siento, Helen. No quería apenarte, es que estoy tan nerviosa.

—Para nerviosa yo —señaló Rosalind—, de la noche a la mañana he encontrado al hombre de mi vida. ¡Y me voy a casar! —gritó. Dio saltos de alegría.

La tarima de madera crujió como un viejo navío a punto de hundirse. El veterano Roger, el profesor de ciencias, se asomó pálido a la puerta.

—¿Habéis sentido eso? ¡Parecía un terremoto! —exclamó con rostro asustado.

—Oh, no es nada —soltó Helen— es que arriba están arrastrando muebles.

—¡Pues deben ser unos muebles inmensos y muy pesados! —señaló el pobre, antes de marcharse asombrado.

Si hubiera podido sonrojarse Rosalind sería la criatura más colorada del planeta tierra, pero se limitó a mirarnos con su típica postura de brazos en jarra y con aspecto de ir a pegar un sopapo al pobre mortal que la llamara gorda.

—Este Roger tan imaginativo como siempre —indicó Helen con poco éxito— como es tan mayor...

—Vale, lo he captado —bramó Rosalind. Estoy gorda, lo sé. Muy gorda.

—No... no...

Rosalind atajó nuestras protestas con una mano. Destilaba autoridad.

—Chicas, no tenéis que mentirme porque sea vuestra amiga. Sé que estoy un poco por encima del peso ideal. Por lo que he decidido ponerme a dieta.

—¿Tú a dieta? —saltamos al unísono Helen y yo. Sabíamos que Rosalind jamás había podido ni querido hacer tal cosa.

—Eh, voy a casarme. Y como me llamo Rosalind que haré todo lo posible para conseguir mi objetivo.

—Tu objetivo ya lo has conseguido, Rosalind —le dije—. Has encontrado al hombre con quien compartir tu vida. ¿Quién te lo hubiese dicho meses antes?

—Mi objetivo es éste —dijo, enseñándonos una revista de catálogo.

Era la foto de una modelo en traje de novia.

—¿Un vestido de sirena? —exclamó horrorizada Helen, sin poder evitarlo.

—¿Qué pasa? ¿Por qué no puedo llevar un vestido de sirena? Realzaría mi figura. Me gusta mi culo —dijo furibunda.

—No, si está bien. Es muy bonito —la apacigüé, mientras miraba la foto. Aunque se trataba de una modelo de talla grande, no era tan inmensa como nuestra amiga. El vestido de novia era drapeado y ceñido con un amplio volante a la altura de las rodillas y un escote palabra de honor.

—Este es mi vestido —señaló.

—Es... es... tan blanco y brillante... —murmuró Helen.

Yo también me preguntaba por el efecto que mostraría sobre la intensa piel oscura de Rosalind un blanco tan blanquísimo y esos adornos de pedrería que lo hacían parecer un árbol de navidad nevado.

—Blanco nieve —dijo ufana Rosalind—, ese es el color que quiero. Es el vestido de mis sueños, pero no lo tienen de mi talla.

—¿Y qué vas a hacer? —pregunté inocente.

—¡Pues qué voy a hacer! Adelgazar varias tallas —exclamó, como si eso fuese lo más sencillo del mundo—. Hasta la primavera cuento con tiempo, veréis.

—El vestido debes encargarlo meses antes de la boda —le aguó, Helen.

—Ya lo he pensado —dijo Rosalind algo enfurruñada—, después de Navidad iré a la tienda para las pruebas. Para entonces, ya habré rebajado unos cuantos kilos y podré ponérmelo por encima. Quiero que lo vea mi familia.

Y acto seguido se tragó dos cruasanes de un bocado.

—¡Rosalind! —se alarmó Helen—. ¿Y tu dieta?

—Empiezo mañana. No seas aguafiestas. Tengo trabajo, me voy.

Y se marchó dejándonos de una pieza. Yo me imaginaba lo que sería ir a comprar el vestido con toda la familia. Rosalind acudiría con sus nueve hermanas, su madre, su abuela, sus tías, sus sobrinas... ¡Ay, me lo estaba imaginando! Toda la familia Hunter al completo.

—Cualquiera le quita la ilusión —me señaló Helen. Parecía algo triste y yo sabía el motivo.

—Siento lo de Thomas, Helen. Sé que os llevabais muy bien.

—Oh, no te preocupes, Julie, ya lo he superado.

Sus gestos nerviosos decían lo contrario. Con todo el trajín de mi vida en los últimos meses desde que salía con Nick, no había encontrado ocasión para hablar con Helen del tema. Sabía que estaba decepcionada. Decepcionada por la confesión de Thomas, que después de salir con ella, le descubrió su homosexualidad. Pero también dolida porque Thomas había decidido cambiar de instituto en el siguiente curso y le había privado del amigo íntimo con quien disfrutaba de gustos comunes como ir a la ópera, ver museos, asistir a obras teatrales... Ahora Rosalind con sus preparativos de boda y yo, con mis encuentros furtivos con Nick, apenas teníamos tiempo para salir con ella fuera del trabajo.

Incluso albergamos la esperanza de que el sustituto de Thomas fuese por fin el hombre que necesitaba Helen, sin embargo una veterana maestra ocupó su

puesto de profesora de historia, y aunque era una mujer encantadora, obviamente no era lo que necesitaba mi amiga.

¡Cuánto habían cambiado nuestras vidas en tan poco tiempo!

Cuando terminé mi jornada laboral regresé a mi casa temerosa de nuevos encuentros con la prensa. Por fortuna no había ningún periodista acechándome en la salida. Llegué tarde a mi modesto apartamento, después de entretenerme en comprar algo en el supermercado, sin contar lo que había tardado el autobús.

—Hola, Tina —llamé a mi gata—. Te traigo tus latitas preferidas.

—Miau, qué bien.

—¡Nick casi me matas del susto! ¿Qué haces aquí?

Nick hizo caso omiso a mis protestas y se acercó para besarme.

—Te recuerdo que me diste una llave de tu apartamento. Es el único sitio que me parece seguro ahora.

—Oh, Nick... ha sido terrible. Esta mañana han estado en el instituto esperando a que entrara.

—Lo sé. He visto las imágenes este mediodía. Por cierto, ¿te hiciste daño?

—¿Esos mal nacidos han explotado mi caída?

Lancé con furia el bolso al sofá y me quité el impermeable mojado.

—Nick, esto no puede seguir así, mañana volverán los padres furiosos a decir que soy... ¿cómo me llamaron? Ah, sí, un elemento perturbador para los chicos.

Mientras hablaba, deambulaba de aquí para allá por el apartamento, colocaba y descolocaba las mismas cosas de sitio. Me quité la rebeca cochambrosa que arrojé a la cesta de la ropa sucia, y me sequé con una toalla mojada. Nick me miraba entre divertido y preocupado. Él estaba acostumbrado a lidiar con la prensa, sobre todo con cierto tipo de prensa, yo no.

Cogí a Tina para darle un abrazo de bienvenida. Fui a ponerle su latita de paté, pero alguien se había adelantado.

—Pensé que igual necesitabas comida para la gata.

—Sí, ya lo sé, soy un desastre doméstico. Ni siquiera sé cocinar. Menos mal que la comida de animales viene preparada en latas. ¿Tienes hambre? Nosotros nos apañaremos con un sándwich.

Nick se rio. Me mosqueé. Ya estaba un poco atacada con lo de los *paparazzi*, y que se riera de mis nulos conocimientos culinarios me escocía.

—Ah, ya lo entiendo. Tú harás la cena, ¿no? Estupendo, adelante, hombre perfecto. A veces das asco, de verdad.

Nick volvió a reírse, esta vez con más ganas.

—Julie, ¿por qué te mosqueas conmigo? Ven aquí, cariño —y me atrajo hacia él, cogiéndome de un brazo. Yo lo abracé de mala gana—. Hoy no preparo la cena, la traigo hecha ya de un restaurante. Y no te enfades, boba, ¿acaso no tenías ganas de verme?

Descubrió su inmaculada sonrisa. ¡Dios, qué guapo era! Un efebo griego, un mirmidón, Apolo reencarnado. Su cálida sonrisa me derritió y el mal humor que traía se esfumó. Nos besamos apasionadamente hasta que la gata se subió al respaldo del sofá y nos reclamó atención. Nos reímos y acariciamos a Tina, que parecía una cachorrita mimosa buscando las carantoñas de sus papis.

—Anda, vamos a comer. Yo caliento la comida y tú ponte cómoda.

Le di un sonoro beso en los labios y fui a ducharme. Después de empaparme por la lluvia, de resbalar en el suelo y de un día tenso, necesitaba el confort del agua caliente. Cuando salí, olía a gloria. Nick desplegaba toda su sabiduría culinaria, mientras preparaba los platos y servía la cena. Aunque estuviese hecha, él sabía darle un toque especial con alguna hierba o especia. Nos besamos de nuevo entre los fogones.

—¡Qué bien huele! —le dije. Noté un inesperado e intenso ataque de hambre.

—Tú también —me dijo y rio, mientras me besaba juguetón detrás de una oreja.

Me senté a la mesa, alumbrada por velas violetas.

—Y aquí tenemos este magnífico Rioja —me dijo a la vez que me enseñaba una botella como si fuera un truco de magia—. El que tanto te gustó en mi casa, ¿recuerdas?

—Ah, sí. Ese vino español... no sé si es buena idea: mañana madrugo.

—Y yo también —dijo Nick—, pero mañana es mañana y ahora es ahora.

Y me sirvió un generoso trago. No es que no me gustara, solo que beber alcohol me traía malos recuerdos fruto de una amarga experiencia.

Después de cenar hicimos el amor con pasión. A las dos de la mañana, disfruté viendo a Nick dormido junto a mí. Parecía tan vulnerable... Su cabello rubio formaba algunas ondas en la nuca. En la actualidad lo llevaba algo más largo y ensortijado. Me recordaba al David de Miguel Ángel. Su respiración era pausada y plácida, dormía profundamente, yo no podía. Acaricié sus cabellos, recordé el pelo lacio y fino que tenía en su adolescencia. ¡Cuánto sentía el desprecio y las burlas crueles que le infligí! Y mi deslealtad cuando lo dejé solo ante aquellos merluzos.

Reviví el momento en el que nos conocimos: él un adolescente gordo y apocado que suspiraba por mí, la que entonces era una universitaria alocada y

embobada por la estrella de rugby de la universidad de Los Ángeles. Y cómo perdí hasta mi dignidad por salir con aquel cretino, mientras Nick, que entonces yo conocía como Will, suspiraba por mis huesos.

Y ahora, el chico rechazado, el feo y torpe Will era una estrella de cine y uno de los hombres más impresionantes de su época. Ambos habíamos pasado un infierno para llegar hasta donde estábamos: amantes furtivos que intentaban recomponer sus vidas años después. ¡Si me hubiesen dicho en mi época de estudiante que me iba a enamorar locamente de Will me hubiese reído y horrorizado, y ahora contemplaba la desnudez de uno de los hombres más deseados del planeta tierra! Lo arrojé con cariño. Me levanté y me asomé a la ventana: seguía lloviendo y lo poco que se percibía de Los Ángeles era un borrón confuso. Me volví a acostar y me quedé dormida abrazada al calor de su cuerpo.

Un olor apetitoso se abrió a mi olfato, mientras Nick me zarandeaba suavemente:

—¡Despierta dormilona o llegarás tarde al trabajo! Te he hecho el desayuno.

—¿Qué hora es?

—Las seis y media.

Cerré los ojos. Estaba muerta de cansancio, pero Nick vino en mi rescate. Devoré los huevos revueltos, el beicon y las tostadas, como si no hubiese comido nada en días.

—¡Para, para! —rió—, no te vaya a sentar mal.

—¿Tú no comes?

—No. Tengo un desayuno de trabajo a las ocho, no quiero comer dos veces —dijo con unos golpecitos en el plano abdomen.

Nick ya estaba vestido. Para mi sorpresa, se colocó una oscura peluca, un bigote y un gorro. Su expresión facial había cambiado, así como el tono de su voz cuando se dirigió a mí:

—Señorita Garrett, ha sido todo un placer dormir en su casa.

—Nick, ¿qué haces? —le pregunté muerta de risa.

—Te visito de incógnito, como hacía Robin Hood a la bella Mariam.

—Oh, Nick, qué gracioso estás. Si pareces un coleccionista de sellos —me reí ante su pinta tan estafalaria. Lo cierto es que daba el pego.

—Es la única forma de verte, querida. Por cierto, cuando nos veamos en público recuerda que soy Will Stanford, mi verdadero nombre —explicó con un acento tan inglés que parecía en realidad otra persona.

—Lo intentaré.

Nos besamos apresurados mientras él se marchaba. Antes de cerrar la puerta volvió para besarme de nuevo, me hizo cosquillas con los bigotes y me provocó un ataque de risa. Mi vecina, la corpulenta y cotilla señorita Triss, salió de su casa enfundada en una capa parecida a la de Sherlock Holmes y un gorro para la lluvia.

—Buenos días —dijo con mirada inquisitiva.

—Buenos días —contestamos.

Nick se marchó en el ascensor con ella y lo compartieron. Su disfraz parecía funcionar, pues conociendo a mi vecina, hubiera tardado poco en formar un escándalo. Una vez que entré en su casa para pedirle leche para la gata —siempre se me olvida comprar a tiempo— vi varias revistas donde sobresalía Nick, así como un gran póster de él que pude ver de refilón desde la puerta entreabierta de su dormitorio. Era la foto del anuncio de la fragancia masculina que hizo de Nick, además de más famoso, objeto de deseo inconfesable de millones de mujeres y gais.

Y es que estaba casi desnudo, en el marco incomparable del mar de Capri, con aquellos ojos azules tan intensos que habían desbancado al propio Paul Newman. Así que sabía el secreto de mi solterona vecina, que era además una mujer de armas tomar, funcionaria de mediana edad y muy dada a distintas causas solidarias. Cuando se enteró, como todo Estados Unidos de mi *affaire* con Nick, estuvo sin dirigirme la palabra —sin motivo aparente— hasta esa mañana que nos dio los buenos días. Bien porque iba dirigido a dos personas o bien porque creyó que tenía un nuevo novio y Nick volvía a ser libre ante el mundo, como si eso supusiese una mínima esperanza de salir con él algún día.

Ático con sombras

A pesar de que habían pasado unos meses desde que se había ventilado mi *affaire* con Nick y de que las aguas se habían calmado, de vez en cuando, algún periodista ávido de morbo se acercaba al instituto para ver cómo era mi triste vida sin el astro de Hollywood. Eso siempre me provocaba un sobresalto, porque nunca sabía dónde podían estar escondidos o cuándo y en qué momento de mi intimidad me asaltarían. No sé a quién le interesaba ya mi existencia, pero parece que si no había material suficiente, siempre resultaba tirar de antiguos escándalos. Ya era difícil mantener en secreto nuestra relación, como para seguir asediada por los busca basuras de turno.

Para el instituto suponía también un problema, pues no era publicidad del gusto de padres y profesores. A los alumnos, en cambio, les encantaba salir en las revistas de cotilleo y el hecho de que entrevistaran a algunos para que hablaran sobre la señorita Julie, la ex de Nick Campbell, había provocado muchos problemas y una ristra de reuniones y disculpas con padres y madres.

Tras el último asalto de uno de los *paparazzis* que casi se coló en una de mis clases, el señor Cole, director del instituto, me llamó al despacho. No intuía nada bueno, a pesar de que siempre me había ayudado a salir de apuros.

—Siéntese, Julie —me ordenó tieso, como siempre.

Yo me moría de ganas por saber qué quería, pero tuve que esperar a que terminara de revisar un sinfín de papeleo.

—Usted dirá —dije, con un ligero carraspeo.

—Julie, como comprenderá la situación no puede seguir así por más tiempo. Los alumnos están siendo objeto de un seguimiento inapropiado por parte de indeseables de la prensa. Y veo que usted ha sido incapaz de poner coto a todo este lamentable asunto.

—Lo siento mucho.

—Lo de ayer no se puede repetir. He recibido cientos de llamadas de padres, por no decir de la prensa, preguntándome qué haré con usted.

—¿Y qué hará, señor Cole? —contesté muy seria.

—Su... su desliz con el señor Campbell no tienen que pagarlo los alumnos.

—¡Pero, señor Cole! —exclamé ofendida.

—No he terminado aún, Julie. Sé que usted no es la culpable de todo, pero debería haber pensado antes de..., digamos, enrollarse con un actor las consecuencias que acarrearía. Fue poco discreta, Julie, si valora la atención que despiertan ciertos personajes sociales. Así que, usted no es ajena a la situación, aunque no la provocara y nos ha puesto a todos en el candelerero. He pensado que tarde o temprano se cansarán de esto y como usted ya no tiene nada que ver con ese hombre —me miró severo— ... Porque ya no hay nada entre ustedes, ¿no?

—No, no... —mentí.

—Como decía, ese tipo de prensa ya se cansará, así que mientras tanto, como aún está caliente el asunto de sus fotos...

—No se volverá a repetir —murmuré al recordar las fotos que recorrieron medio mundo tras mi primer encuentro con Nick.

—Bien. Entonces, considero que todo regresa a la normalidad. Vuelve a ser una mujer..., ejem... libre. Julie, ¿querría...?

Pero antes de que terminara la frase lo corté, llevada por el pánico de que se me volviera a declarar.

—Hay... hay un hombre en mi vida...

Noté la rigidez del señor Cole. La frialdad del Conde Drácula retomó su semblante. Yo no deseaba hacerle daño de nuevo, pero por nada del mundo quería afrontar otra cita con él. Me disgustaba mentirle respecto a Nick, aunque si todos se quedaban tranquilos con un nuevo noviazgo, merecía la pena ocultar la verdad.

—Otro hombre... —musitó el señor Cole, algo cortado—. No quiero más escándalos, señorita Garrett. Creo que la designaré para otras funciones.

—¿Qué quiere decir? —Me alarmé—. No me quitará de las clases, ¿verdad?

—Me temo que ya lo he hecho, Julie. Me he visto obligado a tomar esa medida tras la última reunión que mantuve con los furibundos padres que pedían tu cabeza. O eso, o trasladarte de instituto. Lo siento, no pongas esa cara. Te he mantenido en el puesto todo lo que he podido. Sabes muy bien que tras el escándalo de las fotos tuyas semidesnuda con el actor... —puso gesto contrariado— Ser profesora de instituto engloba unas responsabilidades; aunque las fotografías hayan sido tomadas en el ámbito privado.

—¡Pero eso es totalmente injusto! —protesté, llena de rabia y casi sin poder hablar.

—El mundo no es justo. No obstante, te propongo un trato que creo que lo es. Necesito a alguien que nos represente en algunas situaciones. Por ejemplo: mañana hay una convención de directores de centros de educación en Nueva York. Quiero que vayas y me representes.

—¿Qué? Yo no puedo hacer tal cosa. Solo soy profesora.

—Pueden ir representantes y no es una invitación, es una orden. Es mejor que permanezcas alejada del centro por el bien de los alumnos y de ti misma.

—¿Y qué ocurre con mi clase?

—Ya hay otra sustituta. Lo siento, Julie, no me queda otra alternativa, salvo que quieras marcharte a otro instituto.

Mi silencio fue la respuesta más obvia.

—En administración te darán los billetes de avión y la reserva de hotel. Suerte.

No había réplica en el tono seco del señor Cole que de nuevo se había puesto su careta de Conde Drácula.

—No se preocupe —contesté a la vez que salía del despacho.

—¡Espere!

Me quedé inmóvil en el umbral.

—Y, ¿cómo se llama su nuevo amigo? ¿A qué se dedica?

Sabía que esa pregunta no tenía por qué contestarla. Era una intromisión en mi intimidad. Si con eso me dejaba en paz... Mi mente trabajó rápido. Necesitaba dar con algo convincente.

—Se llama... Will Stanford y es escritor —solté.

—Vaya —exclamó el señor Cole—. Muy bien. Espero, ejem... que sean felices.

—Gracias señor Cole.

Y me fui muy incómoda y triste. Pensé en mi mentira y en el dolor que se reflejó por un instante en sus ojos. Sabía lo mucho que me había ayudado cuando otros me habían dado la espalda. A partir de ese instante reconocí también que iba a herir a muchas personas si persistía con el engaño de mi relación con Nick. Mientras iba en dirección a las oficinas intuía con toda seguridad por qué me había asignado esa convención del fin de semana: la pesca había pasado de afición a pasión.

Rosalind ya estaba preparada para mi ataque de histeria.

—Lo siento, querida, de verdad. Eres una buena profesora.

—Pero ¿por qué me manda a una reunión tan aburrida y sin finalidad alguna? Yo no tengo la culpa de que me sigan *paparazzi*. Los demandaré.

—Bien, haz lo que quieras. Una cosa es cierta: te seguirán espiando y tarde o temprano darán con vuestro secretillo. Al fin y al cabo, sales con Nick y aquí intentas seguir con tu vida. Pronto se sabrá y el señor Cole, con razón, se enfadará más, pues hace lo imposible para que no te despidan. Hay padres con mucho poder, Julie, a los que no les gusta un putón como profesora, la verdad.

—Hombre, gracias —le dije asombrada.

—Sabes que no te llamo eso aposta. Es así como te ven —y abrió tanto los ojos, que casi me echo a reír y a llorar a la vez.

—Sí, tienes razón. Estoy jugando con fuego y los chicos no tienen por qué aguantar esta locura que ha entrado en mi vida. ¿Qué voy a hacer? Siempre he querido ser profesora.

—Deja que Nick te mantenga, es muy rico.

Solté un bufido. Rosalind me entregó los billetes de avión y las acreditaciones.

—Sabes que no podrás desempeñar tu empleo si decides casarte con él. Toma, aquí está todo, menos la reserva de hotel. Hay un problema de ordenadores, tranquila, después lo arreglamos.

—Gracias. Y no sé si me casaré con él.

—¿Por qué no? —me gritó, mientras se dejaba caer sobre el mostrador, que casi abomba cuando yo me alejaba.

En ese momento no tenía ganas de explicaciones. A Nick y a mí nos iba bien y debía estar contenta, pese a que era estresante citarse a escondidas y como si fuéramos espías. Apenas nos veíamos además entre mi trabajo y el suyo. Y muchas veces, simplemente no habíamos podido quedar por miedo a ser descubiertos. Él mientras, seguía su rollo de soltero de oro, salía de vez en cuando con alguna chica, cosa que provocaba en mí auténticos ataques de celos, aunque supiese que lo hacía para buscarse una tapadera. Así que muchos de nuestros encuentros acababan en discusiones y me parecía ya muy lejos la madrugada en la que vino a casa de Rosalind después de ganar un Óscar y ponerme los zapatos que me dejé en su casa cuando hui al descubrir su secreto. Su terrible secreto: el chico a quien más detestaba en mi juventud. El adolescente feo tímido, gordo y lacio que años después aparecería en mi vida tan transformado que no lo reconocí... ¿Acaso podría salir bien? Cuanto más lo pensaba creía seriamente que no. Vivíamos en mundos incompatibles y tan diferentes, que no estaba segura de amoldarme al suyo. Lo cierto era que lo

amaba y no podía dejarlo en ese momento. Y él también luchaba por mantener la llama de un amor que siempre peligraba por gélidas corrientes de aire.

Todo esto cavilaba cuando recogí mis cosas de la taquilla y de mi despacho. Aunque no abandonaría ninguno, era una sensación parecida a la de despedirme. Porque me despedía como profesora ya que, por lo visto, el señor Cole había programado un completo programa para alejarme del centro la mayor parte del tiempo posible.

Al llegar a casa estaba malhumorada y muy enfadada. Sabía que tenía parte de responsabilidad en lo que me había ocurrido, pero me parecía muy injusto que mientras a Nick todo aquello le daba publicidad y no parecía resentirle en su carrera, a mí me crujían por todas partes. Tanto mi vida personal (aireada sin mi consentimiento) como la profesional se veían afectadas de forma muy negativa.

Me sentía furiosa con Nick, aunque reconocía que solo buscaba un chivo expiatorio y que, en realidad, con quien estaba furiosa era con la sociedad machista y maliciosa, así como conmigo misma. Sin embargo, resultaba más fácil desahogarme contra él. Así que, pese a las ganas de hablar con él y contarle lo que había pasado, decidí no hacerlo hasta que mi humor mejorase.

Así que esa tarde transcurrió entre los preparativos de mi escueta maleta para el fin de semana, una ducha reconfortante, una cena ligera y una andanada de arrumacos de mi gata Tina, que parecía intuir mi estado de ánimo y trataba de consolarme. Cuando cenaba un sándwich frente al televisor sonó el teléfono. Dejé a Tina a un lado, que protestó lastimeramente en el momento en que la quité de mi regazo y miré el número que salía en el visor. Ya había sufrido muchas «llamaditas» de periodistas de la prensa rosa y me había vuelto precavida. Reconocí el número de Nick y descolgué ansiosa:

—¡Nick, gracias a Dios! No sabes lo que me ha ocurrido...

La voz al otro lado no era la de Nick.

—Lo siento, señorita Garrett, soy Amanda, la secretaria del señor Campbell. Llamaba porque quiere que se reúna con él en media hora. El chofer pasará a buscarla.

Me quedé de piedra.

—¿Cómo?

—El señor Campbell quiere concertar una cita con usted. Le pregunto si el coche puede ir a recogerla a las nueve y media.

—La he entendido perfectamente —contesté agria—. ¿Podría ponerme con Nick?

—El señor Campbell está reunido en estos momentos, puedo pasarla con su asistente si quiere...

—¿Con su asistente? —Bufé. ¡No me lo podía creer! Era como intentar hablar con el presidente de los Estados Unidos. ¡Tenía que pasar por su secretaria y su asistente para mantener una conversación con él!

Mi mal humor volvió en una nueva oleada. La secretaria debía estar acostumbrada a filtrar entrevistas y llamadas, y parecía impertérrita al otro lado del teléfono. Yo también desconocía hasta qué punto sabía mi verdadera relación con su jefe. Simplemente cumplía su trabajo, salvo que yo no era una cita profesional (o al menos eso creía).

—Por favor, señorita Garrett, necesito una respuesta.

—Pásenme a buscar —mascullé con rabia y colgué.

La única manera de hablar con Nick cara a cara era acudir a la cita. Al día siguiente me marchaba a Nueva York.

Michael llegó puntual como siempre. Yo no me arreglé especialmente para esa ocasión, así que iba con mis vaqueros, un jersey holgado y cómodo, y mi abrigo de temporada. Un atuendo que reflejaba mi estado emocional en ese momento: no tenía ganas de arreglarme para Nick. Me sentía demasiado cabreada.

Llegamos a Hollywood Boulevard, una zona residencial muy lujosa de Los Ángeles, donde el metro cuadrado de suelo costaba más que si contuviese petróleo. Michael me dejó frente un imponente edificio de nueva construcción, con terrazas impresionantes y fornidos guardias de seguridad en la puerta. Una mujer y un hombre acudieron a mí en el recibidor ante mi asombro.

—¿Señorita Garrett? —dijo el hombre— La estábamos esperando.

—¿A mí? —me puse tensa. Esperaba a Nick, no a una pareja, ¿qué estaba pasando?

—Si nos acompaña, por favor —me dijo la mujer a la vez que me guiaba hacia el ascensor.

—No entiendo —atiné a decir por fin, cuando ya subíamos a las últimas plantas.

—Oh, este es mi compañero Raymond Stuard. Y yo soy Cécile de La Fontaine. Somos agentes inmobiliarios de Happy House.

—¿Agentes inmobiliarios?

—Se lo explicaremos todo cuando subamos arriba —replicó el hombre—, el señor Campbell nos está esperando.

Y así era. En medio del impresionante *hall* del ático estaba Nick, como siempre, pegado al móvil. Tras un largo instante de espera, decidió cortar la

conversación y nos saludó. Me dio dos fríos besos en las mejillas (o así me lo pareció) y estrechó la mano de los dos agentes, que enseguida comenzaron con su trabajo. Nos enseñaron cada una de las inmensas estancias del ático, al que no le faltaba detalle alguno. La terraza era como un invernadero en plena ciudad, con una vista panorámica de Los Ángeles extraordinariamente bella. Yo no entendía nada. ¿Qué hacíamos allí viendo las luces de la ciudad que era como una joya en la noche?

Por fin cerraron la terraza. Hacía frío y yo no veía el momento de hablar a solas con Nick. Gracias a Dios, los dos agentes tras entregarnos sus tarjetas y hacer alarde de peloteo se despidieron. No sin antes de que la tal Cécile le pidiera a Nick un autógrafo para sorpresa de él y mía.

—Claro —dijo sonriente—, mientras no sea un contrato...

Ella le rio la ocurrencia y ambos se marcharon satisfechos.

—Puedes empezar a explicarte —le disparé con cara de pocos amigos.

Me senté en un sillón de cuero de aire retro.

—Julie, he pensado que este puede ser el lugar perfecto para compartir nuestras vidas.

Me quedé atónita.

—Sé que no hemos podido hablar antes de esto, pero ha sido muy difícil con el rodaje y la presentación de la anterior película.

—¿Dices en serio que vivamos juntos?

—¿Por qué no? —preguntó alarmado por mi expresión.

—Es muy precipitado. Ha sido una sorpresa..., no es que no quiera, es que me queda lejos del trabajo, no es mi ambiente. No lo he podido digerir aún.

—No te preocupes —se acercó. Se sentó y me cogió las manos—. Aunque sé que no queda cerca de tu barrio es la zona más neutral que he encontrado. Al tratarse de un barrio residencial especialmente reservado y también de un lugar de negocios lejos de la locura de Hollywood, nos citaremos con discreción sin miedo a *paparazzi*. ¡Es un ático! No pueden vernos. ¿No te parece estupendo? ¿No te gusta?

—No... si es bonito, claro, pero...

—¿Qué ocurre, Julie? —parecía preocupado.

—Es que no es mi ambiente, no sé si encajo aquí, eso es todo. Así de sopetón...

—Mira Julie, no me vengas ahora con esas. He hecho un verdadero esfuerzo para que estemos juntos y a ambos nos sea fácil conciliar el trabajo. Podía haber

cogido una casa en las colinas que te quedaba muy lejos del trabajo y sé que no quieres conducir. Así que debemos conformarnos con esto.

—Espera, ¿insinúas que es mi culpa?

—¡Por ti he de jugar al escondite con la prensa y los Estudios!

—¡Lo que me faltaba oír! Como no soy rica ni famosa llevamos lo nuestro en secreto.

—Eso no es así y lo sabes —gritó enfurecido. Admitía que tenía razón, pero estaba demasiado enfadada con él como para dársela—. Tú quieres seguir con tu trabajo y que no te afecte salir con un famoso. Y eso ahora es imposible. Si no fuera por tu empeño en continuar en el instituto nuestras vidas resultarían más tranquilas.

—¿Ah sí? ¿Pues sabes lo que pienso? Que estás cabreado porque tienes que rodar una película que no te gusta y lo pagas conmigo.

—Pues sí, estoy cabreado por participar en esa pifia, no me gustan las historias románticas.

—¡Si tú eres un hombre romántico! Eres amable, atractivo, educado y caballeroso.

—Venga ya, Julie ya sabes a lo que me refiero.

—¿Te avergüenzas de mí? —le solté sin contemplaciones.

—¿Qué? ¿Cómo puedes preguntarme eso a estas alturas?

Parecía noqueado.

—Creo que, en realidad, Nick Campbell, el famoso y rico actor se siente cohibido por salir con una simple profesora de instituto, algo mayor que él y que no tiene dónde caerse muerta. Eso es lo que pienso.

—No me lo puedo creer, Julie. Todo este tiempo que llevamos juntos, cómplices y viéndonos, sí, en secreto por el bien de los dos y ¿ahora me sales con eso? Eres injusta y lo sabes.

—Lo que es injusto es que me coma todos los marrones de nuestra relación. A ti no te han apartado de lo que te gusta, no te amenazan con el despido ni te ponen mala cara cuando te preguntan por tu ligue de instituto.

—Vaya, sí que estás cabreada. Aunque no deberías pagarlo conmigo.

—Y por no hablar de esa Emma Johnston. Creí que habíais cortado.

—Si te refieres a esas fotos en el Festival de cine de Sundance...

—Sí, a esas me refiero.

—¡Sabes que no hay nada entre nosotros! Solo salí con ella para desviar la atención sobre lo nuestro. La utilicé.

—¿Y cómo sé yo que no me estás utilizando a mí?

—¿Utilizarte? ¿Para qué? Julie, te estás volviendo paranoica.

—¿Eso piensas? Creo que es mejor que dejemos por un tiempo lo nuestro. Necesitamos reflexionar unos días al menos. Me marcho mañana a Nueva York. Estaré fuera el fin de semana.

—Yo estaré en Canadá rodando lo que queda de la película. Muy bien, si eso es lo que quieres. Si necesitas ayuda, yo en Nueva York...

—No la necesito. Está todo arreglado —lo corté.

—Muy bien, pues hablaremos de lo nuestro a la vuelta —dijo algo cabizbajo.

Ambos nos habíamos desinflado.

De vuelta a casa, me preguntaba por qué le había dicho que necesitábamos dejarlo, cuando yo contaba las horas para verlo. Lo quería muchísimo, pero siempre había alguna barrera. Y reconozco que la mayoría de ellas las ponía yo. Podíamos haber aprovechado la noche para estar juntos en los escasos momentos en los que nos veíamos y no malgastarlos en discusiones fútiles. Ya no tenía remedio. No me quedaba otra que esperar varios días para verle, pues después de nuestra discusión dudaba de que hablásemos siquiera por teléfono, ya que ambos nos habíamos despedidos enojados.

La manzana ácida

*L*as imponentes torres gemelas y la Estatua de la Libertad escoltaron la vista del aterrizaje, pero la llegada a Nueva York no fue como la había planeado. El día estaba frío, gris y lluvioso. Solo los taxis con su llamativo amarillo destacaban entre la cortina de agua que caía cuando salí del aeropuerto. Decidí en cambio, coger un minibús que hacía el servicio desde el aeropuerto a mi hotel con otros clientes. Era más barato y funcionaban bien. Sin embargo, a pocas manzanas de mi destino se estropeó y tuvimos que bajarnos. Los que iban más lejos optaron por esperar a otro minibús que les recogería, según las indicaciones del conductor, aunque tardaría un poco ya que, con la lluvia, el tráfico estaba colapsado en esa gran ciudad.

Como mi hotel no quedaba lejos y solo llevaba mi bolso y una pequeña maleta con ruedas preferí caminar, mientras desafiaba las inclemencias del tiempo. Otros dos pasajeros se unieron: un abogado cuyo traje gris, parecía casi negro de empapado, y que se tapaba la cabeza y la espalda con una gabardina, así como un comercial, bajito, calvo, y gran conversador, que no paró hasta que nos despedimos entre dos avenidas, donde cada uno tiró hacia su destino. Me recordaba a Danny DeVito, simpático y extrovertido. Incluso me dio una tarjeta. El abogado se escabulló con un adiós seco entre la gente que corría a resguardarse de la lluvia. La temperatura también había bajado desde que aterricé y yo no estaba acostumbrada a ese frío norteamericano.

El simpático comercial me indicó que la lluvia podía trocarse en nieve si seguían descendiendo las temperaturas y se había anunciado una ola de frío para el domingo. Temblé. Con el frío del viernes ya me conformaba. La oscuridad cayó rápido y aunque solo eran algo más de las seis de la tarde, las nubes oscuras y la escasa luz de principios de diciembre adelantaron la noche. Me hubiese gustado poder admirar las inmensas y gráciles siluetas de los rascacielos de Nueva York, pero la lluvia y el ajeteo de mi alrededor me lo impedían. Parecía

que todo el mundo tenía prisa por refugiarse, incluso los que iban en coche, que cruzaban las calles veloces, y salpicaban barro y agua por doquier. Miles de letreros y carteles luminosos jalonaban la oscuridad como si la propia ciudad fuese un inmenso árbol de navidad.

Por fin vislumbré el letrero de mi hotel. Me apresuré y arrastré mi *trolley* entre charcos y giros imprevistos de ruedas que retrasaban mi marcha. Estaba situándome en el paso de cebra para cruzar la calle, cuando noté un fuerte tirón del brazo izquierdo y alguien embozado con una capucha y con rapidez pasmosa se llevó mi bolso. Corrí tras él que desapareció entre la gente, a pesar de que no había mucha en esos momentos, y lo perdí en un santiamén. Por el camino había dejado también la maleta de un chillón naranja, que pude localizar tras constatar que jamás podría alcanzarle. En mi bolso, además de objetos personales como las llaves de mi casa y mis documentos de identidad iban los billetes de avión y la reserva del hotel, junto a mi tarjeta bancaria y todo mi dinero. No había previsto repartírmelo, ni guardar el móvil en un bolsillo. Estaba desolada y cuando llegué al hotel, también empapada y furiosa.

Tras hablar con los recepcionistas, éstos llamaron a la policía y yo tuve que esperarlos en el *hall*.

El hotel estaba a rebosar con la convención de directores y profesores de institutos y centros de secundaria. Al parecer, también había problemas con mi reserva, pues el hecho de que estuviese en principio a nombre del señor Cole había trastornado las disposiciones del hotel, ya que compartía habitación con otro colega. El susodicho, un veterano, ya presto a jubilarse y felizmente casado y con nietos, no quería compartir habitación con una «jovencita». No sé si le aterró mi reputación al reconocermelo, o simplemente era un hombre chapado a la antigua que no quería problemas, pero lo cierto es que me quedé sin habitación y sin dinero ni forma de llamar a mis amigas para pedir ayuda.

La policía tomó nota del robo, aunque no pudo hacer más. No había podido identificar al ladrón, que a esas horas estaría bien resguardado en cualquier punto de la inmensa ciudad.

Al hotel no cesaban de llegar clientes. Era fin de semana, estábamos en diciembre, mes de las compras para muchos foráneos y con un temporal en ciernes, lo que dificultaba la tarea de poder encontrar alojamiento. Conseguí que, al menos, me dejaran hacer una llamada para pedir dinero y ayuda, aunque solo una. Pensé bien. No podía desperdiciarla. El señor Cole estaba pescando, así que era inútil llamarle. Por la tarde y viernes, no había nadie en administración en el instituto. Tenía que decidir entre mi familia o mis amigas. Descarté a Nick, pues

odiaba pedirle ayuda, sobre todo después de nuestra pelea. Helen estaría en el gimnasio y ya le había hecho cargar con la responsabilidad de cuidar a mi gata, así que opté por Rosalind, ya que mis padres y mi hermano estaban de viaje por Europa, conociendo a la familia de mi cuñada Francesca y era más difícil localizarlos. Una voz infantil sonó al otro lado del teléfono. Era la hermana pequeña de Rosalind.

—Maggie, soy Julie. ¿Puedes decirle, por favor, a tu hermana que se ponga?

—No está —contestó escuetamente.

—¿Sabes cuándo vuelve?

—No.

Estaba perdiendo la paciencia. Aunque Maggie tenía nueve años, su voz sonaba como si tuviese seis.

—¿Está alguna de tus hermanas mayores en casa?

—No. Todas se han ido a buscar cosas para la boda de Rosalind. Estoy sola con las pequeñas Anne y Lisa, y la abuela.

Las pequeñas eran sus sobrinas, hijas de la hermana mayor de Rosalind. Suspiré.

—¿Puedes decirle a tu abuela que se ponga?

—Está en el baño y va a tardar.

No me podía creer mi mala suerte. El recepcionista del hotel me miró con cara de pocos amigos. La llamada se prolongaba y yo no podía pagarla.

—Oye Maggie, escucha, es muy importante: quiero que le digas a tu hermana Rosalind que Julie ha llamado. Que me han robado el bolso y necesito dinero. Y que me confirme la reserva del hotel. Por favor, es muy importante. Dile que me llame al hotel, ¿vale?

—Se lo diré.

Y colgó. Yo no sabía ya qué hacer. El *hall* estaba atestado y dejé la recepción donde no paraban de atender a ateridos y mojados clientes, que esperaban una habitación y cena calientes. Me senté a esperar en un sillón de la entrada, mientras intentaba serenarme y confiaba en la rápida respuesta de Rosalind. Me sentía incómoda con la ropa mojada y muy cansada. Pasaron las horas. Eran más de las diez y media de la noche cuando por fin desde recepción me indicaron que tenía una llamada. Era Rosalind.

—Oh, querida, ¿estás bien? ¿Qué ha ocurrido?

Le conté brevemente lo sucedido. Por desgracia hasta el día siguiente no podría recoger el dinero que me enviaría. Y lo malo es que era dinero suyo, ya que sin la firma del señor Cole no podía enviármelo a cuenta del instituto:

—Aunque hicimos la reserva desde el centro pensamos que era mejor que se pagara directamente al llegar allí —me explicó.

Junto a los billetes de avión me habían dado un sobre con dólares para los gastos de alojamiento y manutención. Solo debería entregar las facturas a mi regreso, pero ahora me encontraba sin blanca.

—¿Qué voy a hacer? —le dije desesperada. No tengo dinero ni para coger un taxi. Tampoco sé dónde encontrar un hotel económico a esta hora.

—¿Quieres que llame a Nick?

—Ni lo pienses —le planté.

—Está bien... se me ha ocurrido algo. Ahora te vuelvo a llamar.

Esperé otra media hora y por fin Rosalind me dio la buena noticia:

—He hablado con una compañera de un centro de San Francisco. Lo hemos arreglado para que compartas habitación con otras dos profesoras mientras te hago mañana una transferencia por la Western Union. Son las señoras Holly y Miller. Al menos, podrás pasar la noche a resguardo, ya me han dicho que están todas las habitaciones ocupadas, Julie. Aunque te enviemos dinero no te podrías alojar allí, como no sea compartiendo habitación con esas señoras, si ellas quieren.

—No te preocupes. Solo es un fin de semana, aguantaré.

A las señoras Holly y Miller no les hizo ninguna gracia tener otra ocupante. No pudieron negarse ante la petición de su centro que les pagaba la habitación. Me pusieron en una cama supletoria y nos distribuimos el turno en el baño. Me tocó el último lugar, como no podía ser de otra forma. Ni siquiera cené y al día siguiente, tras una noche sin apenas pegar ojo y dos horas de espera para acceder al baño, solicité su ayuda para pagarme el desayuno. Estaba desfallecida pues tampoco había almorzado durante el viaje en avión.

Las dos profesoras amablemente me pagaron el desayuno, aunque resultó bastante violento, ya que era un gasto con el que no contaban y se vieron forzadas a hacerlo. Yo me sentí también mal por las molestias que causaba a dos desconocidas y a mi amiga Rosalind, que adelantaría su dinero para la entrega.

La convención se inauguraba a las diez. No disponía de mucho tiempo para acercarme a la WU y recoger la transferencia. Lo malo es que carecía de efectivo para pagarme un taxi. En el bolsillo de mi abrigo conservaba algunas monedas sueltas que me daban apenas para un billete de metro. Pregunté en recepción por la dirección y me acerqué, con el deseo de disfrutar ya del dinero.

El viaje estaba gafado desde el principio. Cuando llegué, con toda lógica, no pude sacar nada, ya que no llevaba documentación.

—¡Me la robaron anoche! —me desesperé.

No obstante, el responsable de ventanilla fue inamovible.

—Lo siento, señora. Sin ninguna documentación no puede sacar el dinero. Pida a la policía un certificado de la denuncia y solicite una tarjeta de identificación provisional.

—¡Necesito ese dinero! No puedo estar en Nueva York sin dinero. Le he dicho que me han robado.

—Compréndalo, señora. No podemos quebrantar las normas.

Me fui finalmente cabreada y con ganas de patear a todo lo que tenía por delante. Para colmo, volví andando. Llegué al hotel cuando ya habían pasado dos horas del inicio, aunque con los retrasos y las presentaciones, no me perdí gran cosa. No estaba para concentrarme ni atender discursos. Mi estado era lamentable y no sabía ya qué hacer. Ni siquiera sabía si en el hotel me dejarían volver a llamar. ¿Y de qué serviría? La pobre Rosalind había enviado su propio dinero para ayudarme, rascando en un sueldo ya bajo, para nada. Antes de que me dieran un carné provisional ya me habría ido de Nueva York (si es que podía).

Cuando creí que las cosas no podían ir a peor, empeoraron. Supongo que por el ajetreo me sentí indispuesta. Decidí ir a la habitación, pese a que no tenía tarjeta para abrir. Busqué a las señoras Holly y Miller, que se habían marchado por lo visto de compras —reflejo de que la convención era lo que parecía: un auténtico rollo—. En recepción no quisieron darme ninguna, pues solo estaba a nombre de ellas. Opté por usar los lavabos del hotel. Pero estaban ocupados tras el descanso de las conferencias, incluso el de hombres.

A pesar de mi necesidad perentoria, nadie quiso cederme el paso. Creí que me lo haría allí mismo. Salí desesperada del hotel, luché contra un intenso viento frío que se había levantado, cortante y amenazador. No sabía qué hacer. Parecía que no había bares ni lugares con un baño por toda la manzana.

Pasé por Central Park y ganas me dieron de meterme entre unos setos. Lo malo es que, a pesar del frío, estaba concurrido por ser sábado. Pasé el edificio Dakota donde mataron a John Lenon. Me hubiese parado a verlo mejor, pero mis retortijones anunciaban una catástrofe inminente. Por fin vislumbré la silueta clásica del Museo de Historia Natural con sus pancartas coloridas que peleaban contra el viento. Entré como una exhalación, esperaba que ningún guardia ni conserje me parara. Ni siquiera llevaba dólares para dejar la voluntad. No sé cómo, adelanté a un grupo de críos que iban directamente al baño y pude colarme antes de que se llenara como en el hotel. Llegué justo a tiempo porque

no hubiese aguantado ni un segundo más. Creí que me moría de dolor y vergüenza, sin embargo no lo hice. Así es la naturaleza. Vací mis tripas, mientras toda la chiquillería de un colegio pasaba alborotada por el resto de los servicios. Al fin me quedé sola. No podía salir, pues seguía con retortijones.

Media hora después me rehíce, aunque no quise alejarme mucho, así que me dediqué a visitar salas. Me senté en todos los bancos que encontraba, hasta que tuve que volver otra vez al lavabo. Cinco incursiones después, estaba segura de que no podría sacar nada más de mi cuerpo. Con malestar y temblando de frío regresé al hotel. Necesitaba acostarme y beber algo. Sin embargo, las dichas señoras no habían vuelto y no me quedaba otra que sentarme de nuevo en el *hall* o volver a aguantar una conferencia. Resolví descansar en el *hall*, pues volvía a tener retortijones, aunque en menor medida, así como un cansancio tremendo. Hubiese llorado de haber podido, pero no me iba a servir de nada. Descansaba cuando alguien preguntó por mí. Un hombre alto y uniformado se me acercó.

—¿La señorita Garrett?

—Sí, soy yo —dije mientras intentaba disimular mi malestar.

—Buenas tardes. Me envía el señor Stanford.

Me quedé en blanco. ¿Cómo diablos se había enterado Nick de que yo?... Bueno, ya lo averiguaría más tarde.

—¿El señor Stanford? ¿Qué es lo que quiere?

—Me envía para que la lleve a un hotel. ¿Quiere acompañarme?

Estaba aún furiosa con Nick, pero también enferma. Carecía de dinero y probablemente de habitación para esa noche. ¿Qué otra cosa podía hacer? Decidí acompañarlo. Recogí mi equipaje, que para sorpresa mía se encontraba ya en recepción. Estaba claro que las señoras Holly y Miller no esperaban tenerme de nuevo con ellas esa noche.

El señor Pitt —así se llamaba mi salvador— pagó la conferencia que realicé a Los Ángeles y por indicación mía, también dejó el dinero prestado del desayuno para la señora Miller. Ya se lo devolvería a Nick en cuanto nos viésemos. Afuera empezó a nevar mientras el viento arrojaba copos de nieve con furia. El chofer me abrió la puerta del coche y subió mi equipaje al maletero. Poco después, llegábamos al hotel Mandarin, donde me habían reservado una suite impresionante. La mejor, diría yo: un ático con una terraza con vistas preciosas a Manhattan y Central Park. Combinaba la modernidad con el lujo oriental. Pitt parecía ser además de chofer, un cuidado asistente.

—¿Necesita algo más?

—Esto... Sí. ¿Podría comer algo? No me apetece salir. Algo ligero, no me encuentro muy bien.

—¿Quiere que llame a un médico? —me dijo con preocupación.

—¡Oh, no, no..., no es nada! Solo necesito comer un poco y descansar.

—Haré que le traigan una buena merienda o cena, como más le guste.

—Una mezcla de las dos. Una merienda cena estará bien, gracias. Y, esto, ¿y el señor Stanford?

—Supongo que se pondrá en contacto con usted. Se encuentra ocupado, me ha dado instrucciones para que esté bien atendida.

—Bien, muchas gracias.

El señor Pitt se marchó y pude ir al baño. Por fin tenía uno para mí sola, sin esperar colas, ni poner papeles en la tapa para no coger miasmas. Me sentí por fin relajada y aliviada. Debía reconocer que, pese a mi testarudez, debería haber llamado a Nick desde el principio. Ahora tendría que hacerlo para darle las gracias y pagarle. ¡Dios, yo no podía pagar esa suite! Por otra parte, hablaría con Rosalind, no me cabía duda de que ella había contactado con Nick para contarle lo que me había ocurrido. Además, de decirle que no había podido retirar el dinero, aunque a esas alturas, ya lo sabría. Iba a llamar, cuando sentí unos ligeros golpecitos en la puerta. Un camarero apareció con un carrito lleno de comida. Había zumos, infusiones, tortitas, pollo, pastel de manzana, tostadas, fruta... ¿cómo sabían lo que me gustaba? Nick, claro. Las infusiones fueron lo que mejor me sentó y lo que atacé primero, junto a un croissant. Mientras devoraba la comida observé que en la mesilla habían dejado un sobre. Imaginé que Nick me había escrito, pero su interior estaba lleno de billetes de cien dólares. Perdí la cuenta. Por lo visto, había pensado en todo...

Con el estómago lleno y ya más tranquila me dispuse a explorar la enorme suite, que contaba con salón propio, incluso un árbol en su interior, además del impresionante baño y la no menos impresionante cama. Afuera nevaba con furia. Temblé al observar la ventisca; apenas se veía el exterior a través de los grandes ventanales. Las habitaciones estaban caldeadas y decidí tomarme un baño caliente. Lo necesitaba. Más que bañarse, se podía nadar en el inmenso *jacuzzi*. Para colmo de alegrías, tenía un amplio surtido de productos de baño y tocador de Dior. Disfruté como una niña pequeña con la espuma y el agua caliente. Bien abrigada después con el esponjoso albornoz llamé a Rosalind. Era el único teléfono que recordaba, salvo el mío. En cambio, era incapaz de recordar el de Nick. O, mejor dicho, los de Nick, porque tenía varios. Cuando iba a coger el teléfono, este sonó, dándome un sobresalto. Era él.

—¡Will!

—Hola, Julie. Veo que sigues enfadada.

—¿Por qué lo dices?

—Porque solo me llamas Will cuando estás enojada conmigo.

—Vale, lo siento. Tienes razón, pero no estoy enojada, solo sorprendida y agradecida. Gracias por ayudarme, esto es demasiado...

Rio.

—Julie, disfruta de las cosas buenas que te da la vida.

—En este caso, de ti...

—¿Y qué más da?

—Fue Rosalind, ¿verdad? Ella te dijo lo que me había ocurrido.

—Rosalind es una buena amiga, no te enfades con ella, Julie. En realidad, lo hizo a través de Michael. Me dolió que no lo hicieras tú.

—No quería molestarte.

—¿No querías molestarme? —su voz sonaba ahora enojada—. Por amor de Dios, Julie, soy tu novio. Te roban, pasas apuros y ¿no querías molestarme?

—No lo entiendes, no quería tu compasión.

—¡Querrás decir mi ayuda! ¿Por qué no aceptas mi dinero?

—Porque, porque... es humillante —solté.

De nuevo nos pusimos a discutir. No sé por qué últimamente acabábamos siempre así. Él quería hacer algo por mí y a mí me sentaba mal. Y a él le molestaba que a mí no me gustara que me mantuviera...

—Está bien, dejémoslo —su voz sonaba ahora cansada—, no te he llamado para discutir. Estaba preocupado por lo que te podía pasar. Estoy demasiado lejos para ayudarte.

Yo también suavicé mi actitud.

—Si ya me estás ayudando, Nick. No sabes cómo te agradezco todo esto. Las calles de Nueva York son muy duras sin dinero.

—Me refiero a apoyarte, Julie. Quisiera estar contigo para abrazarte, reconfortarte, no solo pagarte la habitación.

—¿Te parece poco? Oh, Nick, ya me estás reconfortando con tus palabras... Ni siquiera sabía dónde llamarte. Tienes tantas secretarías y teléfonos... Eso es lo que me molesta. Para acceder a ti, tengo que pasar por varios filtros.

—Lo siento, aunque mi vida es muy complicada sabes que siempre estoy disponible cuando me llamas. Apunta este teléfono que te voy a dar. Este es solo para ti y para mí.

—Espera.

Busqué papel y boli. Apunté el nuevo teléfono de Nick. Ahora me sentía como una tonta. Lo echaba muchísimo de menos.

—Nick... cómo me gustaría que estuvieras aquí conmigo.

—Y a mí —me contestó, aliviándose.

—Es duro llevar una relación como la nuestra. Sé que por el bien de los dos debe seguir siendo secreta, pero se me está haciendo muy cuesta arriba. Me han quitado como profesora.

—Lo sé. Aunque lo hemos discutido muchas veces, creo que deberías dejar tu trabajo, yo no puedo.

—Por favor, Nick, no lo estropees de nuevo. Coincido en que es difícil, muy difícil compaginar mi trabajo con el tuyo, mi vida de profesora con la tuya de megaestrella. Entiende que para mí es importante mi empleo. ¿Qué puedo hacer si no? ¿Dejar que me mantengas? He luchado mucho por lo que tengo, no puedo dejarlo sin más.

—Julie, sabes que si queremos que lo nuestro prospere uno de los dos deberá renunciar a su antigua vida.

—Y he de ser yo —repliqué cansada.

—Haces que parezca que intento que dejes tu empleo solo por ser mujer y sabes que no es así.

—Es verdad, no eres un hombre machista, lo reconozco. Sé que me lo propones para darme una vida mejor. Nick, ni siquiera sabemos si lo nuestro prosperará. ¿Qué pasará si no sale bien? Yo no consigo adaptarme a tu vida.

Se hizo el silencio. ¿Por qué siempre acabábamos así? Podríamos reír al contarnos cosas más agradables y no terminar siempre con reproches y miserias uno al otro.

—Julie, solo sé que te quiero y que trato de hacer todo lo posible para que esto funcione. Sé que es injusto pedirte que renuncies a tu trabajo y a tu vida, pero sabes muy bien que es la opción más fácil para los dos si queremos continuar con esta relación y estar juntos. Si quieres seguir, lo entiendo y te apoyaré. Solo que los periodistas no te dejen y lo sabes.

—Soy consciente. Y que no es bueno para el instituto y para los alumnos. Solo déjame algo más de tiempo.

—En cuanto a lo que ocurrirá si lo nuestro terminara... —se interrumpió. Yo tenía también un nudo en la garganta. Aunque no contempláramos tal cosa, había que pensar que lo nuestro podía acabar con toda probabilidad. Había demasiados obstáculos en contra— si así sucediera no te dejaré desamparada.

—No estamos casados, no me tienes que dar nada.

¿Había enojo o disgusto en su voz cuando contestó?:

—Sabes que el matrimonio no es ahora una buena opción.

—No hablaba de matrimonio, Nick...

—Sea como fuere, no te dejaré en la cuneta.

—Está bien, cariño. No me has dicho como estás tú —quise cambiar la conversación. ¿De qué serviría porfiar en ese momento? ¿Cuántos hombres llevados por la pasión habían prometido algo así para después escurrirse de su memoria pasados los años? Aunque también sabía que Nick era un hombre de palabra, pero hablar en esos momentos de cuántos dólares costaba nuestra relación era como tratar un contrato comercial. Me resistía a ello, siempre creí que dos personas debían estar juntas por amor, no por interés. Pese a que el aspecto práctico pesaba, pues en esa relación uno era más fuerte que el otro en el terreno crematístico. Si cortábamos, él seguiría teniendo una buena vida y yo, en cambio, no sabía si podría reengancharme en mi profesión. El hecho de pasar a ser una mantenida me rechinaba los dientes.

—Julie, ¿estás ahí? —La voz de Nick sonó con preocupación.

—Lo siento, estaba distraída.

—Te preguntaba si necesitas algo más.

—No, gracias. Ya has hecho suficiente. Con este dinero puedo pagar el billete de vuelta.

—Eso no será necesario. Está todo arreglado.

—¿Qué quieres decir?

—En recepción te darán las instrucciones. Pitt se encarga de todo.

—Bu... bueno —dije intrigada.

—Te tengo que dejar, Julie... yo...

—¿Sí?

Se hizo el silencio.

—Nada, ya hablaremos más tranquilos cuando volvamos a vernos.

—Adiós, Nick.

—Adiós, Julie.

Y colgó, dejándome aún más desasosegada, pensando qué quería decirme y por qué éramos incapaces de hablar sin la sensación de que una cortina pesaba en nuestra relación.

En una de las mesitas estaba ese telón en forma de noticia. En esa misma fecha Nick pasó a encabezar dos diferentes listas: la de los diez hombres más deseados de People y la de Forbes, entre los más ricos. No solo por sus astronómicos salarios como actor, sino por haber recibido al cumplir los veinticinco años la

fortuna de su abuelo Roger Campbell, estimada en más de mil millones de dólares entre dinero y posesiones. Daba asco.

Cerezas en confitura

Al día siguiente, la ventisca había amainado pero todo Central Park amaneció bajo montañas de nieve, según pude comprobar desde los ventanales de la suite presidencial. No me atrevía ni a salir a la terraza. La oscuridad solo estaba rota por las luces insomnes de Nueva York y el tímido resplandor de un alba incipiente. A pesar de haberme acostado intranquila por la conversación de la noche, estaba tan cansada que había dormido como un bebé. Ahora me encontraba en plena forma. Me vestí rápido y antes de salir sonó el teléfono. Era el señor Pitt que me esperaba, puntual, en el coche para llevarme al otro hotel donde se celebraba la convención.

No me entretuve en desayunar, a pesar del magnífico bufete del que disponía el Mandarín. Decidí que ya me tomaría algo en el descanso de las charlas, pues había cenado opíparamente. Desde luego, mi último día en la convención fue mucho mejor y más cómodo gracias a Nick. Tener dinero era un asco. No tenerlo era peor.

Como estaba previsto, a las once hubo una pausa entre conferencia y conferencia —todas ellas aburridísimas— y los asistentes acudieron a tomar algo a la cafetería del hotel. Vi a la señora Miller en un rincón mientras hablaba con otras personas. También estaba la señora Holly. Decidí acercarme para darles las gracias y comprobar que le habían entregado a la primera el dinero que me prestó para el desayuno. Cuando me aproximaba oí parte de la conversación, donde yo no era ajena al tema.

—Sí... esa fresca —dijo.

—Qué poca vergüenza tienen algunas, mira que presentarse aquí —comentó alguien del grupo.

—Y que lo digas, querida —siguió la señora Miller—, ha sido muy desagradable compartir habitación con esa mujer.

—Parecía agradable —saltó tímidamente la señora Holly.

—Estaba atacada y sin blanca. Tiene que ser una cabeza de chorlito. No me extraña que la atracasen.

—¿Cómo es posible que su centro la haya mandado aquí? —preguntó uno de los caballeros.

—Eso digo yo —afirmó la señora Miller— ¿Cómo es posible que alguien tan distinguido y recto como el señor Cole mantenga aún en su puesto a esa buscona...?

Interrumpió su frase cuando por fin me vio. Ya era demasiado tarde, me había empapado de lo esencial de la conversación.

—¡Oh, señorita Garrett... qué sorpresa! No sabía que estaba usted aquí... aquí aún, quiero decir, en la convención.

—Pues ya ve. Aún estoy aquí, y desde hace un rato.

—Oh, yo...

La interrumpí, mientras unos avergonzados cotillas se escaqueaban de forma disimulada.

—Solo venía a darles las gracias a usted y la señorita Holly por su amabilidad al dejarme dormir en su habitación y para saber si había recibido el dinero que me prestó.

—Oh, gracias, qué amable —dijo con la mano en el pecho, la muy hipócrita—, pero no era necesario pagarme nada, lo hice de corazón.

—No obstante, prefiero saldar cuentas —le repliqué con mirada seria; ella cada vez estaba más nerviosa—, no vaya a ser que luego coja mala fama —recaqué, y le lancé una gélida sonrisa.

—Oh, querida... yo... claro que no —rio forzada—, ¿quién va a pensar mal de usted?, una joven tan encantadora...

Dejé al grupito y me dispuse a desayunar. Aunque no había muchos sitios libres, por alguna razón nadie se quería sentar a mi lado, incluso algunos me esquivaban sin disimulo. Noté un nudo en la garganta, sin embargo disimulé, y determiné seguir con mi desayuno y con la convención que acababa a las cinco. Ya tendría tiempo de escaparme después.

Una amable voz sonó a mis espaldas.

—Ho... hola, señorita Garrett, ¿puedo sentarme?

Era el viejo profesor que debía haber compartido habitación con el señor Cole. Se veía apurado.

—Claro, siéntese —le dije.

—¿Qué tal está, se le pasó ya el disgusto del robo?

—¿Eso? Bueno, ya me he hecho a la idea. Salí de esa.

—¿Se ha podido alojar en el hotel? Está todo completo.

—He encontrado habitación en otro.

—Qué bien. Espero que no sea muy cutre, en las grandes ciudades hay hoteles maravillosos o los más cochambrosos que pueda uno encontrarse.

—Estoy felizmente alojada, señor...

—Percy, Percy Smith.

—Encantada, yo soy Julie Garrett.

—Sí, lo sé. Me temo que es famosa y muy a su pesar, por lo que veo.

Debió ver mi cara de fastidio. Y yo agradecí su gesto al sentarse a mi lado. Parecía que ya nadie estaba pendiente de mí.

—¿Usted y el señor Cole se conocen?

—¡Huy, ya lo creo! Somos viejos camaradas desde hace muchos años. Casi tantos como los de estas convenciones, que son cada vez más soporíferas.

Sonreí. Por lo menos ya no era la única que pensaba lo mismo.

—Qué, ¿ha visitado ya esta fascinante ciudad?

—Apenas he podido —contesté. Di un bocado a mi tostada.

—Como casi no ha estado en la convención, pensé que... —se paró, divertido.

—*Touché*. Pero no he hecho novillos. Tras el atraco he sufrido un sinfín de líos.

—¡Vaya, no lo sabía! Cuánto lo siento. ¿Ha podido arreglar su situación? Si necesita ayuda...

—No se preocupe. Ya mi... un buen amigo me ha socorrido.

—Es una pena que se vaya sin haber conocido algo más de esta ciudad. ¿Sabe?, yo nací y viví aquí durante mi infancia un tiempo.

—Sé que es una lástima. Nunca había viajado aquí y ya ve, mordí la manzana y me comí el gusano.

Rio.

—Es muy amable por acercarse y hablar conmigo. Por si no se ha dado cuenta, el resto me evita.

—Claro que me he dado cuenta, por eso me he sentado junto a usted, señorita Garrett. Verá, hay personas que son como las cerezas en confitura.

—¿Cómo?

—Volvió a reír.

—Yo califico así a esas personas ácidas envueltas en falso almíbar. Empalagosas y falsas, no como las auténticas cerezas. Tengo una idea: vayámonos de aquí.

Lo miré intrigada.

—No quiero que se vaya de Nueva York sin haber probado un trocito de manzana. La de la parte buena —rio.

—Muy bien, pero esta tarde me marcho. Cojo un vuelo, aunque aún no sé la hora.

—Yo también. Todavía contamos con unas horas preciosas para ver suficiente. Venga.

Y se levantó algo renqueante con ayuda de su bastón y yo le seguí divertida.

—Si has vivido algo más de cinco minutos en esta ciudad ya eres neoyorquino —me explicó, al tiempo que paraba un taxi.

—A la Quinta Avenida —ordenó, a la vez que se colocaba el bastón entre las piernas.

Era un bonito bastón digno de un museo.

—¿Le gusta? Me lo hicieron en Indonesia en uno de mis viajes con mi mujer. Para entonces la rodilla ya me estaba matando.

—Es precioso. Parece...

—Sí, la empuñadura es de plata y esto son incrustaciones de nácar. Fíjate cómo está desgastado por el uso. Es mi preferido.

—Se ha quedado liso y suave —murmuré admirada con tan bella pieza—. Es casi como un arma.

—Ya lo creo. ¡A quien vuelva a atracarte lo dejo tieso! —gritó, mientras blandía el bastón como un garrote.

Me eché a reír. Por mucho que lo intentara, el señor Smith no podría parecer fiero, ni con colmillos. Como mucho parecería el oso Yogui.

—¡Aquí, pare aquí! —ordenó al conductor, que llevaba una música oriental a todo volumen.

—Probablemente persa o paquistaní —me dijo Percy—. Antes los taxistas eran italianos o irlandeses. De eso hace ya mucho tiempo —suspiró.

Nos bajamos en una concurrida calle llena de gentío y tráfico. Habían limpiado la nieve de las aceras que aún pendía de toldos y ornamentos urbanísticos.

—Ese es el Rockefeller Center —me indicó—. John Rockefeller quitó la hierba del jardín y la sustituyó por hielo porque le gustaba patinar. ¿Qué te parece?

—Que es muy bonito —contesté. Admiré la zona y el dorado Prometeo que robaba el fuego de los dioses y que daba fama a la plaza.

—Es muy fácil orientarse en Nueva York, querida —dijo con un ofrecimiento de su brazo—, ya que las avenidas discurren de norte a sur, y las calles de este a

oeste. Esa que está allí —me indicó mientras caminábamos— es la catedral de San Patricio.

Las bocinas de los coches sonaban como en las películas. Todo era ajeteo en las calles. Solo la pista de hielo cruzada por numerosos patinadores reflejaba algo de calma en el ambiente. La ciudad lucía sus mejores adornos navideños donde el rojo, el verde y el dorado, destacaban por doquier. Estuvimos unos minutos contemplando el ambiente, aunque mi renqueante nuevo amigo quería que conociera lo máximo posible de su adorada ciudad.

—Por aquí, por aquí. Esto está lleno como ves de tiendas lujosas. Aquí puedes encontrar las más famosas de Nueva York, así como comercios con todas las marcas de lujo. Como esa.

Y cruzamos la gran avenida para visitar los escaparates de una fantástica tienda que hacía esquina al sur de Central Park: Tiffanys.

—Aquí se rodó *Desayuno con Diamantes* —me dijo ufano.

—Sí, lo sé. Con Audrey Hepburn y George Peppard —le contesté sonriente.

—Si tienes cámara te tomaré una foto, querida. A mis nietas les encanta hacerse fotos en estos escaparates —sonrió—. Incluso hay una planta para comprar anillos de compromiso —me guiñó.

Yo accedí complaciente, aunque me daba un poco de vergüenza.

—Ajá. Perfecta. ¿Sabes que te pareces a Audrey?

Ahí sí que me eché a reír.

—Lo siento. Es que me han comparado ya con tantas actrices, que me lo tomo a broma. Ni remotamente me he parecido a alguna.

—Ya lo creo que sí. Tienes un rostro muy dulce, con esos ojos y pelo castaños. Tienes... algo especial. Tal vez no seas despampanante, pero eres una joven muy atractiva a tu modo, Julie. Tienes algo... Y no te estoy tirando de los tejos —rio de nuevo, apoyándose en su bastón—. Ya soy un viejo carcamal, no te ofendas.

—No me ofende, me divierte. Me considero una chica corriente.

—Tonterías. Podrías ser como cualquier actriz. Eres una belleza clásica. En mis tiempos las mujeres eran más mujeres. No sé si me entiendes. Eran menudas y voluptuosas como tú. Más hermosas que esos jamelgos o jirafas que salen ahora.

Ya sí que me reí a gusto.

—De hecho, si un joven tan apuesto como ese actor, Nick Campbell, se fijó en ti es por algo —siguió y rompió el encanto del momento.

Mi silencio le hizo volverse.

—Lo siento, querida. No quería ofenderte. Es que es *vox populi* que tú y él...

Se paró consternado. Sé que no lo hacía con malicia, me di cuenta hasta de qué punto una puede ser conocida solo por unas fotos indiscretas. Quise romper el hielo que se había formado —y no precisamente por el frío que hacía ese día—, y quitar hierro al asunto:

—El mundo del cine no es lo mío. ¿Qué le parece si vemos algo de Central Park?

Y aceptó inmediatamente mi propuesta. Nos lanzamos a recorrer, al menos, una parte del parque, y me relataba todos los acontecimientos de personajes que recordaba de Nueva York.

—Aquí han vivido Frank Sinatra y Ava Gardner —al ver que volvía a traer a colación a unos actores, cambió de tercio—, aunque también ha sido refugio de gánsteres como Lucky Luciano y Frank Costello. Vivían en los apartamentos Majestic. A Albert Anastasia le mataron en la barbería del hotel Park Central y a Joe Gallo, lo acribillaron a balazos mientras comía *spaghetti* en Humberto's Clam House.

Sus jadeos indicaban que ya no podía más. Llegamos frente a un mosaico dedicado a la memoria de John Lennon.

—Hablando de tiros —dijo, ahogado y se limpió el sudor con un pañuelo a pesar de la baja temperatura—, allí está el edificio Dakota, donde mataron a Lennon en 1980.

Al ver su estado le propuse tomar algo, ya que hacía frío y el color ceniza del cielo iba tornándose más oscuro. Para homenajear al exbeatle compré cafés y donuts, y después nos sentamos en un banco helado en Strawberry Fields.

—Me gusta la zona oeste de Central Park. En el entorno del parque está el Museo Guggenheim, el Metropolitan, el Museo de Historia Natural...

—Sí —le corté al recordar mi incursión a los lavabos de este último—. Se nos hace un poco tarde.

—Tienes razón —me dijo y apuró su café—. Pero antes, te tengo que enseñar otro sitio más. A mis nietas les encanta.

Y con esas razones no podía negarme. Además, yo lo estaba pasando muy bien y disfrutaba de su compañía, tras el desaire del resto de profesores. Volvimos a coger un taxi y esta vez me llevó a ver la impresionante Times Square. Con la luz menguando, la iluminación de las vallas publicitarias y los carteles luminosos desbordaban la vista. Era como estar dentro de un videojuego. La zona resultaba más bulliciosa que las que habíamos visitado. Un trajín de vehículos y personas, donde se mezclaban turistas, policías y descuidados, al acecho de una buena cartería.

Hice fotos contagiada por el resto de los que, cámara en ristre, querían exprimir ese punto mágico de la ciudad. Uno de los anuncios me dejó inmóvil: Nick en calzoncillos de Calvin Klein me miraba descarado entre un alto rascacielos. Parecía mucho más joven, con el pelo agitado y una pose entre indolente y soberbia. No quería que se me fuese la vista al bulto, sin embargo ahí estaba en todo su esplendor. A mi lado, unas japonesas le hacían fotos sin parar, con sus risas discretas y elegantes. Muy distintas a las de unas españolas que empezaron a gritar y a fotografiarse, mientras intentaban ser enmarcadas con el rubio efebo.

Allí en los altos luminosos de esa calle atestada era un desconocido. Un hombre distinto al que yo creía reconocer, mirándome desde su altura de dios, con ese muslamen y cuerpo de atleta a punto de salir de la pantalla.

—Un joven muy apuesto —susurró Percy en uno de mis oídos, mientras el resto de las conversaciones eran engullidas por el estruendo de la ciudad.

—Sí, lo es —le contesté. Procuré dominar mis sensaciones.

Broadway era un bullicio y un reflejo del mundo en el que mandaba Nick. Un mundo que me parecía tan extraño y lejano como esa plaza. No muy lejos encontraría algún cine con alguna de sus películas o alguna referencia de su paso por alguno de los teatros que poblaban esa zona.

Viendo mi zozobra, Percy me sacó de allí, mientras nos abríamos paso entre la multitud. Había colas en algunas entradas a musicales y teatros, a pesar del frío. Dejamos atrás el gigantesco luminoso de Nick y sus calzoncillos, y buscamos un taxi. La excursión ya había terminado.

—Es una pena que no haya podido enseñarte más cosas —me dijo, ya descansado. Se recostó en el mullido sillón del vehículo.

—Es imposible. Esta ciudad es demasiado grande, pero me ha encantado todo lo que he visto.

—Ya te has hecho neoyorquina, te lo dije.

—¿Dónde vivió usted?

—Háblame de tú, querida. Nací y viví en una zona muy próxima a Little Italy. No éramos italianos, me gustaba ir a comer *prosciutto*, jamón —me aclaró— con mis hermanos y trastear por allí. Hoy en día solo hay chinos —bufó—. ¿Dónde te dejo, Julie?

Se me planteó entonces un problema. Si le decía que el Mandarín Percy se daría cuenta en seguida de que el «atractivo actor» y yo estábamos aún juntos. No era un hotel que se pudiese permitir una profesora como yo. Y Percy era

amigo del señor Cole... No quería mentirle, no obstante tenía que ocultar mi relación.

Recordé un hotel, no muy lejos del que se celebraba la convención, el Ivory, y me dejó en la puerta.

—Muchas gracias, Percy, me lo he pasado genial en su ciudad.

—A ti, Julie, por compartir con este viejo carcamal unas horas de tu vida. Yo también me lo he pasado muy bien. Ahora entiendo al señor Cole...

—¿Qué quiere decir? —salté, alertada.

—Oh, nada, nada... que entiendo que la enviara a este encuentro de profesores. Es usted una mujer muy inteligente y agradable.

Y dicho esto, me dio un par de besos, algo confuso y se fue. Y yo me quedé con la sensación de saber si se refería a la valentía del señor Cole por no despedirme o al ser confidente de su amor no correspondido por mí. No tuve mucho tiempo para pensar, pues debía coger un avión. Paré un taxi y le di la dirección del Mandarín. Por el camino, las Torres Gemelas escoltaron el desasosiego que me había entrado de repente. ¿Hacia dónde iba a dirigir mi vida? El mundo brillante y de neón de Nick me aterraba, así como esa sensación de actuar siempre como una espía, con engaños y mentiras a los demás.

Cuando llegué Pitt me esperaba. Me disculpé, pero estaba tranquilo. Había tiempo. Que yo supiera, todos los vuelos a Los Ángeles eran inminentes. Si no me daba prisa perdería hasta el último. Recogí mis cosas e hice mi pequeña maleta. Me despedí con lástima de esa maravillosa *suite* que apenas había disfrutado y subí al elegante coche que conducía Pitt.

En lugar de llevarme por la habitual zona de embarque del aeropuerto, condujo hasta una zona anexa, desde donde salían los vuelos privados. Un *jet* de lujo me esperaba para mi sorpresa. Una azafata me ayudó con el equipaje y tras despedirme del servicial Pitt y sus guantes de cuero, me recosté en el sillón tipo James Bond de la magnífica aeronave y me dejé llevar. Qué diablos. Si Nick quería gastarse una fortuna en traerme de vuelta a Los Ángeles, no discutiría con él por eso. El aeropuerto se hizo diminuto en las alturas y la gran ciudad era como un cofre de joyas relucientes desde la ventanilla. Al fondo, otros aviones despegaban rumbo a mil destinos y me alegré de contar con una cabina para mí solita, con una solícita azafata que me sirvió una exquisita cena, champán y que me dejó dormir a pierna suelta. No tenía que aguantar a ningún maloliente o maleducado pasajero, ni recibir codazos ni estrujar mis piernas. Aquel fantástico avión era una habitación de lujo flotante.

Bienvenida al mundo de Nick Campbell.

Salsa agridulce

—**B**ienvenida a Los Ángeles —me despertó la azafata.

—¿Ya hemos llegado? —me asombré al ver la hora.

—Estos aviones son más rápidos que los comerciales. En media hora aterrizamos.

Así que medio dormida fui al lavabo del dichoso avión, que por supuesto, no tenía nada que ver con el claustrofóbico lavabo de los aviones comunes. Era fácil acostumbrarse a la buena vida. No lo sería tanto, volver a la realidad. Y la realidad era que Nick poseía las llaves del paraíso y yo dependía enteramente de su voluntad. «Es una mierda ser pobre», mascullé para mí y me preparé para el aterrizaje.

El cielo de Los Ángeles era más luminoso aun en la oscuridad de la madrugada. Se preveía un día azul y radiante. La ciudad desde las alturas lucía más diseminada que Nueva York y salpicada de puntitos azules de las piscinas, que eran de un añil intenso y brillante a esa hora.

Michael esperaba a pie de pista con su automóvil oscuro. Me despedí de la tripulación y saludé con efusión al maromo cuadrado de Rosalind, que me regaló una de sus pocas y contadas sonrisas. Para mi asombro, en vez de llevarme a mi viejo y pequeño apartamento, me acercó al ático que Nick había alquilado.

—El señor Campbell lo ha dispuesto así.

«Y el señor Campbell es un dios», dije para mis adentros. Era demasiado tarde o temprano, según se mirara, para protestar y estaba muy cansada. Michael me dio unas llaves. En el imponente ático me esperaba Tina, contenta y quejicosa. Aún se estaba acostumbrando a su nueva ubicación, aunque parecía encantada con el espacio. Solo le faltaba la seguridad de su dueña, así que me recibió con todos los honores felinos.

También estaban allí todas mis cosas. No salía de mi asombro. De repente, me sentí furiosa con Nick. ¿Cómo se atrevía a controlar mi vida y decidir por mí?

Opté por postergar mi fastidio para el día siguiente, como Escarlata O'Hara, y me acosté con la ronroneante Tina, entre sedosos y cálidos edredones. Un cosquilleo en la cara me despertó. Era Nick que me acariciaba una mejilla.

—Buenos días, dormilona.

—¡Nick! —me abracé a él—. ¿Qué haces aquí? ¿No estabas en Florida?

—Sí. Pero no podía esperar a verte. He venido a comprobar qué tal estás.

—Estoy bien, tonto, ¿no lo ves? —recordé entonces mi atraco y lo tranquilicé —: estoy bien. Y gracias por todo. Ha sido demasiado.

—Nada es demasiado para mi chica —y me besó.

Entonces recordé también dónde estaba y le paré.

—Oye, ¿quién te has creído que eres para traer todas mis cosas aquí y hasta mi gata?

Puso cara de fastidio y se sentó a mi lado.

—No iba a dejar a tu gata sola. Tu edificio sufrió un incendio.

—¿Qué?

—Me lo dijo Michael a través de Rosalind y Helen, que a su vez recibieron el aviso de los bomberos a tu colegio. Por lo visto las obras de un vecino tuyo produjeron la rotura de unas tuberías de gas y tu casa fue la más afectada por el humo. Pensamos que lo mejor era traer a la gata y tus efectos personales a este piso. No te enfades, Julie. Solo obramos de buena fe.

Me quedé alucinada.

—¿Y está arreglado todo?

—Sí, pero el suelo y los techos resultaron muy afectados. El fuego quemó las persianas y dejó tanto hollín en tu casa, que pocas cosas se han salvado, aunque no hayan sido tocadas por el fuego.

Supuso un mazazo. No es que fuera gran cosa, sin embargo mi apartamento era el logro de muchos años de esfuerzo. Allí estaba mi pequeña vida, mis pósteres de cantantes, mis recuerdos, mi ropa... ¡todo! Viendo mi estado, Nick me animó.

—Vamos, Julie. Todo en esta vida tiene arreglo. Así además permanecerás a salvo de cotillas y de *paparazzi*. Es nuestro refugio. No quiero verte triste. He venido para estar contigo solo un par de horas.

—¿Solo dos horas?

—Estoy trabajando, ya lo sabes.

—¿Has recorrido medio Estados Unidos para compartir conmigo solo dos horas? —dije asombrada.

—Y medio mundo si hiciera falta. Estaba tan preocupado por ti...

Entonces fui yo quien besó y no paré. Lo atraje hasta la cama y lo desnudé sin dejar de besarlo apasionadamente, a pesar de sus ataques de risa al percibir mi furia sentimental. Yo lo había visto horas antes en calzoncillos en Times Square y ese objeto de deseo era ahora mío en carne y hueso. No pensaba desaprovechar esas dos horas, ni malgastarlas en otras discusiones. No más. Ahora solo lo quería a él. Tenerlo y sentirlo, saber que era mío y solo mío. Al diablo con todo.

—¡Menuda fiera! —rio Nick a carcajadas cuando terminamos.

—Te he visto en calzoncillos junto a miles de personas más en Times Square, ¿qué querías?

Su risa aumentó.

—Me pagaron muy bien por ese anuncio.

—¿Eso es lo que te importa, el dinero?

—Estoy en racha. Tengo que aprovechar antes de que se me ponga el culo gordo —siguió, risueño.

—¡Eso jamás pasará! —contesté, admirando su hercúlea retaguardia.

No pude resistir la tentación de darle un sonoro cachete. Duro y flexible, como las ancas de un caballo.

—Julie, no te reconozco —siguió, muerto de risa—, te recuerdo que soy propenso a coger peso. Fíjate en mis muslos.

Y se volvió. En efecto, tenía unos muslos bien torneados y musculosos, dignos de una escultura griega.

—Yo no veo nada malo en tus muslos. Están prietos y fuertes —le pellizqué, intentando no mirar a lo que tenía entre ellos—. Todo imponente —le dije.

Y él se echó de nuevo a reír. Me cogió por un brazo y me puso encima suyo para besarme. Fue un momento tierno y mágico de nuestras vidas. Nos reímos como niños y no dejábamos de amarnos, como si fuera el último día. Por lo menos, sí era la última hora de aquel día, donde Nick debía volver a su vida trepidante de estrella.

—Tengo que marcharme —dijo, al tiempo que se vestía a toda prisa.

—¿Qué te traes entre manos? —le pregunté. Me lie entre edredones, mientras lo contemplaba.

—Estamos negociando con George Lucas un papel que, según Sam, no puedo rechazar.

Lo interrogué con la mirada.

—Una nueva saga de *La Guerra de las Galaxias*.

—Oh, Nick, con lo que te gustaba esta película.

—Sí... aunque el papel de Darth Vader me trae malos recuerdos —contestó cabizbajo.

Yo lo comprendí. Cuando era un chiquillo de trece años se disfrazó como tal en una fiesta de Halloween, que acabó muy mal para él. Se rehízo en segundos:

—Querida princesa Leia, ¿quiere ofrecerme el placer de ver de nuevo su hermoso cuerpo?

—¿Qué? Ni lo pienses, perverso —grité entre carcajadas, arrebujándome más entre los edredones.

Nick ya tiraba fuertemente de una punta del edredón, lo que me hizo rodar y dejar al descubierto parte de mi retaguardia, a la que dio unos generosos azotes.

—¡Vaya, pero si este culito está engordando!

Empecé a gritar y patear de gusto y rabia. Entonces me paré en seco.

—¡Dios, se tiene que haber enterado toda la manzana de mis gritos!

—Tranquila —respondió divertido, se colocó la chaqueta y el reloj deportivo—. Esta es la ventaja del ático: no hay vecinos.

Luego me dio un apasionado beso y nos despedimos entre risas y apremios. Con Nick podía pasar del infierno al paraíso en segundos. Su aroma persistió aun cuando se fue. Esa colonia que usaba junto al olor de su cuerpo, no la olvidaría nunca. Siempre que la olí, me trajo los buenos recuerdos de los momentos que pasamos juntos. Me ponía a cien.

Cuando me levanté una punzada en la parte baja de la espalda me hizo proferir un taco. La punzada se extendió después a la pierna derecha, pero se fue al rato. Me imaginé que era por la paliza que nos habíamos dado o por alguna postura a la que yo no estaba acostumbrada —me reí—. O también podía ser producto de las horas de avión. No le presté atención al asunto, aunque debería haberlo hecho.

Visto lo ocurrido no tuve más remedio que dejarme llevar por los acontecimientos. Más tarde hablé con Helen y me confirmó el desastre que me había anunciado Nick. Mi apartamento era inhabitable. Menos mal que ella se había quedado con la gata cuando actuaron los bomberos. Quedamos en que me acompañaría por la tarde a recoger lo que quedaba allí.

El edificio entero estaba hecho un asco. La madera aún rezumaba humedad por la acción de las mangueras de agua, y el hollín y los tiznones se habían apoderado de techos y paredes. Por suerte, el fuego no salió del piso afectado, pero el humo que generó, había echado a perder casi todo.

Mi casa era un desastre. Gracias a Dios había dejado las persianas bajadas ya que, debido al efecto del calor, estaban derretidas, las cortinas calcinadas y un

gigantesco y siniestro borrón se había extendido por todo el techo del salón. Hasta los vasos de la vitrina cerrada estaban negros por el humo. Todo olía a plástico quemado y el interior de los armarios no estaba mejor. Tenía ganas de llorar, todo estaba prácticamente afectado por esa pátina oscura y pegajosa que inundaba cajones, ropa, comida, colchas y muebles. No sabía qué podía llevarme.

Helen, más práctica, me recomendó que buscara la documentación importante, las fotos (recuerdos imposibles de repetir), las cosas de valor como joyas (que en mi caso consistían en dos pares de pendientes y cadenas) y los medicamentos que pudiera usar. Decidí empezar por estos últimos.

—¿Y todos esos medicamentos? —se asombró Helen.

—Ah, son de mi etapa post hospitalaria. No sé por qué los guardo aún. Éstos de aquí me los tomé durante la rehabilitación —señalé, lanzando el bote a la papelera.

Todo estaba renegrido, por lo menos por fuera.

—¿Ya no haces rehabilitación, Julie?

—Bueno, claro, sí... —mentí, al recordar la última vez que practiqué los ejercicios en la clínica de rehabilitación—. Ahora los realizo yo en casa —en eso no mentí, pese a que lo cierto era que hacía mucho que no los realizaba.

—Pues aquí dice —dijo la sabionda—, que debías hacerte una revisión en octubre. Estamos a principios de diciembre, Julie.

—¡Está bien! *Mea culpa*. Se me ha pasado. Es que con todo este jaleo... no te preocupes, mañana mismo pido otra cita —le dije y la miré—. Hoy mismo, si te quedas tranquila —ataqué, cuando vi su mirada de profesora de matemáticas.

Así que esa misma tarde llamé para coger cita y también al señor Cole para informarle de la convención.

—Tengo entendido que conoció usted allí a un viejo colega amigo mío, el señor Percy Smith.

No le había faltado tiempo al colega para llamar a mi director, pensé.

—Sí, un señor encantador. Por cierto, señor Cole, mañana me gustaría realizar una visita al médico. Quisiera aplazar para el miércoles mi entrada al instituto.

—Como no, señorita Garrett. Espero que no sea un problema serio —su voz sonaba preocupada.

—Oh, no es nada. Una revisión rutinaria, pero se me había pasado y no quería demorarla más.

—Entre cuando quiera, señorita Garrett. Siempre... será bien recibida.

Me pareció notar cierta tensión emocional en su voz. Le di las gracias con un nudo en la garganta. Sabía por experiencia lo amargo que era amar y no ser correspondido.

Tras hacerme las pruebas rutinarias y recibir un rapapolvo de los médicos por el retraso, de arreglar los papeles del seguro con mi casero y de terminar de instalarme en el ático de Nick, la semana se me fue volando. Nick volvió y con él la alegría y el calor a mi vida. Cada vez lo echaba más de menos cuando nos separábamos y parecía que él a mí también.

Finalmente, no había aceptado el papel de Darth Vader, que desempeñaría un desconocido actor canadiense, para furia y desconcierto de su productor, Sam Sheiffer. A cambio, este otro, le había reservado una puñalada envenenada, encasquetándolo en otra película, cuyo argumento había puesto en cólera a Nick. Los estudios le obligaban a rodar de nuevo una película romántica, dado el éxito que había obtenido con la anterior, a pesar de la negativa de Nick. Estaba obligado por su contrato, y venía hecho un basilisco de la reunión.

—¡Algodón de Azúcar! Me obligan a rodar esa bazofia. ¿Recuerdas el libro que te devolví? ¿El que te olvidaste en mi casa de la playa? Pues resulta que ahora es un *best seller* románticón y yo tengo que participar en él.

Descargó su furia contra un almohadón que había en el suelo, lo lanzó de un puntapié a la terraza y casi a la calle.

—¡Cálmate! —lo tranquilicé—. No es para tanto. Ya hiciste una película similar y fue un éxito de taquilla. Y preciosa, si quieres mi opinión.

—Oh, Julie, vamos. ¿De qué me sirve ganar un Óscar?

—Pues no haber rechazado la oferta de Lucas.

—Sabes que...

—Sí, que el papel de Darth Vader no era el más apropiado... —suspiré. Pensé en el trauma interior que afrontaba Nick—. Seguro que no es para tanto. Ese tipo de películas se rueda rápido.

—Eso es verdad —contestó algo abatido mientras atacaba la nevera—. Pero tendré que viajar mucho porque parte se desarrolla en Europa y ya sabes que a mí me gusta más la acción.

—Eres un actor versátil. Y creo que es una comedia, algo que no has tocado. Y créeme: la comedia es el arte dramático más difícil.

Se echó a reír mientras mordía dos varas de apio.

—Creo que te voy a nombrar mi agente —dijo, a la vez que me besaba en la mejilla.

Tina se subió a la encimera y se restregó mimosa con él.

—Será zorróna —reí—, a mí ya ni me hace caso.

—Creo que sabe quién manda —me guiñó y yo le respondí con un gesto de burla.

—Eso está por ver. ¿Y cuándo comienzas el rodaje?

—Poco después de Navidad.

Los dos nos sentamos a comer en la mesa, seguidos por la gata retozona.

—Hay muchos preparativos previos... Empezaremos en Inglaterra, seguiremos en Francia, Italia y luego aquí en los estudios.

—Entonces... no nos veremos para Navidad.

—En absoluto. He pensado una cosa. ¿Por qué no te vienes conmigo a Londres y me acompañas? Quiero que pasemos las fiestas con mi abuela Rose, deseo que la conozcas.

—¿A tu abuela?

No pude evitar que mi voz sonara alarmada. Conocer a su abuela era un paso importante. Por lo que sabía, ella era la persona en quien más confiaba, incluso por encima de sus padres.

—Sí. Puedes traerte a tus amigas Helen y Rosalind. Michael va a venir conmigo. Puede ser una luna de miel anticipada para ellos. ¿Qué te parece?

—Me parece fantástico —exclamé entusiasmada ante la perspectiva. Nunca había estado en Europa.

—Lo único... —carraspeó— es que necesito que sigamos manteniendo nuestro secreto.

Mi entusiasmo se enfrió.

—Comprendo. ¿Por qué quieres que lleve a mis amigas, para que hagan de relleno?

Me miró antes de contestar tras una pausa.

—Por eso y por otras razones, Julie. Es verdad que así sería más fácil de encubrir nuestro noviazgo, pero también deseo que estés con tus amigas. No podré compartir mucho tiempo contigo.

—Nick Campbell siempre tan ocupado —suspiré, fastidiada por la perspectiva.

—Por favor, Julie. Para mí es importante. Voy a pasar mucho tiempo sin verte después.

Me cogió la mano sobre la mesa.

—Está bien, lo comprendo. De momento nadie debe saber lo nuestro... ¿qué diablos le vas a decir a tu abuela?

—Que sois unas amigas y pertenecéis al rodaje. De hecho, he invitado a algunos miembros del mismo, ejem... a Emma Johnston.

—¿Qué? —salté de la silla.

—Cálmate, Julie. Ha sido cosa de mi abuela. Ella la conoce como salimos juntos, ya sabes...

—Querrás decir que os acostabais juntos —grité furiosa, al tiempo que tiré el cuchillo de la mantequilla que rebotó sobre la alfombra persa.

—Ella lo organizó todo, mi abuela. Cuando se enteró de que iría a trabajar a Londres me llamó para que celebrásemos juntos las fiestas navideñas.

—¿Por si hay alguna reconciliación? —contesté agria.

—Julie, mi abuela es una mujer mayor, su mundo es distinto. Pero yo no voy a volver con Emma. Es una adicta y no la quiero. Sentí algo por ella una vez, y eso se acabó, ¿me entiendes? No puedo cambiar el pasado.

Crucé los brazos fastidiada.

—Así que me llevas para no caer en la tentación... —insistí, hosca.

—Te llevo porque quiero estar contigo. Julie, te aseguro que prefiero discutir contigo que acostarme con ella.

Lo miré y aunque no relajé mi postura acepté su argumento.

—Está bien. ¡Pero te juro Nick, que si la tal Emma «huesitos de pájaro» te pone la mano encima o tú a ella... yo... yo...

—Eso no ocurrirá, tonta —y me tapó la boca, mirándome con su azul intenso.

—Julie, ¿por qué en vez de discutir no nos damos una ducha juntos?

Y eso hicimos, y pongo a Dios por testigo que fue una ducha muy... muy larga.

Cruzando el charco

Cuando fui al día siguiente al Instituto, Rosalind y Helen hicieron una fiesta con la proposición de Nick.

—¡Siempre he deseado conocer Inglaterra! —dijo Rosalind, mientras daba vueltas de alegría.

—¡Y yo! —exclamó Helen, cuyo rubor tiñó sus blancas mejillas.

Les conté que también había invitado a otras personas de la película y en especial, a Emma Johnston.

—¡No bajes la guardia! —me advirtió Rosalind—. Todas esas actrices son unas lagartas.

—Vamos, Rosalind —le recriminó Helen—, no preocupes a nuestra amiga. Nick ya ha demostrado con creces que está enamorado de ella —me sonrió—. ¡Quiere que conozcas a su abuela!

Las dos pegaron unos grititos agudos que casi hacen saltar las alarmas del centro. Fue lo más interesante de esa semana, que se diluyó entre la rutina cotidiana. Yo echaba de menos mis clases y me aburría de muerte en el despacho que me habían asignado, realizando gestiones administrativas y burocráticas. De vez en cuando, entre las clases, me acercaba a ver a los chicos, que me recibían con efusión, lo que provocaba en mí ganas de llorar y de patearle el culo al señor Cole, a pesar de que sabía que gracias a él conservaba aún mi empleo.

Las noches, en cambio, eran maravillosas en los brazos de Nick, que llegaba puntual a las nueve para cenar y retozar conmigo en cualquier rincón del inmenso ático, que daba para muchos revolcones: bien entre alfombras frente a la chimenea, bien en algún sofá perdido, en la bañera para dos o entre las latas de conserva de la despensa. No tenía el encanto de su casa en la playa, pero tampoco el peligro de cámaras acechantes que turbaran nuestra intimidad.

La semana siguiente, poco antes de salir para Londres, Rosalind nos pidió a Helen y a mí, que fuéramos con ella y su familia a elegir su vestido de boda. Fue

todo un espectáculo: le acompañaban sus nueve hermanas, sus tres sobrinas, la abuela, la madre, dos tías y hasta su padre. Quiso incluir en el lote a Michael, pero Helen y yo, sobre todo la primera, la convencimos hasta la extenuación de que no era apropiado que el novio fuese a comprar el vestido con ella. Para mí, por motivos prácticos: si tenía que pedir el consenso de todos, jamás saldríamos de la tienda. Para la elegante y tradicional Helen, porque era impensable que el novio viera antes de la boda el vestido.

—Trae mala suerte —insistió, en un intento de persuadir a la obstinada Rosalind, y lo consiguió.

No por algo los Hunter eran terriblemente supersticiosos.

—Está bien. Michael no irá —dijo con fastidio, para alivio de Helen.

La stampa de nuestra llegada a la tienda era para verla. Para colmo, Rosalind no nos había dicho que su paso por la misma sería filmado para un programa que se dedicaba a promocionar a esa gigantesca tienda especializada en vestidos de novia.

Estuve a punto de salir de allí, aterrada por salir en un programa de televisión. ¡Si me reconocían! Helen me convenció también para quedarme. Si por lo menos hubiese llevado un sombrero o algo para camuflarme...

La familia Hunter estaba pletórica al completo como Rosalind. En los elegantes salones fue recibida por Monty, el *alma mater* de la tienda y del programa. Casi se desmaya al ver a tanta tribu y no menos cuando se presentó la novia. Aunque se quedó callado y de una pieza, no era difícil de imaginar lo que se le pasaba por la mente: «¿dónde meto yo a semejante ballenato?».

Rosalind iba feliz y con una reluciente sonrisa que destacaba sobre su oscura piel cuando fue a los vestuarios a ponerse el ansiado vestido de sirena, blanco como una pared encalada.

A su regreso, la sonrisa había trocado en mohín. Como esperábamos Helen y yo, tanto el modelo como el color era lo último que favorecía a nuestra amiga. Rosalind parecía desolada. Su desbordante humanidad surgía como un zigurat por entre el corsé palabra de honor. Al darse la vuelta vimos con horror, que ni siquiera estaba cerrado, pues había una espalda entera entre una parte y otra del corpiño. El tubo acampanado de la falda no era mejor y apenas le permitía andar. No sabíamos cómo habían podido meterle el traje.

—Es un poco pequeño —dijo Rosalind—, pero se puede arreglar. Dicho esto, el corsé reventó y se rajó como las grietas de los terremotos.

El silencio y las caras de todos sustituyeron cualquier comentario, junto con el espanto cristalizado que reflejaban los ojos de Monty.

—Está bien, está bien —señaló ella, abriendo brazos y manos—, lo he captado. Sin embargo, este es mi vestido preferido número uno.

—Me temo que no hay de su talla —susurró Monty.

—Pero se puede hacer, ¿no?

—Monty dio una mueca por sonrisa, y se apresuró a ser cortés y tajante.

—Querida, este modelo no favorece tu fantástica figura. Seguro que tenemos algún otro que te encantará.

No obstante, tras desfilarse Rosalind con varios modelos —la mayoría de corte sirena, como a ella le gustaba—, estaba a punto de tirar de la toalla.

—¿Por qué no te pruebas otro tipo de vestido? —sugirió Helen.

—¿Cómo qué? —inquirió Monty, como dando a entender que nada podría sentar medianamente bien a nuestra amiga.

—Algo elegante... algo al estilo de Jackie Kennedy.

Ahí, Monty puso los ojos en blanco y se pasó la mano por el corazón. Helen había dado en la diana de su ídolo.

—Jackie, Jackie —suspiró—. Vamos, Rosalind, te buscaré un vestido maravilloso.

Y se fue con ella a elegir un nuevo modelo y estilo. Aunque el vestido era sobrio y elegante, distaba mucho de quedar bien a Rosalind. Sus mangas acampanadas, su cuello recatado y tieso, al estilo de los sesenta, junto a su color blanco roto, no favorecía en nada a nuestra amiga. Era como una blanca versión de una campana de *Notre Dâme*. Espantoso.

Varios desfiles más, incluidos vestidos de princesas, Rosalind se dio por vencida. No encontraba el vestido de sus sueños. Por no encontrar, no encontraba ninguno de su talla. Cabizbaja y presurosa, pidió a su familia una vez fuera, que la dejaran. Quería estar solo con Helen y conmigo. Los Hunter se fueron, con frases de ánimo y las tres nos quedamos en el inmenso aparcamiento, sin saber muy bien qué hacer. Hasta entonces había aguantado el tipo, pero cuando su familia se fue, Rosalind se echó a llorar como una magdalena. Era inconsolable.

Decidimos andar un poco para que se despejara y eso hizo. Se despejó en cuanto vio un magnífico Starbucks Coffe. Allí se metió dos cajas de Dunkin' Donuts de todos los colores y tres capuchinos talla XXL.

—¡Para! —dijo aterrada Helen. ¿Sabes? Eres una adicta al azúcar.

—¡Al diablo! Voy a estar igualmente gorda —gimió y se pidió otro café.

—¡Descafeinado! —grité yo—. Rosalind, con la cafeína que te has metido no dormirás en un mes. Y Helen tiene razón: tienes una adicción y debes luchar

contra ella.

—¿Por qué todos vais contra mí? —lloró. Berreó ante los atónitos clientes.

Se dejó caer en la mesa para llorar y moquear a gusto. Sus impecables uñas rojas eran lo único que vimos durante veinte minutos.

—¿Mejor? —la consoló Helen.

—¿Qué voy a hacer? ¡No encuentro vestido! —berreó de nuevo—. Tendré que tomar medidas drásticas —suspiró, cesando su llanto—. Se acabó.

—¿No irás a cancelar la boda? —pregunté alarmada.

—Ni hablar. Yo me caso con Michael, aunque sea liada en una sábana. Se acabó el lamentarse. Me voy a poner a dieta y a hacer ejercicio.

—Eso dijiste hace un mes —le agitó Helen.

—Esta vez va en serio. Necesito encontrar mi vestido. Me queda ya tan poco tiempo...

—Quizás en Inglaterra encuentres lo que buscas —la animé.

—Pero ¿qué dices? —dijo, Helen—. El gusto de los británicos es de lo peor. Acuérdate del vestido de Lady Di, se salvaba porque era muy guapa, que si no. ¡Esas mangas de farol gigantes y esos lazos!

—¿Qué tienen de malo los lazos? —le recriminó Rosalind, que se había probado varios vestidos de princesa, con lo que aterrorizó a Helen.

—Nada, cariño, salvo que seas una princesa de Disney —le espetó.

—Bueno, Helen, no seas tan dura con Rosalind. Y Rosalind, toma nota de los consejos de Helen. Convengo con ella en que debes buscar otro estilo más... más...

—Elegante —afirmó Helen.

—Aburrido —confirmó Rosalind.

—Apropiado —subrayé yo.

—Está bien. Buscaré en Inglaterra, a ver si encuentro algo, y vosotras me ayudaréis, ya lo creo.

Y con esto, se sonó, se secó sus lágrimas, acabó con el último donut y nos fuimos más aliviadas. En casa, contemplándome en el espejo, decidí que no solo Rosalind debía hacer dieta y ejercicio...

Estaba preparando con tiempo la maleta cuando sonó el teléfono. Era de la clínica. El Doctor Wook se puso. Ya sabía los resultados de la prueba.

—Señorita Garrett, ¿ha sentido o padecido algún dolor esquelético o muscular en los últimos meses?

—No que yo recuerde —le dije intrigada por su pregunta—. Solo hace unos días noté unos pinchazos en la espalda y en la pierna, que sin duda se debió a...

—me corté, no podía decirle que de practicar sexo loco con el hombre más deseado del planeta— una mala postura durmiendo —mentí.

—Bien, es posible. Pero tenemos los resultados de la prueba y no son muy halagüeños. Usted sufrió hace años un accidente muy grave.

—Sí —contesté—, estuve en coma casi un año y otros cinco rehabilitándome.

—Estos accidentes siempre dejan secuelas, aunque muchas veces no se noten al principio. También ha relajado sus ejercicios de rehabilitación, señorita Garrett.

—Sí, es cierto.

—Debe venir en cuanto pueda. Necesito hablar con usted.

—¿No puede decirme de una vez qué pasa, doctor?

Su respiración se hizo más intensa al otro lado del teléfono.

—Señorita Garrett... aún no estamos muy seguros, hay que hacerle más pruebas... por eso...

—¡Oh, suéltelo ya de una vez!

—Parece algo serio. Debe hacerse otras pruebas cuanto antes para confirmar los primeros informes. En todo caso, debe tomar una medicación para contrarrestar o mitigar y ralentizar el proceso de deterioro que reflejan dichos resultados. Lo siento.

Me quedé de piedra.

—Está bien, doctor. Mañana me voy de viaje. Pasaré las fiestas fuera, a la vuelta me haré las pruebas. Será solo unos días.

—Está bien, señorita Garrett, como usted decida. Con las fiestas hay también mucho trabajo y poco personal, no obstante le aconsejaría que no demorara mucho las pruebas. Pese a que cuenta con un seguro médico como profesora, le sugiero que vaya a un centro especializado aunque ya le advierto que será caro. Si puedo ayudarle en algo más...

—Gracias, doctor.

—Adiós, señorita Garrett. Que tenga unas felices fiestas.

—Igualmente —murmuré, colgando.

Me tuve que sentar de la impresión. Quería llorar, pero estaba demasiado conmovida. Ahora que mi vida comenzaba a ser plena me venía esto. Tras meditar unos minutos decidí que seguiría con mi viaje y de momento, no diría nada a nadie. Solo quería disfrutar. Así que seguí haciendo mi maleta.

Té con limón

*P*ara no llamar la atención nuestros vuelos fueron separados. Rosalind, Michael, Helen y yo volamos en uno comercial, aunque en primera clase, por gentileza de Nick. Él se marchaba con el resto del personal del rodaje y hacía noche en Londres, al igual que nosotras, que disfrutaríamos de unos días más. De esta forma, tanto con sus compañeros de trabajo, como con la prensa que les esperaba en el aeropuerto y luego en el hotel donde mantuvieron entrevistas, se tapaba lo nuestro.

Una vez situados en Londres, y tras las reuniones y ensayos de rigor, tomó unos días libres por Navidad. Ocasión que Nick aprovechaba para acercarse al condado de Kent y ver a su abuela Rose. Su casa, o debería decir mansión, estaba a las afueras de Canterbury.

Nosotras habíamos pasado tres días estupendos en los que aprovechamos para descansar, comprar y visitar la ciudad, a pesar del frío reinante. Lo que más me impresionó esos días es que no vimos la luz del sol. Daba igual que te levantas al alba, miraras al cielo a mediodía o buscaras el atardecer; el astro rey seguía encerrado por un techo de nubes y una niebla espesa y glacial que calaba los huesos. Nosotras, chicas californianas, no estábamos acostumbradas a ese frío. Ni siquiera el de Nueva York me pareció tan horrible como el de Londres. Como si se tratara de un frío más antiguo y hondo. No sabría explicarlo. Pero eso no fue óbice para que no lo pasáramos genial. Durante esos días casi olvidé lo que se me venía en ciernes. Solo por las noches, antes de acostarme, rememoraba la conversación con el doctor Wook. También me preocupaba conocer a la familia de Nick, sobre todo, porque yo estaría rodeada de sus compañeros de rodaje y tenía que seguir mi actuación de amiga. Al final, me iba a convertir en una auténtica actriz. Menos mal que contaba con Rosalind y Helen para pasar el trago.

Chilham Village en Canterbury era una deliciosa localidad salpicada de pequeñas plazas, antiguos caminos y de casas estilo Tudor que nos entusiasmaron, al igual que su taberna, que respiraba aires medievales y, en particular, por su castillo. ¡Un auténtico castillo! Helen no cabía en sí de gozo, solo con pensar en los cientos de siglos de historia en los que estábamos inmersos. Como era previsible, el aterrizaje de forasteros, algunos conocidos en el mundo del cine, revolucionó el pequeño pueblo, como en su día ocurrió cuando Nick vino a rodar a nuestro instituto. Allí todo era tan encantador y diferente... incluso la forma de hablar y de vestir.

Después de tomarnos unas reparadoras pintas de cerveza en la antigua taberna, mientras esperábamos al resto del personal, Helen, Rosalind y yo dimos una vuelta por el pueblo. A lo lejos, se percibía la silueta del castillo envuelta en brumas. En verdad, nosotras mismas estábamos rodeadas de brumas y nieblas. Era anuncio de una próxima nevada, pues hacía un frío tremendo.

—Me parece que deberíamos haber tomado un caldo caliente —se quejó Rosalind, mientras daba patadas en el suelo, como para espantar al frío.

—¿Está muy lejos la casa de la abuela de Nick? —me preguntó Helen, que también estaba aterida y se calentaba los dedos de las manos con su aliento.

—Creo que, a una media hora del pueblo, según me comentó Nick —contesté mientras me castañeteaban los dientes.

Ese frío inglés era espantoso para unas chicas californianas como nosotras. En nuestra parada habíamos encontrado también a Scott, un cámara con quien Nick mantenía amistad. Era gordito y pecosito con cara de buena gente. Con las orejeras parecía un oso de peluche. También estaba Francis, secretaria de dirección. Tenía aires de mujer estirada y severa, toda vestida de negro, a juego con su pelo y sus gafas, pero fue una impresión errónea. Tan sólo era tímida y por eso resultaba algo seca. Junto a Scott formaban una extraña pareja profesional, ella tan alta y enjuta y él casi una bolita. Al parecer, eran buenos amigos, al igual que Kevin, un ayudante de realización, que no se creía en su buena suerte por haber sido invitado a pasar unos días con Nick. La verdad es que Nick solía congeniar con el personal, digamos tipo B o C, con los curritos, más que con los de su propio gremio. En algunos rodajes había intimado con ellos y consideraba su amistad a la misma altura que la de los grandes personajes del celuloide. Por alguna razón, ellos junto a nosotras, íbamos en un viaje aparte, alejados de las estrellas y del director, que junto a Nick pasarían un par de noches en la mansión de su abuela. Nosotros estaríamos unos días más, según nos dio a entender.

Que yo y Nick fuésemos por separado lo entendía, no que sus amigos lo hicieran. Un comentario de Scott lo aclaró todo.

—La mala suerte es que Sam Sheiffer se ha apuntado sin ser invitado por nadie —nos contaba Scott, mientras atravesábamos la calle principal de Chilham.

Ahí lo comprendí todo: el productor de Nick, además de ser un antipático, egocéntrico y elitista hijo de perra, se pondría como una furia si nos veía aparecer. A los del rodaje porque él no trataba con subalternos y a mí, porque no me tragaba como novia de Nick. De hecho, creía que habíamos roto hace tiempo. ¿Cómo se tomaría mi visita? Me imaginé entonces, que Nick quería amortiguar el golpe hacia mi persona, rodeándome de mis amigas y de aquellos compañeros de rodaje que tampoco serían bienvenidos por su baja categoría a los ojos de Sam. De esta forma, su ira no se centraría sólo en mi persona, sino que estaría dispersada en el resto. Suspiré. Nick había tenido en cuenta hasta el último inconveniente, pero era difícil mantener ante los demás que mi visita era inocente. Así se lo hice ver a mis amigas cuando volvíamos a los coches.

—Bueno, allí estarán también Mimi y Emma, que supuestamente son también ex novias, ¿no?

—¿Supuestamente? —refunfuñé—. Ellas forman parte del rodaje. ¿Qué excusa pondrá conmigo?

—¿Y a ti que más te da? —bufó Rosalind. Estarás allí con él y eso es lo que importa. De todas formas, considero que, aunque haya sido un detalle invitarte y a nosotras también a pasar las navidades aquí, ya es momento de que haga público lo vuestro de una vez y se deje de mandangas.

—¡Rosalind, no puede hacer eso! —se alarmó Helen— Todavía no es el momento y estoy segura de que lo hace pensando sobre todo en nuestra amiga. Ya sabes todo el calvario que ha pasado en los últimos meses a cuenta de su popularidad inesperada.

—Tienes razón —reconoció Rosalind con pesar—, Julie está todavía indefensa ante ciertas prensa y personas...

—¡Oh, mirad! —señaló Helen—, el castillo se ve tan cerca. ¡Qué emocionante! ¿Será parecido a la mansión de su abuela?

—Bueno, es una mansión de estilo Tudor, creo que será más confortable que un castillo.

—Mientras tenga chimenea... —señaló Rosalind.

Tras la breve parada para estirar las piernas subimos a los coches. Me pareció ver algo de escarcha entre el verde intenso del paisaje. Inglaterra era verde, no

cabía duda. Ovejas de gruesas lanas se diseminaban entre los prados, cuando avanzábamos por un camino custodiado por ancianos y adustos árboles, de ramas peladas e impresionantes de grandes, que conducía a nuestro destino. Al fondo, lo que parecía de lejos un viejo caserón se trocó en una mansión magnífica con tejados de cuento y ventanales iluminados, que reflejaban el calor de las chimeneas y el lujo del campo inglés.

Cuando pararon los dos vehículos frente a las escalinatas de la puerta, unos criados con gruesos abrigos fueron a recibirnos. La noche venía rápido y me pareció ver un copo de nieve ante mí.

—¡Menuda chabola! —saltó Kevin, mientras sus dientes relucían en una amplia sonrisa.

—Y que lo digas —le acompañó Rosalind.

Y ambos subieron riendo. Dos afroamericanos que subían orgullosos las amplias escaleras, mientras los demás, seguíamos admirando el hermoso edificio y su encantador aspecto, con esa iluminación tan cálida que provenía de su interior. Y no era lo único que se percibía:

—¡Huele a asado! —gritó Rosalind. Se dio la vuelta y nos apremió para que subiéramos.

No hacía falta que se esmerara mucho: el frío, el cansancio y el hambre nos había llegado de sopetón después de tantas horas de viaje.

—Marica el último —rio Scott— y todos subimos corriendo, ante la atónita mirada de los criados y el mayordomo.

En el amplio vestíbulo por fin vi a Nick. Bajaba rápido las escaleras para saludarnos. Lo hizo con efusión, sobre todo cuando me abrazó y me dio dos besos, con tanto disimulo que nadie habría podido jurar que alguien se llevó mejor trato en aquel grupo. Lo veía raro, vestido con esa ropa inglesa de lana y con las mejillas encendidas. Se notaba que estaba muy contento y feliz.

—Ahora os llevarán a vuestras habitaciones para que podáis dejar vuestras cosas. No tardéis, la cena se sirve enseguida.

—Descuida —soltó descarada Rosalind, mientras subíamos las escaleras.

Pensé que compartiríamos una amplia habitación, pero para mi sorpresa, me pusieron sola.

—Creo que aquí hay trato preferente —dijo con una sonrisa Helen, a la par que me guiñaba un ojo.

El mayordomo, sin perturbarse, señaló con acento exquisitamente inglés, que las mujeres dormirían en habitaciones individuales y serían los hombres quienes

compartirían dormitorio. La casa era lo suficientemente grande como para permitirlo.

—Vaya, qué listo es ese blanquito —me susurró Rosalind—, así nadie notará nada raro.

—¿Raro? —me asombré.

—Nadie notará que te mantiene a ti aparte en una habitación sola por si tienes alguna visita nocturna... —me guiñó también.

Me ruboricé. Iba a protestar por la insinuación, pero caí en que era la mejor manera de que nos viéramos. Así que, para disimular, el resto de las chicas tendríamos dormitorio propio.

—Esto no le gustará nada a Sam Sheiffer —murmuré.

—Que se joda —me dijo por lo bajini Rosalind— ¿Por qué se tiene que enterar si echáis un kiki de noche?

—Me refería a lo de compartir dormitorio. No creo que sea de esos que comparten nada. Y lo de echar un kiki... ¡está por ver!

—¿Por qué? —exclamó sorprendida a media voz, mientras nos mostraban nuestros respectivos dormitorios.

—¡Estamos en la casa de su abuela!

—¿Y qué? Tú no eres su abuela —me miró asombrada. Por Dios, Julie, que no te conozco.

—Estoy muy nerviosa —murmuré—... están aquí Sam, que me odia; Mimi, que es una lagarta; y para colmo, Emma Johnston, que es una de mis actrices preferidas y según la prensa sale con Nick.

—Eso no es verdad y lo sabes. Es promoción de la película.

—Sí —lloriqueé—, todo esto me pone de los nervios y encima conocer a su abuela... Y fingir ante ella. No sé si lo soportaré.

—Claro que sí, amiga. Tú puedes con eso y con mucho más.

El mayordomo carraspeó desde la distancia, con intención de señalarnos que estaba cansado de esperar a que termináramos de hablar. Así que cada una se metió en su cuarto. El mío, tengo que decir que era encantador, con todo el sabor y el aire inglés de las casas de campo. No faltaba ni un detalle: una hermosa chimenea chisporroteaba, mientras afuera, tal como comprobé desde el gran ventanal, comenzaba a nevar. Los alrededores ya eran un borrón oscuro. Cerré las cortinas, me recosté en la mullida cama llena de almohadones y edredones. Observé a mi alrededor los cuadros de escenas campestres, el espléndido tocador del fondo, la puerta entornada hacia el baño, que parecía sacado de otra época... Reparé en el retrato de una dama. Me acerqué a mirarlo. Debía ser muy antiguo,

por su peinado y vestidos. Tal vez, del siglo XVIII. Era un retrato hipnotizador de una joven con peluca empolvada, con ojos tan azules como el hermoso vestido que llevaba.

«Tal vez sea una antepasada de Nick», pensé. Me encogí de hombros. El retrato estaba sobre un exquisito escritorio, lleno de pequeños cajones. Oí unos golpecitos en la puerta.

—Señorita Garrett, la cena estará servida en breve.

—Enseguida bajo —grité.

Antes de darme cuenta, la puerta se abrió con sigilo. Un Nick muerto de risa salió a mi encuentro.

—¿Qué te parece mi representación del mayordomo?

—¿Estás loco? ¿Y si nos ven?

—¿Acaso no puedo ver a mis huéspedes? —dijo y me besó apasionadamente, antes de que yo pudiera contestar.

Estuvimos así un largo tiempo, hasta que alguien llamó suavemente a la puerta.

—La cena estará enseguida, señorita.

Aguantamos nuestras risas. Esta vez era el auténtico mayordomo.

—Será mejor que te vayas, bribón.

—¡Qué contento estoy de que estés aquí, Julie!

—Yo también, sin embargo me siento un poco como en la boca del lobo: están Sam, esas actrices, ¡tu abuela...!

—Bah, no debes preocuparte por Sam. Se ha cabreado cuando se ha enterado, pero está a mi servicio. En cuanto a Mimi y Emma, no debes temer, no significan nada para mí. Y mi abuela... mi abuela es encantadora, ya lo verás, aunque es difícil engañarla. Vive aquí con sus otras dos hermanas. Una es viuda como ella, la otra nunca se casó. Hace dos años decidieron vivir juntas. Te encantarán también, ya lo verás.

—Espero que sí, me siento tan... tan vulgar.

—¡Julie!

—Es que aquí, en este ambiente tan refinado, con mayordomo y todo. Tu abuela es de la nobleza, ¿qué pensará de una chica corriente como yo?

—Pues lo mismo que cuando me hice actor: dejar que tomara mis propias decisiones y viviera mi vida. No te preocupes, Julie, les encantarás, estoy seguro. Anda, date prisa y baja a comer.

—Voy antes a lavarme un poco.

Me dio un beso casto en la mejilla. Antes de abrir la puerta se volvió:

—Abajo seré sólo un amigo para ti. Ten en cuenta que debemos ser precavidos ante los demás. Recuerda que es puro teatro.

—Lo sé.

—Te quiero —me lanzó un beso antes de desaparecer por el dintel de la puerta.

—Yo también —susurré a la puerta cerrada.

Me apresuré, me asee un poco, me peiné y bajé con cierta aprensión. No sabía lo que me podía esperar. Era la última en llegar a la cena. Los demás ya estaban riendo con una copa en la mano y charlando amigablemente entre el calor de la chimenea y una espléndida mesa llena de manjares. Todos se habían cambiado menos Scott y yo. Una mujer vino a mi encuentro:

—Ah, aquí está Julie, nuestra última comensal. Ya podemos sentarnos a la mesa.

Una aclamación de asentimiento tronó en el magnífico comedor. Yo me sentí un poco cohibida, entre tanta madera noble, vajilla fina y cuadros de antepasados ilustres.

—Tenía ganas de conocerla, Julie —me sonrió, mientras me indicaba mi asiento.

La abuela de Nick había sido una gran belleza de joven. Todavía conservaba parte de ello. Como su nieto, lucía unos ojos azules espléndidos y brillantes, una hermosa e impecable sonrisa y un porte elegante y distinguido, sin artificios. Llevaba el pelo muy corto, de un blanco nevado, que marcaba un rostro de pómulos salientes y mandíbula fuerte. Denotaba carácter, aunque su mirada derramaba dulzura.

Me senté, sentí que en su mirada había más de lo que me daba a entender su cortés recibimiento. Tuve la sensación de que me escrutó a conciencia y no salí mal parada. Pero son impresiones mías.

A mi lado se sentaba Francis y al otro, Kevin. Enfrente estaba Helen, que hablaba amistosamente con un desconocido para mí. La mesa la presidía la abuela de Nick, mientras que él estaba en el otro extremo. Mimi y Emma se sentaban junto a él. Al lado de Mimi, Sam Sheiffer me lanzó una mirada feroz, que yo desvié. Me fijé entonces en la mujer de su derecha, me recordaba a Catherine Hepburn, con su moño azafrañado y su rostro anguloso. Tenía cierto parecido a Rose, la abuela de Nick. «Debe ser la hermana de Rose», pensé, mientras buscaba a su otra tía abuela. Sin duda, debía ser la mujer morena, con canas como mechones y rostro verdaderamente hermoso. Las tres con esos espléndidos ojos azules de los Campbell debieron ser tres bellezas en su

juventud. El resto de los comensales eran familiares lejanos, amigos y algunos vecinos de los alrededores.

La cena discurrió agradablemente. Todos estábamos hambrientos y excitados por ese viaje inesperado a una finca inglesa. Todo me parecía tan bonito... Aunque no podía negar que los celos me arrasaban por dentro cada vez que veía a Nick hablando animadamente junto a las dos bellas actrices. Por lo que veía — y creo que también los demás—, ambas estaban también celosas entre ellas y rivalizaban por su atención. El asunto se estaba poniendo feo. Se suponía que eran ex y ahora no sentían ya nada por él. ¿Eso sería cierto? Si me contaban a mí, ya había muchas ex en la mesa de los Campbell y eso era un polvorín en potencia, como después pudimos comprobar.

—Está claro que aquí habrá un problema —me dijo Francis, de modo confidencial.

—No sé a qué te refieres —mentí.

—Un rodaje con dos actrices disputándose al actor principal va a ser muy complicado. Tú también saliste con él, ¿no?

Me rehíce a tiempo de la impresión.

—Sólo fue una amistad malinterpretada. Lo nuestro pasó.

—No entiendo cómo un hombre puede seguir siendo amigo de sus ex amantes —siguió, hizo caso omiso de mi gesto hosco.

—Bueno, en el caso de ellas no les queda más remedio: son compañeras de reparto.

—¿Y cuál es tu excusa, Julie?

Francis sabía ser directa, a pesar de su aspecto anodino tras las gafas.

—En realidad, yo vengo acompañando a mi amiga Rosalind que se ha comprometido con el guardaespaldas de Nick. Les invitó a pasar las navidades y como Michael tenía que trabajar, le sugirió que se trajese a dos amigas. Casualidades de la vida —afirmé en tono teatral.

Pero los ojos escrutadores de Francis indicaban que no se lo había tragado.

—Por cierto, ¿dónde está Michael? —me preguntó de nuevo.

—Creo que ha ido a recoger a un pariente de Nick al aeropuerto, un primo, me parece recordar.

Cuando ya Francis volvía a atacar con su curiosidad insaciable, la abuela de Nick se levantó de la mesa, captando la atención de todos.

—Quiero proponer un brindis. Entre los presentes hay una mujer especial a la que quiero desear con todo corazón una gran felicidad. —mi corazón se aceleró. ¿Sabría algo de lo nuestro entre su nieto y yo?— Una mujer que ha traído una

gran alegría a esta familia y cuya presencia nos alegra. —Observé que el rostro de Nick también estaba muy tenso— Rosalind —se volvió a mi amiga—, os deseamos a ti y a Michael todo lo mejor en vuestro matrimonio.

Todos brindaron alegremente por ellos y yo me desinflé. Por un momento pensé... caí que la idea era casi agradable: ser acogida de esa forma tan calurosa por su familia. Pero era mejor así. Había muchas cosas en juego, entre ellas mi empleo como profesora. Miré a Nick. Nuestras miradas se cruzaron un breve instante. Enseguida comenzaron a servir los postres y en eso, llegaron los invitados que faltaban: un pletórico Michael, con parte de su brillante y negra calva salpicada por motitas de nieve y un hombre de unos treinta y pocos, que se desenrollaba la bufanda con gran estilo, mientras saludaba con efusión a las abuelas y a Nick. No se podía decir que fuera guapo, aunque tenía un no sé qué que gustaba. Una sonrisa muy Campbell y unos ojos verdosos tras tupidas cejas. Lucía el pelo algo rizado en las puntas y vestía como todo un caballero, elegante y refinado, aunque algo enjuto y mucho más bajo, al lado de su primo, tal y como Nick lo presentó.

Enseguida se ganó a todos los presentes pues era en realidad un tipo encantador, muy británico y educado, lleno de anécdotas y chascarrillos con los que nos encandiló hasta la sobremesa. A los recién llegados les sirvieron la comida mientras nos servían a nosotros café, licores, bombones y hasta puros para algunos caballeros. Al día siguiente sería Nochebuena y la cena se anunciaba aún más espléndida, según nos comentaba Lucy, una de las tías abuelas de Nick, la hermosa mujer morena de mechadas plateadas. Y en Navidad comeríamos *pudding*. Un auténtico *pudding* inglés. Rose nos explicaba que era tradición que los invitados de la casa ayudaran a remover la masa del *pudding* en vísperas de la celebración. A todos nos pareció muy divertido.

Y también me alegré mucho por Rosalind, al ver lo feliz que era junto a Michael. Parecían dos niños, disfrutando de los postres con auténtico deleite. Me removié una cierta envidia ver cómo podían demostrar su amor en público, mientras la relación de Nick y yo se desarrollaba en la clandestinidad, como si fuéramos delincuentes. Helen pareció leerme el pensamiento:

—Alégrate, estás en la tierra de los amores románticos. En la Inglaterra ancestral, donde los jóvenes no podían casarse con quienes querían sino por matrimonios impuestos. Estás en la tierra de Jane Austin.

—¿Y quieres que me alegre de eso?

—¡Claro! Es más emocionante: un amor clandestino. Verse a escondidas. Anhelar al amado ante todo, casarse en secreto.

—¡Qué imaginación más desbordante tienes, Helen! —reí.

—Quería que miraras el lado positivo. Estoy tan contenta de que estemos aquí las tres, que sólo me puedo imaginar buenas cosas.

Unas risas nos hicieron mirar hacia la gran chimenea del salón, que hacía de marco al grupo que bebía y charlaba animadamente alrededor de ella. En el centro de miradas estaba el primo de Nick.

—¿Qué te parece?

—Parece apuesto y divertido —dijo Helen.

—Me refería a Mimi y Emma. Las dos cogidas del brazo de Nick, como si quisieran que no escapara.

—Ah. Creía...

Ya me di cuenta de que el interés de mi amiga estaba volcado en el parlanchín primo. El mío, cómo si no, estaba pendiente de Nick. Me molestaba que esas dos estuviesen como perras en celo, captando su atención. Iban maravillosamente vestidas, sin lujos excesivos, pero acordes con el lugar. Parecían dos damiselas de la corte, con esos vestidos caros, las perlas y las joyas. Me avergoncé de mis vaqueros y mi grueso jersey de lana. Estupendos para el viaje, impropios para la ocasión. Hasta mis amigas se habían arreglado para bajar. Rosalind, magnífica a su estilo, hasta arriba de bisutería — de bisutería cara, como decía ella— y de un conjunto colorido y ajustado de punto. Helen, como siempre, sobria y elegante con un traje de tweed y un bonito collar, que parecía de Chanel.

Debería haberme esforzado un poco más. Hasta Francis estaba elegante con un traje negro y largo que, aunque no era de fiesta y acompañaba con botas del mismo color, estaba más en consonancia con el ambiente. «Al menos Scott va igual de mal que yo» —me consolé—. O peor, viendo las pelotillas de su jersey de lana. En cambio, Sam Sheiffer, con esmoquin se había pasado, según mi parecer, aunque en ese salón parecía el rey de Inglaterra agasajando a sus invitados. Le quité la vista de encima, no fuera que me mirara también.

Rosalind se me acercó sonriente y Helen se unió a nosotras.

—Esto es estupendo. Parecemos lores y ladies.

Helen y yo nos reímos de su ocurrencia. Estaba pletórica. De repente, Rose se acercó a nosotras. Sus dos hermanas la siguieron. Eran un trío formidable, tanto en belleza madura como en sensación de poder.

—Queridas, os presento a mis hermanas Caroline y Lucy.

—Encantadas —coreamos nosotras.

—Estas son las amigas americanas de Nick. Rosalind es la futura novia.

—Encantada —dijo la pelirroja Caroline. Poseía la solemnidad de una zarina con su moño alto y estratégicamente desecho.

—Felicidades —señaló Lucy, la más bella de las tres. Parecía sacada de un anuncio de los años cincuenta. Era toda una señora, con su pelo negro y ondulado a media altura y el chispeante azul de sus ojos.

Las tres hermanas compartían además del color de ojos una mandíbula magnífica, que les daba aspecto de fuerza y carácter. Ahora sabía de dónde provenía el atractivo de Nick, pues sus padres no destacaban por su físico. Rose, de pelo corto y nevado debió ser tan rubia como Nick. Tenía algo que me amedrentaba, tal vez solo porque era su abuela y eso me cohibía. Rose nos acercó además a otro miembro de su familia: su sobrino Harry, hijo de Lucy. El primo de Nick nos saludó afablemente.

—Felicidades a la hermosa novia —le dijo galante a Rosalind, cuyo sonrojo no se traslucía por su oscura piel, mientras besaba su mano.

—Así que tú eres Julie —me miró con picardía, o eso me lo pareció—. Realmente encantadora y hermosa.

—Gracias —contesté.

Harry sabía adular.

—¿Y tú debes ser...?

—Helen —saltó mi amiga, a la que observé algo nerviosa.

—¿Queréis escuchar música clásica en el salón de música?

—¡Qué bien! Me encanta la música clásica —parloteó feliz Helen.

Está claro que Rosalind y yo no compartíamos el mismo gusto.

—¿Y quién es tu compositor favorito?

—Bach.

—¡Qué casualidad! El mío también. Ya tenemos algo en común —contestó, ofreciéndole el brazo con cortesía.

Helen estaba que no salía en sí de gozo. Rosalind y yo tras intercambiar miradas decidimos que nos ahorraríamos la sesión de música. Las tías abuelas y la abuela de Nick fueron también a escuchar la serenata junto a algunos invitados. Rosalind se escabulló para estar con Michael junto a la gran chimenea y el resto decidió seguir bebiendo y hablando en el salón. Un poco desplazada, salí de allí. Me entretuve mirando en uno de los ventanales de la entrada observando cómo caía la nieve. Cada vez con más fuerza. Serían unas navidades nevadas. «Eso dicen que trae suerte», pensé. Una voz me sobresaltó.

—Así que de nuevo tú —exclamó con su voz desagradable Sam Sheiffer.

—Soy una invitada como usted.

—Ya —dijo secamente.

Me observaba con ojos feroces. Su mutismo me angustió.

—¿Qué quiere de mí?

—Cada vez que estás cerca de Nick hay problemas. Grandes problemas. ¿Por qué ha venido?

—Ya se lo he dicho.

—Y un cuerno —escupió.

Me fui, dejándolo con su copa en una mano crispada y ojos relucientes de ira. Era un tipo peligroso y desagradable. Cuanto menos me acercara a él, mejor. Subí las escaleras y me fui a mi cuarto. Me sentía incapaz de hablar con nadie. No soportaba ver a Nick con aquellas dos mujeres, por mucho que me asegurara que solo estaba actuando. Y me angustiaba la perspectiva que el doctor Wook me había mostrado sobre mi enfermedad y las terribles consecuencias que me acarrearían. Esa noche me acosté con sentimientos encontrados entre angustia y expectativas por el futuro.

Mantequilla de pétalos de rosa

Al día siguiente, una alfombra nevada cubría campos y tejados de Wilton House. La guerra de bolas de nieve fue inevitable pues cada vez que alguno salía de la casa a admirar el paisaje, alguien oculto entre los setos le lanzaba un bolazo en plena cara. Tras el susto venía la risa y el acopio de nieve para la revancha. Parecíamos niños pequeños. El impertérrito mayordomo salió para recordarnos que el desayuno estaba disponible desde las siete de la mañana. Era en plan *buffet* y cada uno tenía que servirse las viandas, colocadas en largas mesas alrededor del comedor.

El pobre Jeffrey fue víctima involuntaria de una bola de nieve cuyo destino era Scott, pero que acabó en el hombro derecho del severo mayordomo. Las risas se extinguieron en un santiamén y todos fuimos a comer, mientras el criado se sacudía con flema inglesa la nieve de su oscura solapa.

Ni las dos actrices ni Sam estaban con nosotros. Debían estar calentando aún las sábanas. Momento que aprovechó Nick cuando nadie nos veía en la confusión del abordaje al comedor, para estamparme un sonoro beso, lleno de alegría. Por el rabillo del ojo tuve la impresión, mirando un espejo del hall, de que el mayordomo nos había visto. Fue un reflejo tan rápido que no lo podía asegurar. De nada servía lamentarse. En realidad, era difícil que no nos cazaran un día allí, con tantos ojos espiándonos.

Descubrimos que el lanza bolas de nieves oculto era Harry, el primo de Nick, a quien divertían las bromas en sumo grado.

—¿Y tus abuelas? —preguntó Rosalind a Nick.

Desde que las conocimos pasaron a ser las tres las abuelas de Nick.

—Desayunan temprano y dan su paseo matutino. Se mantienen en forma.

—¿Con toda esta nieve? —se unió Helen, cuya taza de té hacía equilibrios en su plato.

—Están acostumbradas —dijo Nick con jovialidad.

—Nuestras abuelas parece que han comido carne de cotorra. Son duras a rabiarse —contestó Harry, uniéndose a nuestro grupo.

—La verdad es que parecen mujeres admirables —dije yo.

—Y que lo digas —siguió Harry— han pasado dos guerras, algunas han enterrado maridos y hasta hijos, han sufrido severas bancarrotas y reveses de la vida, y ahí están.

—¿Han perdido hijos? —exclamó asombrada Helen, como si eso fuera lo peor del mundo.

—Sí, nuestra querida Rose perdió a su hijo varón en un accidente aéreo. Le gustaba pilotar sus propias avionetas. Se estrelló no muy lejos de aquí.

—¡Qué horror! —exclamó mi amiga.

—Lucy se casó y enviudó cinco veces. ¡Cinco! Y ha sobrevivido a todos sus maridos, cada uno de los cuales más ricos. Es como la viuda negra.

—Harry, que es tu madre —le señaló Nick.

Pero a Harry eso le parecía muy divertido.

—Ya ves, yo soy fruto de su tercer matrimonio. Tengo dos hermanastras pequeñas de los dos últimos. Son un encanto, aunque apenas nos vemos...

—¿Y Caroline? —preguntó curiosa Rosalind, a quien encantaba los chismes de familia.

—Ah. La tía abuela Caroline nunca se casó.

—Si es muy guapa y refinada —indiqué.

—Y muy rica y obstinada —dijo Harry—. Cuando su padre se negó a que se casara con un joven —al parecer poco conveniente para ella por sus escasos recursos, un pobretón, vaya—, la tía Caroline le dijo a su padre, nuestro bisabuelo, que si no se casaba con ese chico no se casaría con nadie.

—¡Qué romántico! —exclamó Helen, siempre dada a blandenguerías.

—¡Menuda tontería! —bufó Rosalind—, si le gustaba se hubiera escapado y casado con él. Yo lo haría —sentenció gravemente con su cabeza mientras llevaba una gigantesca porción de tarta en una mano y una taza de café en la otra.

Helen y yo nos miramos, recordando su «dieta».

—Estoy seguro de que lo hubiera hecho, pero cuando iban a fugarse, el pájaro se echó para atrás y no apareció. Caroline estuvo esperándole dos días, aún a riesgo de ser desheredada y echada de la casa paterna. Finalmente desistió.

—¿Él se fue sin más? ¿La dejó sin darle una explicación? —me asombré.

—No se supo nada de él jamás, según nos contaron nuestras tías abuelas. Puede que el bisabuelo le amenazara o incluso, le sobornara para que la dejara.

O tal vez, no quiso casarse con alguien sin dinero como él si el padre la desheredaba.

—Pues vaya partido —refunfuñó Rosalind, a quien no gustaba los cobardes.

—Tal vez lo mataron —señaló a su vez Helen, con los ojos abiertos por la tragedia.

—Quién sabe... —dijo Harry muy serio, aunque había cierto brillo burlón en su mirada.

—La verdad es que las generaciones anteriores, como las de mi abuela, tenían muchas dificultades para casarse con quienes querían.

—¡Y las nuevas también! —alzó la voz Rosalind que miró fijamente a Nick.

Yo le di un codazo y casi se me hunde medio brazo en el costillar mullido de mi amiga.

Nick captó la indirecta y le sonrió, mientras desviaba la mirada y comía su desayuno.

Mimi y Emma aparecieron con Sam del brazo. Reían alegremente. Vestían como si fuesen un lord y unas *ladies* a punto de tomar un cóctel. De nuevo, se desvivieron en atenciones con Nick. Estaba claro que competían de forma feroz entre ellas, a pesar de sus modales suaves y refinados. Mimi consiguió que Scott le dejase su sitio para sentarse al lado de Nick, mientras que Emma no podía disimular su rabia, pues el otro flanco permanecía ocupado por Rosalind, que estaba a su vez junto a Michael. Ninguna criatura humana le hubiese quitado el sitio a mi amiga. Y menos, a esa «blancucha decolorada», tal y como la describía Rosalind.

Yo, que estaba al lado de Michael, sentía una furia creciente y una gran tristeza: me tocaba ser actriz sin serlo. Michael, conocedor de nuestro secreto, se mostró muy amable conmigo, sirviéndome comida, aunque yo no tenía ganas de probar bocado. Pero como a Rosalind y a él les iba el dicho: «con pan las penas son menos», pues pensaba que, hartándome de comer, me tragaría mi orgullo y mi frustración.

Tras el desayuno alguien insinuó dar un paseo por los alrededores. La finca contaba con jardines hermosos y un extenso prado junto a un bosque, aunque todo estaba cubierto por una gruesa capa de nieve. Por suerte, no hacía tanto frío como el día anterior, así que nos pusimos algo de abrigo y seguimos a Nick para que nos hiciera de cicerone.

Adoptó su acento más británico para hacernos de guía, mientras arrancaba risas con sus estirados modales y su atuendo campestre. Fuera de la casa, y aunque abrigadas, Mimi y Emma estaban fuera de lugar con sus atuendos finos,

al igual que Sam. Éste decidió volverse, cuando uno de sus mocasines se quedó enterrado en la nieve.

—Deberías cambiarte de calzado —le gritó Scott, solícito.

—Métete en tus asuntos —masculló Sam, alejándose con el zapato en la mano.

Mimi y Emma, aunque ateridas, aguantaron. Si la venganza es un plato que se sirve frío, ese era muy muy frío, sonreí.

Nick nos llevó por una parte del huerto de la casa, ahora vacío.

—En primavera y verano esto es un vergel de calabazas, guisantes y otras verduras —aseguró.

Después nos llevó a un hermoso y espléndido invernadero. Parecía la estación de un tren. Allí sí crecían aún con esmero numerosas plantas, a resguardo del rigor del frío.

—Qué calentito se está aquí —dijo Helen, quitándose la bufanda.

—Esa zona de ahí es un jardín tropical. En el centro está la planta carnívora más grande que os podáis imaginar.

Así que todos se fueron entusiasmados hacia allí, momento que Nick aprovechó para agarrarme de una mano y meternos en un espeso matorral formado por plantas de un verde clorofila intenso.

—Julie... —me dijo. Me besó amorosamente.

Tras la sorpresa inicial, me abracé por fin a él. ¡Teníamos tan pocos momentos para estar juntos!

—Te has puesto otra vez esa colonia que me gusta tanto.

—La tengo que gastar. Me regalaron un montón tras el anuncio —rio.

Yo recordé que la primera vez que lo vi fue precisamente cuando posaba para la publicidad de ese perfume. Fue en la página de una revista que me mostró Rosalind y que había causado una verdadera sensación y revuelo, pues iba casi en cueros. Una foto de su desnudo magnífico, enmarcado por el mar y el paisaje rocoso de Capri, en el que su espléndido cuerpo bronceado y su cabello rubio le daban apariencia de un dios griego. Ahora estaba más pálido y con el pelo más corto, pero igual de perturbador e irresistible, por lo menos para mí. O no sólo para mí...

—Nick, Nick..., ¿dónde estás?

Era la voz de Mimi Gump. De la odiosa Mimi Gump.

—No me dejan ni respirar —susurró Nick fastidiado—. Julie, en los próximos días, cuando comience el rodaje apenas nos podremos ver. Te he traído a este sitio para que lo recuerdes. Antes de cenar te espero aquí, ¿vale?

—Vale —asentí, mientras volvíamos a besarnos.

—Nick —a Mimi se unió la voz de Emma.

—Si no salgo ya, me buscarán.

Él salió de su escondite y yo esperé a que los demás se fueran.

—Lo siento, tenía una llamada... —se disculpó.

—Qué raro, yo aquí no tengo cobertura —señaló agria, Francis.

—Porque tu móvil es barato —bromeó Scott, que salvó así a Nick de dar más explicaciones engorrosas.

Esperé a que se fueran y me acerqué al grupo por detrás cuando admiraban la dichosa planta carnívora. La verdad es que esos encuentros clandestinos tenían su morbo, yo me sentía de lo más excitada.

—Esta planta sólo se abre una vez en su vida, tras años de crecimiento.

—Qué cosa más fea —saltó Rosalind y con ello puso voz a los pensamientos de los demás.

Era una especie de capullo parduzco, que en nada parecía a una planta.

—Ahora está cerrada —explicó Nick—. Cuando llegue su momento se abrirá. Será una sola flor enorme y también fea, todo hay que decirlo, que expele un repugnante aroma a carne putrefacta.

—¡Puaj, qué flor más asquerosa! —volvió a quejarse Rosalind.

—De esa forma atrapa insectos que caen en su enorme copa, que luego son digeridos y fin de la planta.

—Deseo no estar aquí para ver semejante cosa —bramó Rosalind. Michael, callado como siempre, la cogió de la mano y siguieron junto a los demás por la interesante sucesión de orquídeas y otras flores exóticas que nadie pudiese imaginar que crecerían allí entre el riguroso invierno inglés, aunque estuviesen en un invernadero.

La cita con Nick me había puesto nerviosa. Después de comer, subí a mi cuarto, pero incapaz de descansar me entretuve abriendo los cajoncillos del secreter que parecían infinitos. En algún sitio di con un resorte y encontré un cajón secreto. En su interior había una carta cerrada y una nota de papel. Dejé la carta, pues no quería cotillear en la familia de Nick. Tanto el papel como la carta estaban amarillentos. No pude contener la tentación de abrir la nota, ya que no estaba sellada en un sobre. Parecía una nota de la compra. Había apuntados panecillos, té y una libra de mantequilla, cerillas y un tarro de mantequilla de pétalos de rosa. ¡Mantequilla de pétalos de rosa! ¿Existía acaso algo semejante? Debía ser una comanda muy antigua, tal vez de la época de las abuelas de Nick. Qué curioso. Me pregunté si podría encontrar algo semejante allí o en Londres.

En la nota estaba también apuntado el lugar de la compra: *Almacén del señor Hood*.

Dejé de cotillear y fui a darme un reparador baño. Esta vez no bajaría a la cena de Nochebuena en vaqueros. Antes tenía que pasarme por la cocina para menear la masa del *pudding* navideño, tal y como marcaba la tradición. Sería divertido. Había quedado con las chicas para visitar la cocina. Después cenaríamos y antes... antes la cita con Nick. ¿Qué excusa pondría para justificar mi ausencia? ¿Se lo tragaría Sam Sheiffer? Bueno, ya se me ocurriría algo, todavía quedaban varias horas.

La visita a la cocina fue más divertida de lo que preví. Las risas de Rosalind atronaron entre cacharros de latón, antiguos vidrios y cazuelas ahumadas. El propio personal de cocina se lo pasó también de lo lindo a costa de las tres americanas chifladas (tal y como creo que nos llamaban). Lo mejor fue cuando Helen se mojó la nariz y parte de las gafas con masa de *pudding*, ahí sí que nos reímos como auténticas posesas. Lástima que tuvimos que dejarlo, so pena de terminar estropeando la masa que se hallaba distribuida en distintos moldes de porcelana y que fueron puestas a buen recaudo en la balda superior de una estantería. Miré la hora, era el momento de acercarme al invernadero. Pero cuando iba a salir, una voz autoritaria desde las escaleras me dio un respingo.

—Julie, ¿has visto a Nick?

Aunque los modales y el tono de Sam eran educados, sus ojos no engañaban.

—No, no le he visto —contesté, diciendo simplemente la verdad.

Hice un nuevo amago de salir.

—Espera, te acompaño.

No sé si vio mi cara de espanto, ya que de repente, otras dos entrometidas se unieron a él.

—Nosotras también vamos —casi dijeron al unísono Mimi y Emma.

—Sí, ¿a dónde vas sola? —dijo con malicia Emma.

No podía creer en mi mala suerte. Estaba claro que Sam no se fiaba de mí y esperaba abordar cualquier encuentro de Nick conmigo. Menos mal que tenía a mis ángeles de la guarda...

—No va sola, nosotras la acompañamos —saltó Rosalind desde las escaleras, con los brazos en jarras, seguida de una indignada Helen.

—Vamos a dar un paseo por los alrededores —mentí, animada por mis dos carabinas—. Vamos a acercarnos hasta el pueblo.

—¿Andando? —saltó con terror Mimi, mirando el campo nevado y oscuro que ofrecía el dintel.

—Pues claro, no está muy lejos —pero es mejor llevar botas —indicó Helen, que señaló las suyas y echó una mirada reprobadora a los tacones de las dos jóvenes y a los flamantes mocasines de Sam.

—Vamos a hablar de cosas de chicas. De mi boda —sentenció Rosalind— y quiero estar a solas con mis dos damas de honor.

Sam pareció horrorizado ante semejante perspectiva.

—Bueno, ejem... —se excusó éste— tal vez sea mejor quedarnos en la casa, no quiero coger un catarro con este tiempo y vosotras —dijo señalando a las actrices— deberíais tener cuidado de no resfriaros antes del rodaje.

—Sí, será mejor que nos quedemos —sonrió con desgana Mimi.

Si creían que iban a dar con Nick a través de mí, su plan se había frustrado. Me quedó claro tras eso, que ellas también me consideraban una rival y que no se tragaban al igual que Sam, que sólo fuese una amiga.

Así que Helen, Rosalind y yo salimos sin más contratiempos.

—Gracias chicas, os debo una.

—Que te diviertas con tu blanquito cachas —me deseó Rosalind.

—¿Qué vais a hacer?

—La abuela de Nick nos presta su coche. Nos acercaremos al pueblo —contestó Helen—. Yo conduzco —refunfuñó a Rosalind, que ya iba al asiento del conductor.

—Vale, está bien, conduce tú, Helen. No me gusta conducir estos coches. ¡Tienen el volante al revés!

—Id con precaución con la nieve.

—Tranquila —dijo Helen.

—¿Y qué vais a hacer? —seguí, apenada por el sacrificio de mis amigas.

—No te apures, iremos a la tetería esa tan mona del pueblo donde venden té a la crema —contestó Helen.

—Yo creo que mejor nos vamos al Caballo Blanco y nos pedimos unas pintas y unas costillas asadas —apuntó Rosalind.

—¡Qué horror! Si luego cenaremos y es Nochebuena, habrá mucha cena, Rosalind. Nada de costillas, un té y se acabó.

—Bah, qué aguafiestas eres, Helen.

Por fin se marcharon en el Rover de la abuela de Nick. Me sentí más tranquila de que fuese Helen quien condujera, pues era más precavida que Rosalind, a quien le gustaba la velocidad.

Con velocidad es como latía mi corazón mientras iba al encuentro de Nick. Atravesé el jardín con algo de dificultad por la oscuridad reinante y enfilé un

camino flanqueado de setos nevados y suelo de piedras de río que llevaba al invernadero.

Una tenue y cálida luz amarillenta era como un farol en la oscuridad. El interior estaba suavemente alumbrado y gratamente caldeado con el calor de las plantas. El invernadero era grande y se dividía en varias secciones cerradas por otras tantas puertas entre sí, para delimitar los diversos ecosistemas y especies atesorados. Pero sabía hacia dónde tenía que dirigirme.

—Nick —susurré, algo intranquila entre matas y sombras.

—Julie, estoy aquí.

Y surgió de la espesura como un elfo de los bosques. Los dos nos reímos de mi susto. Después nos abrazamos y besamos, libres ya de las constricciones y miradas indiscretas. Casi perdí el sentido cuando me besó en el cuello y fue acariciándome lentamente. Al caer al suelo, descubrí que ya estaba todo preparado, con mantas y cojines, rodeados de velas estratégicas. Esa tarde de Nochebuena nos pudimos desquitar de todo el tiempo que tuvimos que estar fingiendo desde que nos conocíamos. Era absolutamente feliz cuando yacía a su lado, mientras nos mirábamos como adolescentes.

—Gracias por tu paciencia.

—No tienes que dárme las, la necesidad es mutua —respondí. Pensaba en cómo así me mantenía lejos de la locura de los *paparazzi* y la prensa.

Hubiésemos querido estar así siempre: besándonos y amándonos, pero sabíamos que no podíamos desaparecer eternamente.

—Tenemos que volver —me dijo Nick, mientras me colocaba un mechón de pelo que cruzaba mi frente.

—Es que se está tan bien aquí... —contesté somnolienta, arrebujándome en las suaves mantas de pelo.

—Hace un poco de frío, aunque estemos en la zona mediterránea —rio, mientras observábamos las plantas aromáticas y fuertes que rodeaban el entorno.

—Podríamos haber ido a la zona de los desiertos —seguí, riendo también.

—Está llena de cactus y plantas espinosas. ¿Y si te hubieses pinchado el culito? No lo soportaría.

Y me dio un enorme sopapo en el panderero, que retumbó en los cristales del invernadero, entre mis protestas y risas. Pero como sabíamos, llegó la hora y tuvimos que irnos. Fuimos juntos hasta el jardín principal, amparados por la noche. Allí tendríamos que separarnos.

—Yo entraré por la puerta de servicio, que está detrás. Los criados me conocen y no se extrañarán. Mira, ahí están tus amigas esperando.

Tal y como me señaló, Helen y Rosalind aguardaban en un rincón oscuro del jardín apoyadas en el coche. Se notaba que estaban ateridas. Nick y yo nos despedimos con un beso y nos separamos. Yo fui hacia ellas.

—¿Chicas? —susurré por si alguien nos oía.

—¡Por fin! —dijo Rosalind, arrebujaada en su grueso chaquetón.

—¿Qué tal tu encuentro romántico? —preguntó entusiasmada la otra, mientras tiritaba bajo su abrigo de lana.

—Ha sido maravilloso. Como si fuera la primera vez, quiero decir que hacía tanto tiempo que no estábamos juntos, que la espera ha sido como... como...

—¿Cómo qué, diablos? —saltó Rosalind, harta ya de pasar frío y enfiló a la entrada.

—Como los encuentros entre Romeo y Julieta —corrigió Helen, siempre tan romántica.

Entramos juntas. El mayordomo apareció mágicamente y cogió nuestros abrigos. En el ambiente flotaba el olor dulzón a madera quemada, junto a los aromas del banquete que se preparaba en la cocina. Mis pobres amigas estaban tías de frío. Llevaban media hora esperándome al relente para que nuestra llegada no despertase sospechas.

—Vamos a la chimenea, Helen, nos tenemos que descongelar —dijo Rosalind, mientras seguíamos su consejo.

En el salón estaban Sam, con una gran copa de brandy, junto a Francis, Scott y Kevin. También estaban la abuela de Nick y sus hermanas.

—Pobres niñas —dijo—, acercaos y calentaos. Estáis tiritando.

—Excepto Julie —advirtió Sam, con un deje intimidatorio.

—Estaba bien abrigada —balbucí, acercándome también a la chimenea.

En el espejo sobre ella observé mi rostro arrebolado, en contraste con los de mis amigas. Aunque Rosalind fuese negra, su color había palidecido como el de Helen.

—¿Y las chicas? —saltó Caroline, una de las hermanas de Rose.

—Mimi y Emma han ido a cambiarse —señaló ésta.

—Por el amor de Dios, ¿alguien sabe por dónde anda Nick? —saltó Sam, sin rodeos.

Parecía furioso por no poder controlar los movimientos de su pupilo.

—Seguro que está con su primo Harry visitando los escondrijos de la casa —contestó Rose con amabilidad.

El mencionado apareció por la puerta.

—¿Alguien preguntaba por mí?

—Oh, Harry, qué elegante estás —señaló Rose, que recibió un beso de su sobrino.

—Hola, mamá —saludó y besó a su madre—. Hola, tía Caroline.

Ésta lo saludó con la cabeza como una zarina. En verdad estaba muy elegante con su esmoquin.

—¿Dónde está Nick? —bramó de nuevo Sam, sin atender a las efusiones familiares—. ¿Ha estado contigo toda la tarde?

—¿Nick?

—Sí, tu primo, ¿quién si no? —contestó mosqueado el productor.

—Claro, hemos estado juntos toda la tarde —creó que me miró— rememorando viejos tiempos, ya sabes, seguimos buscando la cámara de torturas y el pasadizo secreto y tal... —rio, burlándose.

Sam no parecía muy contento, pero se dio por satisfecho. Al menos no le constaba que Nick y yo estuviésemos juntos: él había estado con su primo y yo con mis amigas. No obstante, seguía de un humor de perros.

—Deberíamos cambiarnos para la cena —señaló Helen, así que tuvimos una gran excusa para largarnos de allí y no ver más la mirada escrutadora de Sam.

Por otra parte, tenía razón. Mimi y Emma se estarían esmerando, mientras nosotras apenas contábamos con veinte minutos para arreglarnos para esa Nochebuena tan especial. Aunque ya no me importaba tanto. Las dos jóvenes llevarían la ropa y el peinado más *chic* del mundo, pero yo tenía al mejor chico del universo. Casi corrí de alegría por las escaleras.

Cuando bajé, olía a castaña asada, a dulce, a patatas y a pavo, así como a otras delicias más. La boca se me hacía agua. Estaba muy hambrienta. Ya se oía barullo en el gran salón. Rosalind estaba junto a Michael; hablaban mientras se besuqueaban tiernamente de vez en cuando. Sentí remordimientos por haberlos separado para que yo y Nick estuviésemos juntos. Helen charlaba animada con Harry. Tenía las mejillas encendidas, el pelo estratégicamente revuelto —¡algo inaudito en ella!— y un traje claro que le sentaba de maravilla. Estaba muy guapa y por lo que veía, también muy entusiasmada con el primo de Nick. Este parecía corresponderle. Me alegré enormemente por ella. Merecía ser feliz como Rosalind y yo. También estaban las abuelas de Nick, Francis, Scott —que me saludó con la mano amigablemente— y Kevin, con un tupé engominado estilo años cincuenta que movía a algo más que una sonrisa. Por supuesto, Scott seguía con un jersey de lana grueso, aunque algo más nuevo y sofisticado para la ocasión. Francis no dejaba el negro, debía ser así todo su armario. Era un nuevo vestido largo y con mangas, adornado por unos largos collares de gruesas perlas

de bisutería. Aunque cambiara de modelos, con el mismo color, parecía que siempre iba igual. Visualicé a Nick en un rincón sirviendo una copa a Emma. Ésta de nuevo estaba radiante, con un escueto vestido de seda de un rosa apagado, que casi parecía lencería fina, que le quedaba genial entre sus delicados huesos. Su pelo dorado oscuro, con ondas y rizos a media altura le daba un aire ingenuo de diva de cine de los años veinte. Una Sherley Temple adulta, con pasadores y joyas relucientes estilo *art decó*, centelleantes, y a la vez con clase.

Sentí una punzada de celos al verlos. Sabía que era una tontería. Nick y yo habíamos estado juntos una hora antes, pero no podía evitar sentirme desplazada cuando la atención de él se volcaba en otra. Mimi apareció por la puerta y tampoco pareció gustarle lo que vio. Una mujer celosa se da cuenta enseguida cuando otra lo está. Los ojos le centelleaban, aunque su dibujada sonrisa en carmín no delatará su pasión interior. También iba impecable con un vestido negro drapeado a un lado y con un maravilloso broche en forma de rosetón que cogía el frunce desde su cadera. Se había ondulado el largo pelo oscuro para la ocasión y su piel brillaba satinada por lujosas cremas. Las dos parecían no temer al frío a tenor de su leve indumentaria. La casa estaba caldeada, pero no dejaba de haber corrientes y zonas frías en una mansión tan grande y antigua.

—¡Ah, por fin! Aquí están mis dos chicas —saltó triunfante Sam, que salió de las sombras de una esquina.

Me lo imaginé mientras observaba a todos desde su oscuro refugio e intentaba descubrir secretos. Cogió a ambas galantemente de las manos y las besó.

—Eres un cabrón afortunado, Nick.

Las dos actrices rieron la gracia. Helen y Rosalind desplegaron su atención hacia la escena. Me imaginaba que mis dos amigas se compadecerían de mí, al ver cómo debía ser testigo involuntaria del asalto a mi novio por esas dos mujeres formidables y temibles. Suspiré. No era momento de numeritos.

—Podemos ir a la mesa —anunció Rose, rebajando la tensión.

Todos fuimos hacia el comedor anexo. Nick iba bien escoltado por las dos actrices. El rodaje iba a ser problemático con dos mujeres disputándose su amor. Encima hacían de esposa y amante en el film, así que tendrían que abordar escenas espinosas y controvertidas. Podrían saltar chispas ante los besos y muestras de pasión entre una y otra, aunque fuesen fingidas. Y yo me sentí morir sólo de pensar en que podría haber escenas de cama, teniendo en cuenta la carga emocional que aquellas dos hembras ya acarreaban. Lástima que no me hubiese leído el libro ni el guion para saberlo. O mejor era así...

Sonó el timbre y antes de que pudiéramos sentarnos, aparecieron los dos últimos invitados que esperaba la familia. Casi me caigo del susto, cuando un hombre alto y de mirada penetrante entró por el amplio dintel del salón, seguido de una guapa mujer de mediana edad envuelta en pieles. Abrazaron con gran alegría a la abuela y tías de Nick, y a él mismo como si fueran grandes amigos. «¡El señor Cole aquí! ¡No puede ser!», pensé aterrorizada ante la idea de que el director de mi instituto estuviera allí. Fue una falsa alarma, ya que se trataba de alguien muy parecido a él, aunque algo mayor, y muy amigo de la familia Campbell: ni más ni menos que Christopher Lee, el famoso actor británico conocido sobre todo por sus papeles como Drácula. De ahí que mi mente me jugara una mala pasada. El color volvió a mis mejillas. Estaba claro que esa atmósfera traicionaba mis nervios. Todos saludaron efusivamente a los recién llegados y el comedor se llenó de voces y susurros mientras esperábamos las órdenes de la anfitriona.

En esta ocasión, Rose dejó que cada uno se sentara donde quisiera y con quien quisiera. A Nick no le quedó más remedio que ser escoltado por Mimi y Emma. Parecía un poco mareado entre una y otra, que llamaban continuamente su atención. Rosalind y Michael, como siempre, se habían sentado juntos y estaban haciendo ya manitas. Helen y Harry coincidieron de nuevo y yo me libré de Sam, instalándome entre Kevin y Scott. No pude librarme de Francis a quien tenía de frente y cuyo ceño preveía ya maquinando en su interior preguntas sobre mí y mi pasado. Sam no tuvo más remedio que sentarse entre Caroline y Lucy, que alternaban sillas con los otros invitados, mientras que Rose de nuevo presidía la mesa.

La cena transcurrió distendida con Harry centralizando las conversaciones, junto al amable sir Steerforth y su esposa, vecinos de Rose, y por supuesto, el señor Lee que, por lo visto, acababa de estrenar un mes antes la película: *Jinnah*, sobre un líder paquistaní. Respondía a las preguntas de Nick y de las actrices sobre los pormenores del rodaje, así como a su afición al heavy metal, para sorpresa de muchos de nosotros. Hubo buena comida, vino y ambiente cálido, gracias a las grandes dotes de anfitrionas de la abuela y tías de Nick. Las risas se elevaban sobre el humo de los cigarrillos y puros —para los caballeros como Lee y Steerforth—, la chimenea resplandecía hogareña, el árbol de Navidad relucía imponente y hasta Jeffrey parecía menos envarado. Tras la comida, se separaron dos grupos, el de los conocidos de la familia y el de los recién llegados. Harry se unió a nosotros y junto a Nick recordaron los tiempos en los que de niños jugaban en la gran mansión.

—Tiene hasta pasadizos secretos —narró, divertido.

—¡Qué emocionante! —señaló Helen, con ojos llenos de estrellas.

—Sí —confirmó Nick— se usaron en la antigüedad para huir en tiempos de guerras.

—Enséñalos —pidió Scott.

Francis se sumó con entusiasmo a la petición y los demás nos moríamos también de ganas por verlos.

—Seguidme —ordenó un entusiasmado Harry, a quien le encantaba ser el centro de atención, incluso por encima de su famoso primo.

Fuimos hasta una biblioteca donde por arte de magia —o de algún resorte escondido— surgió una oscura y angosta entrada entre los libros. Una hilera de divertidos adultos enfundados en trajes de fiesta deambulamos por el pasadizo que era largo y algo agobiante, atestado de antiguas telarañas, y que desembocaba en un bosquecillo lejano. El frío de esa noche helada nos empujó como un puñetazo tras el enrarecido ambiente del interior. Sam fue quien se dio cuenta.

—Hemos salido por la puerta de una cripta.

—Cielo santo, estamos en un cementerio —chilló Rosalind, a quien le estremecían esas cosas. Michael la abrazó solícito.

Harry se reía de lo lindo. Se lo estaba pasando en grande. Tras ese pequeño sobresalto, nos llevaron hasta la bodega por otro pasadizo y ahí sí que le dimos un buen susto al mayordomo, que andaba con las botellas, cuando salimos de una pequeña cava. Tras reponerse siguió con su flema inglesa, como si no viera esa fila de gente divertida y elegante que pasó por su lado ahogando las risas.

En esa especie de baile de la conga sentí que alguien me cogía de la mano. Supuse que era Nick, compensándome por la distribución que me tocó en la mesa de la cena, pero lo único que pude vislumbrar fue la silueta de Scott —gracias a su holgado jersey de lana gruesa— que parecía entusiasmado con ese pasadizo e iba palpando por aquí y allá. Vaya chasco.

Cuando salimos de nuevo a la gran biblioteca, las carcajadas fueron inevitables y así esa Nochebuena se salvó de los enfrentamientos fríos que presagiaba esa comida. Los invitados ingleses se fueron a sus casas tras cálidas despedidas y los locos americanos nos fuimos con desgana a dormir. Papá Noel no podría entrar esa noche si seguíamos despiertos.

Al día siguiente, Nick y Harry despertaron temprano a todo el mundo haciendo sonar unos enormes cencerros. No contento con el alboroto, su primo decidió tocar además un cuerno de caza que retumbó en la casona como si los infiernos

se abrieran en la tierra. A pesar del sueño, todo el mundo bajó riendo y saltando escalones como críos. Aunque no se había hablado de ello, de alguna forma, al ser Navidad, era el día de dar regalos. Y para regalo el que se había presentado esa mañana: los padres de Nick, que habían venido de un viaje por la India y estaban en el comedor junto con Rose y sus hermanas.

Sentí mucha curiosidad, ya que hacía muchos años que no los veía. De hecho, solo los vi una vez en su casa durante mis clases en *El Club de los Caballeros*, allá por los ochenta. Apenas habían cambiado. Él seguía con su aspecto de escritor bohemio y ella de eterna hippie. Aunque el señor Stanford había conseguido prestigio escribiendo, como la mayoría de los escritores no ganaba mucho. Margaret, la madre de Nick, se dedicaba a tareas relacionadas con el yoga, la búsqueda espiritual y el bienestar. O sea, no se sabía muy bien a qué. Eran personas a las que les gustaba la vida sencilla y viajaban siempre que podían. De hecho, se iban al día siguiente a Francia. Observé que Nick tenía una relación distante con sus padres. No se llevaban mal, pero para todos los efectos, su familia eran Rose y sus tías abuelas.

Todos saludamos a sus padres, que estaban encantados y por así decirlo, un poco fuera de lugar. El padre más tranquilo y pausado, con una pipa como escudo, mientras su madre, no podía negar ser una niña bien que se unió a la rebelión de los sesenta. Eso sí, era una hippie con *glamour*.

Rose nos llamó a todos al salón y allí, bajo el resplandeciente árbol había muchos regalos. La mayoría eran iguales. Llevaban el nombre de cada uno de nosotros. En pijamas, batas y zapatillas —exceptuando a las abuelas y a los padres de Nick— todos los allí presentes abrimos como niños ese detalle de la familia. Se trataba de una pequeña guía de la región que traía también la historia de Wilton House.

Mientras que a Helen y a mí nos entusiasmó el obsequio, quienes no eran tan lectores se vieron decepcionados. La cara de Rosalind y Michael era un poema, no menos que las de Sam y Mimi. Aun así, todos agradecemos el regalo inesperado. Nadie además había caído en llevar algo a las anfitrionas.

Dejamos a la familia para que hablaran entre ellos y nos fuimos a nuestros cuartos. Helen, Rosalind y yo nos reunimos en el mío para darnos nuestros respectivos regalos navideños. No nos habíamos olvidado de nosotras. Rosalind nos regaló a Helen y a mí unos bonitos collares y pulseras de bisutería. «De la buena», como nos señaló ella. Conociendo su gusto por las cosas ostentosas, hay que decir, que había sido muy exquisita con estos obsequios. Helen nos regaló lo que más le gustaba: lectura.

—Otro libro —resopló Rosalind.

—Este te gustará, querida. Es una novela muy bonita.

—El mío está en blanco —repliqué.

—Porque es un diario. Toma —y me dio una hermosa pluma estilográfica—, escribe, se te da bien.

Yo les regalé perfume y para mi sorpresa, les encantó, aunque temía ser poco original.

Rosalind nos enseñó el regalo de Michael: un hermoso brazalete de oro con incrustaciones de pequeños brillantes que le había vuelto loca. Era muy del gusto de ella, tal y como convenimos con la mirada Helen y yo, aunque contentas de que fuera feliz.

En lugar de almuerzo, las anfitrionas de la casa organizaron un *brunch* y, además, cada uno se servía, ya que hasta Jeffrey junto a la cocinera y su ayudante que habían estado en Nochebuena, tenían el día libre. El refrigerio estaba dispuesto en el comedor más antiguo, bajo imponentes vigas de roble y una chimenea en la que cabría hasta un toro. Era una sala vetusta, de paredes enteladas y muebles que habían conocido mejores épocas, con cojines y cortinas de grueso terciopelo granate. Aun así, era de lo más acogedor, por lo menos para mí, pues ese aire decadente y floreado lo hacían exótico para los invitados del otro lado del océano. No faltaban ni armaduras, ni relieves, ni objetos, que no suscitaban el interés de todos. La comida estaba distribuida en largas mesas con manteles alrededor de dos de los muros. En el centro, una larga y augusta mesa, partía la estancia.

En esta ocasión, cada uno se sentó donde quería y con quien quería. Y cada uno se servía la comida, como si de un bufé se tratara. No hay que decir, que los platos de Rosalind y Michael eran los más desbordantes. De alguna manera, Nick se las ingenió para sentarse a mi lado y Helen, lista y solícita, se puso al otro para que nadie más estorbara la ocasión. Durante la comida hablamos de temas insustanciales, pero las miradas no lo eran. Ni siquiera quise mirar a mis competidoras, para no enturbiar ese oasis de felicidad que disfrutaba en ese momento. Fue el regalo más bonito que me hizo en esa Navidad, y su risa y conversación demostraban que él también estaba relajado y feliz. Miré de refilón a Rose, que hablaba con su hija Margaret, la madre de Nick, en una esquina de la mesa y capté el brillo de su atención en sus ojos.

Tras el almuerzo, un salón más pequeño y acogedor sirvió para distintos juegos de mesa. Algunos decidieron jugar al bridge, formando varios grupos de jugadores, otros como Sam, Emma, Kevin y Francis optaron por el billar, y el

resto, se entretuvo como pudo. Helen charlaba animadamente con Harry, con el rostro arrebolado y los ojos encendidos, Rosalind y Michael, reorganizando los pormenores de su lista de boda y el padre de Nick y yo, leíamos tranquilamente frente al fuego del hogar, cada uno a lo suyo. De vez en cuando, se quitaba su eterna pipa de la boca y me hacía un amago de sonrisa. Yo le correspondía y seguía a lo mío, inmersa en un interesante libro sobre Leonor de Aquitania. Nick jugaba a las cartas con los otros y yo ya había tenido mi momento mágico con él. Me sentía tranquila. Miré de nuevo a mi alrededor. Salvo Scott, estaban todos. En algún momento había salido. Era un chico tímido y poco dado a las relaciones sociales. Sus jerséis con bolas de pelo no le ayudaban mucho. A pesar de ello, recordé que fue el que más disfrutó de nuestra incursión a los pasadizos. Había una luz en sus ojos que no me pasó por alto. Creo que, en el fondo, era un chico más animoso de lo que parecía. Suspiré. ¿Qué impresión daría yo sentada leyendo en un sofá? ¿La de una profesora solterona e inofensiva? La verdad es que, de alguna manera, todos hacíamos un papel en esa quedada.

Fue de nuevo Harry quien decidió poner la guinda de esa navidad cuando se levantó, fue al piano y empezó a cantar villancicos. Al principio todos reímos, pues ponía unas voces muy graciosas. Era un gran payaso. Al final nos contagiamos y todos acabamos cantando, incluso el padre de Nick, que dejó por fin su pipa en la mano. Algunos con mejores voces que otros, pero cantar fue contagioso y fue uno de los mejores momentos de esas navidades inglesas que nunca olvidaré. Especialmente, la atronadora voz de barítono de Michael que asombró a todos, incluso a su prometida.

Pudding inglés

Cuando se fueron todos de la casa parecía que la propia mansión había suspirado. El ambiente dejó de ser tenso, aunque nunca pareciera haberlo sido. Incluso había dejado de nevar y aparecía un tímido sol entre la escarcha. Los mismos criados se veían aliviados con ese suspiro, ya que no tenían a tantas personas que atender, sobre todo, a tantas personas exigentes. Mis amigas y yo nos conformábamos con todo. ¡Qué digo! Nos parecía increíble, un sueño estar allí y ser servidas. El aire dejaba de contener iones negativos y ahora era cuando empezábamos a relajarnos. Pero también a aburrirnos, ya que sin los demás, se iba la intranquilidad y también la diversión.

Rose nos animó amablemente a pasar el día en Londres. Quería visitar a una antigua amiga y de paso hacer algunas compras. Nosotras accedimos encantadas a acompañarla. No sólo mi ánimo había decaído al ver partir a Nick, sino que también mis amigas echaban de menos la compañía de alguien. No podíamos caer en la melancolía y menos en una mansión de un pueblo inglés alejado del mundo.

El viaje se nos hizo cortísimo a pesar de que la nieve nos obligaba a ir despacio. Rose era una buena anfitriona y nos puso al corriente de los lugares y tiendas que debíamos visitar para aprovechar el viaje a Londres.

Cuando llegamos me pareció más bonito que la primera vez. Tal vez porque el tiempo había mejorado y ahora lo veía con otros ojos, sin el cansancio del largo vuelo y la ansiedad por ver a Nick. Rose nos dejó en una esquina desde donde podíamos divisar una bella panorámica del puente de Londres y la Torre, al fondo.

—Bueno, yo me apunto al museo de cera y a un *brunch* rápido en Cicconi's — señaló Rosalind, desplegando un mapa.

—Pero ¿qué dices? Lo mejor es conocer la abadía de Westminster y el Museo Británico — propuso Helen.

—Venga ya —espetó Rosalind—, ya hemos estado entre antiguallas demasiado tiempo.

Enseguida se arrepintió de lo que había dicho con mirada compungida.

—Lo siento, Julie. No quería ofender a tu familia política.

—No te preocupes, no son mis abuelas. Y eso de que lleguemos a ser familia...

—Vamos, pues claro que sí —se escandalizó Helen—. Por favor, quítate esos nubarrones del coco —masculó.

—Bueno, dejémoslo y vamos a ponernos de acuerdo —tercié.

—No has dicho aún qué te apetece —me indicó Helen—. ¿Prefieres el plan Rosalind: ver muñecos de cera que dan grima y hartarte de comer o sentir la cultura inglesa?

—Pues la verdad es que ni una ni otra cosa. Lo único que me apetece es caminar por las calles, ver tiendas, tomarme un café caliente...

Mis amigas me miraron con asombro. Parecían preocupadas de verdad.

—Bien —carraspeó Helen—, creo que lo mejor será que cada una haga lo que quiera durante la mañana. Propongo quedar en el *Cicconi's* que mencionó Rosalind para comer juntas. ¿Qué os parece?

—Vale, dijo Rosalind con cara de pocos amigos.

No le gustaba quedarse sola, tampoco le apeteecía el plan de Helen ni el mío. Creo que en ambos había que andar más de lo que ella quería y Helen por su parte, por nada del mundo perdería la oportunidad de ver cuantos museos se le pusieran por delante. Algo a lo que yo no estaba muy predispuesta ese día. Así que nos separamos cada una con nuestro mapa y los móviles sincronizados por si había algún problema. Solo pensábamos usarlos en caso estrictamente necesario, ya que era carísimo hablar allí, según nos había señalado Helen.

Me despedí no sin cierta tristeza de mis amigas, pero también con alivio, ya que me apeteecía estar sola para rumiar mis penas. Deambulando por la *city* acabé en un mercadillo curioso y original, donde todo lo que se vendía era antiguo y gastado. Había señores con chaquetas y sombreros cuajados de botones de nácar y damas que parecían sacadas de antiguos cuadros. Me enteré que ese era el mercadillo de Portobello y que además de los tenderetes, tenía su continuidad en tiendas y tienduchas que parecían tener siglos, no ya tanto por la antigüedad, sino por la falta de mantenimiento. Empezó a llover con fuerza de improviso, por lo que corrí a refugiarme bajo uno de esos laberintos de pasillos y tiendas. Me llamó especialmente la atención una cuyos escaparates exhibían finos encajes amarillentos ya por los años.

Decididamente la lluvia me empujó adentro para explorar. Tras una mesa, entre montañas de rollos de tela y cajas, una vocecilla suave y educada me dio los buenos días. Saludé a la sombra que se atisbaba tras el mostrador, donde apenas pude distinguir los rasgos de una mujer menuda de ojos oscuros y una sonrisa tímida que esparció diminutas arrugas por todo su rostro. Me dejé llevar por el entusiasmo cuando vi tantas telas antiguas y fascinantes. También había vestidos con puntillas y encajes, enaguas, camisones antiguos, e incluso gorritos almidonados. Parecía que había traspasado otra época. De repente, algo llamó mi interés de forma portentosa. En un rincón, colgado de un vetusto maniquí de madera, destacaba un vestido casi crema por el paso de los años, de antiguos brocados y encajes, sin profusión, colocados con gran elegancia alrededor del cuello alto y las mangas de farol. Lo que me emocionó no fue su confección, sino su talla: era enorme, aunque tan discreto y sobrio, que no lo parecía. ¡Era ideal para Rosalind!

—Es bonito, ¿verdad?

La voz de la mujer me sobresaltó, a pesar de que habló con gran dulzura. No me esperaba encontrarla a mi lado.

—¿Es un vestido de novia?

—Era un vestido de fiesta. Se confeccionó para una gran señora de principios de siglo, poco después de su confección enviudó y ya no lo quiso. Aún había que rematar la espalda —me señaló—, claro que, también podría servir para una boda. Aunque no es de su talla, querida.

—Oh, no es para mí —reí sin saber por qué —es para una amiga. Se casa pronto y aún no ha encontrado su vestido y este es tan original... algo anticuado... No sé si el cuello y las mangas serían adecuados...

—Por eso no habría problema. Se puede arreglar y como ve, el vestido tiene mucha tela y es exquisita. Se puede modernizar con ciertos toques. Si su amiga quiere, puede acompañarlo con antiguas joyas e incluso una diadema. Dos tiendas a mi izquierda hay un anticuario que tiene verdaderas preciosidades.

La idea me entusiasmó, pero Rosalind era quien tenía la última palabra. Me despedí de la amable señora. Sólo después de salir se me ocurrió pensar si era oportuno comprar un traje para casarse de alguien que había enviudado, deseché de inmediato la idea. Era un descubrimiento demasiado bueno para no hacerlo realidad.

La tienda de antigüedades, tal y como me había señalado la mujer, tenía objetos encantadores, aunque al principio costaba ver algo entre tantas cosas y tan antiguas, algunas incluso polvorientas. Las joyas destacaban en vitrinas, eran

delicadas y espectaculares a la vez. Me encantó un par de pendientes con un pequeño rubí centelleante y una diminuta diadema trabajada con pericia y que quedaría genial en el negro cabello de mi amiga. Mejor que un velo o un floripondio, tal y como amenazaba con ponerse, para horror de Helen y mío, ya que eso daría más volumen y menos elegancia a nuestra amiga.

Entusiasmada como estaba miré también con detenimiento antiguos muebles. Uno de ellos me recordaba al secreter que había en mi habitación. Busqué afanosamente cajones ocultos, me parecía de lo más divertido.

—¿Le gusta?

Volví a sobresaltarme, a pesar de que la voz, de nuevo, era cortés y amigable. A mi lado se había materializado un hombrecillo de traje oscuro, y pelo y perilla canosos. Parecía muy amable.

—Sólo trataba de encontrar antiguos escondites —resoplé algo avergonzada.

—Oh, a mí también me encantan —me dijo amigablemente—. Todos estos muebles tienen secretos ocultos. Mire, aquí está el cajón secreto.

Un chasquido de un resorte dio paso a un cajón que se deslizó como un abanico desde una esquina del mueble.

—Lástima, está vacío —añadí algo chasqueada.

—Oh, veo que alguna vez ha encontrado algo en uno de esos escondites.

—Una simple lista de la compra —repliqué—, pero muy antigua. Incluso hablaba de mantequilla de pétalos de rosa. Nunca había oído nada igual.

—Oh, era frecuente en el siglo pasado, sobre todo entre damas de la alta sociedad. Aún hoy muchas la toman.

—¿De veras se fabrica todavía esa mantequilla? —exclamé asombrada.

El hombrecillo se acercó un momento a su mesa, escribió una nota y me la entregó.

—Tome, aquí está la dirección de una tienda *gourmet* que aún fabrica esa mantequilla. No queda muy lejos.

—Gracias —contesté algo aturdida y admirada.

Salí en busca del lugar y no me defraudó: un escaparate antiguo y elegante, a juego con la calle y la mercancía que exponía, sacada de otra época, esta vez sin huellas de deterioro, como si el tiempo se hubiese congelado a finales del XIX. Entré. El tintineo de una campanilla precedió mi llegada. La verdad es que todo parecía apetitoso y exquisito. Había pasteles, magdalenas caseras, bollos olorosos y un sinfín de latas de conservas y tés que harían feliz al más exigente *gourmet*. A mis dos amigas les entusiasmaría la tienda —pensé—, aunque por

motivos muy distintos: una, sorprendida por el lujo y el refinamiento de los comestibles allí expuestos; la otra, para zampárselos.

—¿Puedo servirle en algo?

Esta vez no me asusté, aunque de nuevo me sorprendió el arte de los comerciantes ingleses para materializarse sin ruidos.

—Er... buscaba mantequilla de pétalos de rosa.

—Mantequilla de pétalos de rosa —repitió, dirigiéndose a un alto y abarrotado estante de cerezo salvaje.

—Aquí está. Hacía mucho tiempo que nadie me la pedía. Antes fue muy popular entre ciertas jovencitas. Creían que les iba muy bien para el cutis.

—¿Y era cierto?

—Desde luego no lo empeoraba —rio con flema inglesa—. ¿Quiere unos panecillos para acompañarla?

—¿Panecillos?

—Sí, para untar esta mantequilla. Los mejores son estos de sésamo —me señaló.

Era una larga tira de panecillos cortados en finas láminas y resguardados bajo un envoltorio transparente. La verdad es que tenía muy buena pinta. Decidí llevármelos.

—Si quiere aumentar la experiencia de sabores, le aconsejo este Earl Grey Tea que le vendrá genial —me dijo, colocando una lata color oro viejo de un té intenso y perfumado.

Decidí comprarlo también. Cuando salí de la tienda estaba entusiasmada, aunque nunca había tomado té ni sabía a qué rayos sabía la mantequilla de pétalos de rosa. Pero por algún motivo me sentía feliz por la compra y pensaba en quién de la casa había consumido esa mantequilla tan especial. ¿Alguna bisabuela o tatarabuela de Nick? Ardía de ganas de decírselo.

Cuando nos vimos las tres en el *brunch*, cada una contó sus experiencias con pelos y señales. Se notaba que estábamos disfrutando a tope de ese viaje a Londres. Cuando les mostré mi compra, se entusiasmaron. Sobre todo, Rosalind —cuando le hablé de las delicias culinarias de la tienda—, no tanto como cuando les conté mi descubrimiento del vestido y las joyas antiguas que había descubierto en Portobello. Y allí que nos fuimos las tres con el corazón en vilo. Al acercarme en cambio, temí que a Rosalind le defraudara, ya que la veía tan entusiasmada que daba hasta miedo.

Mis temores fueron vanos. Mi amiga se quedó boquiabierta al ver el vestido; por primera vez dijo todo lo que sentía en silencio. Helen y yo la animamos para

que se lo probara y para sorpresa nuestra y regocijo de ella, ¡le quedaba grande! La señora de alcurnia ganaba a Rosalind. El cuello y las mangas no le sentaban nada bien. Rachel, nuestra amable dependienta, la convenció de los cambios necesarios. Un pequeño volante caído a modo de manga reemplazaría los faroles y el cuello también se perdía a favor de un escote en pico, que favorecía más a nuestra amiga. La espalda se arreglaría y se colocaría una botonadura de brillantes que le darían por detrás un efecto de corsé. Había tela de sobra para arreglar el vestido, cuyos tules vaporosos hacían la caída más ligera, acabando en una pequeña cola, que centelleaba con un diminuto bordado en plata.

La verdad es que nuestra Rosalind parecía otra. Estaba pletórica. Mientras se hacía las pruebas de los arreglos, Helen y yo corrimos al anticuario para completar su look con unas alhajas. A Helen le encantó la diadema y no menos, los favorecedores pendientes, todo estilo *Art Decó*, que tanto le gustaba. Cuando le pusimos la diadema a Rosalind, la joya fue engullida por su maraña de trencitas y rastas.

—¡No puede ser! —exclamó con horror Helen—. Ese pelo tuyo absorbe cualquier cosa.

—Es que es muy pequeña —protestó Rosalind, con ojo crítico.

—¿Qué quieres, la corona de la reina de Inglaterra? Esta diadema es magnífica. Una más grande es la diferencia entre elegante y hortera. Ese pelo hay que arreglarlo, Rosalind.

—Ni hablar. Mi pelo ni tocarlo, ¿eh? ¿Sabes cuántos años y dedicación me ha llevado?

Las dos se pusieron a discutir. Por una vez, me situé al lado de Helen.

—Lo siento, Rosalind, Helen tiene razón. Ese pelo no te pega con ese vestido. No hay diadema, velo o tiara que aguantara ante tanto artefacto. Creo que deberías hacer caso a Helen y cambiar un poco. Un buen corte y un alisado tal vez te vendría mejor.

Rosalind me miró estupefacta.

—¿Qué? ¿Dejar mis trencitas? ¿Sabes cuánto tiempo me llevaría alisar todo esto?

—Rosalind, será solo cortar un poquito y darle otro aspecto más saludable a tu pelo. Cariño, sabes que te quiero, pero es que pareces un pulpo.

—Sí, tu pelo parece tener vida propia —argumenté.

Rosalind estaba pasmada. Por un momento pensé que se pondría a llorar o nos daría dos sopapos. Por si las moscas, me distancié un poco.

—Está bien, está bien. De acuerdo, solo un poquito, ¿eh?

—Oh, Rosalind, estarías estupenda con un moño alto —exclamó Helen, al tiempo que daba saltitos y palmadas como una niña pequeña.

—Bueno, eso será ya otro día —las apremié—. Mirad la hora, hemos quedado con Rose dentro de veinticinco minutos. Tenemos el tiempo justo para volver.

Nos despedimos de la amable dependienta, que nos emplazó unos días después para ir probando el vestido con los primeros arreglos.

—Oh, ¡qué contenta estoy! —dijo Rosalind mientras recorríamos al vuelo el metro de Londres—. Y no me ha salido tan caro como temía. ¡Si eran mucho más caros los vestidos de Monty! Por cierto, hablando de precios, ¿cuánto han costado los pendientes y la diadema?

—Nada. Es un regalo de Julie y mío.

—Sí, es nuestro regalo de bodas, Rosalind.

—Oh, mis amigas, cuánto os quiero. Venid aquí.

Y nos dio un abrazo de oso que casi nos ahoga, para pasmo de la gente que pasaba por allí. Llegamos diez minutos tarde a la cita con Rose pese a nuestros esfuerzos. No obstante, allí estaba ella esperando con el coche en la misma esquina, sin una palabra de reproche.

—¿Qué tal ha sido el día?

—Fantástico —señaló Rosalind, al tiempo que las demás nos pusimos a hablar.

Era un galimatías, pues no había forma de entenderse todas a la vez. La abuela de Nick conducía admirada por la verborrea de las tres americanas locas, que intentaban explicarle el maravilloso traje que se había comprado Rosalind, pero más bien parecía una pelea de gallos. Lo único que creo que comprendió es que Rosalind necesitaba un cambio de imagen y se prestó para aconsejarnos un buen peluquero, ante las suspicacias de Rosalind que siempre pensaba que un peluquero inglés era sinónimo de un peinado feo, aburrido, anodino y pasado de moda.

Y así llegamos de nuevo a la mansión, cansadas y excitadas del ajetreo. Cuando llegué a mi cuarto apenas hube dejado el bolso y el abrigo en la cama, unos golpecitos llamaron la atención.

—Pase.

Para mi sorpresa era el mayordomo. Puso cara de espía mientras miraba a un lado y a otro, antes de entregarme con mucho disimulo una nota.

—Es...ejem... del señor Campbell.

—Gracias.

Y se marchó sin hacer ruido ni apenas rozar la mullida alfombra de la entrada. Miré ansiosa su contenido:

Hola, Julie:

Acabo de dejar la casa y ya te echo de menos. Estar con estas dos es una locura. Andan todo el día discutiendo y el rodaje es una tortura. ¡Cómo necesito tu calma y tu dulzura! Sam se ha marchado por fin a Estados Unidos. Otro que me está calentando en todo momento. Odio esta película. Es insustancial, cursi y me hace sentir incómodo. Casi hubiese preferido haber aceptado el papel de Darth Vader. Ahora no hay marcha atrás. No tengo días libres para acercarme a Kent, pero sí la tarde del miércoles durante un par de horas. ¿Podríamos vernos? Por favor, ven. Necesito cordura en esta casa de locos.

Te quiero:

Nick

Su carta casi me hizo llorar. No sabía que lo estaba pasando tan mal con ese rodaje. No era de su gusto, sin embargo creí que podría sobrellevarlo. Ese Nick que escribía no era el Nick que conocía. Se parecía más a Will. Iría a verle, a pesar de que no me hacía gracia pasarme por los estudios y encontrarme a Mimi y Emma. Por lo menos no estaba Sam, ya era algo.

Un poco preocupada, decidí regalarme una merienda cena con mi adquisición de panecillos y mantequilla de pétalos de rosa. Bajé y coloqué todo en la mesita de una pequeña sala, al calor de una chimenea y cerca de una ventana, donde se veían las siluetas oscuras de los árboles del bosque, con sus capas de escarcha.

No quise molestar a los criados y yo misma coloqué los panecillos en una bandeja, los cubiertos, la mantequilla y la taza. Solo quedaba calentar el agua, así que fui a la cocina en busca de una tetera. Cuando regresé, un pequeño grito me sobresaltó. A punto estuve de soltar la tetera. Era Caroline, la hermana de Rose. Estaba pálida y en realidad asombrada. Miraba mi mesa. Me sentí confusa.

—¿Le ocurre algo? ¿Quiere acompañarme a tomar el té? Sé que es algo tarde para eso, pero me apetecía tomarme esos panecillos y la mantequilla.

—¡Mantequilla de pétalos de Rosa! —exclamó, casi sin voz.

—Sí... ¿es malo?

Por respuesta, me lanzó una mirada que no supe escrutar, ya que rondaba entre el miedo y el asombro. Después se marchó corriendo y me dejó completamente anonadada. ¿Qué había hecho? ¿Había cometido alguna indelicadeza al servirme sola esa merienda? Se me quitaron de repente las ganas de comer, así que volví a recogerlo todo y me marché a mi habitación. Sentía mucho haber provocado esa reacción. Y lo peor es que no sabía por qué.

Cámaras ¡acción!

*M*e parecía que el miércoles no iba a llegar nunca. Con la excusa de volver a la tienda para los arreglos del traje de Rosalind, regresamos las tres con la colaboración de Rose. En esta ocasión también se apuntó su hermana Lucy y aunque el Rover era amplio, la humanidad de Rosalind, en medio de nosotras que íbamos detrás, hizo que al abrirse las puertas del coche saliéramos casi despedidas a la calle. Las dos hermanas nos dejaron en el punto convenido y quedaron en venir a buscarnos a las ocho de la tarde. Por delante teníamos cinco horas espléndidas en esa urbe maravillosa que yo ya estaba amando. Helen parecía compartir mi punto de vista, sin embargo a Rosalind todo allí le parecía pequeño, en miniatura, sobre todo la comida. Y por supuesto, todo era terriblemente caro.

Después de dejar a nuestra amiga en el taller donde arreglaban su vestido, nos dividimos en pos de nuestros objetivos. El de Helen, visitar la parte del Museo Británico que no pudo terminar de ver en su última excursión. La mía, quedar con Nick en un *pub* cerca del rodaje. Rosalind había quedado también con Michael tras las pruebas del vestido, ya que Nick le había dado tiempo libre durante nuestra cita. Todo parecía perfecto. O eso creía.

Encontré sin dificultad el Old Crown y mientras me tomaba una cerveza para hacer tiempo antes de la cita —aún me quedaba más de una hora—, una vocecilla baja pero grave me sacó de mis dulces pensamientos:

—Hola, Julie. Qué sorpresa verte por aquí.

No pude reprimir un salto del susto que me hizo derramar parte de la cerveza.

—Ah, ho... hola, Francis. Qué sorpresa también. ¿Qué haces aquí?

—Lo mismo te iba a preguntar —me contestó mientras se sentaba a mi lado sin pedir permiso con su taza humeante de té.

—Ya ves, refrescándome un poco —le dije y levanté mi jarra.

—Eso ya lo veo, aunque con este tiempo pega algo más caliente. Brrrrr...

Pareció que le daba un escalofrío.

—¿Vienes al rodaje?

—¿Al rodaje? —le dije perpleja. Me temía lo peor ante tamaña cotilla.

—Claro, está a dos pasos de aquí. Supuse que vendrías a ver a Nick. ¿Qué más hay por aquí que pueda ser interesante?

—Ah, la verdad es que no sabía dónde era el rodaje —no mentí del todo, pues en realidad desconocía el nombre del lugar donde estaban en ese momento—, Helen y yo hemos acompañado a Rosalind para los arreglos de su vestido de novia.

—¿Se ha comprado un vestido en Londres? —señaló asombrada, como si fuese imposible encontrar algo apropiado en esa ciudad, bien por el tamaño o por el gusto.

—Pues sí, un vestido vintage de lo más bonito. Por favor, ni una palabra a Michael. Es una sorpresa.

El vestido de mi amiga pareció descolocar a Francis por un momento. Ya no me pinchaba sobre Nick. Pero fue solo un momento.

—¿Y dónde está ahora Rosalind? —añadió muy suspicaz.

—Me tuve que plantear una excusa plausible para que me dejara en paz. Así que mezclé verdad y mentira.

—Rosalind se quedó haciéndose las pruebas. Un aburrimiento, ya sabes, así que Helen y yo decidimos ocupar cada una nuestro tiempo a nuestra manera. Helen se ha ido al Museo Británico y yo he venido a mirar una bonita tienda de antigüedades donde me han dicho que hay joyas muy especiales. Helen y yo queremos hacerle un regalo a Rosalind por su boda.

Respiré satisfecha de mis rápidos reflejos al recordar la tienda exquisita que había visto dos calles más abajo mientras me dirigía al *pub*. Prácticamente le había dicho la verdad, así que si en alguna ocasión (que yo no dudaba), se dedicaba a interrogar a mis amigas, no encontraría ninguna fisura. Aunque Helen y yo habíamos decidido comprar las alhajas que vimos en Portobello, eso era algo que tampoco extrañaría a Francis, pues todo el mundo mira en varios sitios antes de decidirse. Tampoco tenía que saber que la tienda que acababa de ver era inaccesible a nuestro presupuesto.

La miré con mi sonrisa más complaciente. Se veía que Francis estaba desconcertada. Aunque era muy desconfiada, carecía ahora de material para atacarme.

—Qué bonito —me dijo, mientras sorbía su té, con mirada felina—. Con lo grande que es Londres, qué casualidad que hayas acabado por aquí... Y tú solita.

—Me dijeron que esa era una de las mejores tiendas de antigüedades de Londres —la corté.

—Ah, sí. Efectivamente —parecía algo contrariada—, aunque está dos calles más arriba —volvió a añadir con mirada triunfal, mientras dejaba ruidosamente la taza en su plato.

Muy impropio de ella, que se las daba de fina.

—Mira Francis, no voy a darte explicaciones de mi vida. ¿O acaso no puedo tomarme una cerveza donde me plazca?

Mi actitud cortante la desbarató y se acobardó.

—Pues claro que no, Julie. Qué cosas dices. Es solo que pensé... que pensé que tal vez te habían invitado a ver el rodaje o te apetecía verlo. Es tan emocionante...

—No, nadie me ha invitado al rodaje —dije con desgana, intentando pagar mi cerveza para irme lo antes posible.

—Oh, por eso no te preocupes, yo te llevo.

—No, no. Si de verdad no quiero ir. (Y era absolutamente cierto)

—No seas tonta, no hay tantas ocasiones de ver actuar a estrellas internacionales. Y menos, en una parte del rodaje tan interesante. Y así te pondré al día con todo lo que ocurre. Es el rodaje más divertido que recuerdo.

Y me guiñó un ojo con picardía. Era lo que me faltaba.

—De verdad que no, Francis, tengo que irme.

—Si te encantará... Emma y Mimi por poco se arrancan los pelos esta tarde —rio.

—¡Dios santo! ¿Quién se está arrancando el pelo?

Al girarnos sorprendidas por esa incursión nos encontramos con Harry, el primo de Nick. ¡Por amor de Dios!, ¿había otro lugar en Londres menos apropiado para una cita con Nick?

—Harry, qué sorpresa. Le contaba a Julie lo divertido que es el rodaje. ¿Te vienes con nosotras? ¿Por cierto, qué haces aquí?

—Esto... venía de mirar unos libros en una librería que hay por aquí cerca.

—No traes ninguno.

Francis seguía con su papel de poli malo. Menos mal que lo hacía con todo el mundo y no solo conmigo. Eso afianzó mi teoría de que era una gran cotilla en general y no tenía un interés particular en mí. O eso pensaba para consolarme.

—No, esto... erm... no encontré lo que quería. ¿Y tú Julie, qué haces aquí?

Antes de que pudiera responderle, Francis lo hizo por mí:

—Va a comprar unas joyas a Rosalind en Marlow & Sons. Es el regalo de bodas de ella y Helen.

—Marlow & Sons, buen sitio. Tiene prestigio. Es un lugar donde acude mucho la nobleza e incluso, la realeza. ¿Y tu encantadora amiga Helen?

—En el Museo Británico, disfrutando como una niña.

Capté enseguida su interés por ella.

—¡Qué mujer más admirable!

—Bueno, venga, vamos ya o nos perderemos lo mejor del rodaje.

—De verdad que no, yo me voy.

—¿Qué dices Julie? Ven con nosotros, será divertido. Aún es temprano. Después te acompaño a esa tienda —me dijo Harry—. ¿Qué más tienes que hacer?

—Claro, venga, en menos de una hora habrá acabado esa parte del rodaje. Luego hay dos horas de descanso y no podremos ver nada —señaló con apremio Francis.

Resignada, tuve que tragar bilis y dejar que me escoltasen hasta el vetusto edificio donde trabajaban. Efectivamente, no se encontraba muy lejos del pub. No sé cómo a Nick se le ocurrió quedar allí, con lo cuidadoso que era siempre. Ahora sería más difícil quedar juntos a solas.

Francis habló con el guardia de seguridad y Harry y yo entramos en el edificio. Antes había un gran patio exterior con jardines a sus laterales. El tiempo había ennegrecido la fachada de piedra, que imponía algo por su arquitectura de palacete. En la entrada se agolpaban muchas personas y todas iban y venían con mucha agitación, aunque en realidad no sabía qué desempeñaban. El mundo del cine me parecía muy confuso y caótico. El interior era más amplio de lo que parecía por fuera, forrado de maderas nobles y con un artesonado que hacía que la vista se fuera al amplio techo. Estaba lleno de armaduras, objetos valiosos y exóticos, así como de antigüedades inglesas. No me hizo falta ir a un museo como Helen, allí mismo se podía disfrutar de una visita instructiva.

Francis nos llevó a trompicones entre distintas estancias, apartando a la gente que iba y venía por habitaciones, escaleras y pasillos. Subimos y arriba había más gente. De repente, alguien gritó algo y todo el mundo acudió en masa a cierto lugar, guardando un silencio escrupuloso.

—Venid aquí —susurró Francis.

Nos metió en una habitación contigua donde no había nadie, cerrando la puerta. Harry y yo nos miramos intrigados. Francis nos hizo una señal para que nos acercáramos a una de las paredes del fondo donde había un gran espejo

rectangular. Ella accionó algo y el espejo se deslizó, dando lugar a una ventana desde donde se podía ver la otra habitación y todo aquello que ocurría.

—¡Qué magnífico artilugio de espionaje!

—Lo encontramos Scott y yo. En el otro lado hay otro espejo. Se ve que el dueño de la casa era un gran cotilla.

—O un gran perverso —señaló Harry que me miró con gesto cómico.

Yo no podía ni hablar, porque lo que tenía delante era una escena de cama. Nick y Mimi estaban desnudos. Podíamos ver el trasero de Nick que descansaba sin pudor encima de Mimi, con una escueta sábana de separación. Todo el decorado se centraba en la gran cama con dosel, donde se habían colocado unas luces estratégicas que daban ambiente al momento. Alguien hacía unas pruebas de iluminación sobre la piel y rostro de los dos actores. Ambos estaban muy serios y ni se miraban, Nick incluso descansaba de lado, jugueteando con la sábana, mientras Mimi miraba a la ventana de su derecha. En la amplia habitación había un tropel de personas, entre ellos el director, que hablaba a las cámaras. Luego se dirigió al grueso de gente que había allí y echó a un montón. Ordenó cerrar la puerta y antes de sentarse se dirigió a los actores:

—Y vosotros, más brío. Parece que os vais a dormir, en vez de entregaros con pasión.

La mirada de Nick era inescrutable y Mimi miró con desdén a su alrededor. Aún quedaba bastante gente, se hizo un silencio sepulcral y todos se colocaron en su sitio.

Vi a Kevin con su portafolios tras la cámara. Las luces del fondo bajaron de intensidad, por lo que el lecho se convirtió en el foco de atención. Alguien dijo acción, sonando la claqueta y a partir de ahí me tuve que tragar una escena de lo más encendida que casi me incendia a mí, de dolor. Aunque era un rodaje, ambos actores se metieron en su papel, pareciendo increíble que unos minutos antes apenas se miraran. Era doloroso ver esa escena, como una espía, observando cómo se amaban —en la ficción, sí, pero sin olvidar que Mimi y Nick habían sido amantes de verdad en otra época—. Un poso de hiel se instaló en mi corazón y me volví, fingiendo que me sonaba, para que nadie viera mis lágrimas. Menos mal que Harry y Francis estaban también tan absortos que no echaron cuenta de mí. Viendo al resto, me asombré del morbo que podía tener la gente en momentos así.

Mi cita a escondidas con Nick no podía haber salido peor. De nuevo me vi en el atestado pub, ahora más atestado que antes, con Francis, Harry, Scott, Kevin y

algunos más del rodaje que no conocía. Y por supuesto, con Mimi y Emma, que provocaron no poco revuelo.

—Es un asco ser famoso —me dijo Harry, mientras intentábamos sentarnos engullidos por el tumulto.

Yo apenas le pude contestar, sofocada por ese aluvión de gente que pedía insistentemente autógrafos y fotos a las estrellas. Desde que entramos en el pub no paraba de llegar gente para ver de cerca a sus ídolos. La cosa se puso tan seria, que los dueños tuvieron que echar a muchas personas que solo habían ido por un autógrafo y cerrar el pub, que seguía estando condenadamente lleno.

Por fin pudimos sentarnos todos en una gran mesa rectangular que parecía sacada de la Edad Media. Como era de suponer, Nick y yo permanecíamos en los puntos más alejados posibles. Estaba bien escoltado por Emma y Mimi, que parecían con un don especial para pegarse a él, allí donde fuera. A mi lado estaba Harry y al otro, alguien que no conocía. Enfrente se sentó Francis. Parecía mi sino. Por más que lo intentara, no podía escaparme de esa mujer. Me tenía bien vigilada.

Unas risas femeninas sobrevolaron entre el bullicio. Internamente odié a Mimi y Emma, que parecían disfrutar de ese momento.

—¿Qué te ocurre, Julie? Estás muy seria —me soltó Francis, cuya cara apenas se veía entre la enorme jarra de cerveza que se iba a beber.

—Nada, que se me hace tarde para ver la tienda —mascullé y miré hacia otro lado.

—Me temo que estamos retenidos como rehenes por los siniestros taberneros de este antro. No creo que nos suelten hasta que no hayamos agotado las existencias de su infame cerveza —me dijo Harry con tono grave, pero cara muy divertida.

Me eché a reír y convine con él en que nos encontrábamos en una situación delicada. Hablar con Harry desvió la atención de Francis que ya no supo con quién hablar. No había dianas conocidas a su alrededor para lanzar sus dardos.

—Bien, he decidido que mi cuerpo ya no puede aguantar más toxinas. Damisela Julie, ¿quiere que la rescate de esta caverna de ogros?

—Con sumo gusto —añadí veloz, deseosa de salir de allí cuanto antes.

Al rodear la larga mesa, Harry se paró al lado de Nick.

—Querido primo, tu... amiga Julie y yo nos despedimos del banquete. Te imaginarás que no es digno de nuestra alcurnia, así que aprovecho para saludarte y expresarte mi más sincera satisfacción por verte tan bien acompañado —miró a

las actrices, que sonrieron halagadas— y comprobar que tienes un trasero digno de los Campbell, según hemos podido comprobar hoy.

Su gesto cómico junto a una mirada suspicaz no escapó a nadie, con lo que hizo reír a los presentes.

—Mi primo Harry —presentó Nick—. Como veis, no soy el único que tiene dotes de actor en esta familia.

Otras risas diplomáticas y una mirada furtiva que me lanzó, mezclaba impotencia y aprensión. Me imaginaba que quería disculparse por nuestra cita fallida. O tal vez se había dado cuenta de que yo también había visto lo mismo que su primo. No me dio tiempo a meditar mucho, Mimi se adelantó:

—Julie, qué sorpresa. Siempre andas por aquí cerca.

—¿Cerca de qué? —respondí agria, con la sangre subida a mis mejillas.

—Cerca del rodaje. No querrás hacerte actriz también como el primo de Nick, ¿verdad?

Más risas regadas con cerveza. Nick bajó la cabeza.

—No tengo ninguna intención de ser actriz. Me gusta ser lo que soy: profesora.

—¡Profesora! —exclamó Emma—. Debe ser terrible bregar con niños y adolescentes.

—Sí, sobre todo porque suelen ser muy crueles —añadió Mimi y dejó clara su segunda intención—. Se fijan en todos los defectos y errores de sus profesores —siguió, a la vez que lanzaba una desaprobadora mirada a mis caderas.

—Pues, aunque no lo crea, amo mi trabajo. Me gustan los adolescentes y nunca se han burlado de mí. Por fortuna no me gano la vida enseñando mi cuerpo.

—Sí, querida, qué suerte la tuya —contestó Mimi por mí—, aunque también se te ha visto ligera de ropa en otras ocasiones. ¿No salía antes contigo esta chica, Nick? ¿No es la de las fotos en tu casa de la playa?

—Mimi, no sigas —cortó Nick muy serio.

Estaba pálido como la cera. Los ojos de Emma estaban abiertos como platos.

—Oh, ¿es eso cierto, Julie?

—¿No es esta la chica del accidente, la que mató borracha a un hombre? —siguió Mimi triunfal, mirando a su alrededor.

—Te he dicho que lo dejes ya —saltó Nick y se levantó furioso. Alguien lo obligó a sentarse. Era el director de la película.

—Que haya paz. Mimi, cuida tu boca, no quiero más disgustos en el rodaje, ya tengo suficiente.

—Oh, lo siento, no quería molestar a nadie. Me he dejado llevar por la situación. Este rodaje es tan estresante... —se disculpó, la muy hipócrita.

Yo quería en ese momento arrancar los rizos negros de Mimi, no obstante hacía verdaderos esfuerzos para no llorar. Harry vino a mi rescate.

—Vamos Julie, ya es hora de que nos marchemos de aquí. Señoras, señores — saludó con un inclinación de la cabeza con toda la educación de un lord— encantado de conocerles y hasta otra.

Nick se levantó. No podía ni hablar, ni siquiera me miró a la cara y yo me marché de allí del brazo galante de Harry, cuando ya las lágrimas nublaban mis ojos impidiéndome ver hacia delante. Si no hubiese sido por Harry, igual me hubiera estampado contra la puerta del *pub*.

Fuera, el fresco de la tarde, ya noche allí, me alivió la congoja, pero no pude dejar de llorar como una descosida hasta dos calles más abajo, consolada por el primo de Nick, que lidió con discreción e imperturbable flema inglesa las miradas asombradas de los viandantes. Fue una situación incómoda y violenta, pues alguien le llegó a decir que qué le había hecho a esa muchacha para que llorará así.

—Cálmese, Julie —me dijo tranquilo. Me ofreció un pañuelo que olía a colonia. Mi torrente para entonces había mitigado. Harry había esperado pacientemente el momento de abordarme.

—Mire, ahí está la tienda de Marlow & Sons.

—No me apetece mirar nada —contesté llorosa.

—Pues tiene que hacerlo. Necesita distraerse un poco y, al fin y al cabo, ha venido desde tan lejos para encontrar un regalo a su amiga. Venga, yo la acompaño. Esta tienda es muy grande y la puedo ayudar.

Me dejé llevar, me sentía demasiado débil de fuerzas para oponerme. Ni siquiera me importaba lo que pensarían los empleados dado mi estado. Si se dieron cuenta, ni lo demostraron lo más mínimo. Harry tenía razón: era una tienda enorme, llena de objetos valiosos de lo más variopinto. Las joyas estaban más al fondo. Yo iba como un zombi, pero poco a poco, gracias a los comentarios chistosos de Harry, la tormenta fue menguando. Bien encontraba una máscara ritual con la que me intentaba asustar como a un niño pequeño, bien se inventaba las más fantásticas historias —siempre divertidas— de algún objeto, o hacía gestos obscenos ante alguno de ellos, que al final provocaban mi risa, temerosa de que lo vieses los dependientes y escandalizada por lo inapropiado de su conducta, máxime cuando iba tan impecablemente vestido. En realidad, Harry era un hombre encantador y muy divertido, con un toque pícaro,

que hacía olvidar que no era muy agraciado, sobre todo, comparándolo con su primo.

—Vaya, por fin asoma una sonrisa entre las nubes —exclamó.

—Eres imposible, y muchas gracias por sacarme de allí y consolarme. Ha sido horrible.

—Las horribles son esas dos arpías. Pero ¿por qué te tienen tanta inquina? Se diría que están celosas —me miró cómplice.

—Pues no sé de qué —afirmé. Aún no sabía si podía confiar en él del todo.

—Pues de lo guapa que eres.

—Venga ya...

—Claro que sí, ellas son dos insectos palo y tú una chica voluptuosa y de sonrisa radiante.

—Ellas son dos actrices guapísimas, aunque con el ego muy alto.

—Son guapas, pero como personas dejan mucho que desear. Parecen dos niñas recién salidas del instituto. No me extraña que Nick...

—Que Nick, ¿qué...?

—Que Nick esté tan harto de esa película. Debe ser un infierno estar con esas mujeres. Y si le sumamos a Francis...

Puso los ojos en blanco y yo me eché a reír. Y lo necesitaba, ya que mi pena más grande de todo aquello era que no fue Nick quien me sacó del brazo de allí, tal y como yo hubiese deseado. Su carrera y el qué dirán eran más importantes para él que yo, según mi parecer.

Harry me llevó hasta la zona de las joyas antiguas y a pesar de mi conmoción, no pude sino coincidir con él en lo magníficas que eran. Pidió a un empleado que me enseñaran algunas, para mi horror, pues no estaba a mi alcance comprar ninguna de ellas. Se divirtió de lo lindo probándome pulseras, anillos y hasta una diadema, ante la parsimonia del dependiente. Los ojos le relucían y mientras estuvimos con las joyas, su interés en mí desapareció. Llegó por fin la hora de marcharnos. Yo me disculpé diciendo que no estaba segura de la elección y los educados empleados lo vieron de lo más natural, emplazándonos a otro día. Por supuesto, yo no pensaba pisar más esa tienda. Ni esa tienda ni el barrio entero.

Confesiones

Dos días después me vi haciendo las maletas con mis amigas. Nuestras vacaciones finalizaban. Nick ni siquiera me había llamado ni se había puesto en contacto conmigo desde el incidente del pub.

Yo lo había hablado con ellas y convinieron en que el comportamiento de Nick no fue el más correcto conmigo.

—Nada que ver con su primo, él sí que es un caballero —suspiró Helen con los ojos encendidos.

—Un caballero —reí para mis adentros al recordar el Club de mis fantasías.

—No sé, a mí me sigue pareciendo raro. No es propio de Nick, eso mismo me ha dicho Michael —afirmó Rosalind a la vez que metía con ímpetu sus coloridos conjuntos en la maleta.

—¡Rosalind, se lo has dicho a Michael! —protesté.

—¿Y qué más da? Él está al tanto de todo.

—Sí, pero hay cosas que prefiero que no sepa. Nick es su jefe y puede ir a contarle chismes.

—Oh, eso sí que no —se volvió enfadada—. Michael no es un cotilla, es de confianza y deberías saberlo. Estoy segura de que Nick quería ahorrarse un escándalo. Quién sabe de lo que son capaces de hacer esas dos arpías si descubren que sois novios.

—¿De verdad lo somos? —respondí amargamente.

—Julie, tú aceptaste la situación por el bien de los dos. Acuérdate de lo mal que lo pasaste por culpa de la prensa. Si el mundo se entera de que sales con él, olvídate de tu intimidad. Es un astro de cine —arguyó Helen.

—Quizás quería protegerte —siguió Rosalind—, aunque creo que ese día debió decirles un par de cosas a esas niñas. Si yo hubiese estado allí, les habría dado un autógrafo a cada una —dijo, enseñándome los puños.

—Tal vez...

—Hoy voy a recoger el vestido a Londres. ¿Por qué no te vienes y nos tomamos un copazo?

—Gracias, de verdad que no me apetece.

—Y tú Helen, ¿qué dices?

—Yo... ya tengo planes —se ruborizó.

—¿Tienes planes? —Exclamó Rosalind tan asombrada como yo— ¿Vas a salir con una estatua del Museo Británico? Déjame pensar... ¿con algún general romano de piedra?, o mejor aún, ¿con alguna momia noble? —rio—. Te recomendaría algún muñeco de cera, parecen más reales y algunos no están nada mal.

—No te burles de mí Rosalind. Me refería a una cita de verdad. Harry me ha invitado a tomar el té.

—¡Oh! —gritó Rosalind—, así que el primo de Nick te hace tilín.

—Sí, ¿y qué? —contestó mohína.

—Nada, nada. Me parece un buen partido. Es tan elegante y refinado como tú, pero con más humor.

—Rosalind hoy estás insoportable. Cómo se nota que vas a estar varias semanas sin ver a Michael.

—Helen, ahora la desagradable eres tú. Eso ha dolido, me ha dado en la herida, sí.

Bajé de la habitación de Rosalind, y las dejé a las dos discutiendo. No tenía ganas de escuchar más chácharas. Recordé mi frustrada merienda con la mantequilla de pétalos de rosa y fui a la cocina en busca de algo con qué untarla. Allí me encontré a Rose, la abuela de Nick.

—Hola Julie, ¿quieres un té?

—Gracias, Rose, por supuesto. Buscaba unos panecillos o tostadas.

—Ahí están, en esa puerta de allí —dijo. Me señaló un mueble de la cocina—. La mantequilla o el queso están en el frigorífico. También hay mermelada de fresas y peras.

—Gracias, solo el pan. Me compré el otro día una mantequilla muy especial y quería probarla.

—¿Qué tiene de especial? —preguntó mientras llenaba la tetera.

—Es de pétalos de rosa. Nunca había probado nada igual.

—¡Pétalos de rosa!

Aunque lo dijo con voz baja, entendí perfectamente su sobresalto.

—Voy a buscarla.

—La espero en la salita.

Cuando bajé de mi habitación con la mantequilla, me encontré que en la mesa del té además de Rose estaba su hermana Caroline. Parecía visiblemente alterada.

—Aquí está nuestra Julie —dijo Rose.

No se me pasó por alto lo de «nuestra Julie», aunque no sabía a qué se refería.

—Trae mantequilla de pétalos de rosa —señaló Rose a su hermana.

—Ya veo —dijo Caroline, con mucha laxitud.

Su comportamiento me pareció algo extraño. La atmósfera se volvió tensa. Era como si un fantasma revoloteara en pos de esa mesa. Para mi sorpresa, las dos hermanas se sirvieron la mantequilla. Observé sus rostros mientras untaba mi tostada. Mientras Rose parecía relajada y divertida, Caroline, parecía presa de un gran abatimiento. Por fin Rose rompió un largo silencio.

—Bueno, a mí siempre me ha gustado más la mantequilla normal. A mi hermana, en cambio, le encanta. ¿Qué tal Julie, le gusta?

—Sí, está buena —señalé, un poco cohibida.

—La mantequilla de pétalos de rosa es dulce al principio, pero amarga al final —sentenció Caroline.

De repente, se levantó y se fue sin más. Estaba muy seria. Me sentí mal, pues no sabía qué pensar, ¿tal vez le disgustaba mi presencia?

—Tienes que disculpar a Caroline, se excita con facilidad.

—No se preocupe... Si es algo que he dicho o hecho...

—Nada más lejos, querida, de verdad, no tiene nada que ver contigo. Si tú nos caes genial. Estoy muy contenta de que mi nieto por fin haya sabido escoger a la persona adecuada. Nunca me han gustado las lagartas que iban detrás de él.

Me quedé de piedra.

—Está equi... equivocada, Rose. Yo y Nick solo somos amigos.

—Y yo soy la reina de Inglaterra, vamos.

—¿Usted sabe... acaso Nick le ha dicho algo?

—No hace falta que me diga nada. Lo conozco mejor que él mismo. Por lo general me lo cuenta todo, soy una mujer abierta, Julie y él tiene mucha confianza en mí casi lo he criado. Es precisamente ese silencio lo que me ha puesto en guardia.

—¿Su silencio?

—Él siempre me ha hablado de las chicas con las que salía, al principio entusiasmado, luego para pedirme consejo y después para confiarme que había roto. Ninguna le duraba mucho y eso que pensé que Emma le haría sentar la cabeza, pero esa chica tiene graves problemas. Pese a que está haciendo grandes

progresos para recuperarse, las adicciones son difíciles de eliminar... Me salgo del tema, ¿quieres otra tostada?

Yo no podía ni contestar. Se la cogí por educación y me esmeré en untarla para no mirarla a los ojos.

—Ahora es distinto. Lo he visto en sus ojos y en cómo te miraba... Y la forma de ocultar lo vuestro.

—¿Te parece eso un rasgo de amor?

—Conociendo a él y a su mundo, sí. Es una forma de protección. La vida de un famoso es una locura. En muchos momentos se ha sentido abrumado.

—Vaya, pues yo he llegado a pensar que, aunque me quería, se avergonzaba de mí. Como usted dice, él vive en otro mundo y su vida es pública.

—Siento que pienses eso. Lo cierto es que no creo en lo más remoto que Nick albergue ese tipo de sentimientos. Es un chico muy responsable, a veces, las circunstancias pueden desbordarle. Yo me alegro de su elección, sin embargo veo que las cosas no están siendo fáciles.

—Apenas nos vemos y cuando lo hacemos fingimos porque siempre hay alguien a su alrededor.

—Sí, es horrible. Incluso yo para hablar con él he de llamar a su secretaria.

—Y luego está Sam Sheiffer, que no me puede ver ni en pintura... y Mimi y Emma. Es como si aún no hubiera podido cortar con ellas.

Me eché a llorar sin poder evitarlo.

—Julie, pobre criatura, no llores. ¿Sabes?, no eres la única. En esta casa las mujeres no han tenido mucha suerte con los hombres. Yo perdí a mi marido, a un hijo y a mi amante.

—¿A su amante?

—Sí, bueno, nadie lo sabe salvo mis hermanas y ahora tú. Antes de casarme tenía un novio que mis padres no aprobaban —antiguamente eran muy severos con esas cosas—, claudiqué y me casé finalmente con el hombre que habían escogido para mí, pero al final el amor es más grande y mi antiguo novio y yo nos hicimos amantes.

—¡Rose!

—Bueno, eso fue después de saber que mi marido me engañaba con frecuencia. Así eran los matrimonios de conveniencia antes, Julie, no te escandalices. Nos quisimos a nuestra manera y yo sentí su muerte, de verdad, pero sobre todo amaba a Albert. Y cuando murió mi marido seguimos nuestra relación. Y también tuvimos que ser amantes furtivos. Él estaba casado y no

podía dejar a su mujer y a sus hijos. Así que durante años mantuvimos nuestra comedia, vivíamos dos vidas por así decirlo. Seguimos juntos hasta su muerte.

—¡Caramba! No sé qué decir. En comparación, lo mío con Nick parece insulso.

—Ahora viene lo mejor. Tuve un hijo con Albert, mi amante, convirtiéndose en el primogénito de los Campbell. Cuando nació Margaret, la madre de Nick, mi marido ya estaba enfermo. James murió en un accidente poco antes de cumplir los dieciocho años. Mi marido no superó la muerte de nuestro hijo y por alguna razón no soportaba a la niña. Era bastante machista.

—¿Y él supo...?

—Oh, no. Creo que no. Y tampoco podía reprocharme nada, él también tuvo hijos fuera de nuestro matrimonio. De todas formas, se aseguró que la mayor parte de su fortuna fuera a parar a manos de su nieto, Nick, por quien sentía locura. Apenas nos dejó dinero a mí y a Margaret. Supongo que no se fiaba, no se le parecía en nada. Y en cambio aceptó a James sin dudar.

Y sorbió su té, tranquila tras lanzar tamaña confidencia.

—¡Cielo santo!

—Viví una época muy hipócrita. En aquel entonces todo el mundo tenía un amante. Divorciarse era un escándalo, sobre todo entre ciertas clases sociales, y muy caro, por eso funcionaban bien los matrimonios de conveniencia. Eran como una empresa, ¿me entiendes?

—Sí, toda la vida aparentando... con mentiras y engaños...

—Así es. No es ni mucho menos una buena vida o una vida sana. Ahora por lo menos la juventud no tiene que esconderse. Vuestro caso es muy singular, no os ocultáis para engañar a otros, sino para proteger vuestra intimidad.

—Debe haber sido muy duro vivir así... querer a alguien y no poder estar con él. Compartirlo.

—Sí, era duro, pero por lo menos lo tenía. Fíjate mi hermana Lucy enviudó cinco veces, eso sí que es un trago y eso que en su caso se casó siempre por amor. Pero tuvo que enterrar a cinco maridos.

—Qué horror.

—Peor es lo de Caroline.

—¿Peor aún?

—Solo quiso a un hombre en su vida, pero mi padre se opuso violentamente a la boda. Aun así se hubiese casado con él —los Campbell somos muy obstinados—, sin embargo, cuando iba a fugarse, él desapareció y no supo más de él. Nunca se casó.

—¿No supo si está vivo o muerto?

—Nada. Desapareció sin dejar rastro. Jamás se recuperó. Creo que el no saber es lo peor. Por eso le ha afectado tanto la mantequilla de pétalos de rosa.

—¿La mantequilla?

—Sí. A ella le chiflaba esa mantequilla. Conoció a su amor precisamente en la tienda donde la vendían, era un dependiente. De ir tanto allí se enamoraron. Luego, él le mandaba botes de mantequilla a casa. Era su forma de decir que la esperaba en el sitio convenido. Yo me avine con mi hermana a hacer de carabina para que padre no sospechase. Así que salíamos a dar un paseo por la tarde y luego nos separábamos, para volver a la hora indicada juntas a casa. El día de la fuga él le envió uno de esos botes y ella acudió a la cita con su maleta, él nunca se presentó. Ella volvió al amanecer, llovía terriblemente. Llegó empapada y con la mirada perdida. Mi padre la vio y se enteró. Se puso tan furioso que la encerró en un internado para señoritas, aunque eufemísticamente era un colegio de prestigio. Caroline no se recuperó del *shock*. Cuando dos años después mis padres le buscaron pretendientes, se negó en redondo a casarse. Mi padre incluso la desheredó para presionarla, sin que ese chantaje funcionara. Tras la muerte de nuestros padres Lucy y yo decidimos darle la parte que en justicia le correspondía. Entonces salió la verdad: mi padre solo dejó deudas. Caroline ha estado viviendo con Lucy y conmigo cuando nos casamos, ya que no tenía nada.

—Es terrible.

—Bienvenido al mundo de los Campbell. Un mundo muy ingrato a lo que el amor se refiere.

Cuando me fui a mi cuarto, las palabras de Rose aún resonaban en mi cabeza. Metidos en nuestro mundo, siempre nos parece que nuestra historia es la más triste del universo, hasta que descubres que no eres la única que acumula alegrías y desgracias. Comparada con ellas, podía sentirme dichosa de mi relación con Nick, por muy imperfecta que fuera. Ahora estábamos en 1998 y las tragedias amorosas postvictorianas carecían de sentido. Hombres y mujeres éramos más libres y la sociedad menos rígida, pero también existían muchos obstáculos.

Cuando me iba a acostar, unos golpes en mi puerta me sobresaltaron. Era el mayordomo. Al parecer, tenía una llamada telefónica. Bajé corriendo las escaleras, rebotando de alegría, pensando que sería Nick.

—Hola, Julie, soy Ian.

Mi hermano.

—¿Qué tal estás? Es un poco tarde para llamar. ¿Ocurre algo?

—Francesca y yo estamos en Roma. ¿Por qué no te vienes unos días? Ya que estás tan cerca...

—Estoy en Inglaterra...

—Eso no es Estados Unidos. Los dos estamos en Europa. Y tengo una sorpresa.

—¿Qué es?

—No sería una sorpresa.

—Pasado mañana volvía a casa.

—Pues cancela tu viaje y cámbialo por un billete a Roma. *Andiamo!* No te arrepentirás.

Suspiré. ¿Por qué no? Nick iba a estar ocupado con el rodaje y yo contaba aún con varios días libres. Un fin de año en Roma podría ser el mejor remedio a mi melancolía.

—Está bien, iré.

—*Va vene!*

Arrivedercci Roma

Roma era todo bullicio y alegría a mi llegada y más cálida que el gélido Londres. Una calidez que se notaba en las mismas personas, como pude comprobar en el cariñoso abrazo de Francesca. Mi cuñada estaba resplandeciente, se la veía muy feliz y quería compartir su dicha conmigo.

Mi hermano parecía también contento, muy ilusionado con un nuevo proyecto, que atropelladamente me iba desbarrando mientras Francesca conducía por las calles romanas sin hacer caso de mi cara de pánico y a mis gritos de terror cada vez que creía que nos íbamos a estampar contra una fuente, una moto o una esquina. Ian se divertía de lo lindo, solo pendiente de contarme los pormenores de su nuevo trabajo y su recién estrenada faceta como director de documentales. Había creado una productora de Televisión y ya tenía algún encargo de la BBC y de la Radio Televisión Italiana, según creí entender.

Por fin, el frenazo más grande de toda la carrera me hizo deducir que habíamos llegado a nuestro destino. Casi me tiré del coche. Me sentía mareada, con ganas de vomitar y algo cabreada ya que, entre la forma endiablada de conducir de mi cuñada y la cháchara de mi hermano, apenas había tenido ocasión de ver Roma y los innumerables monumentos, terrazas y ambiente que habían desfilado ante mí como una cinta rebobinada.

—¿Te encuentras bien? —preguntó mi cuñada.

Yo apenas podía contestar. Solo quería coger aire.

—Debe estar cansada por el viaje, Francesca. Estos aviones comerciales son una paliza —soltó mi hermano.

Parecía que los dos vivían en la inopia.

—Esta es nuestra casa, nuestro *palazzo* —me gritó Ian, como si yo estuviera sorda y no mareada.

—Muy... muy bonita —resoplé, con el poco aliento que me quedaba.

Tenía el escueto almuerzo del avión pegado a mi laringe.

Eché un vistazo a la casa mientras ambos me ayudaban con el equipaje. Estábamos en una calle muy bonita. Empedrada con antiguos adoquines y con muros que daban a pequeños jardines y patios. La casa se veía muy pintoresca y agradable, con tejados coloridos y forjas y enrejados por todas partes, hecha de piedra vetusta, con ventanas de madera pintadas de azul lavanda y flores y más flores por todas partes. Y eso que estábamos en invierno, pero la luz y la temperatura eran todo un goce. Eso sí, noté la humedad en el aire, y olores que no recordaba desde mis primeras y únicas vacaciones en la Costa Azul, precisamente con mi hermano y mi cuñada.

Aquí olía y se veía todo de muy distinta manera. No sé por qué, me recargué de energía positiva con esos colores tan vívidos y ese aroma extraño para mí, a pesar de mi lamentable estado. Una hora después, ya repuesta, hablaba animadamente con mi hermano y mi cuñada, ante una copa de buen vino y un queso italiano buenísimo, que me sirvió Francesca junto a unas barritas de pan salado con sésamo. Volvían a marearme con su proyecto de documental. Por supuesto, mi cuñada era la productora, es decir, la que ponía la pasta. Miré de reojo a Ian, ambos parecían despreocupados y felices. Yo me preguntaba desde cuándo ese interés de mi hermano por documentales y la televisión. Ian era así, y lo mismo un día era agente de bolsa, como otro se dedicaba a vender coches, o podía vivir tranquilamente de sus mujeres sin que ninguna le echara en cara esa costumbre. Y yo, en cambio, era incapaz de aceptar la vida cómoda que me ofrecía Nick. Qué distintos éramos, pero indudablemente él era más feliz que yo.

—Te encantará, Julie —me decía mi hermano—, es algo fantástico. Mañana te llevaremos con nosotros para ver esa catacumba. Nadie hasta ahora había podido entrar desde hace siglos.

Desperté de mis ensoñaciones.

—¿Catacumba?

—Claro, es lo que te he estado contando en el coche, es que nunca escuchas, Julie.

—No seas malo con tu hermana, *caro*, Julie estaba cansada por el viaje. Verás, vamos a recrear la historia de Crisóstomo y Daría. ¡Es tan romántico!

—¿Y qué tiene de romántico estar enterrado en una catacumba?

—Ay, es que no te hemos contado su historia. Es la de dos amantes que prefirieron morir juntos antes que renegar de su fe. Dos jóvenes cristianos de la antigua Roma que se amaron para la eternidad —contestó Francesca con ojitos tiernos.

—Yo se lo explico, *cara*. Los documentales van de amores imposibles. Amores históricos, como los de Cleopatra y Marco Antonio; Romeo y Julieta; Josefina y Napoleón... reales o ficticios, con un nexo en común: convertirse en parejas históricas. Y empezamos con Crisóstomo y Daría.

—Pues no los conocía.

—Aquí en Italia son famosísimos —dijo mi cuñada—. Fue tan triste lo que ocurrió con ellos...

—Sí, los emparedaron vivos o los mataron antes y los enterraron, eso no está muy claro —siguió mi hermano.

—Pues suena un poco tétrico —afirmé.

—Mira, aquí tienes el relato para el documental, así te pones al día mientras Francesca y yo preparamos el almuerzo. Hoy nuestros criados libranan. Pensábamos salir contigo a comer, pero como estás hecha un asco...

—¡Ian! —protestó mi cuñada, antes de que yo abriera la boca.

—Lo que quería decir, es que como no te encuentras muy bien, comeremos aquí. Vamos, Francesca, sabes que sin ti no puedo hacer nada.

Mi cuñada se levantó del tirón, como una niña ilusionada, ante la zalamería de mi hermano, y ambos se fueron riendo a la cocina. Por un instante los odié, al verlos tan felices, luego me pareció injusto descargar en ellos mis frustraciones, así que me puse a leer la triste historia de Crisóstomo y Daría. Resulta que Crisóstomo o Crisanto (según qué erudito) vivió en Alejandría sobre el siglo III d. de C. y se fue a Roma a estudiar filosofía, «como los ingleses que se van hoy a las universidades norteamericanas» — pensé—, convirtiéndose al cristianismo. Eso no le gustó nada a su padre que lo encerró en un calabozo y lo tentó con bellas mujeres. Pero el chico era duro, así que su padre supuso que, a lo mejor, la más bella de las vestales de Roma conseguía reblandecerlo. Y ahí entra Daría. Al final, el chaval debía ser tan convincente o apuesto, que la que quería perderle, acabó convirtiéndose también al cristianismo. Y casados en secreto, se dedicaron a difundir su fe como nuevos predicadores y al final la historia acabó muy mal para ellos, pues fueron condenados a muerte. A espada, según algunos, a ser enterrados vivos, según otros. Temblé. En verdad los amores antiguos eran aún más trágicos. Dejé el guion y me fui a la cama, no sin antes pensar tristemente que Nick no me había llamado ni dejado mensaje alguno. Sabía que estaba muy ocupado, sin embargo...

El lugar era algo tétrico. El hecho de que nos acompañara un joven cura del Vaticano para asesorar y vigilar al equipo de rodaje hacía aún más morbosa la

visita. Era increíble. Estábamos en plena Vía Salaria, donde un antiguo portón casi camuflado entre enredaderas conducía a las catacumbas. Solo se podía visitar esta zona con permiso del Papa.

De momento, íbamos a poder admirar la tumba de los mártires, símbolo del amor cristiano, para que mi hermano y el realizador comprobaran las condiciones en las que se desarrollaría el rodaje. Después se volvería a cerrar debidamente hasta después de año nuevo, momento en el cual comenzarían los trabajos. Así que sería testigo de la invasión de la intimidad de los antiguos amantes.

Un escalofrío me recorrió cuando empezamos a descender por los toscos peldaños que desembocaban en la cripta. A pesar de las linternas, el ambiente era oscuro y opresivo. Había que ir agachados a ratos y el frío y la humedad eran allí terribles. Desde luego no era un sitio para peregrinaje por lo inaccesible y tampoco lugar para sentimientos románticos ante la tumba fría de los desdichados amantes. Más bien podía considerarse la advertencia de lo que el futuro depara al amor más puro y pasional. Al futuro al que todos estamos abocados. O eso pensaba yo, mientras bajaba las sórdidas escaleras de algo que parecía más una mazmorra que un lugar santo. Qué poco adecuado parecía ese lugar para enterrar al amor...

La verdad es que de ese día me llevo la emoción de haber visitado una catacumba romana, a pesar del repelús que me dio y la sensación de vivir un momento histórico. Mi hermano y mi cuñada estaban entusiasmados, pero media hora después, entre la humedad del agujero, el olor y la oscuridad reinante, el supuesto sarcófago perdió para mí todo interés. Además, a esas alturas, todos los presentes parloteaban en italiano, ya metidos en datos técnicos, suspicacias vaticanas y resoplidos del realizador, que no veía allí una difícil tarea, sino una misión imposible. Por eso, me disculpé ante todos, di las gracias por la confianza depositada en mí al incluirme en el grupo y me marché, en busca del aire límpido y azul de Roma.

Cuando resurgí de esa especie de *inferno*, el cielo estaba encapotado y comenzaban las primeras lluvias que se convirtieron finalmente en una tromba de agua, que me obligaron a meterme en una atestada cafetería. El calor y el bullicio, no obstante, me agradaron, y en un pequeño rincón cerca de una ventana donde encontré sitio disfruté de un delicioso *capuchino*. La cafetería era antigua y tenía un aire bohemio que me encantó. La pared donde me apoyaba hacía la función de repisa que partía en dos su amplia altura. Allí había revistas y periódicos para los clientes. Busqué alguno americano, y solo encontré un *Times*

inglés del día anterior. Cuando lo desdoblé en su parte inferior, una de las noticias me llamó la atención, no tanto por su interés, como por un nombre que me resultó muy familiar: Marlow & Son. Al principio no sabía de qué me sonaba el nombre, cuando leí algo más, las tinieblas de mi mente se despejaron de sopetón. Se trataba de un robo en la respetada y conocida tienda de antigüedades inglesa. Se habían llevado varias joyas antiguas, entre ellas unos pendientes de rubíes birmanos valorados en varios cientos de miles de libras, así como una diadema de brillantes, que además de su valor crematístico, incluía el histórico, pues había pertenecido a una zarina rusa. Entre otras cosas, también se habían llevado una máscara ritual africana, algo que era lo que más desconcertaba a los policías y dueños del establecimiento, pues no era uno de los artículos más caros. No había habido destrozos ni siquiera habían forzado las cerraduras. Fue un robo limpio y de guante blanco, aunque sería muy difícil para los cacos vender las piezas robadas, pues por su antigüedad estaban catalogadas y eran fácilmente reconocibles, así como los caros rubíes y algunos topacios, que podían ser desengastados, pero cuya pureza y tamaño los hacían también identificables, pues eran únicos.

La noticia se prodigaba en detalles de otros artículos, igualmente valiosos, sobre todo desde el punto de vista histórico, lo que hacía sospechar que el robo iba destinado a algún coleccionista particular, que no necesitaba lucrarse, sino admirar las reliquias. Recordé algunos de ellos cuando rememoré mi visita a la tienda con Harry, pese a que no estaba muy segura de que alguna de esas joyas fueran las que nos enseñaron, pues yo estaba en ese momento emocionalmente destrozada. Sonreí al recordar a Harry hacerme broma con las cosas más ocurrentes que allí había. Al menos él se preocupó de mí, no Nick...

Suspiré. Iba a cerrar el periódico, cuando entre sus páginas vi otra noticia sobre algunos altercados que habían ocurrido durante el rodaje de la película de Nick, *Algodón de Azúcar*. De hecho, la policía se había personado y durante un registro encontraron droga. Arrugué la nariz. El rodaje iba de mal en peor. Ese tipo de publicidad no auguraba nada bueno. No había detenciones. Nadie sabía de quién era la droga. Visualicé mentalmente a Emma... Aunque había sido adicta en el pasado no podía achacarle su pertenencia. Además, era una cantidad de cocaína considerable para una sola persona. Cerré el periódico con fastidio. Bueno, ahora podía imaginarme por qué Nick no me había llamado. Debía estar liadísimo entre el rodaje y todo lo sucedido.

Escampó tan repentinamente como llovió a mares, así que decidí darme un paseo por las calles romanas, que comenzaban a llenarse de gente que como yo,

salían a buscar los rayos de sol que ya resurgían por toda la ciudad, mientras escapaban de un cielo aún plomizo y cubierto como lanzas doradas que iluminaban dinteles, fachadas y monumento. Aquella luz daba sensación de irrealidad, pero también insuflaba ánimos y apetitos de vivir. Decidí que si Nick no me llamaba, lo llamaría yo. Me preparé, no obstante, para recibir la voz de alguna de sus secretarias o asistentes. Entonces fue él quien se puso de inmediato.

—¡Qué rápido!

—¡Julie, qué alegría!

—Creí que me saldría alguien para anunciarme que estabas ocupado.

—Te di este número porque este es mío y solo para ti.

—Qué bien... —hice una pequeña pausa para abordar temas más serios—. ¿Cómo estás? Acabo de leer en un periódico atrasado lo del follón de las drogas.

—Uf, no me hables del tema. Fue espantoso y para mí, en cierta forma denigrante. Este rodaje está maldito desde el inicio.

—¿Saben ya quién fue?

—No. Podía ser cualquiera. Aquí hay mucha gente trabajando, desde los ayudantes a las estrellas, todos son sospechosos para los policías. Pero especialmente los americanos. Estos ingleses creen que somos más viciosos.

—Y entonces, ¿qué pasa ahora?

—Pues que el rodaje se ha retrasado con las pesquisas y que no podremos salir del país hasta que nos den permiso.

—Yo...

—Sí, ya lo sé. Te incorporas al trabajo después de fin de año. No te preocupes, lo entiendo perfectamente. Por cierto, ¿qué tal te lo estás pasando en Roma?

—¿Quién te lo ha dich...? ¡Ah, claro, Rosalind a través de Michael, quién si no!

Escuché su risa apagada que confirmaba mi deducción.

—Debo colgar, Julie. Espero que pases un feliz año estupendo. ¡Cómo me gustaría pasarlo contigo!

—Yo te deseo lo mismo. Er... ¿con quién estarás?, digo, ¿dónde lo pasarás?, ¿con tu abuela?

Mierda, mi inconsciente me traicionaba de nuevo.

—No. Nos ajustaremos a las fechas del rodaje, no nos podemos permitir más retrasos. Haremos algo, alguna pequeña fiesta, tal vez unas copas... Con todo, el uno de enero estaremos trabajando bien temprano. Tengo muchas ganas de terminar esta película, se me está haciendo un vía crucis.

—Para vías las que hay aquí en Roma. Esto es tan bonito... ¡Ay!

No había terminado de hablar cuando sentí que alguien me pellizcaba el trasero. El atrevido no solo no se escondía, sino que se vanagloriaba entre las risas de otros.

—¿Qué te ha pasado?

Su voz sonaba preocupada.

—Nada, un pequeño sobresalto.

—Cuidado en Roma, hay muchos carteristas y gigolós en busca de guapas americanas.

—No te preocupes, ya sé cuidarme sola.

Pero mientras lo decía, no dejaba de mirar a uno y otro lado con desconfianza.

—Adiós, Julie. Feliz año.

—Adiós, Nick.

Y colgó. Me pareció una conversación muy triste para dos amantes. Parecíamos más bien dos compañeros de piso. Tal vez estaba acompañado de otra gente y no podía ser más emotivo. Yo qué sé... Ahora lo que me preocupaba era que con la charla me había despistado y ya no sabía ni dónde estaba. Cuando intentaba situarme, el sonido de mi teléfono me sobresaltó.

—Julie —era mi hermano—, ¿dónde te has metido? Es la hora de comer. Vamos a un sitio estupendo que está cerca.

—Es que...no sé ni dónde estoy.

—Muy lejos no debes andar. ¿Puedes ver el nombre de la calle o preguntar a alguien?

Iba a preguntar a unas chicas que estaban cerca, cuando me di cuenta de que eran prostitutas y me corté. Pregunté a un chico con mochila y auriculares. La Vía Salaria era muy, muy larga. Me acordé del café y con sus indicaciones llegué enseguida. Mi hermano y mi cuñada me esperaban allí fuera. Los tres nos dirigimos a un restaurante escondido entre empinadas y estrechas calles, que por dentro era muy bonito y acogedor. Tengo que decir que disfruté de un delicioso almuerzo en el que ahogué mis pesares con un Lambrusco bien frío y estimulante.

El fin de año no fue como habíamos previsto, ya que mi cuñada se sintió indispuesta y al final, decidimos quedarnos en el *palazzo*. Yo lo preferí a embarcarme en una fiesta con gente desconocida y bebida. Después de brindar por el nuevo año con unas tazas de té y dejar a Francesca acostada en el sofá entre mantas calentitas y los cuidados de su marido yo subí a la azotea. Desde allí contemplé la noche romana, el sin fin de tejados sobre los que se podría

caminar sin pisar el suelo y los fuegos artificiales que alumbraban el nuevo día. Se oían gritos y risas lejanas, pitidos de coches y el rugir de muchas motos. Las luces más encendidas que nunca daban a la ciudad un aspecto de Belén gigantesco. Pensé en cómo estarían mis amigas celebrando esa Nochevieja y caí que había ocho horas de diferencia. ¿Y Nick, cómo lo estaría pasando? Y, sobre todo, ¿con quién? Me mordí la lengua. Si nuestra unión se manchaba con los celos era mejor dejarlo ya en ese instante. Pero no tenía fuerzas para hacer semejante sacrificio y decidí confiar en él, ya que en el pasado me había dado muestras de su honestidad.

Hubiese estado toda la noche allí arriba contemplando las estrellas, borrosas por la contaminación lumínica y las nubes. Cuando bajé a mi cuarto y miré el móvil, vi las llamadas perdidas de mis amigas y de mis padres. ¡Ellos no se habían olvidado de llamar y habían calculado hasta los horarios! Me sentí avergonzada. Decidí hacer las maletas al día siguiente. Deseaba estar en Los Ángeles de forma imperiosa. Allí estaba mi mundo, mis amigos, mi trabajo... Las cosas por las que había renunciado a depender de Nick, por mucho que lo amara. *Arrivederci Roma.*

Amargo café

*R*egresé tarde a Los Ángeles. Nadie me esperaba a la vuelta: ni padres, ni amigos, aunque no podía culparles, el tiempo era terrible, con fuerte lluvia y viento. Estaba deseando llegar al apartamento de Nick, aunque en verdad, hubiese preferido regresar a mi antiguo «antro». Era para mí más hogareño. Menos mal que me esperaba mi gata Tina hambrienta de mimos después de mi larga ausencia.

Como imaginé, el ático de Nick me parecía aún más solitario y frío que antes. Todo era demasiado reluciente y masculino, como una galería de arte, impactante pero impersonal. No tenía ganas de comer, así que decidí guardar mi escaso equipaje. La tormenta arreciaba. Los relámpagos surcaban los cielos seguidos de enormes truenos que por un momento silenciaban al viento. De repente se fue la luz. Me asomé a una de las múltiples cristaleras. Toda la manzana permanecía a oscuras. Suspiré. No sabía dónde había una puñetera linterna, unas velas o nada parecido.

Me metí en uno de los armarios del inmenso vestidor para buscar un mechero que recordaba guardar en el bolsillo de una chaqueta que acababa de colgar. Estaba en ello cuando escuché un ruido distinto al de la tormenta. Un relámpago iluminó la habitación por los ventanales y vi como mi gata huía a esconderse bajo la cama. Me inquieté. Entonces escuché mejor cómo alguien entraba por la puerta y no era Nick, de eso estaba segura...

Mi instinto me hizo refugiarme en una de las puertas del vestidor, dejándola de tal forma que podía espiar sin ser vista. Un grupo de personas entró en la habitación. Mi corazón iba a cien. Parecían cuatro o cinco hombres de aspecto siniestro. Se movían con agilidad pese a la oscuridad. Algunos iluminaban la estancia con sus móviles. Uno sacó una linterna. Tres de ellos se fueron a otras habitaciones. Parecían buscar algo. Sentí que el sudor me corría por la espalda. ¿Quién era aquella gente? ¿Cómo habían podido entrar?

De repente la luz retornó. Pude ver mejor a los dos hombres que rebuscaban por el dormitorio. Llevaban largas gabardinas. Uno era joven y parecía muy nervioso. El otro, un afroamericano con bigote y de aspecto serio. Volví a escuchar la puerta de la entrada. Instantes después apareció el portero del edificio Columbia.

—Ya está, señor comisario —dijo al negro con bigote—, las luces de emergencia funcionan perfectamente. Me han dicho que la avería tardará un poco. Se ha ido al garete la electricidad de todo un distrito. Por lo menos de aquí a toda la Avenida Broadway. ¿Comisario?

—Está bien, gracias —contestó seco el aludido—. Espere. Me dijo que entró una señorita hace un momento.

—Así es, señor.

—Aquí no hay nadie.

—Pues salir, no ha salido nadie por la puerta, se lo aseguro.

—¿Y quién es esa joven?

—Eh, bien... disculpe, señor comisario, los asuntos de los inquilinos no son de mi incumbencia.

—Pero viene aquí a menudo, ¿no?

—Bueno, yo diría que vive aquí, aunque ha estado fuera unas semanas, creo que en Londres.

—Londres, ¿eh? ¡Hum! Gracias, ya puede marcharse, si lo necesito lo llamaré. El portero se fue.

—John, ¿tienes el nombre de esa fulana?

El aludido paró su registro y sacó una libretilla del bolsillo de su gabardina.

—Señorita Garrett —contestó.

—Bien... Señorita Garrett sabemos que está aquí, por favor salga. No le haremos ningún daño.

Me había quedado paralizada. Me sentía asustada, humillada y totalmente desconcertada. ¿Qué hacía la policía aquí? ¿Cómo sabían mi nombre? ¿Qué hacía yo dentro de un armario? Aún no me había recuperado de mi conmoción cuando escuché de nuevo gritos, ruido y la puerta abrirse. Todos, al parecer, se marcharon a ver qué pasaba. Entre la algarabía de voces y la tormenta destacaba una voz femenina que me resultaba muy familiar. Oí decir al comisario algo así de que se marchara a alguien, pero ese alguien insistía en entrar y finalmente lo consiguió. Me quedé de piedra cuando el dormitorio volvió a llenarse tanto de gente como de relámpagos. Allí una conocida y odiosa presencia confirmó mis

peores temores. Era Mimi Gump. ¿Qué puñetas hacía en la casa de Nick, en mi casa?

Se relamía como una gata satisfecha tras su pulso con el comisario. Se divertía mirándolo todo.

—Insisto, señorita —dijo grave el comisario— tiene que marcharse de aquí. Salvo que tenga algo importante que decir, debe marcharse.

—Señor comisario, no sea así. Nick es... alguien especial, un amigo especial y he venido a esperarlo. ¿Qué le importa a usted?

—Que sepamos, usted no vive aquí y no nos consta ninguna autorización del señor Campbell para que entre.

—Voy a darle una sorpresa —agregó Mimi, insistente.

—Puede que la sorpresa se la lleve usted —algunos de sus hombres rieron la gracia.

—¿Qué quiere decir?

—Que el señor Campbell ya tiene otra compañía femenina y no es prudente que usted se quede aquí cuando en la vivienda hay otra persona.

Se quedó como una estatua. Pude ver desde mi escondite cómo su rostro sonriente se descompuso un instante. Fue breve, recuperó la compostura con una risa como de «aquí no pasa nada» y restó importancia a su visita.

—Claro, claro... ya lo sabía... Soy una buena amiga de los dos.

¡Qué excelente actriz! Se retocó, coqueta, y se despidió sin que pareciera una derrota, sino un simple malentendido. Las manos ya me sudaban cuando echó una vista al vestidor, con una de las puertas entreabierta y la maleta en el centro bien visible. ¿La reconocería?

Cuando se oyó cerrar la puerta de la entrada el comisario despachó también a sus hombres, que al parecer no habían encontrado nada de lo que buscaban. Nos quedamos solos él y yo. Encendió un cigarrillo, dio una calada y se acercó más al vestidor, cada vez más.

—Señorita Garrett, salga ya por favor.

Aunque su tono era más suave, sonaba perentorio. Salí muerta de vergüenza. El hombre me miró y dio otra calada a su cigarrillo.

—Bu-buscaba mi mechero —dije a trompicones—. Se fue la luz con la tormenta y yo, yo...

—Me imagino que le hemos dado un susto de muerte.

Se quedó mirándome fijamente. Me parecía estar viendo en sus ojos: «¿esta es la amante del actor? Venga ya. Si es una chica corriente y ordinaria como

millones que pululan por ahí. Si fuera en cambio la otra, Mimi Gump, tan elegante y esbelta...».

—Por favor, me gustaría que nos acompañara a comisaría.

—¿Por qué? —Salté temblorosa— No he hecho nada.

—Es solo para unas preguntas de rutina. ¿Puedo ver su maleta?

—Cla... claro —«como si no pudiera registrar lo que quisiera sin permiso».

No entendía nada.

—¿Qué buscan? —atiné a preguntar.

Tras tomar una breve declaración en comisaría salí como si me hubiese atropellado una apisonadora. Me sentía terriblemente cansada después del largo viaje y luego el susto por ese embrollo que no comprendía. Apenas tuve que dar unos datos, así que no sé por qué me llevaron. Me dijeron que era un sencillo trámite burocrático y yo no pensé en abogados, ni derechos ni nada. Solo quería escapar de allí cuanto antes. Además, no tenía nada que esconder.

Salí ya de madrugada. Cuando detenía a un taxi alguien se me acercó muy rápido, aunque solo me pude dar cuenta de lo que ocurría una vez lo tuve encima. Me tomó unas fotos rápidas y se largó, sin que pudiera verle siquiera la cara, deslumbrada por el *flash*.

Malditos *paparazzi*, ¿cómo se habían enterado? Era inútil seguir maldiciendo, así que entré en el taxi de un nervioso conductor que me llevó por Los Ángeles como si fuese a perder el último avión. La carrera me costó un dineral. Cuando volví de nuevo al ático, revuelto con discreción, pero con señales de lo ocurrido, me eché a llorar. Y así me quedé dormida en la cama, agotada de tantos sobresaltos. La vida de las estrellas no estaba hecha desde luego para mí.

Al día siguiente llegó Nick. Venía ya furioso pues se había enterado del registro.

—¡Cómo se atreven! ¡Los demandaré y les va a costar una fortuna!

Hizo varias llamadas a abogados y asistentes. Durante casi una hora estuvo enganchado al teléfono. Su ira lo convertía en un ser desconocido para mí. Nunca lo había visto así. Ni siquiera me hizo caso y casi mejor, pues después del ajetreo del día anterior yo estaba echa un asco. Por fin fue calmándose algo tras, supongo, los consejos conciliadores de sus asesores y se sentó abatido. Entonces recordó que yo existía.

—Oh, Julie, cuánto lo siento. De verdad que siento mucho que hayas pasado por esto.

—No te preocupes —contesté cabizbaja. No quería caldearle más los ánimos con mi relato de los hechos, sobre todo por lo humillante que me resultó.

—¿Dónde se habrá visto? La policía de Los Ángeles no actúa de esa forma. Hablaré con el gobernador, con el fiscal... con quien sea. Esto no va a quedar así.

—Pero ¿qué buscan?

—No lo sé. El rodaje en Inglaterra fue un desastre. Encontraron droga... aunque no creo que estén buscando droga en mi casa. No entiendo nada. Parece que también han registrado los domicilios de otros integrantes del rodaje. Si ni siquiera fue una cantidad importante... ¡Qué demonios, esa película estaba gafada desde el principio!

—¿Crees que habrán registrado también a Mimi Gump?

—¿A Mimi? ¿Por qué crees eso?

—Bueno, estuvo aquí anoche...

—¿Qué?

Le tuve que contar lo de su aparición.

—Esa tía está loca —me dijo asombrado—. Creo que está obsesionada conmigo.

—Supongo que sin motivo...

—¿Qué quieres decir? Por Dios santo, Julie, no hay nada entre ella y yo. Te lo juro. Ni siquiera la soporto.

Callé. Muchas veces los odios ocultan un enamoramiento inconsciente y no podía olvidar que él la había invitado a pasar la Navidad a casa de su abuela. Por no hablar de sus escenas tórridas con ella. Por respuesta me cogió las manos y me besó galantemente.

—Siento el mal trago de ayer y todo por lo que has pasado, incluida nuestra estancia en Londres. Sé que no ha sido la escapada que habíamos planeado. Todo ha salido mal. Solo te pido algo de paciencia. La película se estrenará pronto y tendré que hacer mucha promoción, salir mucho en la prensa y ya sabes...

—Sí, se hace más taquilla con un soltero.

—No es eso. Es que quiero separar mi vida privada y ahora con todo esto, tanto escándalo no es bueno a la vez. Y encima esta película va a ser un absoluto fracaso.

—No digas eso.

—Es la verdad, Julie. La hice de mala gana, el guion es penoso y el resultado no ha podido ser peor. No he querido ni verla durante los arreglos. Definitivamente debería haber aceptado el papel del joven Darth Vader.

—Lo siento.

La verdad es que fue un día triste, con Nick pegado al teléfono mientras gritaba por las habitaciones, con un sabor amargo en mi caso, por la vuelta a un hogar que no era mío y a una vida que cada vez era menos mía. Para colmo, volví a perder el control de mis esfínteres, mis piernas apenas me respondían y llegué a asustarme. Por fortuna, la parálisis fue remitiendo y salvo un cansancio inmenso, y un hormigueo en piernas y brazos, todo quedó en un susto y Nick ni se enteró con sus discusiones telefónicas. Pero recordé las advertencias del señor Wook. ¿Estaba demorando inconscientemente algo que temía hacer? Menos mal que al día siguiente comenzaba a trabajar. Así que, tras una cena rápida e interrumpida continuamente por llamadas, me fui pronto a la cama. Nick seguía hablando por teléfono en el salón cuando me quedé finalmente dormida.

Ir a trabajar fue como liberarme de un fardo. Me sentía mejor, más despejada y ligera. El reencuentro con Helen y Rosalind fue maravilloso. Sobre todo, por ver lo bien que le sentaba el nuevo peinado del «viejo» continente. Nos abrazamos y, en el poco tiempo del que disponíamos entre el primer café y el super dónut de Rosalind, nos pusimos al día. Las dos se quedaron impactadas por lo que les conté. No tenía mucho más para explicarles con detenimiento, pero mi experiencia centró casi toda nuestra escueta conversación. Además de una somera información sobre los preparativos de boda de Rosalind y la carta que Helen había recibido de Harry. «Una carta, como antiguamente, no esos fríos correos electrónicos de ahora», nos declaró con suspiros de satisfacción. Como digo, mi aventura en el armario daba para celebrar un «gabinete de guerra», que es como llamábamos a las citas para charlar a brazo partido sobre lo que nos interesaba.

Cuando sonó el timbre fui a mi despacho, lamentando no poder dar ya clases, por «sugerencia» del señor Cole. No llevaba ni diez minutos en la tarea de poner al día cartas y papeles cuando me llamó por teléfono para que acudiera al suyo. Fui con fastidio. Esperaba no tener que hablar con él hasta la hora del almuerzo. Sus llamadas siempre me preocupaban y no erré.

—Señorita Garrett, me alegro de verla. Siéntese —me saludó, levantándose galantemente.

No me estrechó la mano. No era algo inusual en él, no obstante me inquieté.

—Espero que se lo haya pasado bien en Londres.

—Oh, sí. Muy bien, gracias. —«Mentirosa», me dije para mis adentros.

—Bien. Me alegro. Porque tengo que darle una mala noticia y créame que lo siento. Debo pedirle que deje este instituto.

—¿Qué?

Mi asombro era mayor que mis ojos de plato.

—Ya le advertí que si se producía algún escándalo alrededor suyo me vería obligado a despedirla.

—Pero, pero... yo no he hecho nada.

Por contestación me echó un periódico. Uno de esos que nunca leería el señor Cole y que por alguna razón estaba en su mesa. En la portada había una foto mía entrando en la comisaría escoltada por policías, junto a otra con cara desencajada —de la impresión que me dio cuando el *paparazzi* me hizo la foto—. Me quería morir.

—Usted me dijo que ya no salía con ese actor.

—Yo..., pues... No era mi intención engañarlo. No es lo que parece...

—Lo que parece es que usted me ha mentado. Ha defraudado mi confianza. Lo siento, ya le advertí que las normas de este centro y la presión de los padres la llevarían a esto.

—Yo no he hecho nada malo. Me llevaron a declarar, eso es todo. No soy culpable de nada.

—Que lo sea o no ya no es asunto mío. Mi obligación es velar por el buen nombre de este instituto y usted es un mal ejemplo para los chicos. Recoja sus cosas.

Lo dijo con tanta frialdad —sacó de nuevo el rasgo por el que lo apodábamos El Conde Drácula—, que no pude ni contestar. Me levanté y cuando iba a salir por la puerta le volví a oír:

—Lo siento, Julie, de verdad.

—Gracias —atiné a contestar sorprendida y compungida.

—Lo del novio escritor era una mentira... era él, ¿no?

—Sí, era él. Es muy difícil de explicar. Adiós, señor Cole.

—Adiós... ¡Julie!

—¿Sí?

—Es usted una excelente profesora, quiero que lo sepa.

Me fui. Estaba demasiado confusa y noqueada para hacer nada. Recogí mis cosas y las guardé en una caja. No era mucho, la mayoría cartas que tenía por abrir, algunas de mis antiguos alumnos que pensaba leer en casa. Me despedí someramente de Rosalind, a la que tuve que aguantar y calmar los ánimos para que no fuera como un ciclón al despacho del director y formara una escena. No pude despedirme de Helen porque estaba dando clase, así que quedé con mi amiga en planear un próximo encuentro, en cuanto me organizara y despejara un poco.

Nunca pensé que me iría así de mi trabajo, de forma furtiva, con mis esperanzas dentro de una caja de cartón y sin siquiera despedirme de mis compañeros y mis alumnos. Como una apestada. Parecía que se repetía el mismo cráter en mi vida. Y otra vez por un hombre.

Me fui al *Pollo Loco* a tomarme un café, pues nada me entraba ya en ese momento. Todo me sabía amargo. Después me percaté que no le había echado ni azúcar, de lo conmocionada que estaba. Intentaba recomponer el puzle de mi vida, pero parecía que siempre me faltaban piezas. Yo era una de las piezas que no encontraba su sitio.

Lamiendo heridas

Nick tampoco había vivido su mejor día. Por lo que me contó, se había peleado con todo el mundo: con su manager, con su asesor, con el productor, con el director y con medio departamento de policía, incluido su abogado, que no podía sofocar su ira. Por lo general era un hombre sosegado y templado, que cuando algo se le torcía, sacaba lo peor de sí. Así que los ánimos de los dos estaban muy maltrechos cuando decidimos cenar. En la mesa encontré el odioso periódico que me enseñó el señor Cole y que por alguna razón también poseía Nick. Ninguno de los dos dijimos nada al respecto. Al menos, nada se hablaba en él que nos implicara a ambos. Hablaban de la problemática *ex* de la estrella de cine. Ya me había convertido en famosa por derecho propio. Saliera o no con Nick, seguía vendiendo. Y siempre mala imagen.

—Siento lo que han hecho contigo, Julie. Podemos demandarlos. No tienen ningún derecho a despedirte —dijo algo hosco, aunque intentaba ser amable. Tenía los nervios de punta.

—No voy a meterme en juicios. Me siento demasiado cansada y en parte tienen razón.

—¿Qué tienen razón? ¿Quiénes son ellos para juzgar tu vida?

Ahora estaba rojo de ira.

—El señor Cole es un buen hombre y sé que ha hecho todo lo que estaba en su mano para que no ocurriera, pero están en juego muchas cosas. No se trata solo de ti, los periodistas han sacado la peor parte de mi vida. Siempre apareceré como la conductora borracha y asesina de un buen padre. Eso siempre lo llevaré a cuesta.

Calló.

—Hay más empleos —dijo por fin y salió de su mutismo—. Estás muy preparada y hay miles de oportunidades esperándote ahí fuera. Debes tomártelo con calma y elegir bien. Sabes que no te faltará nada.

—¡Nick, por favor! —salté a la vez que tiré el tenedor.

—¿Qué? —me contestó asombrado.

—No me hagas sentir como si fuera... como si fuera...

—Como si fueras, ¿qué?

—Como si fuera una mantenida —solté de un resoplido.

—¡Vaya, ya estamos con lo mismo! Solo intento ayudarte. Se supone que somos pareja.

—Ya lo sé, sin embargo vivimos como si no lo fuéramos. Cada vez que entro o salgo de este edificio lo hago por la puerta de atrás, siempre temerosa de que alguien me reconozca o me hagan fotos. De que nos cacen juntos. Un día te verán entrar. Nos verán... ¿cuánto tiempo podemos seguir con esta farsa? Si hasta el portero sabe que vivo aquí. Podría hablar por un puñado de dólares.

—Solo un poco más, cariño. Solo un poco más. Hay que esperar que se vayan solucionando algunos problemas. Con los escándalos del rodaje y con el desastre que se avecina tras el estreno no puedo mantener más frentes.

Tragué saliva. Estaba a punto de llorar, pero no quería hacerlo.

—En cuanto al problema de este piso, ya estoy en ello. No creas que no he pensado que ahora estamos más expuestos. Hasta Mimi ha descubierto dónde vivo y te juro que no sé cómo. He decidido comprar una casa en las colinas, lejos de aquí. Será mucho más difícil que nos sigan y que nadie entre sin permiso. Este portero es un imbécil.

—¿En las colinas?

—Bueno, ahora no tienes que trabajar en el instituto...

—Claro. No me acordaba. Solo que aquí están mis amigas, mis sitios conocidos.

—Podrás seguir viendo a tus amigas y venir al centro siempre que quieras, Julie. Al fin y al cabo, Rosalind se casa pronto y cambiará también de domicilio. Y Helen vive muy bien comunicada.

—Sí, claro. Aunque no sé si me acostumbraré.

Me imaginaba a la gente estirada que vivía en las colinas de Hollywood, en el ambiente al que no estaba acostumbrada, más que al cambio de barrio.

—Pues no se hable más. En una casa donde la policía entra sin problemas y donde hay cada vez más riesgo de ser localizados estamos muy expuestos. Prepárate para mudarnos.

No puse más objeciones. A mí nunca me había gustado ese ático y lo odié más desde que Mimi Gump puso sus altos tacones en él. Un cambio de trabajo, un cambio de casa y lugar... seguramente era lo mejor.

Al día siguiente, como no tenía otra cosa que hacer, me dediqué a mirar la correspondencia pendiente. Muchas y variadas, pero entre ellas, la citación médica para hacerme las pruebas que me pedía el doctor Wook: otros RX, resonancia, analíticas... Llamé y fijé cita. Pero de nuevo otra vez no pude ir. Me coincidió con el día de la mudanza. El gran día donde esperaba que mi vida diese un vuelco a mejor: las colinas donde las mansiones no bajaban de los seis ceros. Con todo el jaleo consideré que era mejor esperar a que me situase, ya que apenas conté con unos días para recoger mis cosas y marcharme. Eso sí, cada uno lo hicimos por nuestro lado, para no despertar sospechas. Nick se marchó antes y yo dos días después, con la ayuda de mis amigas. Fue un día muy feliz, la verdad, excepto para Tina, que sufría pavor a salir de casa y estuvo maullando durante todo el viaje.

—Ah, cómo me encanta este camino maravilloso hacia el paraíso —señaló entusiasmada Rosalind—. Helen, ve más despacio.

—¿Que vaya más despacio? ¿Qué ha pasado con Rosalind corre caminos? —rio.

—Es que quiero ver bien esas casonas, no quiero perderme nada.

Las tres nos echamos a reír. Al fin llegamos a la dirección que nos había indicado Nick. Una enorme puerta enrejada custodiaba fieramente la privacidad de la casa, que ni se veía resguardada tras un largo jardín empinado y flanqueado por grandes rocas. El sol brillaba como si fuera primavera y no enero, y avanzamos por un bosque de cedros del Líbano —que obviamente habían sido plantados tras un desembolso considerable—. Tras subir una suave cuesta empedrada, la casa apareció como por arte de magia, en el último recodo, como un nido de águilas donde se podía contemplar las famosas colinas, la sierra de Santa Mónica y disfrutar de una panorámica increíble de Los Ángeles. Desde luego, nadie turbaría nuestra intimidad fácilmente. Era como asaltar un castillo.

Mis dos amigas estaban entusiasmadas, primero con el interior de la casa, que no era excesivamente grande, aunque sí muy moderna. Y después con los exteriores, especialmente con la gran piscina, casi tan larga como la planta de la vivienda que, a mi parecer, era excesivamente tecnológica y acristalada. Muy del gusto de Nick.

—Vaya casoplón—gritaba Rosalind.

—Vamos a tirarnos a la piscina —suspiraba Helen.

—Os recuerdo que estamos en enero y que no traéis bañador.

—Ja, ja... vaya excusa —rio Rosalind—, lo que pasa es que no quieres que Nick nos vea desnudas.

Las tres nos partimos a carcajadas.

—Sobre todo, que vea este cuerpo de diosa de ébano. No vaya a ser que se enamore de mí —siguió, con lágrimas en los ojos—. Lástima que ya tenga a mi Michael.

—Bueno, bueno. Eres tremenda —le gritó Helen, muerta de risa—. Anda, Julie, vamos a beber algo para celebrarlo.

—Uy, ayudadme a buscar. Yo tampoco conozco la casa. Pero antes voy a soltar a Tina del trasportín. Pobrecita, qué asustada está. Se ha metido debajo de la cama.

—Bueno, mejor —dijo Rosalind—, afuera podría perderse.

Así que cerramos los ventanales y las puertas de cristal, y nos situamos en el grandioso porche trasero con la piscina a nuestra vista, así como la imagen de la ciudad a los pies de las colinas. Helen había descubierto una botella de vino tinto, no había nada más en la nevera. No había caído en la compra y desconocía si Nick habría pensado en ello. Por lo menos, tenía algo de comida que me traje de la otra casa en unas bolsas, aunque tampoco mucho, pues con la mudanza no queríamos complicarnos la vida. La compra iba a ser un problema allí tan lejos.

—¿En qué piensas Julie? —preguntó sonriente Helen.

—En lo afortunada que es —saltó Rosalind, al tiempo que levantó su copa para un brindis—. Por Julie, por su nueva casa, su nueva vida y su novio, que está como el pan...

—Siempre pensando en comer —rió Helen.

Brindamos divertidas y pasamos un buen momento juntas. Luego me ayudaron a guardar mis cosas, que no eran muchas, la verdad, después del incendio de mi casa, y cuando ya no había más que hacer se sentaron conmigo en el salón. No querían dejarme sola, ya que Nick tardaba mucho en aparecer. Encendimos la chimenea acristalada, un colmo de modernidad, que dejaba ver la otra habitación y parte del jardín. A la casa no le faltaba nada, salvo la sensación de hogar (esto era una impresión mía, claro). Supongo que, con el tiempo, la amoldaríamos a nuestro gusto. Con el tiempo... solo pensar que estaba hablando de compartir mi vida con Nick, me hizo temblar de emoción. Hasta entonces, no había gozado esa sensación. El ático del centro era como un lugar de paso, de encuentro, no de vida juntos. Esperaba que ahora, sin porteros ni acechanzas, pudiéramos vivir como una pareja normal.

Mis amigas se quedaron hasta bien tarde, cuando ya las estrellas hacía horas que refulgían —allí arriba parecía más que abajo en Los Ángeles—, les pedí que se fueran a casa. Era ya tarde y no tenía ni para darles de cenar. Las vi marchar

con pena y ellas también se sintieron apenadas de dejarme sola. Ahora estábamos muy lejos una de otras para nuestros encuentros. Ya ni siquiera nos veríamos en el instituto. No quise ponerme triste, sin embargo cuando se fueron sentí una inmensa soledad en ese castillo acristalado y refulgente, que aún me daba sorpresas cada vez que tocaba un botón. Estaba a punto de quedarme dormida en el sofá viendo la tele, cuando oí llegar un coche. Supuse que se trataba de Nick, me levanté temblorosa y me desplomé en el suelo. Las piernas se me habían quedado otra vez dormidas. Intenté levantarme, pero parecía que mi cuerpo no respondía. Por fin, me rehíce, y cuando ya Nick abría la puerta iba a su encuentro, aunque despacio y algo coja.

—Julie, ¿qué te pasa?

—Nada, me he quedado dormida en el sofá y me he entumecido. Además, he bebido un poco.

Nos besamos allí en la entrada, bajo la hermosa lámpara en forma de cascada que colgaba a varios metros de altura en el techo desigual y a dos aguas. Desde luego, fue un estreno de casa maravilloso. Él traía comida y de la buena, para un regimiento, y después olvidamos nuestros problemas amándonos como la primera vez que nos conocimos en su casa de la playa. Fue como encender las pavesas de un fuego apagado por tantas circunstancias. Allí éramos libres, estábamos solos y volvíamos a empezar con toda la ilusión de dos recién enamorados. Qué importa que para mí la casa fuese un cubo de cristal y metal, tenía el calor de mi chico y su amor. Fue un fin de semana inolvidable que cerró heridas y nos dio mucha ilusión por lo que nos deparaba el futuro. Estas vistas, por fin, parecían mejores, espléndidas...

Nick me fue informando sobre la situación. Dos veces a la semana vendrían a limpiar. Había contratado a un matrimonio asiático que había firmado una cláusula de confidencialidad, por una gran cantidad de dinero, para que nuestra privacidad no se viera afectada por filtraciones externas. De todas formas, yo pensaba marcharme de allí las horas que ellos estuvieran trabajando. También hacían la compra y dejaban comida. Una preocupación menos. Solo me aseguré de no dejar ninguna foto mía ni identificación a la vista para evitar tentaciones.

Nick además me deparaba otra sorpresa, me había comprado un coche. Necesario para ir y venir desde la casa a cualquier parte, y menos identificable que mi antiguo armatoste. También renuncié con algo de pena a ese trasto, pues con él se iba una parte de mis vivencias. Tengo que decir, que comparado con el coche que me regaló Nick, nadie entendería mi punto de vista.

La luna de miel duró poco. Tal y como había predicho Nick, el preestreno de *Algodón de Azúcar* fue todo un fracaso. Las críticas golpearon duras e inmisericordes. No se libraba nadie: ni el director, ni las actrices, ni el propio Nick, que parecía haber heredado la maldición de los Óscar: aquella que oscurecía la carrera de todo aquel que conseguía la preciada estatuilla. Su humor era de perros, sobre todo, porque ya había vislumbrado lo que se le venía encima con ese trabajo, pero no había podido evitarlo. Su contrato con la productora lo amarraba con una gruesa cadena de hierro. Paradójicamente la taquilla fue buena. Primero por el tirón de su presencia y el de las dos actrices que habían sido examantes suyas, ya que eso daba mucho morbo. Y por otra, el hecho de que fuera una mala película, animó a más de uno a ver el desaguizado para ponerse al tanto de los cotilleos. Así que al menos, económicamente el desastre no fue tan grande. Si se hubiese rodado con actores menos conocidos, la ruina habría caído sobre todos ellos.

En cuanto a mí, tardé en acostumbrarme a mi nueva ubicación, que se me hizo cada vez más insoportable por la cantidad de horas que pasaba sola. Con Nick casi siempre fuera y con nada que hacer, ni siquiera en la casa, gracias al trabajo immaculado del matrimonio que nos asistía, caí en una apatía aplastante. Me sentía aislada de todo; de mis amigos, de lo que ocurría en el mundo, de lo que sucedía más allá de la verja. Así que más por puro aburrimiento que por ganas, decidí hacerme algunas de las pruebas recomendadas por el doctor Wook.

Excepto la resonancia, lo realicé todo. Pero la resonancia no estaba al alcance de mi bolsillo, y ahora sin trabajo, y con unos ingresos muy menguados, cualquier gasto extra suponía una sangría. Ni se me pasaba por la mente pedirle dinero a Nick. Me parecía demasiado humillante. Ya vivía a su costa y me conformaba con lo que me daba el paro para mis gastos. La mayor parte se me fue en facturas relacionadas con el incendio de mi antigua vivienda. Además, me sentía mejor y consideraba muy exageradas las hipótesis sobre mi enfermedad, aunque debo reconocer, que una parte de mí huía en realidad de las pruebas para no afrontar mis miedos. Miedo a quedarme parapléjica, según me había advertido el médico.

La telaraña

Un día, Nick volvió temprano con nuevas sorpresas. Gracias a un amigo suyo, también actor, había conseguido para mí una plaza como profesora en el colegio privado Buckley de Los Ángeles. Un centro al que acudían los hijos de famosos y megaestrellas como él. Me dejó de piedra. Era un buen trabajo, pero al mediar él, me sentía incómoda, una enchufada que no encajaba muy bien en ese ambiente. Debo reconocer que el nivel era magnífico, el centro una maravilla y todo rezumaba excelencia, sin embargo no encontré a personas de la talla de Rosalind, Helen o el señor Cole. Y me refiero a la talla humana, pues mis compañeros de trabajo eran amables y educados, a la par que distantes y fríos. Nada de super dónut o cotilleos entre colegas. Todo estaba demasiado encorsetado para mí. En cuanto a los alumnos, eran chicos que lo tenían todo, y muchos eran incapaces de ver la suerte de la que gozaban y desaprovechaban sus estudios. Pensaban que a base del talonario de papá o mamá se sacaba nota.

Menos mal que el coche regalo de Nick me hizo más llevadero el desplazamiento hasta San Fernando Valley, donde se encontraba ubicado mi nuevo trabajo.

Una tarde de viernes, me dediqué a terminar de guardar las cosas que había traído de mi casa y del viaje. Entre ellas, algunas pequeñas compras que realicé en Londres y que con tantos ajetreos no tuve ocasión de desempolvar. Entre algunas ropas, tazas que ahora me parecían algo horteras y algunas chucherías, descubrí la gran lata de mantequilla de pétalos de rosas que me había traído de allí. Seguramente tras el viaje y tantas semanas en una mochila estaría mala. Además, comprobé que el precinto estaba roto, aunque no recordaba haber usado esa lata. Rose y yo dimos buena cuenta de la que abrí en su casa y esta, estaba segura de que no la había abierto. Así que me la llevé a la cocina para comprobar su estado. Parecía una pomada para niños, derretida con la calefacción. Como me gusta reciclar, decidí sacar la mantequilla y separarla de la bonita lata. Cuál

no sería mi sorpresa al encontrar en la cuchara unos pequeños grumos relucientes. Me intrigó ese color rojo oscuro y brillante que traslucía entre la mantequilla. Me quedé de piedra cuando entre mis dedos descubrí una piedra preciosa de gran tamaño, tal vez un rubí. No era el único. Con cada cucharada sacaba otras piedras que, sin ser una experta, se me antojaban diamantes de diversos colores, entre ellos amarillos, rosas, algunas esmeraldas, zafiros... No me lo podía creer. ¿De dónde había salido todo aquello? ¿Serían auténticas? Me eché a temblar. Se me pasó por la cabeza el registro de la policía en el ático. ¿Sería eso lo que estaban buscando? ¿Cómo había podido llegar todo eso a mi mantequilla? ¡Dios mío, era horrible! De Nick no dudaba, ya era lo bastante rico. ¿Quién más tenía acceso a mis cosas? Un sudor frío perló mi frente. No sabía qué hacer. Si iba a la policía, ¿qué podría decirles? Me detendrían. Pensarían que era yo la ladrona... Recordé el robo de Marlow & Son que leí en Roma... ¿Serían acaso aquellos rubíes y diamantes las joyas que nos enseñaron a Harry y a mí en el anticuario? Me sentí mareada y me senté en el suelo. Me costaba respirar. Aunque estaba todo suelto, bien podrían ser esas joyas y otras más, arrancadas de sus engastes. Me asusté tanto que cuando Nick volvió me encontró todavía en el suelo meditando qué hacer. Le expliqué lo ocurrido y él también se llevó una gran impresión. Al contrario de lo que yo opinaba, creía firmemente que había que llamar a la policía.

—Pero piénsalo, Nick, será un gran escándalo para ti. ¿Y qué podremos decir? Ah, mira, la lata tenía premio. ¿No ves que seremos los principales sospechosos?

—Había más personas en la casa.

—Y eso pone a tu abuela y a tus tías entre los sospechosos también.

—Qué lío. ¿Y qué otra cosa podemos hacer? Julie, no nos queda más opción que dejarlo en manos de la policía.

—¿Es que no te das cuenta de que, si como dices, alguien de la casa metió estas joyas y yo descarto a tu familia y a mis amigas, solo quedan los criados y tus amigos de rodaje?

—Claro que lo he pensado y créeme, no me cabe en la cabeza que ninguno haya podido hacer tal cosa. De los criados lo descarto absolutamente, los conozco desde que era niño y del equipo... No, no puedo desconfiar de ellos.

—Bueno, a lo mejor algunas de tus amiguitas de rodaje son cleptómanas o algo así.

—Julie...

—Bueno, ¿pues qué me dices de Sam?

—¿Sam? Venga ya, es un hombre muy rico. Sé que no te cae nada bien, pero es absurdo.

—Pues entonces solo quedan Francis, Kevin y Scott.

—Son buenos chicos.

—Todos somos buenos, Nick. Eso es lo que intento decirte. Para la policía nosotros seremos tan sospechosos como los buenos de tus amigos y de tu familia.

—Cálmate por favor.

Me eché a llorar.

—Es como una pesadilla —gimoteé.

Por toda contestación, cogió el teléfono y llamó a la policía. No tardaron demasiado. El temible comisario Nelson Rodríguez venía también. Escuchó atentamente, miró las relucientes piedras ya limpiadas y silbó admirado al ver el tamaño de algunos de los pedruscos.

—Esto vale toda una fortuna —nos dijo serio, mientras calibraba uno de los diamantes entre sus dedos.

—Le aseguro comisario que no sabemos cómo han llegado aquí.

—Me cuenta usted señora Garrett que compró esa mantequilla en Londres.

—Sí y le aseguro que hasta ahora no le había echado cuenta. Saqué de mi bolso una tarjeta. —Mire, éste es el lugar donde la compré.

—Ya veo. Y dice usted que no abrió esta lata en Londres.

—No, señor. Ya consumí una parecida allí. Esta me la traje nueva.

—No sé cómo ha podido pasar por el aeropuerto con esto, está claro que es un buen escondite. Bien, señores, hay muchas cosas que aclarar.

—¿Eso es lo que buscaban? —me atreví a preguntar.

El policía me miró fijamente mientras su enorme tripa me apuntaba.

—No, señora. Buscábamos droga, cocaína, para ser precisos. Vaya, esto es un gran descubrimiento. Tendrán ambos que estar disponibles los próximos días para las declaraciones.

—Hablaré con mi abogado —dijo Nick por toda respuesta.

—No pensará que hemos sido nosotros, ¿no comisario? ¿Por qué le habríamos llamado entonces?

—Yo no les estoy acusando de nada —dijo, mostrando las palmas de sus manos, como si quisiera parar un tren—. Comprenderá que abramos una investigación. No tenemos constancia de ningún robo aquí en Los Ángeles, pero puede que lo haya habido en Londres. No lo sabemos. Ni siquiera hay denuncia, salvo que ustedes han encontrado estas piedras preciosas. Podrían ser de

contrabando. En todo caso, han entrado ilegalmente, eso tampoco lo podemos precisar, porque salvo su testimonio, no hay constancia de cómo han llegado aquí.

—Oiga, no nos líe —contesté furiosa—. Hemos hecho lo que creíamos nuestro deber.

—Y han hecho bien. Hay que saber cómo han llegado estas joyas a sus manos. Y si como dicen, no han sido ustedes, alguien tiene que haberlas metido en algún momento. ¿Están seguros de que no ha sido en su ático de Los Ángeles o ya aquí, tras la mudanza?

Nick y yo nos miramos. No se nos había pasado por la mente semejante planteamiento. Al fin y al cabo, no podíamos estar seguros.

—No lo sé, la verdad. Hasta ahora no había buscado la lata. Con el viaje, la mudanza y mi nuevo trabajo, ni siquiera había echado cuenta de parte del equipaje.

Una visión cruzó fugaz por mi mente.

—¿Y qué me dice de Mimi Gump?

—¿Mimi Gump? —repitieron al unísono Nick y el comisario.

—Sí. Ella vino al apartamento de Nick, igual a buscar las joyas. Ella estuvo en Londres en la misma casa que nosotros.

El comisario miró perplejo a Nick. Este parecía algo azorado.

—Sí, es cierto, la verdad, pero no veo cómo ni por qué haría tal cosa. Además, había más gente.

No podía creerme lo que oía. ¡Nick defendiendo a esa lagarta!

—Bueno, como ya he dicho, hay muchas cosas que aclarar. Ahora déme la lista de personas que había en la casa y ya hablaremos cuando descubramos la procedencia de estas piedras.

Nick le facilitó una lista detallada de todos los que nos cobijamos esas navidades en Wilton House, incluidos los sirvientes, sus abuelas y todos los invitados. Cuando se fueron los policías ya pasaba la medianoche. Yo me fui mohína a la cama por la condescendencia, que a mi ver, tenía con Mimi. Para mí era la más sospechosa de todos. No sabía cómo se había hecho con las joyas, pero seguro que esa lagarta buscaba mi perdición. ¡Quién sabe lo que hubiera ocurrido si se hubiesen descubierto en el aeropuerto! A estas alturas yo estaría en prisión sin duda. ¿Para qué si no, insistió tanto en entrar en casa de Nick? Seguro que quería recuperarlas o ponerme en algún aprieto. No sabía qué le movía, si la venganza o la codicia, estaba segura que lo de las joyas era cosa suya. Podía

compararse a una urraca a la que atraía todo lo brillante, incluidos los astros de Hollywood.

Lo más destacado de esos días fue la visita inesperada de Harry. Nick lo trajo una tarde a casa, sorprendido también de que su primo le llamara desde el aeropuerto. Su excusa eran los negocios, luego puso ojillos tiernos y decidió sincerarse: su verdadera intención era ver a Helen, pues decía que no podía olvidarla desde que se marchó de Londres.

Hay que decir que me alegró mucho su visita, pues además del interés que tenía por mi amiga, Harry me ayudó a soportar la soledad de ese risco de lujo. Seguía siendo tan divertido o más que antes, pues en el contexto de Los Ángeles, su flema y humor ingleses lo realizaban más. Además, todo le resultaba nuevo y chocante. Para mí solo escucharlo me ponía una sonrisa en el rostro. Para Helen fue como la gloria cuando se enteró de que había venido, aunque él al principio no quiso descubrir su corazón, según nos comentó a su primo y a mí, haciéndonos cómplices de sus planes hasta que estuviera preparado.

Era un encanto. Incluso me había traído un regalo: una bonita máscara africana, pequeña y delicada, que creí recordar.

—La compré porque te hizo reír en un momento amargo.

—¡Ah, ya recuerdo!, estaba en Marlow & Son. Vaya, la tienda que robaron en Londres. Te enteraste, ¿no?

—¿Eh? Ah, sí. Un auténtico escándalo.

—¿Querrás creer que la policía sospecha de nosotros?

—¿Qué me dices? —palideció.

—Bueno, es algo extraordinario. Resulta que encontré diamantes y otras piedras preciosas en una lata de mantequilla de pétalos de rosa que me había comprado en Londres.

Harry tragó saliva.

—¡Dios mío! —atinó a soltar, segundos después—. ¿Có...có...cómo puede haber ocurrido tal cosa?

—Eso digo yo. Pero alguien, al parecer, me utilizó de cebo.

—Oh, querida, qué cosa más horrible.

—La policía piensa que puede estar relacionado con la droga que se encontró en el rodaje. Ya sabes, como una forma de pago...

—Cla... cla... claro. Debe ser eso. Es terrible. No te puedes fiar ya de nadie.

—Y el trueque tuvo que ocurrir en la casa de Rose. Todos somos sospechosos.

—Qué espanto. Si bien habrá unos más que otros. Además, si recuerdas, hubo algunos invitados que yo no conocía. Gente de Londres, conocidos de mi madre y mis tías.

—Y del rodaje.

—Desde luego, querida, desde luego.

—Esa Mimi Gump... —señalé acusadora.

—Oh, la más sospechosa. Al igual que ese tal Sam no sé qué.

—¡Piensas igual que yo! Nick no cree que hayan sido ellos.

—Qué tontería, son los más sospechosos sin duda.

—Estoy segura de que cualquiera de ellos estaría encantado de meterme en problemas.

—Sin duda —señaló, dándome la razón.

Sonreí y le abracé. Por fin alguien me comprendía. Nick no quería ver lo que estaba claro. Le obcecaba su relación con su agente y su ex amante. Por lo menos contaba con la comprensión de Harry. Esperaba que la policía fuera igual de razonable que él.

Dejamos tan triste conversación y ya que teníamos todo un día por delante y su primo mucho trabajo, decidimos ir a recorrer un poco de Los Ángeles para que Harry conociera algo de esta ciudad tan fascinante. La verdad es que pasamos un día estupendo. Me dije a mí misma que Helen tenía mucha suerte de haber enamorado a alguien tan divertido y ameno, tan cálido y tan gentil. No sería tan atractivo como Nick, pero le ganaba en otros muchos aspectos, ya lo creo.

La pena es que al día siguiente decidió que se iría a un hotel para no estorbar nuestra intimidad. Y pese a nuestras protestas, se trasladó al mítico hotel Chateau Marmont, a pesar de nuestras protestas. Demostró además que era todo un caballero con tacto y no el típico gorrón que Nick parecía pintar cuando apareció. Volví a sentirme muy sola.

La fiesta de la piñata

*L*legó febrero con dos importantes perspectivas: la boda en ciernes de Rosalind y una carta que recibieron en mi antiguo instituto y que me entregó mi amiga con gran ceremonia. No por algo en ella constaba el membrete de la universidad y facultad donde me gradué. Pero el alborozo de Rosalind era para mí inquietud.

—¡Deprisa, deprisa, ábrela ya!

—Qué impaciente eres, Rosalind.

—¿Qué es, qué es?

Apenas leí unos renglones cuando me sentí palidecer. Algún descabezado o descabezados de mis antiguos compañeros de universidad organizaban una fiesta para antiguos alumnos. Lo que menos me apetecía en el mundo: revivir mis años universitarios. Además, yo me tuve que graduar por correspondencia, pues no pude terminar mi carrera por culpa de mi dichoso accidente. Aun así, me incluían en la lista. Cuando descubrí la firma, lo entendí: algunas de las odiosas amigas de Stela habían organizado ese encuentro. Y entre las firmas —no me lo podía creer—, una de mis antiguas amigas, Nicole.

—¿Me vas a decir qué es de una vez? Me tienes en ascuas.

—¡Uf!, una quedada de antiguos alumnos. No sé cómo han dado conmigo.

—Oh, eso es estupendo, muy divertido. Debes ir y disfrutar. No es tan difícil localizarte, hasta el mes pasado estabas en el instituto. Si se han molestado en dar contigo, debes ir.

—No me apetece nada. Es revivir un pasado que prefiero olvidar.

—Mira, Julie. No te creía una cobarde, pero últimamente no te entiendo, estás siempre metiendo la cabeza bajo tierra como los avestruces. Precisamente debes enfrentarte al pasado. Es la única manera plausible de reconciliarte contigo.

—Puede que tengas razón, sin embargo no existe nexo de unión con ninguno de ellos. Cuando permanecí en el hospital se olvidaron de mí. ¿Por qué me buscan ahora?

—Julie, todos erais entonces unos críos. Ya han pasado muchos años y sois personas hechas y derechas. Seguro que es una agradable sorpresa ver cómo han cambiado. Y mírate tú, trabajas en un instituto de élite, tienes al novio más deseado del mundo y has rehecho tu vida, a pesar de todos los obstáculos. ¿De qué tienes miedo entonces? Debes ir e irás.

—¿Ir adónde? —interrumpió Nick, que apareció feliz y despreocupado. Nos dio un susto de muerte.

—Habrá que ponerte un cascabel —bufó Rosalind, que acto seguido le dio un abrazo de oso y un sonoro beso.

—Qué pronto has venido hoy —acerté a decir.

—Sí, después de pelearme con medio mundo he conseguido algunas pequeñas victorias—sonrió enigmático mientras me guiñaba un ojo—. ¿Adónde tiene que ir Julie si no es mucho preguntar?

—A la fiesta —gritó Rosalind, que antes de que él abriera la boca, le estampó en las manos la dichosa invitación.

—Pues claro que debe ir —me dijo tras leerla.

—Ni hablar. Se me revuelve el estómago solo con pensarlo. No conozco ya ni a la mitad de mi clase, pues tuve que dejar la universidad por lo que ya sabéis. Y al resto, no quiero ni verlos.

—Oh, vamos. No es para tanto. Seguro que conoces a más gente de la que crees y además no irás sola, yo te acompañaré.

—¿Qué? —fue lo único que pude gritar.

Rosalind aplaudió efusivamente.

—Que ya es hora de que seamos una pareja normal. Será nuestra salida al mundo y que se jodan Sam, los estudios y todo lo demás. No quiero ocultar más lo nuestro Julie, esa es mi sorpresa.

—No tienes excusa, Julie —me canturreó Rosalind—. ¡Va a ir contigo el chico más guapo y deseado del mundo! ¡Cómo vas a fardar!

—Bueno, sin exagerar —rio Nick—. Soy como los demás, solo que con más suerte. Lo que te pido es que no digas nada, prefiero que no haya periodistas que estropeen nuestra noche. Será una sorpresa.

—Nick, ¿de verdad que quieres volver allí? ¿Revivir momentos como...? Me callé. No quise recordarle la escena en la que fue atacado y agredido por el psicópata de Robert y luego humillado por el grupo de Stela.

—Julie, el pasado es el pasado. Todos sufrimos malos momentos en nuestra vida, pero también vivimos cosas inolvidables. Yo he olvidado lo feo y me quedo en cambio con esos instantes vibrantes y maravillosos de la adolescencia,

como la amistad, la ilusión por el futuro, la despreocupación del momento, el primer amor...

—Eso es, querubín—le piropeó Rosalind—. Hay que saborear lo bueno y dejar las angustias y complejos del pasado. Y tú, Julie, debes hacer lo mismo. Hasta que no te enfrentes a tus miedos, tendrás siempre ese agujero en tu alma.

Me señaló con dedo acusador, como si regañara a una niña. Me rendí ante los dos.

—Está bien, iré. Total, solo son unas horas. Una noche... Lo intentaré.

—¡Bravo! ¡Bien! —exclamaron ambos.

Rosalind aprovechó para dejarnos su invitación. Una boda en plena primavera y no cualquier boda, un bodorrio en toda regla. Por una parte, su inmensa familia de hermanos, primos, parientes, vecinos y amigos sin límites. Por otra, la larga lista de invitados que había añadido Michael, que llevaba poca familia y por eso, se había empeñado en invitar a varios jefes de antiguos trabajos y a otras personas que, según Rosalind, no podría calificárseles de amigos —pues Michael tenía pocos y contados, tal vez por su trabajo—, sino de conocidos, que despertaban los recelos de mi amiga. Dado que su lista familiar era inmensa, tuvo que ceder para que la parte del novio también estuviera representada.

La boda de Rosalind se había convertido en una locura. Un disparate de gente y de actividades, que a mí me chirriaban, y parecía más bien un *show* televisivo que una prueba de amor ante los demás.

—Por cierto, he invitado a tu primo Harry —dijo Rosalind, al tiempo que guiñaba un ojo a Nick y le daba un codazo que casi lo deja sin respiración.

Se oyó una bocina. Era Michael que venía a recoger a mi amiga, que se despidió de nosotros alborozada.

—Creo que la boda se está desmadrando —le dije a Nick, cuando Rosalind se hubo marchado.

—He visto la lista. Casi dos mil personas —silbó—. No sé cómo se las van a arreglar. Le he ofrecido a Michel ayuda, y la ha rechazado. Asegura que tiene ahorros.

—Perder ahorros para convidar a otros, la mayoría extraños, es de locos —argüí.

—Bueno, es su boda. Y además va a sentar a Harry con Helen —rio.

—Ay, ya está haciendo de Celestina, aunque parece que no es necesario. Helen me ha llamado para decirme que sale con él. Quedan algunos días para ir al teatro, a la ópera, a ver museos... son inagotables, parecen hechos el uno para el otro.

—Sí...

La interrupción de Nick y su aire melancólico no se me pasó por alto.

—Venga, suéltalo ya de una vez.

—No quiero aguarle la fiesta a Helen, no obstante tengo que señalar, pese a que no me guste, que mi primo es un poco tarambana. Nunca ha podido sentar la cabeza y no solo en cuestión de amores... No le conozco un trabajo ni ninguna ocupación que guíe su vida. Ni siquiera sé cómo se mantiene, porque mi tía abuela Lucy no le pasa dinero desde hace tiempo.

—Tal vez haya cambiado... tiene ya una edad.

Nick asintió no muy convencido. Yo me inquieté algo. Helen había tenido muy mala suerte con los hombres y ahora se la veía feliz y radiante. Solo pensar que sus sueños se esfumaran me dolía incluso físicamente. ¿Cómo advertir a alguien sin herir sus sentimientos o interrumpir su felicidad? ¿Acaso podíamos asegurarnos de que Harry no actuara esta vez con sinceridad? Nick también había sido un crápula durante sus primeros años de actor de éxito, pero parecía que eso había cambiado. En realidad, ¿podía estar yo segura? Quise quitarme telarañas de la cabeza.

Catástrofe total

Una semana antes de la temida quedada, Nick nos invitó a mis amigas, a su primo y a mí a una fiesta de promoción de la película. Aunque sabíamos que ya en el preestreno los críticos habían sido implacables, había que ir a la cita sonrientes y con aire victorioso. Formábamos parte de un selecto grupo de espectadores que podrían asistir a la fiesta que había organizado el estudio para los medios de comunicación y el personal, e intentar reconducir el fiasco.

A mí no me hacía ninguna gracia asistir. Sabía que para Nick iba a ser un mal trago ese día, ya que la película era un fracaso. Pero si el director y el productor se atrevían a ir, nosotros no seríamos menos. De alguna forma, esperaba darle apoyo moral. Además, una fiesta en Hollywood no era para perdersela. Menos mal, que mis amigas y yo éramos ajenas al mundillo que sobrevolaba a todas esas citas, por el que una mala elección de vestidos o joyas podía ser la comidilla de todo un año. Por nada del mundo nadie debía dar la impresión de que su economía no era boyante y por lo general, se vivía muy por encima de las posibilidades. Para las que no orbitábamos en ese mundo hipócrita y caníbal era un alivio permanecer en segundo o tercer plano. Nadie se fijaba en nosotras, ni siquiera el fotógrafo más despistado.

Por supuesto, no estábamos con las estrellas y los grandes tiburones sino con los familiares y los profesionales que vivían del medio. Así que nuestro lugar y papel era más discreto, y podía considerarse espectacular acudir a una fiesta de ese tipo, rodeada de jardines cuidados, pérgolas bajo las cuales se desplegaban un sinnúmero de mesas y fuentes a rebosar de comida y bebida, así como unas impresionantes instalaciones que daban cabida a tan numerosos invitados.

Ni siquiera pude ver a Nick desde lejos y supimos de la llegada de los más famosos, por las aclamaciones, los fotógrafos y el nerviosismo del personal en general. Todo era un escaparate bien engrasado para que hasta los fracasos parecieran éxitos.

Nosotras mientras tanto, nos dedicamos a comer todo lo que pudimos —sobre todo Rosalind que pareció olvidar cualquier dieta preboda—, al mismo tiempo que reíamos las ocurrencias de Harry, que era como un ácido cronista de la prensa rosa, que despotricaba de cualquier famoso o famosillo, acompañante o invitado que tuviera el infortunio de caer bajo su mirada escrutadora. Helen estaba encantada, feliz y pletórica. Y yo me sentía también muy feliz por ella, no podía sino comparar la situación de ambas, ya que ella tenía a su lado a la persona querida y yo debía conformarme con imaginar dónde y con quién estaría.

Por fin, un tiempo después, el nutrido grupo de actores, agentes y gente sobresaliente del film, así como otros invitados ilustres, se dignaron a salir a los jardines y retozar con el resto de los mortales. Vislumbré a Nick junto a Sam, las actrices, el director y otros más que no conocía. Para mi alegría, Mimi y Emma se acomodaron en otros grupos, mientras que el resto se dispersaba tras una larga charla. Me pareció que Nick miraba hacia donde estábamos y lo saludé tímidamente. No sé si me vio, pero comenzó a bajar las escaleras de piedra junto a los setos y la fuente, como si fuera en nuestra dirección. Antes de llegar, siquiera a la mitad del camino, fue interceptado por otras personas. Un pequeño trío, formado por dos hombres y una mujer, impecablemente vestidos que lo abordaron. Uno de ellos parecía conocer a Nick, pues se saludaron efusivamente y después presentó a la pareja antes de marcharse: un hombre grueso, calvo y con barba, con anillos relucientes en sus toscas manos y una mujer morena, que solo vi de espaldas, que rezumaba elegancia. Ella parecía estar encantada y era la que se mostraba más activa en la conversación. Por alguna razón su risa me pareció familiar.

—¿Quién es la mosquita muerta? —Me señaló Rosalind, mientras comía un buen plato de tarta.

—No sé. No creo que la conozca.

—¿Será alguna actriz? —se unió Helen, que venía riendo y arrastraba a Harry, que comía igual o más que Rosalind.

—Yo tampoco la reconozco, pero debe ser muy guapa —terció Harry, mientras Helen lo arrastraba de nuevo, como una niña traviesa, hacia otro lado.

—¿Y por qué crees que es guapa si no le ves la cara? —le gritó Rosalind con la boca llena.

—Pues porque tiene una espalda preciosa —señaló Harry también a gritos divertido a la vez que se volvía. Helen lo llevaba a la carrera en pos de unos conocidos.

Michael apareció y se llevó a Rosalind para rematar entre ambos lo que quedaba del festín en una de las mesas. Así que me quedé de repente sola e intrigada. Me acerqué con sigilo entre los setos, aparentando que buscaba algo para ver si daba con la identidad de la pareja. Un momento después, él pareció marcharse por indicación de ella, que cuando quedó a solas con Nick, se mostró más encantadora y animosa. Me empezó a mosquear. Tenía que controlar mis celos tontos, lo sabía. Desempeñar de segundona en esa película en la que se había convertido mi relación con él, me programaba a la alerta en cualquier momento.

Resguardada por un árbol y unos setos, los espíé. La risa de ella iba en aumento, mientras Nick le dedicaba no solo su atención, sino también más galanterías de las necesarias, a mi entender. En uno de los momentos en que ella giró con sus risas y coqueteos pude contemplar su rostro y casi me caigo al suelo. Otro fantasma volvía a aparecer en mi vida. La chica más odiosa de mi pasado después de Brenda era Stela. Stela Danver, la hermana de Steve, mi amor platónico universitario que tantos sinsabores me dio. Una de las causantes de mis desgracias, tanto amorosas como físicas, pues por culpa de ella sufrí un accidente de tráfico que destrozó mi vida y se llevó por delante la de un inocente. Stela, Stela...

Me sentía mareada y asqueada, sobre todo por cómo Nick se comportaba con ella. Si yo había podido reconocerla, él también debía haberlo hecho. Y allí estaba; en lugar de decirle a la cara lo que supuestamente sentía por ella, por su comportamiento cuando él era un crío y la humillación pública que le hizo pasar junto a sus amigos, flirteaba tontamente, y le regalaba el oído con cumplidos. ¡No me lo podía creer!

Desde luego no creo que ella lo reconociera a él. Solo tenía trece años cuando lo dejó atado y desnudo en plena fiesta de Halloween y a merced del psicópata de Robert. Ella era incluso algo mayor que yo. Lo que había perdido en frescura juvenil lo había ganado en sofisticación calculada. Ahí estaba con su vestido negro, que la hacía parecer un junco, a juego con su oscuro pelo y rematado con zafiros por joyas, que lucían como sus ojos de gata. La odié desde el momento en que vi cómo le miraba. Mimi y Emma parecían ahora dos corderitas a su lado. El hombre gordezuelo volvió con dos copas y le entregó una, a tiempo para coger su móvil que sonaba. No todo el mundo poseía un teléfono celular en aquella época: el último Motorola Startac, más ligero y pequeño que los habituales. Era un objeto de lujo, con una ridícula antenita que sobresalía del bolsillo de su traje. Se alejó un poco para hablar y Stela aprovechó para pegarle

un impetuoso beso a Nick. Un beso que él no rechazó. La muy lagarta se retiró a tiempo con una cándida sonrisa, cuando apareció de nuevo el hombre del móvil. Éste, después de dar un largo apretón de manos a Nick se marchó tan apresuradamente como lo abordó, junto a ella.

Yo estaba que rugía por dentro. Para no dar un espectáculo, opté por salir de allí también y no encontrarme con Nick. Estaba tan cabizbaja que no vi cómo se acercaron Rosalind y Michael, cuando atravesé el camino de las pérgolas.

—Es un matrimonio adinerado —me soltó ella, para aclarar el encuentro, mientras llevaba un plato con pastelitos.

—Él es un rico banquero —añadió el poco hablador Michael, que traía también las manos ocupadas con sendas fuentes de canapés.

—Michael los conoce —siguió Rosalind—. Él es mucho mayor que ella. Para él es su segundo matrimonio, para ella el tercero. Por lo visto, él llevaba casado más de veinte años con su mujer cuando esa vampiresa se cruzó por su camino. Cada uno de sus maridos era más rico. Que se sepa es su única ocupación y ha hecho buena caja. ¿Qué te pasa, cielo?

—Nada, nada. Solo es que a mí estas fiestas...

—¡Ay, siento haberte dejado sola! Helen y yo estamos acompañadas y pensamos que Nick... Claro, seguís con los secretos y tal, ¿no? Es muy deprimente, lo reconozco, aunque creí que te avenías a ello para preservar tu privacidad.

—Sí, no es eso. —De repente me sentí muy incómoda. Me avergonzaba sacar mis miedos ante Rosalind y su prometido, que además era empleado de Nick. Y en esos momentos no quería hablar ni comentar lo que había visto. Me sentía ya bastante humillada. Así que hice de tripas corazón y cuando ya la fiesta fue decayendo y la mayoría se marchó, esperé a Nick en el lugar convenido para regresar juntos a casa. No nos habíamos visto en toda la noche. Bueno, yo sí le había visto a él...

De vuelta a casa, el ambiente era cada vez más tenso dentro del coche.

—¡Por amor de Dios, Julie, suéltalo ya de una vez!

—¿Por qué tenías que tontear con Stela? —estallé.

—¡No estaba flirteando con ella! Era ella la que intentaba engatusarme.

—¡Pues tú parecías muy a gusto! —grité como una posesa.

Nick estaba rojo por la furia. Pero yo también estaba muy furiosa. Una vez que la válvula de escape se había disparado, ya no podía parar. Toda mi rabia y mi angustia, es decir, todos mis celos salían despedidos a través de mis gritos. Era mi manera de desahogarme. Grité y grité como una loca, echándole en cara no

solo todos sus actos con Stela y otras mujeres durante esa noche, sino que alargué en el tiempo sus devaneos amorosos y su amabilidad, a mi entender excesiva, con otras mujeres.

Al principio él también gritó para saciar su ira, después calló y así siguió incluso cuando llegamos a ese cubo de cristal que teníamos por casa.

La tregua fue fugaz. Tan solo el tiempo de entrar y llegar al dormitorio. De nuevo allí volví a estallar, mientras lanzaba con furia mi bolso y mi abrigo rojo a la cama.

—¿Por qué tonteabas precisamente con ella? ¡Con Stela! ¿Acaso no recuerdas cómo te trató y te humilló? ¿Qué pensaría si descubriese que eres Will, el Will del que se reía? —chillé.

Nick se quitó con gesto cansado la chaqueta.

—¿Y qué, se lo vas a decir tú?

Mi furia se apaciguó. Me quedé inmóvil, sin poder contestar. Lo miré sintiéndome estúpida hasta que rompí el cortante silencio, mientras notaba clavada su mirada.

—Sabes que no haría semejante cosa tan... ruin.

—No, no esperaría de ti tal cosa. ¿Qué te ocurre, Julie?

—Es... es... ¡De todas las mujeres que había allí te fijas en Stela! ¿Acaso es tu forma de ajustar cuentas con ella? ¿Conquistar a la chica más deseada de tu adolescencia? ¿La que sentía asco de ti cuando se creía una diosa?

—Parece que hablas de ti —me saltó, y desató más mi furia.

—¿Es eso? ¿Me castigas a mí por el pasado y lo haces con quien más puede dolerme? ¡Stela solo quiere poder y dinero! Es lo único que le interesa.

—¿Toda esta escena es solo por Stela? —dijo templado.

Se sirvió una copa. Aunque sus movimientos eran suaves y meditados, había dureza y cierta violencia en la forma de hacerlo.

—¡Es por Stela, por todas las otras, es por dejar mi trabajo, por llevar la vida que a ti te gusta, por vivir en esta maldita casa que es más un escaparate de lujo que un hogar! ¡Y tú siempre trabajando y ocupado!

Me paró el llanto repentino, estaba vomitando todo lo que se me había acumulado en ese último año y que salía ahora como un volcán. Nick apuró su trago. Su gesto denotaba hastío.

—Así que eso es lo que sientes. ¡Qué interesante! Eres una caja de sorpresas, Julie.

Volvió a coger su chaqueta y se fue. Escuché su portazo al salir y el coche que arrancaba con furia a la vez que soltaba gravilla como una metralla.

Yo también me tomé un trago y me acosté. Seguía furiosa ahora, además, conmigo misma. Muchas de las cosas las sentía y sabía que su flirteo con Stela no era una tontería, aunque también reconocía que otras muchas eran injustas. No podía reprocharle su vida anterior y recriminarle su promiscuidad con otras, cuando aún no salíamos juntos. Pero hasta eso me dolía.

Intenté dormir, sin embargo no hubo forma. Nick se había marchado; yo seguía enfadada y dolida, también muy asustada de que no regresara más.

A las dos y cuarto de la mañana le oí regresar. Me hice la dormida, algo innecesario. No entró en la habitación, se quedó en el salón. Poco antes de las seis y media de la mañana escuché como se marchaba de nuevo. Mi soledad fue entonces más intensa. Lloré amargamente y evité la tentación de llamar a mis amigas. No estaba en ese momento en condiciones de hacerlo. Anduve todo el día como un zombi, sin saber muy bien qué hacer. A las cinco y media de la tarde sonó mi móvil. Era el número de Nick. Por extraño que parezca, y a pesar de que deseaba hablar con él, no cogí el teléfono. Estuve a punto de llamarle en cuanto colgó, no obstante hice lo mismo. No sabría qué decir. Las horas se me hicieron insoportables hasta que pasadas las nueve y media de la noche regresó.

Yo lo esperaba en el salón. Después de convivir un tiempo con él, ya sabía que si se había marchado era para evitar un ataque de furia. Ponía tierra de por medio cuando estaba muy enfadado para meditar y serenarse. Debía estar muy enfadado ya que llevaba casi todo el día fuera. Se le veía cansado. Sus ojos estaban enrojecidos y el pelo sudado, muy al estilo de Will. El impecable Nick se había esfumado, también es verdad que apenas había dormido y se había pasado el resto del día trabajando en un duro rodaje, según supe después.

—Julie, esto no puede seguir así —me dijo con voz tensa y cansada—. No sabía que eras tan infeliz conmigo.

Me desmoroné.

—No soy infeliz contigo, Nick, sino con la situación.

—La casa se puede cambiar —miró a su alrededor—, creí que te gustaba. No me dijiste lo contrario cuando la compramos.

Siempre usaba el plural, aunque la casa la hubiese comprado él, pues no estaba a mi alcance.

—Es una casa lujosa y moderna, pero... no es un hogar.

—Ese no es el problema, ¿verdad, Julie? Lo que más me ha dolido es que me echaras en cara lo de tu trabajo. Nunca te pedí que dejaras tu empleo. Saliste por las circunstancias —me espetó.

Yo sabía que tenía razón, pese a todo sentía hacia él una especie de ira, que necesitaba expiar culpándolo de algo.

—No lo habría perdido si no fuese por ti y lo sabes, por tu mundo. No podríamos estar juntos si yo no hubiese renunciado para que pudieras seguir con tu carrera.

—Sabes que eso no es así. Al menos no del todo —señaló entristecido, y se dejó caer en el sofá.

Se le veía muerto de cansancio.

—¿Qué nos está pasando, Julie?

—No lo sé —contesté. Me senté a su lado. Ahora la ira había dado paso a una intensa amargura.

En ese momento Nick parecía alicaído, vulnerable, lejos del *glamour* de Hollywood y de su aparente fuerza habitual. Cogí su mano y él me la apretó. Nuestro calor se fundió. Aún éramos incapaces de mirarnos, sentí su mejilla arrimarse a la mía y respondí de la misma forma. Así, como dos pájaros en una rama permanecimos sentados uno junto al otro, mejilla con mejilla y agarrados de las manos, cual antiguos amantes de postal antigua.

Mi psiquiatra me diría en mi siguiente visita que canalizaba mis frustraciones con quien más quería. Que al fin y a la postre, con quien estaba en realidad cabreada era conmigo misma, y lo pagaba con Nick. Por no contar con la actitud posesiva y por los celos infundados que amargaban nuestra relación. O tal vez era que me sentía en inferioridad de condiciones con todas las mujeres que se acercaban a él y temía perderlo. Lo que propiciaba que consiguiera cumplir mis peores temores con mis frecuentes ataques de celos y mis reproches por acabar dependiendo económicamente de él.

Menos mal, que él seguía siendo más sensato que yo, y aunque tuviera su ego vanidoso muy marcado y una gran inclinación por las mujeres, también era el que siempre intentaba sacar a flote nuestra relación una y otra vez.

El secreto. Tal vez esa era la cuestión. Llevar nuestra relación furtivamente acababa con mis nervios.

Creo que he sido la única persona testigo de sus momentos de vulnerabilidad, como en su etapa de adolescente. Y era un secreto para los dos.

Borrón y cuenta nueva

Una vez dejé atrás mi apatía, fui adonde tenía que haber acudido mucho tiempo antes: a la consulta del médico. El doctor Wook no se anduvo con rodeos.

—Las primeras pruebas apuntan a una hernia discal, un daño en la médula justo a este nivel —señaló—. Seguramente es consecuencia de su antiguo accidente de tráfico. En su día no se operó y no se ha recuperado totalmente por su falta de rehabilitación.

—Pero, me hicieron muchísimas pruebas, yo estaba inconsciente, claro.

—Este tipo de lesiones no suele verse con rayos X. Se detecta por trastornos posteriores como los que usted sufre ahora. Con el tiempo ha empeorado y ha rozado incluso la médula.

—¿Es grave? ¿Tiene solución?

Aunque intenté hablar con serenidad mi voz se quebró.

—Hablamos de una operación muy complicada, puede que en un futuro...

Su silencio fue lo que me alarmó más.

—¿Qué quiere decir? ¿Qué me ocurrirá?

—Verá, esa pérdida de movilidad que ha padecido en algunas ocasiones se irá incrementando. Ya cuenta con algunas alteraciones sensitivas, como las piernas dormidas, que según usted ha sufrido en los últimos meses.

—Casi siempre coincidiendo con largos viajes o al pasar muchas horas sentada, pensaba...

—¿Ha perdido en alguna ocasión el control de sus esfínteres?

Su pregunta me turbó.

—Yo, bueno, en algunas ocasiones he sufrido crisis de diarreas, coincidiendo también con viajes. Pensaba que se debía al cambio de agua, de comida, ya sabe.

—Todo puede ser, también puede deberse a uno de los síntomas de que la parálisis avanza.

Me eché a llorar.

—Lo siento, señora Garrett. De todas formas, aún debemos hacer más pruebas. Todo está por confirmar, dado su historial clínico, lo más seguro es que nos enfrentemos a una lesión de ese tipo.

—Me está diciendo que puedo acabar en una silla de ruedas... —sollocé amargamente.

—Trato que comprenda la importancia de que no se demore más. Tendría que haber hecho más rehabilitación, haber acudido a un neuropsicólogo para trabajar en su memoria, en su orientación y en las terapias ocupacionales más necesarias para sus músculos.

—Creí que ya estaba totalmente curada de ese accidente.

—Los accidentes de tráfico a veces dan su cara años después, cuando el paso del tiempo debilita o desgasta la zona afectada. No siempre es operable. Debe ser fuerte.

—¿Qué puedo hacer?

Me sentía mareada. Todo mi mundo se vino abajo.

—Siento decirle que su seguro no cubre todas las pruebas. Yo le recomendaría una resonancia nuclear para asegurarnos. Y si puede, póngase en manos de los mejores. La clínica Mayo en Minesota es un referente o el hospital Monte Sinaí en Nueva York, en el caso de que se confirme el diagnóstico. Puede probar también en Los Ángeles, pero creo que en esos dos centros tienen ahora lo último en lesiones medulares.

—Gracias, doctor Wook.

Salí medio atontada de la consulta. Todo me venía en el peor momento: sin trabajo, sin dinero y con mis problemas con Nick. Pensé en mis padres, que ya habían rehipotecado su casa por culpa de mi accidente de tráfico y las indemnizaciones. Mi hermano y Francesca inmersos en la financiación de sus proyectos televisivos. Mis amigas no ganaban tanto y Nick, ahora, cuando más lo necesitaba estaba lejos de mí. Odiaba pedir prestado dinero, sin embargo no veía de qué otra forma. Y entonces, me vino a la mente las palabras del doctor Wook sobre «proceso irreversible» y «no siempre operable».

Tras la visita al doctor Wook me sentía devastada. Nada parecía tener importancia y sentido, salvo la vida misma. No sabía qué hacer. Me subí al coche como un autómatas y salí de allí. No sé cómo acabé en Beverly Hills en la 300 N de Rodeo Drive, mientras veía, como a cámara lenta, el cartel de Cartier y las tiendas de lujo. Dudé si seguir por Brighton Way 9400. De repente todo me asfixiaba: toda esa gente guapa y engalanada, con aspecto sano y radiante, que olía a dinero.

Surqué avenidas con escuálidas palmeras, playas amplias con miles de adoradores del sol salpicadas de redes de vóley playa. La luz era todavía cegadora y la brisa traía olores marinos fusionados con sal y aceite de coco. Al fondo, mansiones multimillonarias como la que compartía con Nick, salpicaban las montañas. Quería llorar, y por primera vez mi lágrima fácil no asomaba. Había demasiadas implicaciones, demasiados sentimientos encontrados.

Al parar en un semáforo me topé con un cartel publicitario donde, como no, Nick era protagonista sensual de esa marca de perfumes que le pagaba una millonada por ser su imagen. Tragué con dificultad. Recordé con nostalgia aquellos días felices cuando Rosalind, Helen y yo hacíamos planes de un futuro que ahora parecía no existir:

« —¿A que no sabéis qué he escuchado hoy en una cafetería —nos dijo Rosalind, en una de nuestras escapadas londinenses—: estaba sentada tomándome un tentempié, (obvió nuestras miradas) y escuché a dos inglesas maduras lo siguiente: —¿Si se echa uno esa colonia se le ponen esos bíceps y pectorales? Porque si es así, me llevo una para mi marido —dijo, y se rio junto a su amiga mientras admiraban a Nick en la foto—. Nosotras reímos también.»

Nick había renovado la campaña y ahora llevaba pantalones negros semi desabrochados y camisa de seda del mismo color, abierta de par en par, mostrando el esplendor de su juventud. La pose era parecida a la de la campaña anterior, de pie y con los brazos tras la cabeza, como desperezándose, mientras contemplaba desde unos amplios cristales, no ya al mar de Capri, sino a un entorno más urbano, con el fondo también de una playa, que yo juraría era de Miami.

Las bocinas de algunos conductores impacientes me sacaron de mi abstracción y apreté el acelerador. Decidí salir de allí, necesitaba más espacio, menos gente, más silencio. Me dirigí a la costa sur del Pacífico. El calor de ese final de invierno que presagiaba una primavera adelantada, seguía siendo inmenso, igual que las vistas por esa carretera sensual, que bordeaba la costa con suaves curvas. Cogí por Santa Mónica en dirección norte, hacia Malibú, con sus arenales y su mar brillante. La vista de surferos me devolvió a la realidad. La noche caía como las olas y yo ya sabía lo que debía hacer.

Nick tenía una carrera y una vida por delante. Mi relación con él no le había traído más que problemas. Ahora estaba en una situación muy delicada, con una película que había dejado casi en bancarrota a la productora, a pesar de su buena acogida en taquilla, y en entredicho a sus participantes; el escándalo de las drogas y el robo de las joyas dejaba tocada su credibilidad, incluso mi «mala»

compañía era motivo de escarnio para él. Con la competencia feroz que había en Hollywood era como un barco a merced de la tormenta.

Lo nuestro no tenía futuro, ni yo misma lo tenía. Si lo que decían los médicos era cierto, ¿cómo podía esperar que Nick se atara a una inválida? ¿Cómo podría sobrellevar esa carga y su vida como estrella? ¿Y yo? ¿Estaba preparada para ser un estorbo, para ver con el tiempo que él buscaría a otras mujeres? ¿A depender de él de forma tan extrema?

Ya frente a la verja de la mansión lloré. Estuve unos minutos dentro del coche antes de sosegarme y de abrir la verja automática para entrar. En la casa había luz. Nick me esperaba con rostro preocupado:

—Julie, ¿dónde has estado? Es muy tarde, ¿te encuentras bien?

Su semblante estaba desencajado. Creo que el mío también.

—Nick... Lo siento, quiero dejarlo. Esto no funciona. No soy feliz contigo.

Odiaba mentirle, mentirle así, pero no me quedaba más remedio. Endureció la mandíbula y agachó la cabeza. Sus ojos estaban tristes cuando decidió hablar.

—Entiendo que no hay nada que hacer. Sé que cuando tomas una decisión, no hay vuelta atrás.

—No, no hay vuelta atrás. Lo siento, tenía que habértelo dicho antes.

—Si es por Stela, te aseguro que yo...

—Déjalo, Nick. Quedemos como amigos.

—Como amigos...

Le di un frío beso en la mejilla y entonces fue él quien se marchó. Creo que había lágrimas en sus ojos, puede que fuera yo la que lloraba. Aproveché para recoger mis escasas pertenencias y a la gata, que protestó ovillada en su sueño.

Las luces de edificios y avenidas se hacían borrosas con mis llantos. No era esa la despedida que había planeado. Ni siquiera le había dejado una nota. Cuando Nick regresara de su vuelta para despejarse —que era lo que hacía habitualmente para descargar su rabia— no me encontraría ya allí. Había salido de su vida de forma furtiva y cruel, no podía decirle la verdad. Lo destrozaría más. Era mejor que rehiciera su vida, aunque fuese con rabia, que ver cómo me iba degradando físicamente hasta quizás la última fase.

Mis desgarros de llanto en el coche hacían par a los maullidos asustados de Tina. Solo cuando me calmé lo suficiente fui capaz de subir a mi antiguo apartamento. Más antiguo y pequeño de lo que recordaba. Solté a la gata y me desplomé en la cama, ahora solo con un colchón tapado con una sábana. Una parte de mí había muerto.

Dos días después comuniqué mi decisión de dejar a Nick a mis dos amigas. Obvié lo de mi enfermedad, tampoco quería fastidiar sus vidas con penas, sobre todo ahora que se veían felices. Les dije simplemente que la cosa no funcionó.

Estábamos en Santa Mónica, con el ocaso ya encima de la playa, donde las gaviotas se recogían con estruendo, mientras dibujaban con sus patas la arena en busca de los desperdicios de los bañistas. Al fondo, los neones de la noria y el parque de atracciones parecían joyas hipnóticas. Me sentía tan apática, que casi no escuchaba a mis dos amigas solidarizándose conmigo. Se alegraron con mi romance con la estrella de Hollywood y me arroparon en mi ruptura.

—Podríamos ir a Main Street a cenar algo —dijo Helen.

—Julie, ¿te encuentras bien? —preguntó Rosalind, con rostro preocupado.

—No sé, chicas, no me apetece nada.

—Las rupturas siempre son difíciles, aunque sean necesarias —siguió Rosalind.

Al final decidimos ir al *Urth Caffé*. Helen intentaba distender la sensación incómoda que mis silencios impregnaban a la cena, hacía planes para ir al distrito artístico y visitar museos como el LACMA y el MOCA. Pero Rosalind estaba demasiado ocupada con la boda y yo demasiado apática con lo que tenía encima, además del esfuerzo que debía hacer para ir a dar clases a mi instituto desde mi nueva ubicación.

Solo recuerdo que se levantó el viento de Santa Rosa y como decían allí, cuando «sopla el viento de Santa Rosa, pasan cosas». Y a Rosalind sentenciar:

—El príncipe azul no existe. Es más bien verdoso. Verde sapo.

Ponche envenenado

*L*o sabía. Sabía desde el primer instante que ir a la reunión de antiguos alumnos era una pésima idea, pero tal vez también la última oportunidad de ver a mis amigos. Para empezar, la posibilidad de acudir con Nick se había hecho añicos tras nuestra ruptura. Además, en aquel enorme pabellón no había ningún conocido para mí. Veía cómo se iban formando grupos de antiguos alumnos que se reconocían y saludaban con efusión, recelo o timidez, según el caso. Yo me había pasado la mayor parte de mi promoción en el hospital.

La mayoría venían emparejados, y los que iban solos como yo, parecíamos los más nerviosos y confusos en ese inmenso salón, adornado con globos, serpentinas y pancartas de bienvenida que harían feliz al más friki de la universidad. Estaba a punto de marcharme, visto el pobre panorama, cuando alguien se acercó por detrás y me puso una mano en el hombro. Al girarme ante el saludo, me encontré con un hombre al que apenas reconocí, cuando sonrió volvió a mi memoria: ¡Ronald! El hermano de Luke y Han, los dos amigos de mi hermano en el instituto, lucía su mole de antiguo jugador de rugby, con muchos más años a cuestas.

—¡Julie, qué alegría! Estás igual.

—¡Ronald, qué sorpresa! No esperaba verte.

—Es una reunión de antiguos alumnos, aunque aquí están mezclados los de letras y ciencias.

—Sí, hay muchísima gente. Te hacía en San Francisco.

—Y allí sigo —me dijo sonriente.

—De verdad que me alegro mucho de verte porque así tengo la ocasión de agradecerte el favor que...

—Oh vamos, no fue nada —zanjó, como si espantara una mosca.

—¿Sigues entonces en el cuerpo de policía?

—¿Para qué iba a cambiar? Capitán, por si te interesa.

—Reí.

—Vamos, rememoremos viejos tiempos. Recuerdo que te llevé una vez del brazo en una fiesta. —Se ofreció galante.

—Creo recordar que fui yo quien se coló en esa fiesta, que por cierto acabó tan mal, como la de Halloween... no sé cuál fue peor —musité sombría.

Los recuerdos aleteaban en aquella enorme estancia como grandes cuervos que alertaran de peligros.

—Sí, es verdad. Desde luego te gustaba llamar la atención.

—¡Ronald!

—Es una broma —rio de buena gana—. Es que te has puesto tan seria... Pero no te preocupes, la reina de la atención acaba de llegar.

Y dicho esto, vimos cómo Stela, rodeada de nuevo de antiguas amigas, hacía su aparición como si fuera una estrella de rock. Parecía que el tiempo se había detenido de verdad y estábamos de vuelta a los ochenta, cuando aún éramos unos pipiolos universitarios.

—¿Qué te ocurre?

—Nada, no quiero encontrarme con ella, eso es todo.

—Lo dices por su hermano Steve, ¿verdad? Tú no tienes la culpa de que fuera a la cárcel. Hizo méritos por sí solo. Y ahí la ves sin inmutarse. Es la mujer de hielo.

—¿No estarás todavía por ella? —cambié la conversación para no remover mi amargura por Stela, que no solo incluía a su hermano, del que estúpidamente me enamoré, ni por la crueldad con la que ella y sus secuaces me trataron, ni siquiera por sus aires de diva que aún conservaba, sino por haberme separado de Nick... O ¿tal vez era el reflejo de mi propia rabia que necesitaba a alguien a quien culpar de mis errores?

—Claro que no —dijo desdeñoso—. En realidad, me alegro de que nunca se fijara en mí. Es una mujer que trae la desgracia a quien se prende de ella.

—¿Qué quieres decir?

—Se ha casado tres veces y en cada divorcio ella se ha hecho más rica y sus exmaridos más pobres. Es como si fuera un vampiro. Cuando los deja secos de dinero, los abandona, y mientras ella prospera, ellos acaban arruinados. Uno hasta se suicidó.

—¡Qué me dices!

—Y ahora vengo de escuchar por aquí los últimos cotilleos: se rumorea que acaba de dejar a su tercer marido, el banquero. Y lo hace a tiempo, porque pronto estará entre rejas.

—¿Cómo lo sabes? —pregunté asombrada.

—Bueno, soy policía. Sé que lo están investigando por algún desfalco, ella ya se ha encargado de quitarse de en medio. Llegué a conocer a su segundo marido, era amigo de mis padres. Dejó a su mujer y a su familia por ella, y cuando se arruinó, Stela no tuvo piedad, se fue con el banquero gordo y forrado. El otro acabó suicidándose.

—¡Qué horror!

—Y parece que le va bien con su sistema. Ahora dicen que se ha fijado en un actor. Ese será su próxima presa.

—¿Un actor? —exclamé, entrando en pánico.

—Sí, uno famoso... Campbell, creo. Pobre tipo, lo va a dejar seco. A los Danver siempre les gustó vivir a lo grande.

Dicho esto, se volvió casi con furia, me arrastró del brazo a otro lado de la fiesta, como si la visión de la sonriente y exquisita Stela le quemara. Por mucho que lo negara, llevaba la espina del rechazo clavada bien honda. Yo me había quedado sin habla. Recordé que Ronald se había divorciado dos veces y tuvo que ser un mal trago. No habíamos avanzado mucho cuando dos figuras gritonas se interpusieron entre nosotros y la sopera del ponche.

—¡Julie, Ronald! Hiiiiiii.

La criatura que gritaba como un ratón en una trampa y pegaba saltitos era Sandra, la que había sido una de mis mejores amigas en mi época universitaria. Apenas había cambiado, aunque como a todos, el tiempo inmisericorde y su afición al sol le habían dejado la piel correosa como si fuera un curtido lobo de mar. Pero seguía luciendo delgada y musculosa, como una buena animadora, aunque con el pelo más corto y rubio. Venía del brazo de otra criatura gesticulante y risueña, que la acompañaba en sus saltos y exclamaciones de bienvenida. ¡No pude reconocer a Nicole! pues, aunque llevaba el pelo oscuro e igual de largo que antes y rizado con ondas surferas, había ensanchado hasta el punto de hacerla una perfecta desconocida para mí. Su traje de satén granate, más propio de una fiesta de graduación, parecía a punto de estallar. Fue la primera en abrazarme:

—Julie, estás guapísima. Y qué elegante —me soltó feliz a la vez que me estampaba dos sonoros y húmedos besos.

—Y con Ronald del brazo. Ya sabía yo que había rollito entre vosotros —me soltó Sandra con un fuerte apretón marinero.

—No, no... Nos acabamos de ver —insistí, aunque ambas se miraban y reían cómplices. Estaba claro que habían decidido ya que mentía.

Ronald las saludó divertido, sin intentar deshacer el malentendido.

—¿Qué tal está Norman? —pregunté a Nicole, mientras Sandra y Ronald se servían ponche con generosidad.

—Oh, estupendo —. Mira, allí está, con John y con mi suegra.

Una de mis cejas casi despegó. Que todavía Norman cargara con su madre, que seguía teniendo la mala baba de antes en su cuerpo consumido no me lo esperaba. Continuaba siendo Norman Bates. No pude evitar reírme. Vino a saludarme y me preguntó por mi hermano, para marcharse rápidamente otra vez junto a su madre, que miraba con recelo a todo el mundo, como si estuviera a punto de echar una maldición. En poco tiempo me puse al día de la vida de mis pocos conocidos allí. Nicole y Norman tenían cuatro hijos y vivían en el caserón de la madre de él.

—¿Cuatro? —la última vez que te vi eran dos.

—Vinieron gemelos —rio Nicole, con tal aspecto de madre amorosa que hasta daba miedo.

Sandra se había divorciado tras diez años de malvivir con un tío que, según contaba risueña y algo piripi por el ponche, le ponía los cuernos un día sí y otro también. Desde su divorcio, vivía la vida con libertad y sin ataduras. Su único amante fijo era el mar, hasta el punto de montar una escuela de surf.

A John le iba genial en Silicon Valley. Contra todo pronóstico, seguía casado con la joven guapa y adinerada con la que se prometió. Tenían un hijo y, al parecer, una casa envidiable donde probaban todos sus avances tecnológicos. Él mismo parecía un remedo de Steve Jobs.

—Y tú, Julie, ¿qué tal? ¿Te has casado?

Las miradas se fueron a Ronald. Éste por fin, despejó dudas.

—A mí no me miréis, ya con dos divorcios tengo bastante.

—¿Sales entonces con alguien? —Insistió Nicole.

Parecía que todos me horadaban con la mirada.

—No, ahora no. Estoy tranquila —solté, algo aturdida, quería cambiar de conversación.

—Vamos, viejas cotillas —rezongó Ronald—, dejad a Julie. Ella está estupenda, ¿no lo veis?

Mis amigas salieron de su mutismo con las alabanzas tradicionales.

—Y que lo digas.

—Por ti no pasan los años, Julie, yo diría que estás hasta más guapa —me dijo Sandra, con voz pastosa por el ponche, mientras me daba una palmada en el brazo que casi me desatornilla.

Creo que para parar el aluvión de preguntas curiosas que se avecinaba, Ronald me sacó a bailar.

—¿Recuerdas?

—*Every Time You Go Away* de Paul Young —musité. Cerré los ojos. Esa música me traía tantos recuerdos...

—Lástima que no cuajara.

—¿El qué? —pregunté sorprendida.

—Lo nuestro.

—Oh, nunca hubo nada entre nosotros, Ronald —murmuré en un intento de no ser descortés.

—Bueno, te mentiría si te dijera que no estaba atraído por ti.

—¿Qué? Vamos, tú solo tenías ojos para Stela. Y yo para Steve, para mi desgracia.

—Stela era mi amor platónico, tú despertaste en mí un sentimiento muy... muy... Bueno, entonces no era capaz de decírtelo, ahora ya ha pasado el tiempo y estamos otra vez los dos aquí, en el mismo pabellón bailando...

Un amargor vino a mi boca y no era el reflujo del ponche, precisamente. Ahora que estaba hundida por la ruptura con Nick, lo que menos me apetecía era embarcarme en otra historia.

—Yo acabo de cortar con alguien y...

Se paró un momento y seguimos bailando. Cuando hablé, había cierta ironía en su tono:

—Ya. Siempre llego en mal momento.

Me azoré. Era como volver a vivir la misma pesadilla. Yo no quería dañar a Ronald, a pesar de que le agradecía enormemente todo lo que me ayudó cuando logró desenmascarar a Brenda y Steve, librándome del chantaje que me estaban haciendo. Me sentía muy agradecida, pero salvo esa gratitud, no podía ofrecerle más.

Cuando acabó la música, nos retiramos a un lado del salón. Su rostro era inmutable. En esa parte oscura sí se notaba al hombre que había dejado su juventud muchos años atrás. La vida de policía debía ser también dura, y a pesar de que físicamente se conservaba espléndidamente, su rostro aparecía más cansado y su pelo había perdido la batalla en sus sienes y frente. Aun así, seguía siendo un hombre atractivo, tal vez por su sonrisa socarrona y su aire autosuficiente, que siempre parecía burlarse de los demás.

—Mira —me señaló, sacándose la cartera de un bolsillo del pantalón. Me enseñó una foto—. Es mi hija Liz.

—Qué guapa —respondí, sin mentir. Observé la foto de una adolescente sonriente y hermosa. Se parecía a él, salvo que su pelo era más rubio y sus ojos inmensamente azules.

—Es mi pequeña. Ya tiene trece años. Viene a verme en vacaciones y en algunas fiestas. Es el amor de mi vida.

Le sonreí y le di un apretón cariñoso. Estaba a punto de preguntar más cosas sobre ella y su vida en San Francisco, cuando una voz melosa y conocida, cortó mis intenciones.

Stela estaba ante nosotros como si fuese una aparición. Su cohorte se reunió en pos de ella.

—¡Stela! —saltó Ronald, pues no esperaba su abordaje.

Yo me quedé sin habla.

—Pero mira qué parejita más linda —dijo. Se dirigió a sus seguidores con una sonrisa desdeñosa que no presagiaba nada bueno.

—El poli y la zorra.

Ronald se puso tenso.

—Eh, cuida tus modales Stela. Esto no es el instituto.

—¡Así que los dos estabais conchabados para meter a mi hermano en la cárcel!

—Tu hermano se metió solo, querida, era un ladrón, un estafador y un delincuente.

Stela no se esperó esa salida de su antiguo admirador y su furia no la dejó ni hablar.

—Será mejor que se vayan todos, aquí no hay nada que mirar —gritó Ronald, mientras despejaba la sala con dotes policiales.

Stela seguía echando chispas con la mirada. Yo me quedé tan impresionada, que no podía ni moverme ni decir nada. Se habían ido al cuerno todos mis años de terapia, todo mi aplomo conseguido con duro trabajo, incluso la euforia de haber sido por un corto tiempo la novia de una estrella de cine. En presencia de Stela volví a ser la Julie adolescente que, ante la chica mayor y más popular, se encogía en la nada.

De hecho, parecía que ocurría así con todos los mortales. Stela venía de un mundo donde estaba acostumbrada a ordenar, a ser la reina y los demás asumían el papel de súbditos, y de plebeya en mi caso.

Una oleada de calor inundó mis sienes, como en mi época estudiantil, cuando todas las miradas se posaron en mí, aunque solo fuese porque era el centro de un altercado. Muchos no sabían siquiera a qué se debía, si eran viejos ajustes de

cuentas o dos gatas disputándose a un macho. Cuando creí que mi vergüenza no podía ser mayor, sobre todo, por mi incomprensible mutismo por defenderme, unas siluetas vinieron a rematar el espectáculo. Se hicieron sitio de forma contundente entre la multitud y el comisario Nelson Rodríguez se puso frente a mí, me enseñó su placa y como si fuese un sueño a cámara lenta me dijo:

—Julie Garrett, se le acusa de robo y tráfico de drogas. Ahora le leerán sus derechos. Todo lo que diga puede ser utilizado en su contra.

—¿Qué? ¿Qué hace? —musité aterrada, cuando uno de los hombres me esposó.

Ronald salió en mi defensa.

—Señor, debe haber un error. Soy agente de policía y esta mujer no es ninguna delincuente.

—No le conozco —resopló el comisario.

—Soy policía de San Francisco.

—Un poco lejos de su distrito, ¿no?

Sin más hizo una señal y dos hombres me escoltaron. No pude ni mirar a nadie de la vergüenza y el dolor que sentía. Solo una voz osó romper el silencio reinante.

—Eso, llévesela a la cárcel, que es donde debe estar. De paso le das recuerdos a Brenda —rio Stela.

Su risa me persiguió incluso de camino al calabozo, pues no podía quitármela de la mente. En solo unos días había roto con Nick, había vuelto a mi viejo apartamento y me habían dado una noticia terrible sobre mi salud que, de confirmarse, era sin duda lo peor que podría esperar. Y ahora, me acusaban de un robo que no había cometido, solo porque se me ocurrió denunciar que había encontrado esas malditas joyas en la dichosa caja de mantequilla de pétalos de rosa.

No sé si algo podría ir a peor. «Sí», pensé sobresaltada: que Stela consiguiese a Nick ahora que tenía el campo abierto. ¡Dios mío! ¿Por qué me pasaban a mí esas cosas?

Ave Fénix

*H*elen vino a buscarme junto a Harry y me pagó la fianza. Nick, a quien supuse alejado por motivos de trabajo aún no se había enterado. Y no quería que lo hiciera, ya que me resultaba mortificante. Su primo estaba desolado, parecía aún más abatido que yo. Jamás agradeceré suficiente el gesto de mi amiga, que sacrificó sus ahorros para que no permaneciera ni un minuto más entre rejas. Me llevaron a mi antiguo apartamento, al que me ayudaron a trasladar el resto de mis cosas. También se había hecho cargo de mi gata Tina durante mi encierro, a pesar de su pavor a los mininos y su alergia. Rosalind se encargaba de buscarme un abogado, aunque su ausencia me mosqueó. Después de indagar, Helen confesó:

—No ha venido porque se encuentra mal. Ha roto con Michael.

—¿Qué?

Harry se escabulló y farfulló algo de ir a comprar comida.

—Por lo visto han discutido.

Su nuevo silencio me hizo comprender.

—Ha sido por mi causa, ¿no?

—No es culpa tuya, ya sabes cómo es de impetuosa. Acabaron discutiendo por las circunstancias de tu ruptura con Nick, del arresto... Michael se posicionaba del lado de su patrón, por su puesto, y eso no le gustó a Rosalind. Es una amiga fiel, Julie. Tanto ella como yo estamos seguras de tu inocencia.

Me entró un sudor frío.

—Oh, yo no quería esto... No quería que nadie resultara dañado y menos vosotras, amigas.

Nos abrazamos mientras ambas nos echamos a llorar. Tenía suerte de contar con ellas. Nunca podría pagar su amistad. Harry llegó cuando aún hacíamos pucheros. La verdad es que él también parecía muy compungido. Fue una comida triste ante la perspectiva de ver truncada la felicidad de Rosalind, de

todos sus preparativos de boda, de haber turbado la paz y la economía de Helen y de la perspectiva de afrontar un juicio, que podría suponer para mí incluso la cárcel, a pesar de ser inocente. Si esto volvía a hacerse público, cosa bastante probable por cómo se realizó la detención, me podía dar por acabada. Y cuando las cosas no pueden ir a peor, empeoran. Alguien llamó a la puerta. Helen fue a abrir, tan intrigada como yo. Traía una carta.

—Me la ha dado tu casero.

Solo ver el remite ya me preparó para el contenido.

—Me han despedido de mi último trabajo —dije al fin tras leer en silencio.

—Oh, no —se lamentó Helen, tan práctica como siempre.

—Era de esperar —la consolé yo, encima—. Seguro que se han enterado.

—Bueno..., algo ha salido al respecto —soltó Harry, que se arrepintió enseguida.

—No quiero ni mirar la prensa.

—No, no lo hagas, Julie. No merece la pena que prestes atención a esa basura —me pidió Helen.

—No te preocupes, no estoy ahora para nada de eso. Solo quiero probar mi inocencia y pensar cómo afrontar todo lo que tengo por delante.

—Los problemas de uno en uno —musitó Harry muy descompuesto.

Me conmovió su interés por mí. Parecía que el crápula de los Campbell era al final, la mejor semilla. Poco después se marcharon y yo opté por descansar y reponer fuerzas. Me sentía física y mentalmente agotada. «¡Cómo cambia el destino de un momento a otro!».

Tuve un sueño corto y agitado roto por una llamada telefónica. El corazón me dio un vuelco. ¿Y si se trataba de Nick? Al otro lado sonó una voz conocida que no era la de mi exnovio.

—Hola, Julie, soy Ronald. ¿Qué tal estás?

—¡Ronald!

Sin poder remediarlo me eché a llorar. Él esperó pacientemente.

—Lo siento, estoy destrozada. Te juro que soy inocente.

—Te creo, de verdad. Llamo para ayudarte.

—¿Para ayudarme?

—Sí. Mira, estoy trabajando y pasado mañana me visita mi hija. ¿Por qué no te coges un avión y vienes a San Francisco? Es necesario que hablemos.

Por un instante me sentí aturdida. Pero reaccioné a tiempo:

—Está bien. Cogere el primer vuelo que salga.

Por indicación de Ronald nos vimos en el Castagnola's, en el mismo corazón del Fisherman's Wharf de San Francisco. Me esperaba en uno de los comedores ubicados sobre la Bahía, desde donde se podía ver pasar a los barcos de lujo y a los botes pesqueros, mientras escuchabas música en vivo. Ronald se levantó al llegar. Estaba elegante con un traje gris, pero se notaba que vestir bien no era lo suyo, amén de que con su corpachón cualquier mala elección se hacía más evidente. Pese a que estaba muy nerviosa la vista del mar y la música alegre que sonaba en esos momentos levantaron mi maltrecho ánimo.

—¿Qué tal ese viaje?

—Bien, algo agitado. Nunca había estado antes en San Francisco.

—¿Y eso cómo puede ser? —sonrió feliz— Te tengo que enseñar entonces mi ciudad antes de que te marches.

—Ronald, no estoy muy animada.

—Ya me imagino —se puso serio.

Nuestra conversación se interrumpió para que nos tomaran nota. Por indicación de Ronald, acepté probar los famosos cangrejos de la bahía. También servían cocina italiana y mi acompañante decidió desdeñar mis ruegos, al encargar una excesiva cantidad de platos, que ni en mis momentos más caninos podría soñar siquiera con tragar. Por nuestra mesa desfilaron pizzas, espaguetis y mariscos locales, regados con vino de los valles de California. Hubiese sido una felicidad para Rosalind, suspiré, cuando pensé en mi pobre amiga y cómo se encontraría después de romper con el amor de su vida. Ni siquiera habíamos podido hablar.

Tras detallarme todas las maravillas de San Francisco, de sus monumentos, su historia y sus fiestas, pasó a hablar de su hija y de lo contento que estaba con volver a verla al día siguiente. Por un momento creí que había atravesado todo un estado para almorzar marisco frente a la Bahía de San Francisco como si fuese una turista rica. Aunque en el fondo resultó también un alivio pues por unos instantes olvidé mi situación. Al llegar los postres Ronald empezó a hablar de lo que en realidad me interesaba.

—He consultado todo lo relacionado con tu caso, y créeme, no ha sido fácil. Pero me deben algunos favores. De nuevo he contratado al detective que nos ayudó a desenmascarar a Brenda y Steve, ¿lo recuerdas?

«Cómo podría olvidarlo», pensé.

—Creo que han ido a lo fácil —siguió, en referencia al departamento de policía de Los Ángeles— y no lo entiendo, porque el tal Nelson es eficiente. De

eso no me cabe la menor duda, por lo visto hay pruebas que apuntan siempre hacia ti.

—¿Pruebas?

—Sí, han interrogado a algunos de los componentes del rodaje en Inglaterra, donde se produjo el robo. Hay una mujer... una tal Francis —miró unas notas—, que afirma que comentaste tu intención de ir al anticuario Marlow & Son el mismo día del robo.

Hice memoria.

—Sí, recuerdo que fui con el primo de..., bueno, con un conocido y estuvimos mirando, eso es todo.

—Esa noche robaron.

—¿Y?

—Que luego, cuando todo el mundo se fue a Estados Unidos tú decidiste desaparecer.

—¿Qué? ¡No! Me fui a Roma con mi hermano y mi cuñada para pasar el fin de año.

—¿Puedes demostrarlo? ¿Conservas el billete o el resguardo del hotel?

—Pues no, además me alojé en su casa.

—Bueno, solo tu hermano y tu cuñada pueden confirmar tu coartada, el caso es que ni la policía ni yo logramos dar con ellos.

—Porque están fuera rodando un documental para la televisión italiana —expliqué—, seguramente andarán por algún país. Puede que Egipto o Francia, qué se yo, no recuerdo si tocaba Cleopatra y Marco Antonio o Bonaparte y Josefina.

Ronald me miró como si hablara de extraterrestres.

—Hay que localizarlos, Julie. Son tu coartada. Además de eso hay otras pistas que apuntan a ti. Todos señalan que tuviste un comportamiento muy raro en casa de los Campbell, que desaparecías durante algún tiempo y que merodeabas las zonas de rodaje, a pesar de no ser integrante del set.

—Venga ya, ¿quién dice esas memeces?

—No hay buenas referencias tuyas a través de Mimi Gump y de Sam Sheiffer.

—¿De esos dos? ¡Es que ambos me odian!

Se quedó perplejo. Yo también. Al final los secretismos de una relación amorosa acababan convirtiéndose en actitudes sospechosas para la policía. Sabía que a menos que le explicase a Ronald lo que sucedía en realidad, no iba a poder ayudarme. Aun así me costaba contarle. Pero lo hice. A *grosso modo* le hablé sobre mi situación y cómo había afectado a mi vida. Me escuchó en silencio sin

decir nada. Luego pidió la cuenta y me propuso un paseo por las calles del muelle. Era un entorno agradable con el olor a mar aún tras nuestros pasos y las gaviotas lloriqueando en el cielo. Había muchas terrazas con mesas en la acera de la calle Jefferson, hasta llegar a su cruce con Jones, en el extremo norte de la ruta de los tranvías. Me disgustó que volviera a hablar de cosas triviales como la torre Coit o el edificio Pirámide, mientras yo esperaba otro tipo de conversación. La tarde se acortaba a pesar de que había sido un día muy luminoso y soleado. La humedad se iba notando ahora en las ráfagas de viento que provenían de la Bahía. En una zona con menos trasiego y cuestras Ronald volvió a su faceta de detective.

—Siempre te ha gustado jugar con fuego. Lo que no entiendo es cómo una mujer como tú acaba cometiendo los mismos errores.

—¿A qué te refieres?

—A enamorarte de personas inadecuadas. Primero con el estúpido de Steve, que solo se quería a sí mismo y ahora, por lo que me cuentas, con un actor que te ha pedido llevar una relación en la clandestinidad. ¿Cómo te has prestado a ello?

Me sentí herida.

—Nos venía bien a los dos. La prensa me estaba machacando.

—Ya, ya... Precisamente por ese secretismo. Si os hubierais casado o llevado vuestra relación de forma pública ya no seríais tan interesantes. ¿No crees que le beneficiaba más a él que a ti?

No contesté. Estaba enfadada. No había acudido tan lejos para oír reproches, aunque en el fondo, tal vez sabía que tenía razón y me enojaba conmigo misma. Al contar los hechos parecía en verdad que era una estúpida que se dejaba llevar. Y es cierto que la relación con esos dos hombres me había traído problemas, aunque de distinto tipo.

—Hay otra cosa, Julie. Coincidiendo con uno de los hallazgos de droga en los estudios tú de nuevo estabas en paradero desconocido.

—¿Qué quieres decir?

—Que la policía cree que las drogas y las joyas están relacionadas. Como si fuera un pago y que tus ausencias sin justificar en algunos momentos coinciden con los hechos.

Me paré y le miré fijamente atónita. Aparte de mi visita a Roma, yo no recordaba haberme esfumado de ninguna manera. Ronald me señaló un día, en ese momento no recordaba qué hacía en esa ocasión. La impresión me llegó de repente cuando vi a un tipo en silla de ruedas que tocaba la armónica y pedía limosna.

—Fui al médico a realizarme unas pruebas.

Tal vez por la angustia que me estaba entrando al ver cómo la policía vigilaba todos mis movimientos o por desahogarme con alguien le conté a Ronald el gran problema de salud que me atenazaba. Se quedó muy serio y pensativo.

—¿Por qué no se lo has dicho a nadie? Eso que me cuentas es muy serio. ¿Lo entiendes Julie? Puedes acabar inválida.

Me eché a llorar y me consoló con su gran corpachón. Sentí un gran alivio. Los viandantes nos miraban.

—Toma, serénate —me dijo a la vez que me ofrecía un pañuelo de papel.

Nos sentamos en un banco, junto a una zona ajardinada.

—¿Están seguros los médicos? Yo no te veo tan mal.

—Es algo progresivo e inevitable. Solo me queda contrastar la somatología con una resonancia.

—¿Y no te la has hecho aún?

—Iba a hacérmela cuando me detuvieron. No tuve antes ocasión ni dinero —lloriqueé.

—Julie, lo siento, ahora sí que me gustaría darte unos azotes en tu bonito trasero. Has estado atrasando algo esencial como es tu salud solo por estar con un tío y un tío que te podía comprar hasta un hospital entero con sus médicos si quisiera. ¿Cómo has llegado a esto?

Su regañina me despertó. Tenía toda la razón. Había estado tan obnubilada por estar con alguien que no creía a mi alcance que me había olvidado de mí misma. Pero no podía culpar a Nick, pues era yo la que había llegado a ese extremo. Ronald se enterneció.

—Mira, vamos a empezar a arreglar este desastre. Ya te estás haciendo esa maldita resonancia y lo que sea enseguida. Punto dos, debemos localizar a tu cuñada y a tu hermano, así que dame sus teléfonos y sus datos. Y punto tres, debes hablar con el comisario Nelson Rodríguez y contarle lo que me has contado a mí. ¡No puedes ocultar a la policía esos datos en una investigación! Tú misma estás eliminando tus coartadas. Habla con tus amigas, con Rosalind, es la que te busca un abogado, ¿no?, para que esté presente en tu declaración y haz memoria y apunta todos tus movimientos. Me has dicho que fuiste al anticuario acompañada, ¿se puede localizar a ese acompañante para que certifique lo que aseguras?

—Sí, por suerte está en Los Ángeles.

Ronald abrió los brazos como dando gracias al cielo o «no puedo contigo». Le agradecí todo su apoyo.

—Yo voy a empezar mis pesquisas también. Hay algo que me huele mal en todo esto. ¿Estás segura de que ese Nick es trigo limpio?

—¿Qué quieres decir?

—Pues que al igual que tú, las joyas han permanecido bajo su techo en los dos lugares y es el que más oportunidades tenía para llevárselas.

—Eso es absurdo, incluso fue él quien insistió en llamar a la policía.

—Tal vez lo hizo para resguardarse una vez que las descubriste.

—Es un hombre muy rico, ¿para qué iba a hacer algo semejante?

—Te sorprendería la de cosas que he visto en mi vida como policía. Puede ser por despecho, para terminar una relación incómoda para su carrera, por alguna cleptomanía o incluso que haya sucumbido al dinero fácil que genera la droga. Hay múltiples causas.

—La verdad es que no puedo creer nada de eso. De verdad que no puedo ni albergar dudas sobre él. Es una buena persona, aunque no comprendas sus intenciones.

Ronald puso gesto raro y una vez que vio que era difícil que cambiara de idea respecto a mi exnovio, me apremió a volver a Los Ángeles a realizarme la dichosa prueba, pagándola de su bolsillo, algo que rehusé. Y a empezar a organizar mi defensa.

—Le pediré el dinero a mi familia. A mi hermano si es necesario, en cuanto lo localice. Mis padres se arruinaron ya una vez por mi culpa.

—Ningún padre negará una ayuda así a un hijo —me soltó con un gran apretón de manos al despedirnos.

Cuando llegué a Los Ángeles comencé a actuar. Dejé ya los secretos y fui hablando con todos los que me importaban: mis padres, mis amigas y localicé a mi hermano. Tanto él como Francesca decidieron regresar de Egipto y venir en mi ayuda. Mis padres lloraron mucho, pero me mandaron enseguida el dinero e hicieron las maletas para estar conmigo. Venían desde Utah y Helen y Harry se encargarían de recogerlos en el aeropuerto. Mientras tanto, Rosalind me presentó al abogado, en este caso una abogada: una mujer de mediana edad y experta que me dio muy buena impresión y en quien confié mi caso.

Siguiendo el consejo de Ronald hablé también con el comisario Nelson Rodríguez, acompañada de Sarah, mi abogada. Estuvo muy serio y me dio una buena reprimenda por haberle ocultado datos que consideraba esenciales, cuando para mí eran triviales. No obstante, mantuvo la acusación hasta que no presentara mis coartadas.

Fue una semana de vértigo. El día de la resonancia me acompañaron mi familia y mis dos amigas. Cuando salió el doctor Wook me sentí desfallecer.

—¿Y bien?

Mi madre fue la primera en preguntar. Su voz no ocultaba su angustia.

Tras la resonancia y otras pruebas, todo apunta a que sufre una Mielitis Transversa. Verá, es una inflamación del área de la médula que causa síntomas como la lesión medular que es más grave. De ahí la pérdida de movilidad, la alteración sensitiva como las piernas dormidas y otras molestias que ha sufrido.

—¿Y tiene cura? —pregunté con un nudo en la garganta.

—Podemos atacar con inmunoglobulinas humanas. En menos de una semana debería estar recuperada.

Gritos de alegría rompieron la paz del hospital.

—Muchas, gracias, doctor. Todavía no lo entiendo muy bien, ¿es consecuencia del accidente?

—No. Es debido a un virus. Puede haber sido una simple gastroenteritis. ¿Recuerda haber padecido alguna en el último año?

Reflexioné un instante y entonces, recordé mi malestar en Nueva York. Sí, todo empezó ahí.

—También podría ser la reacción a alguna vacuna —siguió el médico... Le corté antes de terminar.

—No, no. Estoy segura de que fue una gastroenteritis, aunque nunca pensé que llegara a esto.

—Bueno, sufrió secuelas de un accidente y la médula ya estaba tocada. Todo indicaba, incluso las pruebas, que nos enfrentábamos a algo más grave. Me alegro por usted, señora Garrett.

Después de aquello solo recuerdo que recibí tantos abrazos y felicitaciones, que casi me ingresan por columna machacada. Al menos algo se arreglaba en mi vida. Decidimos festejarlo en un restaurante cercano. Aquello ya parecía una fiesta. Hacía tanto tiempo que mi familia no estaba junta... y mis mejores amigas permanecían a mi lado, a pesar de todo lo que habían tenido que soportar. Lo del trabajo y la relación con Nick parecía lo de menos. Ahora me tocaba demostrar mi inocencia. Entonces mi dicha sería ya completa.

Mientras todos andaban cotilleando sus vivencias alrededor de una gran mesa, entre muestras de alegría, fui a elegir postre ante un gran mostrador refrigerado. Harry se acercó a mí. Había estado muy callado todo ese tiempo.

—Hola, Julie, qué alegría, ¿no?

Su tono nervioso a pesar de sus sonrisas no se me escapó. Como era el primo de Nick me imaginaba que se sentía algo incómodo.

—Si es por Nick, no te preocupes. Lo he superado.

—Oh, claro, Nick... No era eso. Yo, Julie... tengo que confesarte algo.

—Dime —le dije risueña, mientras cogía mi copa de helado, tan feliz en ese instante que era capaz de superar cualquier cosa, aunque fuera que lo suyo con Helen no iba bien.

—Yo... yo... Yo fui quien guardó las joyas en la lata de mantequilla.

Me quedé inmóvil con una sonrisa cristalizada.

—¿Qué estás diciendo?

La voz a nuestras espaldas nos sobresaltó a los dos. Helen se había transformado de repente en la Gorgona. Harry no tuvo escapatoria y entre la mirada de mi amiga, y sus remordimientos —según confesó— me contó que el ladrón de joyas era él. Que era como una especie de manía, de atracción fatal que sentía ante las piedras preciosas y que cuando me acompañó al anticuario y contempló las alhajas que nos enseñaron, no pudo evitar llevárselas esa misma noche. Por lo visto era un ladrón de guante blanco y de los finos. Cuando escuchó a su primo que la policía los vigilaba tras descubrir droga en el rodaje, se puso nervioso y no encontró mejor lugar para esconderlas que mi gran caja de mantequilla de pétalos de rosa. Pensaba quitármela, pero me fui a Roma y bueno, al final vino a Los Ángeles a buscar su botín, sin siquiera imaginar cómo acabaría todo. Dijo sentirse muy abatido pues nunca pensó que fueran a acusarme a mí de ese robo. Yo no sabía qué decir ante su declaración, Helen fue inmisericorde. Le dio allí mismo un bofetón que me hizo caer hasta la copa de helado. Harry solo agachó la cabeza, avergonzado. No había nada más que añadir. Se volvió desde la puerta:

—Voy a confesarlo a la policía. No quiero causarte más problemas. De verdad que lo siento muchísimo.

Y se fue ante la mirada de Helen que hacía chispas y las atónitas de los demás, que no se habían enterado de nada. Yo, tuve que sentarme para recuperarme de la impresión.

Malos vientos

*P*ocos días después estalló la bomba: Nick había sido detenido acusado de intento de violación. Todos los medios se hicieron eco de la noticia que había sido filtrada a la prensa, en concreto a una agencia especializada en la vida y milagros de los famosos. Por lo visto los hechos habían ocurrido unos diez días antes y debido la implicación de dos personas relevantes sumado a los hilos de los grandes estudios, habían retrasado su propagación. No se hablaba de otra cosa. El caso de Mike Tyson en esa misma época había sensibilizado al público contra un delito tan repugnante como ese.

Pese a que la identidad de la víctima no salió al principio, más tarde también se filtró. Cuando la supe, confirmé mi certeza en la inocencia de él. No solo porque sabía de buena fe que era imposible que hiciese una cosa así, sino por el hecho de que la «presunta víctima» no era ni más ni menos que Stela. La víctima desde luego era Nick, no ella. Y así lo sintieron también mis amigas.

No tenía forma de ponerme en contacto con él. Tanto la policía como sus abogados y empleados anteponían un muro en su derredor. Yo ya no formaba parte de su vida y fue tan completo el éxito de nuestro secretismo, que nadie podía creer que había sido su novia ni siquiera un ligue pasajero.

Además, yo era una testigo poco fiable, al pender aún sobre mí las acusaciones sobre el robo que no habían sido aclaradas, pese a la confesión de Harry, y por estar fichada por homicidio imprudente cuando de joven causé un accidente de tráfico bebida. Un accidente que le costó la vida a un honrado padre de familia y que yo todavía no me perdonaba, al igual que la sociedad.

Quería conocer detalles de la acusación, cuyas versiones diferían tanto en cada medio que era imposible determinar la veracidad. Mis amigas, aunque solícitas, estaban con los ánimos por los suelos: ambas habían roto con sus respectivas parejas y una nube de amargura se cernía sobre las tres cuando nos sentamos en un banco del paseo de Venice Beach.

Los chicos jugando al *skateboard* atraían mi atención más que el parloteo de Rosalind, que estaba muy nerviosa y no paraba de hablar sin sentido. Helen permanecía mustia y callada como yo. Qué desilusión para ella con Harry. Otra más. Me apiadé de ella. Tenía tan mala fortuna como yo para encontrar pareja.

Mi enfermedad ahora no la veía tan prioritaria, teniendo en cuenta las circunstancias de Nick y de lo que estaría pasando. Tampoco quería preocupar más a mis amigas. Teníamos suficiente con el torbellino de sinsabores.

—Esa lagarta miente como una zorra —resopló Rosalind y se calló por fin.

—Pero hay que demostrarlo —salió de su mutismo Helen.

—Bueno, es su palabra contra la de Nick, ¿no? —terció Rosalind—. ¿Por qué la creen a ella?

—Porque se rodeó de circunstancias favorables a su fin —señaló terca Helen con un rictus amargo.

—Yo sé que Nick no ha podido cometer nada así. ¡Las pruebas forenses deben determinarlo! —resoplé y salí también de mi silencio.

—Te recuerdo que el delito es de intento de agresión sexual, no de perpetrarla —recordó Helen, que señalaba un periódico—. Aquí no hay prueba que valga, salvo lo que decida el juez. Y Nick no tiene coartada.

—¿Cuándo se supone que fue?

Le di un manotazo al periódico para cogerlo.

—Tras la fiesta que organizó la productora, ¿te acuerdas? —aclaró mi amiga.

Recordé el beso robado por Stela a un perplejo Nick. La escena que provocó nuestra discusión y nuestra posterior ruptura. Me encendí.

—Nick y yo fuimos a casa esa noche.

—La noche de la discusión, ¿no? —señaló Rosalind.

Mis dos amigas estaban al corriente de todo.

—Estuvo conmigo.

—¿Toda la noche? —preguntó con toda intención Helen—. Nos dijiste que tras vuestra discusión él se marchó. ¿Sabes qué estuvo haciendo durante ese tiempo?

Me sonrojé de la rabia.

—¡Dando vueltas! Es su forma de desfogarse cuando está tenso —estallé.

—Si eso mismo te lo pregunta la policía o el fiscal es papel mojado. A la postre, él permaneció fuera muchas horas, casi toda una noche. ¿Estás segura de que no se vio con Stela, aunque sea para hacerte daño? —indicó Rosalind, como si fuera una abogada.

Me desinflé. No. No podía poner la mano en el fuego. Estaba absolutamente segura de que él no era un agresor sexual, pero no podía afirmar que no se hubiese visto con ella. ¿Por qué si no, no se resistió a su beso o la censuró por ese motivo en la fiesta? ¿Sería posible que tras nuestra discusión por ella hubiese ido a su encuentro, aunque fuera para atormentarme, para darme una lección?

Me tapé el rostro. Todo era terrible y no podía hablar siquiera con él para que me explicara la verdad. Después de todo, habíamos roto y no tenía por qué dar explicaciones de nada.

—No te preocupes, cuenta con buenos abogados —señaló Rosalind.

—Será mejor que los ponga a trabajar a todos si quiere salir de esta —siguió Helen—. Aquí pone —señaló de nuevo la prensa— que ya varias firmas le han retirado su apoyo y cancelado contratos. Las violaciones, aunque sean un intento, son un asunto feo que nadie quiere obviar.

—Así que es su palabra contra la de Stela —musité.

—Y no lo tiene fácil. Mimi Gump no ayuda mucho a Nick que digamos, lo pone de vuelta y media —señaló Helen.

—Esa mantis odiosa —interrumpió Rosalind— solo se mueve por los celos.

—Tengo que hacer algo. Aunque él pasó algunas horas fuera, estuvo conmigo casi todo el tiempo. ¿A qué hora señala ella esa supuesta violación?

—A la una de la madrugada —leyó Helen—. Hay un mensaje de ella en el contestador automático de Nick, citándole en su casa en Trousdale Estates.

—¡A esa misma hora estábamos discutiendo! —señalé eufórica.

—No seas tan optimista, Julie —razonó Rosalind—. De nuevo es tu palabra contra la de Stela. ¿Y por qué no lo ha mencionado Nick? Si se lo hubiera dicho a la policía desde el principio, no lo habrían detenido.

—La criada de ella confirma la agresión —señaló lívida Helen —dice que cuando volvió a la casa tras su día libre, encontró a su señora presa de un ataque de nervios con la ropa desgarrada. Y hay huellas del coche de Nick en el acceso a la casa.

Fue como un palo.

—¿Y cuál es el motivo de que ella recibiera a un galán como él a esas horas si no era para echar un kiki? —preguntó Rosalind con rabia.

—Secreto de sumario —explicó Helen y cerró el periódico.

—Vamos, chicas —me animé—. No podemos creer todo lo que dice la prensa. Tenemos que intentar hablar con Nick y saber lo que ocurrió.

Mis dos amigas me miraron alarmadas. Yo sé lo que pensaban: ¿en realidad quería saber lo que sucedió? Solo se me ocurría una persona para acceder a ese

secreto.

El comisario Nelson Rodríguez me miró con sorpresa cuando me presenté en su despacho.

—Siéntese, señorita Garrett. ¿Qué la trae por aquí? Harry ha cantado. Retiraremos los cargos contra usted en cuanto termine el papeleo y se aclare la situación.

Estaba claro que la policía quería asegurarse de que yo no estaba implicada en el robo. Ya habían metido la pata una vez.

—No es por eso. Verá, comisario, es por el caso de señor Nick Campbell.

—Oh —soltó el boli con un repiqueteo en la mesa y se dejó caer en su sillón—. Creía que ya no estaba con él.

—Veo que está bien informado —me salió una sonrisa forzada—. Solo quiero declarar en el caso que yo estaba con él cuando supuestamente ocurrieron los hechos. ¡Tiene que soltarle!

El comisario se tomó su tiempo antes de hablar. Su cara era una mole pétreo e inexpresiva.

—En primer lugar, yo no llevo el caso. En segundo lugar, no puedo decirle nada de él. Y, en tercer lugar —paró serio. Creo que se compadeció de mí y siguió—, el señor Campbell ha salido libre con fianza.

—No... no lo sabía.

—Es extraño que el señor Campbell no haya aportado en su declaración un detalle tan importante como esa coartada que usted menciona. Sobre todo, teniendo en cuenta que ha estado desaparecido varios días.

Se quedó mirándome.

—Le digo que es cierto. Yo estuve con él a la hora de esa supuesta agresión.

—¿Había alguien más que lo pruebe?

—Yo... pues no, pero...

—Señorita Garrett, entiendo que quiera ayudar a su... amigo —soltó, como si le costara encontrar la palabra adecuada—, ni es mi caso, como le digo, ni creo que su sola declaración sirva de mucho.

—¡La palabra de Stela no vale nada! —rugí.

—Si se refiere a la señora Hanssen, es cierto, tampoco su palabra es contundente. Son las pruebas las que apuntan a que dice la verdad.

—¿Cómo cuáles?

Pareció que por un momento el pétreo comisario dudó entre echarme o hablar.

—Su criada apoya su versión. La ropa desgarrada se ha estimado como prueba y están las huellas de automóvil; las mismas del vehículo del señor Campbell: un

DeLorean, que no es muy común. Y, por último, tenemos el mensaje de la señora Hanssen al despacho del señor Campbell, citándolo esa misma noche. También hay testigos que afirman que él se propasó en la fiesta de presentación.

—Venga ya, fue ella quien le besó —solté acalorada.

El rostro del comisario era inescrutable.

—Stela Danver le llamó porque quería liarlo. ¿Y eso qué prueba? Además, ¿para qué lo citó de madrugada? Está separándose de su marido, seguro que no quería escándalo, sino una buena pensión.

—Nadie puede confirmar quién besó a quién. Según la señora Hanssen, fue él quien coqueteó con ella y la besó. Además, sabemos que hizo una llamada desde el estudio a la casa de los Hanssen poco antes de la agresión.

Se removió en el sillón ante mi cara de sorpresa. Eso no lo ponían los periódicos. ¿Nick llamando a Stela? No lo podía creer.

—Lo siento, no puedo ayudarle. Ya le he dicho más de lo que debo.

—Pero usted no cree que haya sido él, ¿verdad?

Lo dije casi con desesperación infantil.

—Debe marcharse ya, señorita Garrett, tengo muchas cosas que hacer.

Las declaraciones del comisario me desmoronaron gravemente. Nick lo tenía peor de lo que pensaba. Al menos ahora estaba fuera, ¿cómo podía contactar con él? Probé varios números de teléfono, incluso el que supuestamente solo conocía yo, sin embargo no hubo manera. En algunos me encontré con secretarias o personal que no estaba dispuesto a ponerme con él. Creo que pensaban que era de la prensa o algo así. Era como al principio de nuestra relación: un muro de burócratas que constituían una larga cadena para preservar su intimidad. Seguro que la mayoría ni le conocían y eran empleados de la empresa que trabajaba para él.

Solo se me ocurría alguien cercano, aunque era un factor tan doloroso para Rosalind que me sentí muy miserable cuando se lo pedí. Está claro que, tras romper con él, lo último que quería mi amiga era hablar con Michael, sin embargo cedió ante mis súplicas. Era muy violento y aunque intenté convencerla de que sería mejor que me diera el teléfono para hablar con él, decidió que tal cosa hubiese sido aún peor. Dejé pues que lo llamara antes a solas para no invadir más su intimidad. Vino a buscarme al salón con el teléfono y me puso con él. También se le notaba tenso.

—Hola, Michael, soy Julie. Quería saber cómo puedo hablar con Nick.

Se escuchó su respiración honda.

—Por favor, solo quiero ayudarle —supliqué.

—Lo dejaste, Julie —recalcó cada palabra con su vozarrón tras un silencio angustioso—. Lo pasó muy mal. Ahora no estaría así.

—Lo sé, lo sé —sollocé—. No quería hacerle daño. Escucha. Yo quiero ayudarle, puedo darle una coartada.

Michael volvió a su mutismo habitual. Además de ser un fiel guardián de su patrón, era muy obstinado. Si no lo convencía, no habría manera de hablar con Nick.

—Él no está ahora aquí —soltó al fin. Está... —parecía que no podía hablar.

—Oh, suéltalo de una vez, por favor.

—Está... está en casa de Emma Johnston.

No dejé que la información me nublara. Con toda mi compostura le alenté.

—Vale, ¿sabes su dirección?

—¿Estás segura de querer entrar ahí? —me preguntó inquieta Rosalind. Helen aferraba el volante del coche con fiereza.

—Sí, por favor, marchaos. Os llamaré si os necesito.

Mis amigas se miraron no muy convencidas, pero yo me dirigí con obstinación a la mansión de Emma Johnston. No había rejas, sino un bonito césped salpicado de arriates con flores. La mansión, de color crema era como un pastelito, una casa de cuento en una urbanización de lujo, donde parecía que no vivía nadie. Llamé a la puerta llena de nervios. No sabía qué me podía encontrar, no obstante ya había llegado hasta allí.

Sonó una encantadora campanilla y minutos después, la propia Emma abrió la puerta, trajeada con una preciosa bata de raso de color blanco crudo. Tenía el pelo alborotado y los ojos brillantes. Parecía más delgada y frágil que nunca, aunque se la veía feliz.

—¡Julie, qué sorpresa!

—Hola, Emma. Disculpa la intromisión, necesito ver a Nick.

—Oh.

Puso los ojos como platos.

—Pasa —me indicó y entré en un elegante y diáfano *hall*, lleno de flores que lo perfumaban. Todo parecía imbuido en el ambiente del antiguo Hollywood, el Hollywood dorado, como algunos de los adornos que lucían en vitrinas y mesas de cristal. Me llevó a una amplia sala con grandes cristaleras que daban a un jardín encendido en verde. Todo parecía encantador, como de otra época.

—Siéntate —me pidió.

Ella también se sentó nerviosa y sacó un cigarrillo de una hermosa caja de plata. Tras una larga calada pareció serenarse. Yo me sentía terriblemente nerviosa.

—Nick no está aquí. Se fue al centro. Está con sus abogados.

La miré. Ella también se sentía violenta.

—No quería molestaros. Solo deseaba hablar con él, creo que puedo ayudarlo.

—Oh

Volvió a abrir exageradamente sus ojos oscuros. Con el batallón de pestañas que los adornaban parecía una muñeca. El sol daba un halo de irrealidad a sus cabellos claros. Emma no era una belleza impactante del tipo de Stela o Mimi Gump, tenía un aspecto aniñado y dulce, que parecía sacada de una postal del siglo pasado.

—Tengo una coartada para él —seguí, no quise ahondar más. No sabía hasta qué punto Nick le había contado algo.

—¿Una coartada?;Eso es estupendo! Lástima que no esté aquí. ¡Es maravilloso, una coartada!

Dio una nueva calada mientras no paraba de unir pensamientos inconexos. El humo le entró en un ojo y empezó a lagrimear.

—Nick no ha hecho nada de lo que le acusan.

—Claro que no —contestó ella firmemente.

Eso me relajó. Fuera cual fuera su relación con él, encontrar otra persona que creyera en sus cualidades resultaba al fin un alivio.

—Nick es incapaz de hacer algo así —siguió.

—¡Me alegro tanto! Cuando leí lo que Mimi decía de él en la prensa...

—Oh, esa zorra. Está rabiosa. No son más que los celos. Siente celos de todas las mujeres que se le acercan. Si lo sabré yo...

Me mordí la lengua, pues yo era otra en disputa y también había tenido celos tanto de Mimi como de Emma. Al fin y al cabo, ella sí había salido con él hace muchos años.

—Cuando se enteró de que Nick vino a verme cuando, bueno, cuando me veía asiduamente, me llegó incluso a insultar por teléfono. Zorra —repitió—. Oh, lo siento, Julie —me miró como con lástima. Mi sangre parecía haberse detenido.

—No es lo que piensas, de verdad.

Me cogió las manos y yo las rechacé por impulso. De repente, perdió su aire infantil y me miró como una adulta.

—Sé lo que había entre Nick y tú. Él me lo contó.

Me quedé de piedra.

—¿Os habéis estado viendo todo este tiempo? —solté, sin poderme contener, al borde del llanto.

Me miró de nuevo. Se puso seria y se levantó, nerviosa. Volvió a buscar otro cigarrillo.

—Antes de que empieces a sacar conclusiones erróneas escúchame. No es lo que parece y no es un convencionalismo, de verdad. Sabes que Nick y yo salimos hace tiempo —tomó mi silencio por afirmación—. Entonces éramos unos críos. Lo pasamos bien, pero no funcionó. Y cosa rara en el mundo en el que nos movemos, quedamos siempre como buenos amigos. Yo no le culpo porque me dejara. Yo... No es un secreto que tenía problemas de adicción. Nick no lo aprobaba y me aseguró que me abandonaría si no dejaba las drogas y lo hizo. En ese momento, tenía más poder la cocaína que él. Cuando toqué fondo él me ayudó, no solo para rehabilitarme, sino para darme papeles en sus películas. Mi carrera se hubiera hundido sin él.

Me miró de nuevo y volvió a pasear nerviosa por la habitación, recordando viejos tiempos, no tan buenos.

—En el rodaje de *Algodón de Azúcar* recaí. Había alguien..., alguien allí que empezó a darnos droga a algunos de nosotros. No sabes cuánta adicción hay en este mundo del cine. Todo es tan falso. Empeoré al llegar a Estados Unidos. No pensaba que recaer era tan fácil y rápido. Cuando él se enteró no dudó en ayudarme de nuevo. Estuvo aquí, me convenció para ingresar en la clínica, y me costó, no creas —apagó con furia el cigarrillo en un bonito cenicero de cristal—. Y aquí estoy otra vez —rio nerviosa—, recuperándome y libre de escándalos gracias a él.

—Entonces, tú y él no...

—Julie, te quiere a ti. Me lo ha dicho montones de veces.

—¿Por qué no me dijo nada?

—Porque cree que eres muy celosa —dijo, encogiéndose de hombros.

Me llevé las manos a la cabeza, me sentía aturdida y estúpida.

—Él no ha querido que me hicieran daño, como a ti...

—¿Cuándo..., cuándo te dijo lo nuestro?

—En Chilham, durante el rodaje. Creo que estabas en Roma. Lo vi muy alicaído y cuando se enteró de lo que me ocurría, no dudó en estar a mi lado. La noche de fin de año ingresé en un hospital. Casi me muero por mezclar cocaína y alcohol. Solo él y Kevin se enteraron y me llevaron a urgencias. Si no es por ellos, no lo cuento.

Me ruboricé al pensar en mis conjeturas cuando Nick no me llamó el fin de año.

—Consiguió incluso engañar a Sam, que andaba furioso porque creía que os veíais y azuzó a Mimi para que fuera al apartamento de Nick y lo sedujera.

—¿Y para qué haría tal cosa?

—Primero porque era bueno para la taquilla, siempre hay morbo con los líos entre actores. Y supongo que pensó que una mujer como Mimi podría acabar con cualquier resquicio de amor que Nick tuviera sobre ti. Sam seguía temiendo que fuerais más que amigos, tal y como parecía.

—¿No sospechó?

—Siempre sospecha de todas, pensó que había ocurrido como conmigo y otras de sus novias que guardan aún muy buena relación con él. Creo además que a ninguno le entraba en la cabeza que pudiese prosperar una relación así.

—¿A ti no?

Sonrió con tristeza.

—Al principio, cuando te conocí como profesora no daba crédito a lo que veía, pero luego me di cuenta de que él sentía por ti algo más profundo de lo que él mismo creía.

—¿Te lo dijo él?

—Si quieres saber lo verdad, intenté pescarlo de nuevo, no funcionó.

Suspiró.

—Le estaba tan agradecida... Siempre fue tan atento y caballero, que incluso en mi estado entendí que no había muchos hombres como él. Y, además, no quería que acabase en manos de Mimi, sentía unos celos impresionantes ante ella. Las dos flirteábamos con él en su casa inglesa.

—Ya lo recuerdo —respondí algo seca.

—Cuando comprobé que en realidad estaba por ti, y todo lo que hacía por mantener la relación, mis celos fueron más profundos, de un carácter muy distinto. Él estaba muy feliz y seguro de lo que quería. En cambio, yo ni siquiera puedo asegurar que aguantáramos juntos más de un año.

A esas alturas me sentía rígida como una momia. Había ido a buscar respuestas, y encontré otras de otro tipo.

—¿Por qué lo has dejado, Julie?

Su pregunta me sobresaltó. Me miró fijamente. Estaba claro que tras su confesión, quería una franqueza similar.

Suspiré.

—Nuestras vidas no encajan y mi pasado perjudica su imagen y su carrera. Además, me habían diagnosticado una enfermedad incurable. Por fortuna, el diagnóstico era erróneo y no tan grave. Entonces pensé que sería un estorbo para él.

Noté su envaramiento. Parece que no esperaba tanta franqueza.

—Dios mío, lo siento —se quedó pensativa, como si dudase en decir algo o no. finalmente habló—: si me hubieses dicho que ya no le querías o que había otro u otra...

—Lo quiero con toda mi alma —lloré—, no sabes lo difícil que fue dejarlo.

Se quedó mirándome de nuevo, esta vez con lástima.

—Llegué a pensar que ahora que estaba libre, tal vez podría retomar nuestra relación, enamorarlo de nuevo —meneó la cabeza como si negara—, es inútil. Él está destrozado de verdad, como nunca lo vi antes. Julie, debes decirle la verdad.

—No puedo, le perjudicaría.

—Él preferiría vivir contigo incluso si tú..., ya sabes... si no tuvieras cura, antes que soportar ese rechazo que siente. Debéis hablar.

Me serené. Debíamos hablar, claro, no obstante lo primero era lo primero: desenmascarar a Stela.

—Ahora tiene problemas más importantes.

—Sí, está intentando arreglarlo con sus abogados.

—Pero yo tengo su coartada.

—Es maravilloso.

—No es tan fácil. Hay que demostrarlo. Por lo visto, mi palabra no basta. Hay otras pruebas.

—¿Qué pruebas?

Me sinceré con ella. Emma y yo nos habíamos hecho sin querer amigas, cómplices de un romance frustrado. Nuestros enemigos eran los mismos.

—¿Dices que hay huellas de un DeLorean?

Afirmé.

—Es curioso, Sam Sheiffer tiene uno igual, solo que de otro color.

—¿Uno igual? No hay muchos coches así, ¿no?

—No. Son más de coleccionistas.

Tuve un presentimiento.

—¿Puedes dejarme tu teléfono?

—Claro, ahí está.

Y me señaló un precioso modelo antiguo en crema y dorados, que parecía sacado de la época de *Regreso al Futuro*.

—¿El comisario Nelson Rodríguez, por favor?

—No está, ha salido —contestó una voz con sonido metálico.

No, no sabían adónde ni cuándo volvería. Le dejé un mensaje para que me llamara lo antes posible.

—¿Qué piensas, Julie?

—No sé. Puede ser una coincidencia... No se me ocurre cómo encajar la llamada de Nick a Stela y dos coches iguales.

Intentaba pensar.

—Lo de los coches tiene explicación. Sam es un «culo veo, culo quiero», cuando Nick se compró ese modelo no tardó con hacerse con otro. No es la primera vez que copia algo que le guste de Nick, incluyendo las mujeres.

—¿Qué?

—Que echa los tejos a todas las féminas que han salido con él. Le copia hasta su manera de vestir.

Por mí, desde luego, no había tenido ese impulso, yo no debía tener suficiente *glamour* para él.

—Sigo sin entender por qué podría estar Sam en casa de Stela.

—Él también fue a la fiesta y llevó su coche —pensó Emma en voz alta.

—¡Claro! Él pudo ver el beso entre los dos y pensar que había algo.

—Stela denunció a Nick, no a Sam —me recordó Emma.

—Sí —dije con fastidio—. No tiene sentido. A menos que...

—¿A menos que...? —preguntó excitada.

—Emma, necesito ver a Sam.

Abrió los ojos con espanto.

—¿Para qué?

—No lo sé aún, creo que él tiene la clave. ¿Sabes dónde encontrarlo?

—Claro.

—¿Tienes coche?

—Sí, pero no puedo conducir, estoy en rehabilitación.

No hacía falta que dijera más. Entendía qué era eso. Coger un taxi resultaba demasiado comprometedor, así que de mala gana llamé a las chicas, aunque no quería involucrarlas más en mis embrollos. Diez minutos después estaban frente a la puerta mirando con cara de pocas amigas a mi acompañante. Desde luego no se habían ido muy lejos.

—Os presento a Emma Johnston.

Ella saludó educada, mientras se metía en el coche.

—¿Tenemos que llevar a la pájara ésta? —relinchó Rosalind.

—¡Rosalind! ¿Dónde están tus modales? —le reñí, y enseñó los dientes.

Helen se mostró más conciliadora y algo turbada por tener a una estrella en su coche.

—Vamos a casa de Sam Sheiffer, nos tiene que aclarar algunas cosas —expliqué.

Desmadejando el ovillo

A medio camino, por el Hollywood Boulevard, lleno ya de prostitutas a esas horas de la tarde, sonó el Nokia de Rosalind. Era Michael. Afuera, algunos turistas aceleraban el paso para disuadir a los vendedores pegajosos que ofrecían todo tipo de souvenirs.

—Es para ti —dijo Rosalind y me pasó el teléfono.

—Hola, Julie.

—Nick, ¿eres tú? ¡Gracias a Dios!, he intentado hablar contigo durante varios días. Incluso fui a la cárcel cuando...

Me interrumpió.

—Michael me lo ha contado. Te espero en mi antigua casa de la playa, ¿la recuerdas?

¿Cómo iba a olvidar el lugar donde por primera vez nos amamos?

—Helen, cambia de dirección, vamos antes a casa de Nick.

—¡Qué excitante! —exclamó Emma que hizo gruñir a Rosalind.

La tarde iba muriendo cuando llegamos al refugio de Nick en Malibú. Su cara no ocultó su sorpresa al vernos aparecer a las cuatro.

—¡Guau! Qué comitiva, vienes bien acompañada.

Su sonrisa no ocultaba sus ojeras y su rostro cansado. Michael asomó por la puerta de la cocina. Parecía que no se atrevía a mirar a Rosalind.

—Acabo de enterarme de la confesión de Harry. Julie, cuánto lo siento, solo te traigo problemas.

—No seas tonto, la que atrae los problemas soy yo —le dije, sin poder contener el llanto.

Pulverizamos nuestra corta distancia con un abrazo. Los dos necesitábamos consuelo. Cuando nos separamos vi lágrimas en los ojos de Rosalind y de Helen.

—He tenido que contárselo a mi abuela y a Lucy. Ha sido un palo.

Helen agachó la cabeza, Rosalind y Michael se miraban con emoción. A Nick no se le pasó por alto. Emma estaba también muy blanca y temblaba.

—Michael es fantástico detectando y alejando a *paparazzi* y curiosos, aunque de momento no hemos visto a ninguno.

El olor del mar entraba a borbotones por todos los rincones de la casa. Las tablas de surf seguían en el fondo algo desordenadas. Había polvo y se notaba que la casa había permanecido cerrada durante mucho tiempo. Tal vez era el lugar donde acudía Nick a serenarse. Sabía lo mucho que le gustaba el surf y el ejercicio aliviaría su estrés.

—¿Por qué no salimos afuera y aprovechamos lo que queda de luz? —sugirió Nick.

En la parte trasera había una terraza de madera rodeada de dunas y vegetación playera. Michael encendió un hogar que se encontraba en el centro. Era una buena idea. El sol se ocultaba ya en el mar, que parecía lucir escamas de plata como un pez gigante. Continuas olas rizaban el agua, mientras aumentaba la brisa, cada vez más fresca y húmeda. La noche se venía encima, no había tiempo que perder.

—Nick, creemos que Sam fue quien atacó a Stela —acerté a decir.

—¿Qué? —exclamó sorprendido.

—O eso, o están los dos compinchados contra ti.

Antes de que pudiera decir algo, Emma se adelantó.

—Su coche y el tuyo son iguales. Las huellas que encontró la policía pueden ser de su vehículo.

—Pues claro que lo es.

—¿Cómo? —exclamamos al unísono Emma y yo.

—Fue Sam quien acudió a casa de Stela.

—¿Entonces fue él? ¿Por qué no...?

No entendía nada. Nick acalló nuestras preguntas.

—Stela se me insinuó en la fiesta. Sam se enteró y se puso furioso.

—No me lo puedo creer —le interrumpí, irónica.

—Olvidas que Sam protege celosamente a su bien más valioso, que soy yo —dijo, señalándose—. Stela es aún la mujer de un banquero, un hombre muy poderoso. Temía las repercusiones de cualquier escándalo. Yo le juré que no tenía ningún interés en esa mujer, no creas que es a ti solo a quien reprueba —me miró—. Así que ambos decidimos que había que aclarar las cosas con ella. Stela me había dejado su tarjeta. La llamé desde el estudio con Sam a mi lado. Le dejé claro que no quería saber nada de ella, pero lejos de encogerse, me

amenazó. Dijo que un fotógrafo había captado nuestro beso y que, si no nos veíamos, acudiría a la prensa y declararía que era mi amante. Parece que le importaba un pepino que, su entonces marido, se enterara. Al parecer, tiene problemas financieros y el fisco le está cercando por algunos asuntos algo turbios. Sam se puso furioso. ¡Me hacía chantaje! Así que en lugar de ir yo, Sam fue a la casa para hablar con ella. Se puso furiosa cuando lo vio y lo echó de allí. Ambos se amenazaron con destapar un escándalo. Punto. Es lo que me contó Sam y le creo. Puede que sea un cabrón arrogante y hasta odioso, sin embargo lo conozco desde hace muchos años. Está acostumbrado a conseguir fácilmente a las mujeres. No se rebajaría a abusar de ellas.

—¿Por qué no lo ha dicho Sam cuando te detuvieron? —Helen fue la única que salió del trance.

—Lo intenté. Sam no aparece.

—¿Qué quieres decir? —exclamó Emma.

—La última vez que lo vi fue en el estudio, cuando volvió de hablar con Stela y me contó el numerito. Estaba muy enfadado. Decidió quedarse para llamar a unos amigos, unos abogados de Nueva York especializados en casos delicados. Yo lo dejé para regresar a casa. Tú estabas en el dormitorio y no quise despertarte. Luego me fui a trabajar. Ese día tenía el ensayo de mi nueva película. Lo demás ya lo sabes.

—Sí, discutimos tontamente —suspiré. Me remordía no haberle cogido el teléfono; no haber creído en él; sufrir esos celos estúpidos por Stela.

—Pero ¿dónde puede estar Sam? —repitió Emma.

—De verdad que no tengo ni idea. Pensaba que estaba arreglando ese asunto. Luego me detuvieron y perdí el contacto. Hemos llamado a todos sus conocidos y empleados. Por lo visto nadie lo ha vuelto a ver desde esa noche, ni siquiera regresó a casa.

Todos enmudecimos por la sorpresa. ¿Qué le habría ocurrido? ¿Contaba Stela con tanto poder como para hacer desaparecer a Sam? ¿O tal vez su marido? Si ella le contó lo que sabía Sam sobre sus negocios, igual... El sonido de un teléfono nos sobresaltó. Michael fue diligente para ir en busca del móvil y contestar. Por lo visto, solo sus abogados y los gerifaltes de la productora sabían ese número. Michael le pasó el auricular. Nick escuchó. Su rostro se endureció por momentos. Estábamos expectantes.

—Han encontrado a Sam. Le han golpeado salvajemente en la cabeza. Unos operarios lo encontraron en una zanja de las afueras, cerca de la carretera. Por lo

visto, llevaba varios días en el hospital y no sabían quién era, ya que no llevaba documentación. Está agonizando.

—Oh —la exclamación salió de Emma que se tapó la boca con horror.

Lo entendía. Ella se llevaba bien con Sam. Todo se estaba convirtiendo en una pesadilla.

Cuando fuimos al hospital a ver a Sam nos encontramos con el comisario Nelson Rodríguez y con algunos policías. Me extrañó su presencia, pues él no llevaba el caso.

—Señor Campbell, qué oportuno.

—¿Cómo se encuentra Sam?

—Muy grave. Puede que no salga de ésta. Tiene el cráneo casi destrozado.

Miró a Nick de forma rara.

—Señor Campbell, su visita me ahorra a mí otra. Queda detenido por el intento de asesinato de Sam Sheiffer.

—¿Qué?

Nick se quedó paralizado. Dos policías le pusieron rápidamente las esposas.

—Se equivoca. Yo soy amigo de Sam. ¿Por qué querría matarle?

—Para que no dijera la verdad, que fue usted quien fue a casa de Stela Hanssen.

—¡No es cierto! —grité— Fue un ardid de ella.

—¿Por qué no me cree, inspector? —gritó también Nick furioso.

—Los de su familia no son muy de fiar. Si no, dígaselo a su primo —arguyó.

—¡Se equivoca igual que sucedió conmigo! —la rabia no me dejaba ni hablar.

Eso parece que hizo efecto, volvió a recomponerse.

—Aunque eso fuera cierto, hay otra razón más: cuando registramos el estudio encontramos droga y lo más importante, las pruebas de que han pasado por allí grandes cantidades. Había rastros sobre todo en el material que se trasladó a Londres. Señor Campbell, creo que hay muchos indicios para sospechar que Sam Sheiffer encontró la droga y lo amenazó con denunciarle. Tuvo que deshacerse de él.

Nick se quedó boquiabierto como nosotros. Intento de asesinato y violación en pocos días.

—¿Las joyas eran algún pago a la mafia? ¿Hasta dónde está implicado su primo? Sabemos que en Londres durante el rodaje se vendió gran cantidad de cocaína.

—Pero Nick no tiene nada que ver, no pudo ser —exclamó Emma.

—¿Cómo la sabe, señorita Johnston?

—Yo... compré droga a un camello que nos proporcionaba lo que necesitábamos.

—Vaya. El mundo del cine es toda una caja de sorpresas —señaló irónico el policía—. Si tiene algo que decir, dígallo ya.

—Solo sé que Kevin me suministró unas papelinas.

—Podía ser el enlace del señor Campbell.

—¡No diga tonterías! —bufó Nick, furioso.

—¿A quiénes más suministró cocaína?

Era más una orden que una pregunta. Emma cantó algunos nombres.

—El señor Campbell me acompañó a una clínica para desintoxicarme, no estaba huido, como usted insinúa. Me ayudó.

—¡No tenía que huir de nada! —exclamó Nick con furia.

—¿Por qué no lo dijo antes? —bramó el comisario.

—Porque es un caballero —dijo muy serena Emma.

—No quería traicionar su confianza —confesó Nick cabizbajo.

—Por favor, no saque a relucir mi nombre. Me hundiría profesionalmente —suplicó la actriz.

—No puedo asegurarle nada, señorita —gruñó el comisario, mientras daba órdenes a algunos de sus hombres.

—¿Sabe cómo localizar a ese tal Kevin? —preguntó a Emma.

—No, es más amigo de Nick.

Inmediatamente comprendió su torpeza. El comisario se volvió a Nick con cara de pocos amigos.

—¿Y bien?

—Conozco a Kevin desde hace dos años y le aseguro que nunca lo he visto trapichear con droga. Y no me mire así, yo no soy su capo.

—¿Sabe o no donde vive?

—No, pero sé dónde puede encontrar a Francis, es muy amiga suya.

—¡Como me digan más nombres les voy a meter a todos en la cárcel! —gritó furioso—. ¡Llévenselo!

—¡No! —chillé— Ya le he dicho que es inocente.

—Hasta que todo esto no se aclare es el principal sospechoso. Hasta ahora sus abogados han evitado lo inevitable. Vamos, llévenselo de una vez.

Y Nick se fue esposado y cabizbajo, mientras los demás estábamos desolados. Pensábamos librarle de una acusación por violación y ahora nos enfrentábamos a algo más aterrador. Si al menos Sam despertara y pudiera hablar. Lo único que sacamos bueno de ese día fue mi amistad con Emma y la reconciliación de

Rosalind con Michael. No celebrarían su boda en primavera, pero había muchos días por delante. De momento, lo principal era sacar a Nick de ese embrollo.

Me quedé a dormir en casa de Helen. La pobre estaba también impactada con la detención de Harry. Sus sentimientos eran encontrados. Ahora yo sabía la verdad de Nick y de mis celos estúpidos y ella sentía el amargor del engaño. Estaba segura de que Harry se había acercado a ella para poder apoderarse de las joyas. Solo la había utilizado y eso la mortificaba porque le sucedió lo mismo con Thomas cuando salió con ella para ocultar su homosexualidad.

—No tengo suerte con los hombres —se quejó.

—Pues anda que yo...

Pasamos la noche en vela, pensando en cómo podíamos ayudar a Nick. Al fin del amanecer recordé a Ronald. Tal vez él me pudiese orientar. Lo llamé sin pensar en la hora, un policía siempre madruga.

—Julie, hola. ¿Qué tal?

Le conté rápidamente todo lo que pude. Silbó.

—Esa arpía de Stela es capaz de muchas cosas, no obstante matar a un célebre productor de Hollywood es demasiado. Y luego está el tema de las drogas. Esto es muy embrollado, Julie. Si te digo la verdad, me preocupas tú, ¿cómo estás de salud? No debes dejarte.

—¿Puedes ayudarme? —supliqué.

—¿A ti o a él? —Su voz sonó dura en la distancia.

—Por favor, Ronald. No puedo explayarme, te aseguro que Nick no me ha fallado. Es más íntegro de lo que yo suponía. Y es inocente, de verdad. Igual que lo fui yo.

Escuché su respiración.

—La investigación está en manos de la policía de Los Ángeles, intentaré averiguar lo que saben. Necesito nombres.

Le di los que escuché a Emma. También los nombres y datos de los que estuvimos en Londres, en la casa de Nick, a petición suya. Le dejé mi teléfono. No sé qué más podíamos hacer, solo sabía que debía hacer algo o me volvería loca. Ni siquiera había tenido la ocasión de hablar con Nick sobre lo nuestro, de cerrar heridas.

Helen y yo fuimos a mi apartamento. Estaba preocupada por mi gata, que esperaba ansiosa tras la puerta. Después de las caricias correspondientes y su desayuno, intentó en vano que jugáramos con ella, sin embargo, tanto Helen como yo estábamos demasiado exhaustas y nerviosas, buscando explicaciones a todo lo sucedido.

Mi teléfono sonó. Era el comisario. Mi corazón dio un vuelco.

—Señorita Garrett, le alegrará saber que tras interrogar a la señorita Merritt — se refería a Francis—, se ha desmoronado. Encontramos a Kevin, que delató a su vez a Scott, gracias a la policía de San Francisco. Se ocultaba en una barcaza, una casa flotante en la bahía. Parece que tiene usted buenos amigos por allí, señorita Garrett —hizo una pausa—. Por lo visto ya era conocido en San Francisco y nunca se encontraron pruebas contra él. Su familia se dedicaba a la exportación de pescado. Entre las cajas viajaba algo más. Gracias a una gran redada se puso al descubierto el negocio, pero no se le pudo implicar a él, aunque entre los arrestados había familiares suyos. Se fue a Los Ángeles para evitar más investigaciones y consiguió empleo en los estudios gracias a Francis Merritt. La señorita Merritt, según su confesión, se enamoró de él. En los estudios era fácil el trapicheo y fue levantando el antiguo negocio con su nueva tapadera. El contacto con las estrellas era muy importante, eran buenos compradores, y lo mejor era que los rodajes permitían desplazamientos con material por muchos lugares, incluido el extranjero, lo que permitía trasladar grandes cantidades de droga.

—¿Francis enamorada de Scott?

De todo ello, era lo que más me aturdía. En ningún momento parecían... Claro que yo y Nick tampoco lo parecíamos entonces. El comisario obvió el comentario.

—Hay parejas más raras.

Me sonrojé.

—¿Y Kevin, también era un traficante?

—Cálmese, señorita Garrett. Solo le puedo decir que Kevin era un pequeño traficante en esa cadena. Era el contacto de Scott, se ganaba un sobresueldo, pero al parecer, no estaba al corriente de los grandes negocios de Scott. A Francis le ocurría igual. Creemos que ambos fueron utilizados. Pensaban que consistía en algo más pequeño, sin consecuencias, al fin y al cabo, en el mundo del cine hay mucha adicción.

—¿Cómo consiguió su confesión?

—Tranquila, no les torturé. Sintieron pánico tras el ataque a Sam Sheiffer. No sabían que las cosas iban a llegar tan lejos. Ninguno de ellos conocía el escondite de Scott. Fueron los policías de San Francisco, en concreto uno —añadió con retintín— quien nos dio la pista. Ellos lo detuvieron.

—Soltará a Nick, ¿no?

—Ya está en la calle.

—Gracias, comisario.

Cuando le conté a Helen la buena nueva, empezamos a saltar ambas de alegría. A eso, Nick llamó. Lo hacía desde el hospital. Estaba preocupado por la situación de su amigo. Cuando fuimos allí, Emma se nos había adelantado. Lloraba de emoción, abrazada a Nick. Yo no sabía si de alegría por su liberación o de tristeza por la muerte de Sam. Durante unos segundos, surgió en mí el terrible monstruo de los celos. Luego recordé mi situación y el por qué lo había dejado. Yo no podía darle una vida con final feliz, sería siempre una enferma y una inadaptada. En cambio, ellos hacían tan buena pareja... Parecían casi hermanos, con sus cabellos rubios alborotados. Cuando Nick nos vio, avanzó hacia mí y me abrazó con fuerza. Todos mis antiguos rencores se disiparon. Helen también recibió un caluroso abrazo.

Por lo que nos dijo Nick, Sam se había recuperado. Lo habían subido a planta, ya estaba fuera de peligro, aunque aún muy confuso.

Veinticuatro horas después pudo declarar, no sin ciertas dificultades, que todo cuanto había dicho Nick sobre Stela era cierto. Que él fue a intentar razonar con ella, y que lo echó de allí.

Sobre su agresión, solo recordaba que al volver a los estudios encontró a Scott en su despacho y que como estaba muy cabreado discutieron cuando le preguntó qué hacía allí a esa hora. Después de echarlo, fue a telefonar, porque localizó unas bolsas con algo que parecía droga encima de su escritorio. Y ya no recordaba más.

Presumiblemente Scott no se había ido y le golpeó con algo en la cabeza repetidamente. Luego, creyéndolo muerto, lo llevó en su coche hasta las afueras, arrojándolo a la zanja de una carretera apartada, tras quitarle la documentación. Nadie echó cuenta de él hasta que Nick fue arrestado. Lo que decía mucho de lo poco apreciado que era en el mundo. Parecía mentira que en menos de dos semanas hubiesen ocurrido tantas cosas.

Nick estaba casi limpio de culpa. Solo quedaba desbaratar las acusaciones de Stela. Fue imposible que se retractara y anunció furiosa que demandaría a la policía. Los agentes demostraron que la ropa se la había desgarrado ella misma y localizado al fotógrafo que inmortalizó su beso con Nick, y que no dudó en confesar que ella lo había contratado para hacer las fotos. Ni siquiera con esas pruebas, Stela dio su brazo a torcer y decidieron acusarla de falso testimonio e intento de chantaje. Tampoco se eludió ningún detalle a la prensa, que tuvo en Stela Danver —ahora ex del señor Hanssen, el poderoso banquero en entredicho por un presunto desfalco— toda una mina informativa. El hecho de que su

hermano estuviera también en la cárcel, dio más carnaza al ávido público. Una mujer de clase alta como Stela, con un padre gobernador, considerada como la aristocracia americana en la cárcel fue la noticia más explotada en los medios, sobresaliendo en casos de la década de los noventa. Como el del boxeador Tyson, condenado por violación, y el de O. J. Simpson, absuelto del asesinato de su mujer entonces y condenado después por lo civil.

Nick salió indemne de todo ese maremágnum. Mi nombre se limpió también gracias a la confesión de Harry, quien tuvo encima suerte. Marlow & Son decidió retirar la denuncia tras recuperar las joyas y debido, sobre todo, a la consideración que tenían hacia su familia. Se le impuso una pena leve, una indemnización y unos meses de cárcel, que evitó por carecer de antecedentes. Eso sí, cayó sobre él la mácula de la deshonra, pero como era un tipo simpático, se hizo hasta amigo de muchos de los policías que lo trataron, y pronto entre la misma sociedad se vio como una travesura de un chico de bien, aburrido y en busca de aventuras. Poco menos que un cleptómano.

Todo no iba a salir bien. Cuando Nick intentó retomar lo nuestro, me mostré firme para convencerlo de que no lo quería.

—No te creo, tus ojos mienten —me espetó—. Sé que algo ocurre. Te esperaré.

Emma, que estaba presente, me indicó varias veces con la mirada que no fuera tonta, que hablara. Yo no podía. Así que ella lo hizo por mí y ante mi horror, le contó a Nick la verdad de mis secretos.

A pesar de su enfado por enterarse de esa forma, me abrazó y besó con furia. Ahora yo no tenía excusas para romper con él y en verdad, no quería. Acabamos llorando y riendo a la vez como dos locos. La delicada Emma se marchó sin que nos diéramos cuenta y los dos nos fuimos a casa, a nuestra casa, para hablar. Teníamos mucho que contarnos y mucho más, amarnos.

La boda

*T*odos los invitados miraban expectantes a la puerta de la pequeña iglesia. El sol de esa tarde de otoño hizo que la entrada de la novia fuera como una aparición, llena de luz. Rosalind estaba espectacular con su vestido londinense. No podía haber encontrado uno mejor. Días antes de su boda tuvo que arreglarlo, ¡porque le quedaba holgado! Tantas peripecias habían servido a nuestra amiga más que cualquier dieta milagrosa. Eso sí, estaba rebosante, hinchada de alegría y nerviosa, no tanto como Michael que la esperaba en el altar sonriente y pletórico, y que no cabía literalmente en el traje. Agradeció no haber celebrado una boda más multitudinaria, ya que le costó una vida pronunciar los votos nupciales debido a su timidez.

Los pocos y escogidos invitados aguantaron al unísono la respiración cuando ambos se cogieron las manos. La ceremonia fue rápida y sencilla. No era el bodorrio programado con cientos de personas, muchas de ellas desconocidas, en una gran iglesia y a lo grande. Al final, ambos se habían decidido por una boda familiar, llena de dulzura y realismo.

Tampoco el convite fue el derroche imaginativo que habían previsto al principio. Se había escogido un pequeño rancho californiano, lejos de todo el maremágnum de Los Ángeles, que contaba con una pequeña capilla de origen católico, que sirvió para el menester. Un buen amigo de la familia, el reverendo Brown, ofició la corta pero emotiva ceremonia.

Solo había que andar un poco hasta el jardín anexo para ir al banquete, que consistió en lo que más entusiasmaba a los Hunter y a la familia de Michael: una gran barbacoa. Nada de platos sofisticados y menús raros. Los novios eligieron hacer ese día lo que más les gustaba y todos nos sentamos en las rústicas mesas y bancos dispuestos en el jardín, lleno de grandes panes, mazorcas, carnes asadas y pizzas, digno del mejor camping. Fue en verdad divertido, precioso y sin nada de tonterías. Incluso Helen estaba encantada con el marco incomparable de ese

hermoso rancho, escondido entre praderas. Aunque habían invitado a Harry, éste finalmente se disculpó días antes y no vino. Lo sentí por Helen, sin embargo sabía también que mi amiga era muy firme en sus valores y pese a haberlo perdonado, como nosotros, ya no podía ser alguien fiable para ella. Pero se la veía serena y contenta, mientras corría por el césped junto a las sobrinas y hermanas de Rosalind, dispuesta a coger sitio para el lanzamiento del ramo de flores de la novia.

Emma también fue invitada, para sorpresa nuestra, y alegría de la joven. Ya no podía verla como una rival después de todo y sentía por ella incluso cierta pena porque tampoco tenía suerte en el amor. Por eso, me alegré enormemente, cuando la vi entusiasmada, hablando con uno de los vaqueros del rancho alquilado. Un guapo y alto muchacho, algo más joven que ella y de ademanes rústicos, lo que no pareció importarle. Escuchándola reír, entendí que de nuevo volvía a sentir alegría por la vida. Y eso, me alegró también a mí.

—¿Qué te hace sonreír de esa forma pícaro? —me sobresaltó Nick, que apareció a mis espaldas y me abrazó divertido.

—Es Emma —le señalé.

—Vaya, es un hombretón atractivo. Y parece buena gente.

—Sí, parece un buen hombre. No sé si pega con ella...

—Creo que está contenta.

—¿Qué te parece lo que estoy viendo? —Nos sobresaltó Rosalind, que tiraba de un sonriente Michael. —¡Oh!, por eso me encantan las bodas. Siempre salen otras —rió.

Michael también se echó a reír. Desde que conociera a Rosalind, ese hombre había dejado de ser un muñeco de cera inexpresivo, para ser un niño risueño. A veces parecía un poco zumbado.

—¿Y vosotros cuándo os casáis? —soltó en su parco vocabulario.

Nick sonrió enigmático y levantó mi mano derecha.

—¡Menudo pedrusco! —chilló Rosalind llena de alegría mientras daba saltitos y me inspeccionaba el hermoso anillo de compromiso que me había regalado Nick.

Luego me dio un abrazo que por poco me descoyunta y corrió hacia sus hermanas para contarles la buena nueva a gritos. El alborozo que oí fue señal de que había una gran alegría por la noticia, aunque fuera también por la posibilidad de otro banquete.

Un nuevo griterío señaló la hora del lanzamiento del ramo. No muy convencida, me puse junto a las restantes solteras, incluyendo hermanas de la

novia, una Helen muerta de risa —y de vergüenza—, y una Emma como una chiquilla traviesa, amén de otras señoras de ya cierta edad, que aparecieron para la ocasión, hasta alguna viuda. Antes de lanzar el ramo, entre el carcajeo general, Rosalind miró pícara un momento para ver dónde estábamos. Luego se dio la vuelta y con un saque de baloncesto digno de Michael Jordan, lanzó el ramo de rosas que, para sorpresa de todos, cayó en manos de Helen gracias a un salto felino que desgarró su vestido hasta el muslo. Nadie hubiese jurado que la estricta profesora de matemáticas tuviera tal éxito en tan feroz competencia, que acabó con algunas mujeres en el suelo y otras más muertas de risa, como Emma y yo. ¡Cuánto me alegré por Helen! Solo necesitaba a alguien para rellenar ese ramo, un detalle no baladí.

Cuando el ocaso llegó en tonos púrpuras y rosados, todos cantábamos ya canciones a la luz de las hogueras, mientras unos novios felices se escabullían en la oscuridad. Las latas del coche sonaron como disparos cuando se marcharon arrancando una inmensa polvareda rumbo a Las Vegas. Ni Europa ni ningún destino lejano había entusiasmado a ambos tanto como la posibilidad de pasar su luna de miel en la ciudad de brillantes hoteles y casinos, alojados en un símil de la Venecia que no verían, pero disfrutarían como si lo fuera.

Decidieron gastarse el dinero previsto en el primer bodorrio, en darse el lote allí, sobre todo, gracias al bufé que incluía la oferta. Así, según ellos, verían algo de mundo en menos kilómetros, como las réplicas de la torre Eiffel, las pirámides de Egipto o los canales de Venecia, y de paso, se hartarían de comer en los restaurantes de ensueño que prometía la publicidad. Era menos cansado que un viaje por el viejo mundo. Nada les podía hacer más feliz a esos dos gigantones poco amigos de vuelos y circuitos turísticos.

Los demás se dividieron entre los que seguían el jolgorio, con la familia Hunter a la cabeza, incluida la abuela y los que, decidíamos retirarnos felizmente. Vimos a Emma de nuevo conversando entusiasmada con su vaquero, que iba también ultimando sus labores de empleado, mientras escuchaba a la joven, colorado como un tomate. Y vimos también a Helen, con el moño desecho, las gafas algo torcidas y el vestido rasgado, abrazada con fuerza a su ramo de rosas color salmón.

Nick y yo, sin decirnos nada, fuimos a su encuentro. La cogí cariñosamente por la cintura, mientras los tres marchábamos juntos al interior del rancho. Además de la algarabía de voces y música, se oían coches salir y entrar. Antes de llegar al porche, una figura familiar surgió de las sombras y se paró frente a nosotros.

—¡Harry! —exclamamos Nick y yo. Helen se había quedado muda de la impresión.

—¿Qué haces aquí? Te creíamos en Londres —le espetó su primo muy asombrado.

—Tengo que hablar con Helen.

Nick y yo nos miramos y dejamos a ambos. Los recuerdo así, frente a frente con unos pocos metros entre ellos, parados bajo las parras que trenzaban el exterior del porche, como dos vaqueros a punto de sacar sus revólveres. Helen nos contó después que Harry se acercó y para su estupor, se puso de rodillas frente a ella, le imploró su perdón, se llamó gusano y tal, y le aseguró que jamás volvería a mentir y a robar. Me imagino la mirada de la recta Helen y también sus lágrimas de lucha interna por decidir entre el honor y la probabilidad. Y eligió la última.

Cuando regresaron los novios dos semanas después, el efecto de la «dieta» preboda ya se había pulverizado, pero llegaron sonrientes y descansados. Algo que no habría ocurrido si se hubiesen casado tal y como habían planeado al principio. Rosalind se lamentó haberse perdido la pedida de Harry, aunque luego las tres ya tuvimos ocasión de hablar largo y tendido del asunto.

Algo tampoco planeado y esperado es que Emma encontrase en verdad al hombre de su vida en el corpulento y atractivo vaquero del rancho. Nadie daba un dólar por ellos, pese a todo y a lo distinto que eran en aficiones, cultura y gustos, ambos congeniaban a la perfección. Rock era sencillo, a la vez amable y bueno. Sentía devoción y admiración por esa actriz menuda y de modales exquisitos, así que ese remedo de Rock Hudson puso en poco tiempo un bonito anillo en el hermoso dedo de Emma, que tuvo en esa relación el mejor remedio a sus males. Dejó incluso su trabajo para vivir provisionalmente con su ahora prometido, en un apartado pueblecito de la América más profunda para estupor de todos sus conocidos. Nosotras, sus ahora amigas, sabíamos que, en realidad, había ganado mucho más de lo que había perdido con esa decisión.

Harry, gracias a la generosidad de Nick, decidió sentar cabeza y usarla. Para algo se había licenciado en Cambridge y creó una escuela privada, para educar y formar a las próximas generaciones de jóvenes que pasaran por sus aulas, a la manera tradicional, pero también con una novedosa perspectiva que aunaba su gusto por los museos, la ópera, el teatro o las bellas artes en general, siendo la única que combinaba a la perfección lo lúdico con lo didáctico, la diversión con el deber. Por supuesto, Helen fue su apoyo para semejante proyecto que, gracias a la experiencia y visión práctica de mi amiga, fue un éxito. Por sus clases de

equitación, así como por las actividades al aire libre, la escuela se hizo famosa por llevar las aulas a la naturaleza y no al revés. Me apenó que ambos decidieran establecerse en Inglaterra, en plena campiña inglesa, una aspiración que colmaba a ambos y así, Nick y yo teníamos una magnífica excusa para visitar más a menudo el viejo continente. También hicieron felices a las abuelas de Nick.

Y en cuanto a mí y a Nick, no todo fue color de rosa. Los escándalos le habían pasado factura, así como el paso del tiempo, que es inmisericorde con estrellas y mortales. A pesar de probarse su inocencia, tantos problemas pesaron en su imagen. Y también porque Hollywood es un torbellino en el que un día estás dentro y otro fuera. Perdió mucho dinero en abogados y una gran parte, en indemnizar a los estudios cuando decidió dejarlos para ser por fin libre. Otra gran suma se fue para crear su propia productora, asociándose con mi hermano y Francesca que, si bien habían hecho un gran trabajo con sus documentales de parejas famosas, no tuvieron la rentabilidad esperada. Nick los sacó de la ruina y para sorpresa de todos, siguió apostando por las descabelladas ideas de Ian, que pasó de las historias amorosas a maquinar una gran serie sobre las huellas de extraterrestres por la tierra. Para mi sorpresa, y la de otros muchos, Nick invirtió en el proyecto, y hay que decir que no le fue mal del todo, a pesar de que no resultó lo que se dice, un éxito económico.

Y como el tiempo es implacable con todos, poco a poco, le ofrecieron menos contratos publicitarios. Otros jóvenes, que venían pisando fuerte y eran reflejo de las nuevas generaciones, reemplazaban la atención de esa cambiante rosa de los vientos que es la fama. Además, decidió a partir de ese momento, no aceptar papeles que le disgustaran. Así que acabó haciendo más cine independiente y menos comercial. Ganó menos dinero, y fue más feliz.

La mayor parte de su fortuna la destinó a fundaciones y a proyectos humanitarios para disgusto de Sam Sheiffer, que acabó rompiendo con él, porque no entendía ese cambio de su máquina perfecta de hacer dólares.

Dejo para el final mi historia. Por fin conocí formalmente a los padres de Nick. Ya los había visto brevemente en esas navidades de 1998 y en mi época universitaria, cuando fui a su casa a dar las clases del Club a los chicos feos del instituto de mi hermano, allá por los años ochenta: la pandilla de pringados que inició todos los acontecimientos que tanto decidieron en mi vida. Esta vez, los conocería como la pareja de su hijo. Por supuesto, estaba muy nerviosa. No sabía qué pensarían de mí, después de tantas mentiras y escándalos que habían aparecido en la prensa. Fue un miedo infundado, ya que me recibieron con los brazos abiertos. Su madre seguía luciendo ese aspecto de *hippie* bohemia, tal y

como la recordaba. Era muy guapa, aunque no tanto como las abuelas de Nick. Sus ojos azules no eran tan Campbell como los de Nick, Rose y sus hermanas, en cambio tenía un sentido del humor y una gracia muy parecida a la de Harry, que equilibraban la herencia familiar. Su padre, seguía siendo el intelectual de aspecto aniñado que recordaba, ya con canas. Era un hombre reservado, pero amable. La verdad es que no parecían padres, sino más bien, unos amigos que se incorporaban a nuestra vida.

En vista de que no encontraba trabajo decente como profesora, decidí aplicar mis habilidades a la escritura. La historia de la tía abuela de Nick, Caroline, y su desgraciado amor, me inspiró una novela a la que por supuesto, llamé *Mantequilla de Pétalos de Rosas*. Mezclaba romance e intriga, en la Inglaterra victoriana, con un final feliz. Para mi sorpresa, una editorial se interesó por ella y poco después de su publicación, fue un éxito. Más tarde vinieron otros libros y me fui afianzando como escritora, con la ayuda y apoyo, todo hay que decirlo, del padre de Nick, un escritor curtido, un hombre prestigioso y serio, que torcía un poco la boca cuando le hablaba de mis inspiraciones literarias. Aun así, fue un gran guía por el difícil mundo de la literatura. Yo no aspiraba a ningún Pulitzer como él, sino a disfrutar de mi nueva y desconocida pasión, por la que pude canalizar muchas de mis frustraciones como docente.

¡Qué de cambios habían ocurrido en tan poco tiempo! Desde ese 23 de marzo de 1998 cuando Nick me dedicó su primer Óscar en la gala del Shrine Auditorium, y vino a buscarme después esa noche a casa de Rosalind, todo había sido como un torbellino. Nuestras vidas se habían puesto del revés, Rosalind y Michael se habían casado, Helen y Harry estaban prometidos, Emma y Rock vivían juntos y felices, y los «malos» estaban en la cárcel, como Stela, Scott, Kevin y Francis. Solo sentía lástima por los dos últimos, sobre todo, por Francis. Yo sabía lo que se podía hacer por amor. Así que, en esas postrimerías del 2000, cuando nos encontrábamos haciendo las maletas para pasar otras navidades en Inglaterra, me parecía que, en realidad, había pasado una eternidad desde todo aquello. Y para mayor alegría, iba a aprovechar el viaje para presentar en Londres mi libro. Así que estaba también muy nerviosa. Por eso, cuando esperábamos que Michael y Rosalind vinieran para acercarnos al aeropuerto, Nick apareció en el salón de nuestra nueva casa con una botella de champaña fría y dos copas.

—Enhorabuena por el éxito de tu novela *Mantequilla de Pétalos de Rosa* —brindó Nick, a la vez que alzaba su copa.

—¡Si acabo de empezar! Estoy muy contenta.

—A lo mejor eres tú la que me tienes que mantener.

—Lo dudo —reí—, pero aquí estoy si me necesitas.

—Julie, ¿quieres casarte de verdad conmigo? Sé que ahora no soy tu mejor opción...

—Pues sí —lo interrumpí—, te ha superado George Clooney en el puesto de los hombres más influyentes y atractivos.

—Conozco a Clooney y no me importa. ¿Nos casamos o no?

Reí.

—¡Claro que sí, Will!

—¡Me has llamado Will!

—Sí, es con él con quien me quiero casar, no con el astro de Hollywood.

—Oh, ven aquí tonta —rio también.

Y nos besamos.

Agradecimientos

Desde estas páginas quiero agradecer a Miguel Moya, Jefe del Servicio de Neurología del Hospital Puerta del Mar de Cádiz y ahora su nuevo director médico, sus indicaciones profesionales y consejos para afrontar la enfermedad de la protagonista. Asimismo agradezco a Isa del Servicio Andaluz de Salud su diligencia y ayuda.

También agradezco a Raúl García, el primer español animador de Disney y cofundador de *R & R Communications*, sus pinceladas sobre Los Ángeles (ciudad donde vive) y sobre su experiencia con Christopher Lee, quien colaboró en su *Extraordinary Tales*. Y a quien nos puso en contacto, nuestro querido Bruto Pomeroy, actor, empresario y hombre orquesta si es menester, quien me abrió los ojos al mundo del cine.

Mi agradecimiento a Javier Sierra, profesor mío en un inolvidable curso de escritura en La Rábida (Huelva). Gracias por tu inmerecido sobresaliente y por animarme, recién ganado el premio Planeta, a no tirar la toalla *Nunca*. Y gracias también al resto de participantes en ese curso, que tanto estimuló mi mente, como Espido Freire, y a Juan Eslava Galán, por sus consejos.

Agradezco también a Petros Márkaris, otro de mis profesores en este duro oficio de escribir, y con quien compartí un interesante desayuno en el Palacio de la Magdalena en Santander, por hacerme ver que lo que yo pensaba que eran rarezas eran las virtudes de un escritor.

Gracias especialmente a dos escritores magníficos que me han apoyado, aconsejado y escuchado en mi incipiente faceta narrativa como son Juan José Téllez y Jesús Maeso. A mi apreciado Óscar Lobato, marinero curtido ya en estas lides literarias, y con quien he compartido navegación. A María Dueñas, a quien tuve la gran oportunidad de conocer brevemente durante una entrevista, y a quien agradezco sus sugerencias sobre edición. Porque todos ellos han sido un aliciente para seguir.

Y dedico especialmente este libro a mis amigas y «ávidas» lectoras Isabel Noci, Maika y su «tía», a Isabel Ramírez, médica todoterreno, y otras muchas más, que me animaron a seguir escribiendo. A mis amigas de Sevilla: Bea,

Esperanza, Marga y Estrella, mujeres que me inspiran y me han ayudado mucho. A las madrileñas: Esperanza, Ángela, Sagri y Maite, por continuar con nuestra amistad a pesar de los años y la distancia, y apoyarme en la Feria del Libro de Madrid. A las que están fuera: Bego, en Singapur y Londres, cuyas lágrimas en Nueva York por un amor que creía perdido, se asemejan a las de Julie, y a Christine, la austriaca, *alter ego* de Helen. Nunca olvidaré ese viaje que hicimos las tres a Estados Unidos. A mis queridas Kety, con quien también comparto camino literario y una experiencia estupenda en la feria del libro de Málaga, y a María, Ángel y compañía, quienes también me arroparon en la Feria del Libro de Sevilla, durante estos años de periplo literario.

A mis primas Mari, Rosi, Alicia, Toti, Mari Carmen, Manoli, las dos Pepas, Silvia, Vanesa, Regina, Mónica, Nuria, Carmen, Soraya y muy especialmente a Hortensia. Todas ellas mujeres preciosas y valientes.

Y a todas las mujeres que no temen cumplir sus sueños.

Gracias también a la editorial Roca, por confiar en mí y brindarme esta oportunidad.

Y a ti, lector y/o lectora, porque si estás leyendo estas líneas es porque te gustó *El Club de los Caballeros* y te quedaste con ganas de más. Gracias por tu apoyo.

© 2019, Jane Seymour

Primera edición en este formato: agosto de 2019

© de esta edición: 2019, Roca Editorial de Libros, S. L.

Av. Marquès de l'Argentera 17, pral.

08003 Barcelona

actualidad@rocaeditorial.com

ISBN: 978-84-17705-34-3

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.